

CATHERINE FISHER

# INCARCERON

READ BY KIM MAI GUEST

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”  
—*The Times*, London



Traducido en Purple Rose

## Agradecimientos

Agradecemos a todas aquellas personas las cuales con su interés, colaboración y apoyo incondicional se pudo sacar adelante este proyecto.

Agradecemos también las lectoras y lectores, que con su entusiasmo nos dan el ánimo necesario para seguir trabajando en nuevos libros, después de todo, esto es por ustedes.

## Staff del libro:

### Traducción:

- ✿ Cowdiem
- ✿ Gisel
- ✿ Eli25 (S.O.S.)
- ✿ Virtxu
- ✿ Darkemily
- ✿ Sheilita\_Belikov
- ✿ Dark heaven
- ✿ Aya001
- ✿ Anelisse (S.O.S.)
- ✿ Pimienta
- ✿ Clo (S.O.S)
- ✿ Palolasg12
- ✿ Cyely DiviNNa
- ✿ Sera (S.O.S)
- ✿ Kanon 🎵🎵🎵
- ✿ Selune
- ✿ Emii\_Gregori
- ✿ Cuketa\_Illuminosa
- ✿ AndreaN

### Corrección:

- ✿ Nanis
- ✿ Kuami
- ✿ Milliefer
- ✿ Emii\_gregori

### Recopilación:

- ✿ Nanis

### Diseño:

- ✿ Paovalera

“One of the best  
fantasy novels written  
in a long time.”  
— *Goodreads*, London

# INCARCERON

READ BY KIM MAI GUEST

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”  
—*The Times*, London

# Índice

**Sinopsis**

**Glosario de términos**

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35

**Sobre el autor**

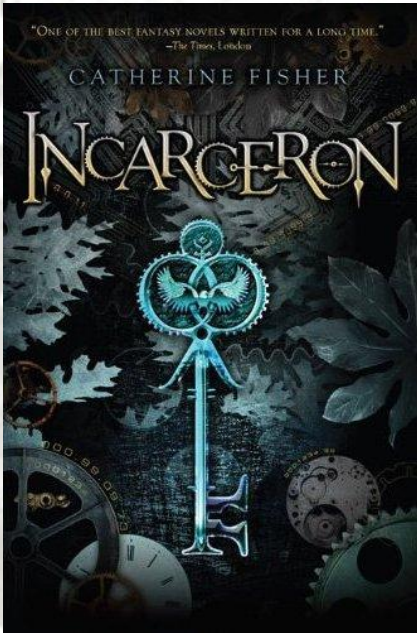
**Segundo libro de Incarceron**

**Visítanos!**

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”

—*The Times*, London

## Sinopsis



Incarceron es una prisión futurista de muros invisibles donde los descendientes de los prisioneros originales viven en un oscuro mundo lleno de peleas y salvajismo, en una terrible mezcla de alta tecnología —la propia prisión es un ser vigilante y vengativo—, con una típica sala de tortura medieval, donde las cadenas, grilletes y laberintos son habituales, Finn, un joven prisionero, tiene flash backs sobre una vida anterior mientras se niega a creer que allí es donde nació y donde siempre ha vivido.

En el mundo exterior, Claudia, hija del Guardián de Incarceron, también vive encerrada de otra manera, —un mundo futurista construido de manera hermosa para parecer una era pasada y un matrimonio inminente al que le teme. Ella no sabe nada de Incarceron, excepto que existe. Pero entonces, Finn, dentro de Incarceron, y Claudia, afuera, encuentran simultáneamente un instrumento —una Llave de cristal, a través de la cual pueden hablar el uno con el otro. Y así nace el plan de escape de Finn...

Primer libro de la saga Incarceron.

# INCARCERON

## Glosario de términos

**Civicyr:** Gente de una de las Alas de Incarceron, se consideran de los más civilizados.

**Escoria:** Gente de una de las Alas de Incarceron.

**Comitatus:** Guardaespaldas del Señor del Ala.

**Ket:** Es una droga rojiza que se mastica.

**Sapienti:** Es quien creó a Incarceron.

**Sapphique:** Ser legendario en Incarceron por haber escapado de la Prisión.

**Minicom:** Dispositivo para emergencias mínimas. Es una especie de teletipo.

**Escáner:** Dispositivo para saber si hay personas en un lugar.

**Karked:** Pequeñas aves insectívoras.

“One of the best

written

for a long time.”

—The Times, London

## 1

## AGUILA DE CRISTAL, CISNE NEGRO

Traducido por Cowdiem  
Corregido por Nanis

*¿Quién puede trazar la inmensidad de Incarceron?*

*Sus pasillos y viaductos, ¿Sus abismos?*

*Solo el hombre que ha conocido la libertad*

*Puede definir su prisión.*

— *Canciones de Sapphique*

Finn había sido golpeado en el rostro y encadenado a las losas de piedra del pasillo. Sus brazos, abiertos a lo ancho, estaban ponderados con cadenas tan pesadas, que él con suerte podía quitar sus muñecas de la tierra. Sus tobillos estaban enredados en una reptante masa de metal, unidos mediante un anillo al pavimento. Él no podía levantar el pecho para conseguir suficiente aire. Yacía exhausto, la frialdad de la piedra contra su mejilla. Pero la Civicyr estaba viniendo al menos.

Él los sintió antes de escucharlos; vibraciones en la tierra, comenzando de a poco y creciendo hasta que temblaban en sus dientes y nervios. Luego, sonidos en la oscuridad, el resonar de camiones migrantes, el lento sonido metálico hueco de las llantas. Arrastrando su cabeza alrededor, se quitó el cabello sucio de los ojos y vio como surcos paralelos en el piso se extendían directo bajo su cuerpo. Él estaba encadenado directamente a través de las vías.

El sudor peinaba su frente. Apretando las congeladas cadenas con un guante, él remolcó su pecho hacia arriba y jadeo en un respiro. El aire era acre y olía a aceite. No había sentido en gritar aún. Estaban demasiado lejos y no lo escucharían por sobre el clamor de las ruedas hasta que estuvieran completamente en el vasto pasillo. Él tenía que calcularlo exactamente. Demasiado tarde, y los camiones no podrían ser detenidos, y él sería atropellado. Desesperadamente, trató de evitar el otro pensamiento. Que ellos pudieran verlo y oírlo y que no les importara.

Luces.

Pequeñas, tambaleantes luces de mano. Concentrándose, él contó nueve, once, doce; luego las contó de nuevo para tener un número que era firme, que se sostendría en contra de la náusea ahogando su garganta.

Refregando su rostro contra la destruida manga por algo de comodidad pensó en Keiro, su sonrisa, el último pequeño golpe de burla mientras revisaba la cerradura y retrocedía en la oscuridad. Él susurró el nombre, un susurro amargo:

—Keiro.

Vastos pasillos y galerías se lo tragaron. La niebla colgaba en el aire metálico. Los camiones hacían sonidos metálicos y gemían.

Él podía ver gente ahora, caminando. Emergían de la oscuridad tan aislados contra el frío, que era difícil saber si era niños o viejas mujeres dobladas. Probablemente niños —los viejos, si es que había alguno, viajarían en los tranvías con los bienes. Una bandera harapienta blanca y negra cubría el camión principal; él podía ver su diseño, un ave heráldica con un perno de plata en su pico.

—¡Paren! —él gritó—. ¡Miren! ¡Aquí abajo!

La molienda de la maquinaria temblaba en el piso. Gemía en sus huesos. Él apretó las manos mientras el peso puro y el ímpetu de los camiones se acercaban a él, el aroma del sudor de las masivas hordas de hombres empujándolos, el traqueteo y deslizar de los bienes apilados. Él esperó, forzando al terror a retraerse, segundo a segundo probando sus nervios contra la muerte, sin respirar, no permitiéndose a sí mismo quebrarse, porque él era Finn, el Vidente de Estrellas, él podía hacer esto. Hasta que de quien sabe dónde, el pánico hizo erupción mientras él se elevaba a sí mismo y gritaba:

—¡Me escucharon! ¡Deténganse! ¿Deténganse?

Ellos se acercaron.

El sonido era insoportable. Ahora él aullaba, pateaba y se debatía, porque el terrible momento de los camiones cargados pasaría sin detenerse, se cerniría sobre él, lo oscurecería, aplastando sus huesos y cuerpo en una lenta e inevitable agonía. Hasta que recordó la linterna.

Era pequeña pero aun la tenía. Keiro se había asegurado de eso. Tirando del peso de la cadena, él se giró y metió su mano dentro de su abrigo, los músculos de las muñecas retorciéndose en espasmos. Sus delos se deslizaron por el delgado tubo frío.

La luz se transmitió.

Él estaba jadeando aliviado, pero los camiones continuaron avanzando. Seguramente la Civicry lo podía ver. ¡Ellos deberían ser capaces de verlo!

La linterna era una estrella en la inmensa y ruidosa oscuridad del pasillo, y en ese momento, entre todas sus estrellas y las galerías y las miles de cámaras laberínticas, él supo que Incarceron había percibido su peligro, y el crujido de los camiones era su cruel diversión, que la Prisión lo miraba y no interferiría.

—¡Sé que puedes verme! —él gritó.

Las ruedas eran del tamaño de un hombre. Ellas chillaban en los surcos; chispas emanando a través del pavimento. Un niño gritó, un grito fuerte, y Finn gimio y se



acurrucó, sabiendo que nada de eso había funcionado, sabiendo que había terminado, y luego el gemido de los frenos lo golpeo, el rechinar en sus huesos y dedos.

Las ruedas se cernieron sobre él. Eran muy altas. Estaban sobre él. Estaban quietas.

Él no se podía mover. Su cuerpo era un trapo flácido de terror. La linterna no iluminaba nada salvo un remache del porte de un puño en un reborde aceitoso. Luego, tras de eso, una voz demandó.

—¿Cuál es tu nombre, prisionero?

Estaban agrupados en la oscuridad. Él se las arregló para elevar su cabeza y ver las formas, cubiertas por capuchas.

—Finn. Mi nombre es Finn —su voz era un susurro; tuvo que tragar—. No pensé que fueran a detenerse...

Un gruñido. Alguien más dijo:

—Luce como Escoria para mí.

—¡No! ¡Por favor! Por favor levánteme. —Ellos estaban en silencio y nadie se movió, así que el tomo un respiro y dijo de modo tirante—. La Escoria asaltó nuestra Ala. Ellos mataron a mi padre y me dejaron aquí para quien pasara —trato de calmar la agonía de su pecho, apretando sus dedos en la oxidada cadena—. Por favor. Le estoy suplicando.

Alguien se acercó más. La punta de una bota se detuvo junto a su ojo; sucia, con un agujero parchado.

—¿Qué clase de Escoria?

—El Comitatus. Su líder se llama a si mismo Jormanric, el Señor de las alas.

Él hombre escupió, cerca de la oreja de Finn.

—¡Ese! Ese es un matón loco.

¿Por qué nada estaba sucediendo? Finn se retorció, desesperado.

—¡Por favor! ¡Pueden volver!

—Digo que pasemos sobre él. ¿Por qué interferir?

—Porque somos Civicry, no Escoria.

Para sorpresa de Finn, una mujer. Él escucho el susurro de sus sedosas ropas bajo el grueso traje de viaje. Ella se arrodilló y él vio su mano enguantada tirar de las cadenas. Sus muñecas estaban sangrando; el oxido dejando anillos polvosos en su piel mugrienta.

El hombre dijo intranquilo.

—Maestra, escucha...

—Consigue cortadoras de pernos, Sim. Ahora. —Su rostro estaba cerca del de Finn—. No te preocupes, Finn. No te dejaré aquí.

Dolorosamente, él miró hacia arriba, vio a una mujer de aproximadamente veinte, su cabello rojo, sus ojos oscuros. Por un momento él la olió; un flujo de jabón y lana suave, una esencia que apuñala el corazón que se abrió paso en sus recuerdos, dentro de esa caja negra cerrada dentro de él.

Una habitación. Una habitación con un fuego de madera de manzano. Un pastel en un plato de porcelana.

La conmoción debe de haberse mostrado en su rostro; desde la sombra de su capucha ella lo miró pensativamente.

—Estarás seguro con nosotros.

Finn la miró fijamente de vuelta. No podía respirar. Un cuarto de niños. Las paredes de piedra. Colgaduras ricas y rojas.

Un hombre se acercó de prisa y deslizo un cortador bajo la cadena.

—Cuidado con tus ojos —él gruñó.

Fin dejó caer su cabeza en su manga, sintiendo como la gente se agrupaba a su alrededor. Por un momento él pensó que uno de los puños que temía se estaba acercando a él; cerró sus ojos y sintió la familiar y vertiginosa calidez barrer su cuerpo.

Luchó contra ella tragando saliva, apretando las cadenas mientras las enormes cortadoras las abrían. El recuerdo se estaba desvaneciendo; la habitación y el fuego, el pastel con las pequeñas bolitas de plata en un platillo bordeado de oro. Incluso mientras trataba de mantenerla, se había ido, y la fría oscuridad de Incarceron estaba de vuelta, el hedor metálico y agrio de las ruedas aceitosas.

Las uniones se deslizaban y sacudían. Él se levanto por sí mismo, aliviado, tomando respiros profundos. La mujer tomó su muñeca y la giró.

—Esto va a necesitar ser cubierto.

Él se congeló. No se podía mover. Los dedos de ella eran fríos y limpios, y lo había tocado en su piel, entre la destruida manga y el guante, y estabas mirando al pequeño tatuaje del pájaro coronado.

Ella se congeló.

—Esa no es una marca de Civicry. Parece como...

—¿Qué? —él estaba alerta al momento—. ¿Cómo qué?

Una vibración millas dentro del pasillo. Las cadenas a sus pies se deslizaron. Doblándose sobre ellas el hombre con la cortadora dudo.

—Esto es extraño. Este perno. Está suelto...

La Maestra miraba fijamente el pájaro.

—Como el cristal.

Un grito, tras de ellos.

—¿Qué cristal? —Finn dijo.

—Un objeto extraño. Lo encontramos.

—¿Y el pájaro es el mismo? ¿Está segura?

—Sí —distráida, ella se giró y miró el perno—. Tú no estabas realmente...

Él tenía que saber sobre esto. Tenía que mantenerla con vida. Él la tomó y la tiró al suelo.

—Quédate abajo —él susurró. Y luego, furiosamente—. ¿No entiendes? ¡Es todo una trampa!

Por un momento los ojos de ella miraron fijamente en los suyos y él pudo ver su sorpresa fracturada en horror. Se alejó de un tirón de su agarre; con un giro estaba en pie y gritando.

—¡Corran! ¡Todos corran! —pero las parrillas en el suelo se estaban abriendo; los brazos emergiendo, cuerpos eran remolcados hacia arriba, armas golpeando la piedra.

Fin se movió. Tiro al hombre con la cortadoras hacia atrás, pateo el perno falso, y se salió de las cadenas. Keiro le estaba gritando; un sable pasó por un lado de su cabeza y él se tiro al suelo, rodó, y miró hacia arriba.

El pasillo estaba oscurecido con el humo. La Civicry estaba gritando, corriendo por el refugio de los vastos pilares, pero la Escoria estaba en los vagones, disparando indiscriminadamente, flashes rojos de las toscas escopetas tornando el pasillo acre.

Él no la podía ver. Podría estar muerta, podría estar corriendo. Alguien lo empujó y lanzó un arma en sus manos; él pensó que era Lis, pero toda la Escoria usaba los yelmos negros así que no podía estar seguro.

Luego el vio a la mujer. Ella estaba empujando niños bajo el primer vagón; un niño pequeño estaba sollozando y ella lo tomó y lo puso enfrente de ella. Pero el gas estaba silbando fuera de las pequeñas esferas que cayeron y se quebraron como huevos, su picazón volviendo los ojos de Finn acuosos. Él sacó su yelmo y se lo puso, los cojines empapados sobre su nariz y boca mejorando su respiración. Por la ranura de los ojos el pasillo era rojo, las figuras claras.

Ella tenía un arma y estaba disparando con ella.

—¡Finn!

Era Keiro, pero Finn ignoró el grito. Corrió al primer camión, se hundió bajo él y tomó el brazo de la Maestra; al girarse ella, él tiro del arma a un lado y ella grito de rabia y fue por el rostro de él con sus guantes con uñas, clavándose en su yelmo. Mientras él la arrastraba fuera, los chicos lo pateaban y luchaban con él, y una cascada de productos alimenticios fueron lanzadas alrededor de ellos, atrapados, almacenados, deslizados eficientemente dentro de las rendijas bajo ellos.

Una alarma resonó.

Incarceron se agitó.

Paneles suaves se deslizaron hacia un lado en las murallas; con un clic, manchones de luz brillante se asomaron hacia abajo desde el techo invisible, moviéndose adelante y atrás sobre el suelo distante, recolectando a la Escoria mientras ellos se escapaban como ratas, sus escuetas sombras enormes.

—¡Evacuen! —Keiro gritó.

Fin empujó a la mujer hacia delante. Junto a ellos, una figura que paso corriendo fue bañada de luz y se evaporó sin sonido, capturada en medio del pánico. Los niños gimieron.

La mujer se giró, sin aliento por la conmoción, mirando fijamente hacia lo que quedaba de su gente. Luego Finn la arrastró hacia el tobogán. A través de la máscara sus ojos encontraron los de ella.

—Ahí abajo —él jadeo—. O morirás.

Por un momento él pensó que no lo haría.

Luego ella le escupió, se soltó de sus manos, y saltó dentro del tobogán.

Una chispa de fuego blanco quemó a través de las piedras; instantáneamente, Finn saltó tras ella.

El tobogán era de seda blanca, fuerte y tirante. Finn se deslizó por él en una falta de respiración que lo llevó hasta el otro extremo sobre una pila de pieles robadas y componentes de metal que herían.

Ya puesta hacia un lado, con un arma en su cabeza, la Maestra miraba con desdén.

Finn se levantó a si mismo dolorosamente. Alrededor, la Escoria se deslizaba dentro del túnel, cargados con el botín, algunos cojeando, otros apenas conscientes.

Al final de todos, aterrizando ligeramente en sus pies, llegó Keiro.

Las parrillas se cerraron.

Los toboganes se retiraron.

Formas oscuras tosían y jadeaban y se sacaban las máscaras.

Keiro removió la de él lentamente, revelando su atractivo rostro manchado de polvo. Finn se lanzó hacia él con furia.

—¿Qué pasó? ¡Estaba asustado ahí afuera! ¿Qué te tomó tanto tiempo?

Keiro sonrió.

—Cálmate. Aklo no podía hacer que el gas funcionara. Los mantuviste hablando bastante bien —miro a la mujer—. ¿Por qué molestarte con ella?

Fin se encogió de hombros, aun hirviendo.

—Ella es un rehén.

Keiro elevó una ceja.

—Demasiado problema —hizo un gesto con su cabeza hacia el hombre con el arma; él hombre jaló del gatillo. El rostro de la Maestra se puso pálido.

—Así que no obtengo nada extra por arriesgar mi vida ahí arriba. —La voz de Finn era tranquila.

No se movió, pero Keiro lo miró. Por un momento se miraron fijamente el uno al otro.

Luego su hermano de juramento dijo fríamente: —Si ella es lo que quieres.

—Ella es lo que quiero.

Keiro miró a la mujer de nuevo y se encogió de hombros.

—Sobre gustos —asintió, y el arma fue bajada. Luego palmoteo a Finn en el hombro, de modo que una nube de polvo se elevó de sus ropas—. Bien hecho, hermano —él dijo.

# INCARCERON

READ BY KIM MAI GUEST

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”

—*The Times*, London

## 2

## INCARCERON

Traducido por Gisel y Cowdiem  
Corregido por Nanis

*Nosotros elegiremos una era en el pasado y la recrearemos  
Nosotros haremos un mundo libre de la ansiedad del cambio  
¡Esto será el paraíso!  
—Decreto del rey Endor*

El roble parecía genuino pero había sido envejecido genéticamente, las ramas eran tan enormes que la escalada le fue fácil, mientras se subía la falda y escalaba más alto. Unas ramitas se rompieron y el líquen verde desempolvo sus manos.

—¡Claudia son las cuatro!

El chillido de Alys vino de algún lugar en el jardín de rosas, Claudia hizo caso omiso, se separaron las hojas y se asomo. Desde esa altura se podía ver toda la propiedad; la huerta, los invernaderos, el naranjal, los manzanos que se enredaban en el huerto, los graneros donde los bailes se celebraban en invierno.

Podía ver el largo césped que se extendía hasta el lago y los hayedos ocultando el carril hacia Hithercross. Más lejano al oeste, las chimeneas de la granja de Altan humeando y el campanario de la vieja iglesia coronada Harmer Hill, su veleta brillando en el sol, más allá por millas y millas el campo de los Wardenry está abierto, delante de ella, prados pueblo y caminos, un mosaico verde-azul manchado con la niebla por encima de los ríos.

Suspiro y se recostó contra el tronco. Se veía tan pacífico, tan perfecto en su engaño. Odiaría dejarlo.

—¡Claudia apúrate!

El llamado fue más débil. Su enfermera debía haber vuelto corriendo hacia la casa, porque una bandada de palomas se dispersó agitada, como si alguien estuviera subiendo las escaleras por su palomar. Mientras Claudia escuchaba, el reloj en los establos empezó a dar la hora, lentas campanadas al deslizarse la tarde calurosa. El campo brillaba.

A lo lejos, en la carretera, vio el carruaje, sus labios apretados, él estaba llegando temprano.

Era un carruaje negro, incluso desde aquí se podía ver la nube de polvo que levantaban sus ruedas en la carretera. Cuatro caballos negros tiraban de ella y escolta lo flanqueaban, contó ocho de ellos y resoplo una risa silenciosa. El Guardián de Incarceron viajaba con estilo. El escudo de su cargo estaba pintado en las puertas del carruaje y un largo banderín ondeaba con el viento, en la caja un cochero con uniforme en negro y oro luchaba con las riendas; oyó el chasquido de un látigo en la brisa.

Sobre ella un pájaro pio y revoloteaba de rama en rama; se quedó muy quieta y este se posó en una hoja cerca a su rostro. Luego cantó; un breve trino denso. Algún tipo de pinzón, tal vez.

El coche había alcanzado la villa, vio al herrero llegar hacia su puerta, unos cuantos niños salían corriendo del granero, mientras la escolta resonaba a través, los perros ladraban y los caballos agrupados juntos entre las estrechas casas sobresalientes.

Claudia alcanzó en su bolsillo y sacó la visera. Esto era ilegal, pero a ella no le importó.

Al deslizarlo sobre sus ojos se sintió mareada al segundo que el lente se ajustó a su nervio óptico: entonces la escena aumentó y vio las características de los hombres claramente: el administrador de su padre, Garrh, en el caballo ruano; el secretario oscuro, Lucas Medlicote; el hombre de armas con sus abrigos moteados.

La visera fue tan eficiente que casi podía leer los labios cuando el cochero juró; luego, pasaron rápidamente junto al poste del puente y se dio cuenta que habían llegado al río y al alojamiento. La señora Simmy fue corriendo para abrir la puerta con un paño de cocina aun en sus manos, gallinas asustadas ante ella. Claudia frunció el ceño, se sacó la visera y el movimiento hizo al pájaro volar; el mundo se deslizó atrás y el carruaje volvió a ser pequeño. Alys se lamentó.

—¡Claudia ellos ya están aquí! ¡Ven y vístete!

Por un momento ella pensó no hacerlo. Jugó con la idea de darle al carruaje un estruendo, bajándose del árbol y pasear a través, abriendo la puerta y parándose ahí, en frente de él, con su cabello hecho una maraña y el viejo vestido verde con una lagrimita en el dobladillo. El disgusto de su padre sería fuerte, pero él no diría nada, si ella apareciera desnuda, probablemente no diría nada. Solo “Claudia. Mi querida” y un beso frío estampado bajo su oreja.

Ella se columpió sobre la rama y bajo, preguntándose si habría un regalo. Usualmente lo había. Caro y bonito, escogido para él por una de las doncellas de la corte. La última vez había sido un pájaro de cristal en una jaula de oro que trinaba con un silbido chillón. Aunque la propiedad entera estaba llena de pájaros, en su mayor parte verdaderos, quienes volaban y peleaban y gorgojaban fuera de las ventanas.

Saltando, corrió cruzando el césped hacia los anchos escalones de piedra; mientras los descendía, la casa principal aparecía frente a ella, su cálida piedra resplandeciente en calor, las glicinas de color púrpura colgando sobre sus torres y esquinas torcidas, la oscuridad profunda de foso bajo tres cisnes elegantes. En el techo, las palomas se habían establecido, arrullando y pavoneándose; algunas de ellas volaron a la esquina de la torre y se metieron entre agujeros oscuros y la flecha que señala la dirección, en los montones de paja que había tomado generación juntar. O al menos eso se podía pensar.

Una contraventana se abrió; el rostro rojo de Alys jadeo.

—¿Dónde has estado! ¿No puedes escucharlos?

—Los puedo escuchar. Detén el escándalo.

Mientras ella subía corriendo los escalones el carruaje resonaba sobre los maderos del puente; vio el destello negro a través de la balaustrada; luego la fría penumbra de la casa estaba alrededor de ella, con sus aromas a romero y lavanda. Una chica de servicio salió de la cocina, dio una reverencia apresurada, y desapareció. Claudia se apuro por las escaleras.

En su habitación Alys estaba sacando ropa del closet. Una sedosa enagua, el vestido azul y dorado sobre eso, el corpiño rápidamente atado encima. Claudia se quedó de pie ahí y se dejó ser atada y metida con rapidez en el vestido, la odiada cárcel en la que era mantenida. Sobre el hombro de la nana, vio el pájaro de cristal en su pequeña presión, su pico boquiabierto, y frunció el ceño ante eso.

—Quédate quieta.

—¡Estoy quieta!

—Supuse que estabas con Jared.

Claudia se encogió de hombros. La tristeza se cernió sobre ella. No podía molestarse en explicarlo.

El corpiño estaba tan apretado, pero estaba acostumbrada a eso. Su cabello cepillado con fuerza y la corona de perlas puesta sobre él; crepitaba estático en el terciopelo de sus hombros. Sin aliento, la vieja mujer dio un paso atrás.

—Te verías mejor si no estuvieras frunciendo el ceño.

—Frunciré el ceño si lo deseo. —Claudia se giró hacia la puerta, sintiendo el vestido balancearse—. Un día voy a aullar y gritar y chillar en su rostro.

—No lo creo. —Alys estiró el viejo vestido verde en su pecho. Se miró en el espejo y metió los grises cabellos bajo su tocado, tomó una varita de mano, la desatornilló, y con destreza eliminó una arruga debajo de su ojo.

—Si voy a ser Reina, ¿Quién es para detenerme?

—Él es. —La respuesta de la nana la siguió por la puerta—. Y tú estás tan aterrorizada de él como todos los demás.

Era verdad. Bajando tranquilamente las escaleras, supo que siempre había sido verdad. Su vida estaba fracturada en dos; el tiempo cuando su padre estaba aquí, y



el tiempo en que él estaba lejos. Ella vivía dos vidas, y lo mismo hacían sus sirvientes, la casa completa, el estado, el mundo.

Mientras cruzaba el piso de madera en medio de la doble fila de jardineros y lecheras sudados y sin aliento, lacayos y hombres de enlace, hacia el coche que se había detenido en el patio empedrado, se preguntó si él tenía alguna idea de eso. Probablemente. Él no dejaba pasar mucho por alto.

En los escalones esperó. Los caballos resoplaron; el ruido de sus cascos era enorme en el espacio encerrado. Alguien gritó, el viejo Ralph se apuró hacia adelante; dos hombres empolvados en librea se apearon desde la parte trasera del coche, abrieron la puerta, bajaron los escalones.

Por un momento el umbral estaba oscuro.

Luego su mano apretó la carrocería; su sombrero negro emergió, sus hombros, una bota, los pantalones negros de montar hasta la rodilla.

John Arlex, Guardián de Incarceron, estaba de pie y sacudía el polvo de sí mismo con sus guantes.

Él era un hombre alto y derecho, su barba cuidadosamente recortada, su levita y chaleco del más fino brocado. Habían pasado seis meses desde que ella lo había visto. Pero se veía exactamente igual. Nadie de su estatus necesitaba mostrar signos de envejecimiento, pero él parecía que ni siquiera usaba la varita de mano.

Él la miró y sonrió graciosamente; su negro cabello atado en una cinta negra estaba elegantemente plateado.

—Claudia. Te ves muy bien querida.

Ella dio un paso adelante y dio una pequeña reverencia, luego la mano de él levanto la suya y pudo sentir el frío beso. Sus dedos siempre estaban fríos y ligeramente pegajosos, desagradables al tacto; como si él se diera cuenta de eso, usualmente usaba guantes, aún en clima templado. Se preguntó si él pensó que ella había cambiado.

—Tal como tú, padre —ella murmuró.

Por un momento él se quedó mirándola, la calmada mirada gris dura y clara como siempre. Luego él se giró.

—Déjame presentarte a nuestro invitado. El Canciller de la Reina. Lord Evian.

Él carruaje se mecía. Un extremadamente gordo hombre se desplegó fuera de él, y con él una ola de esencia que parecía rodar incluso visiblemente por los escalones. Tras de ella, Claudia sintió el colectivo interés de los sirvientes. Ella solo sintió espanto.

El Canciller usaba un traje de seda azul con un elaborado volante en su cuello, tan alto que se preguntaba cómo podía respirar. Él ciertamente tenía el rostro colorado, pero su reverencia era segura y su sonrisa cuidadosamente agradable.

—Mi Lady Claudia. La última vez que la vi, era nada más que un bebé en brazos. Que agradable verla de nuevo.

Ella no había esperado un visitante. La habitación principal de invitados estaba amontonada con la cola a medio coser de su vestido de novia sobre la cama deshecha. Ella tendría que usar técnicas de retraso.

—El honor es nuestro —dijo—. Quizás usted quisiera pasar al salón. Tenemos sidra y pasteles recién orneados como refresco después de su viaje.

Bueno, ella esperaba que lo fueran. Girándose, ella vio que tres de los sirvientes se habían ido y el agujero en la línea se había cerrado rápidamente tras ellos.

Su padre le dio una mirada fría, luego subió los escalones, asintiendo graciosamente a lo largo de la fila de rostros que hacían reverencias e inclinaciones y bajaban sus ojos ante él.

Sonriendo rígidamente, Claudia pensó rápido. Evian era el hombre de la Reina. La bruja debería haberlo mandado para darle una mirada a la novia. Bueno, eso estaba bien para ella. Se había preparado para esto por años. En la puerta su padre se detuvo.

—¿No está Jared? —él dijo ligeramente—. ¿Espero que este bien?

—Creo que está trabajando en un proceso realmente delicado. Probablemente no se ha dado cuenta de que has llegado.

Era verdad, pero sonaba como una excusa. Molesta por la invernal sonrisa, ella los guio, sus faldas barriendo los paneles desnudos, hacia la sala. Era una habitación oscura con paneles de madera y un enorme aparador de caoba, sillas talladas y una mesa de caballete. Estaba aliviada de ver los jarros de sidra y un platillo con los pasteles de miel del cocinero entre un arreglo de romero y lavanda.

Lord Evian aspiró los suaves aromas.

—Maravilloso —dijo—. Aun en la Corte no se puede igualar la autenticidad.

*Probablemente porque los telones de fondo de la Corte eran generados por computación, ella pensó dulcemente, y dijo: —En la oficina del Guardián, mi Lord, estamos orgullosos de que todo está en Era. La casa es realmente vieja. Fue completamente remodelada luego de los Años de Ira.*

Su padre estaba en silencio. Se sentaba en la silla tallada en la cabeza de la mesa y miraba gravemente como Ralph servía sidra en las copas de plata. Las manos de viejo hombre temblaron cuando levantó la bandeja.

—Bienvenido a casa, Señor.

—Es bueno verte, Ralph. Un poco más de gris sobre las cejas, creo. Y el relleno de la peluca, con más poder.

Ralph hizo una inclinación.

—Lo hare ver, Guardián, inmediatamente.

Los ojos del Guardián recorrieron la habitación. Ella sabía que no obviaría el panel de plastiglas en la esquina de la contraventana, o las arañas prefabricadas en el cielo enlucido. Así que ella dijo rápidamente:

—¿Cómo está su Graciosa Majestad, mi Lord?

—La Reina esta en excelente salud. —Evian hablo con la boca llena de pastel—. Ella está muy ocupada con los arreglos de su boda. Será un gran espectáculo.

Claudia frunció el ceño.

—Pero seguramente...

Él agito una mano regordeta.

—Por supuesto que tu padre no ha tenido tiempo de contarte sobre el cambio de planes.

Algo dentro de ella se congeló.

—¿Cambio de planes?

—Nada terrible, niña. Nada de lo que tengas que preocuparte. Una alteración de las fechas, eso es todo. Debido al retorno del Conde de la Academia.

Ella despejó su rostro y trató de no demostrar nada de su ansiedad. Pero sus labios debieron de haberse apretado y sus puños puesto blancos, porque su padre se levantó suavemente y dijo:

—Muéstrale a su Señoría sus habitaciones, Ralph.

El viejo criado hizo una inclinación, fue a la puerta, y la abrió. Evian se revolvió para ponerse de pie, una lluvia de migajas cayendo en cascada de su traje. Mientras golpeaban el suelo, se evaporaban con flashes de un minuto.

Claudia juró en silencio. Algo más que tendría que revisar.

Ellos escucharon los pesados pasos haciendo crujir las escaleras, los murmullos respetuosos de Ralph y el retumbar del saludable disfrute del hombre gordo en la escalera, los jadeos, las urnas de porcelana, las colgaduras damasco. Cuando su voz finalmente se hubo desvanecido en la distancia iluminada por el sol de la casa Claudia miró a su padre. Luego dijo: —Has adelantado la boda.

Él elevó una ceja.

—El próximo año, este año, ¿Cuál es la diferencia? Sabias que vendría.

—No estoy preparada.

—Has estado lista por largo tiempo.

Él dio un paso hacia ella, el cubo plateado de la cadena de su reloj atrapando la luz. Ella retrocedió. Si él tuviera que bajar la rigidez formal de la Era, sería insoportable; la amenaza de su desvelada personalidad la volvió de hielo. Pero él mantuvo la suave cortesía.

—Déjame explicarme. El mes pasado un mensaje lleo de la Sapiencia. Habían tenido suficiente con tu prometido. Ellos le han...pedido que deje la academia.

Ella frunció el ceño. —¿Por qué?

—Los vicios usuales. Bebida, drogas, violencia, dejar a las chicas de servicio embarazadas. Pecados de los estúpidos hombres jóvenes a través de los siglos. Él no tiene interés en la educación. ¿Por qué debería? Él es el Conde de Steen y cuando tenga dieciocho será el Rey.

Él camino hacia la pared con paneles y miró el retrato que ahí estaba. El rostro con pecas de un niño travieso de siete los miraba. Estaba vestido en un traje café de seda con cuello, e inclinándose contra un árbol.

—Caspar, Conde de Stenn. Príncipe heredero del reino. Finos títulos. Su rostro no ha cambiado, ¿cierto? Él era meramente imprudente entonces. Ahora es irresponsable, brutal, y piensa que está más allá de control —él la miró—. Un desafío, tu futuro marido.

Ella se encogió de hombros, haciendo que el vestido susurrara.

—Puedo lidiar con él.

—Por supuesto que puedes. Me he asegurado de eso. —Él se acercó y se paró frente a ella, y su mirada gris la apreció. Ella le miraba fijamente de vuelta.

—Te creé para este matrimonio, Claudia. Te di gusto, inteligencia, crueldad. Tu educación ha sido más rigurosa que la de ninguno en el Reino. Idiomas, música, espada, montar a caballo, cada talento que alguna vez has demostrado poseer lo he nutrido. Los gastos no son nada para el Guardián de Incarceron. Eres una heredera de gran estatus. Te he criado como una reina y la Reina serás. En cada matrimonio, uno dirige, el otro sigue. Aunque esto es solo un arreglo de Dinastía, será de la misma forma aquí.

Ella miró hacia el retrato.

—Puedo manejar a Caspar. Pero a su madre...

—Déjame la Reina a mí. Ella y yo nos entendemos... —él tomó su mano, sosteniendo el dedo donde se pone el anillo, delicadamente entre dos de los de él; tensa, ella se quedó quieta—. Será fácil —él dijo.

En la tranquilidad de la tibia habitación un pichón del bosque cantó fuera de las contraventanas.

Cuidadosamente, ella quitó su mano de la de él y se alejó.

—Entonces, ¿Cuándo es?

—La próxima semana.

—¡La próxima semana!

—La Reina ya ha comenzado los preparativos. En dos días partimos a la corte. Asegúrate de estar lista.

Claudia no dijo nada. Se sentía vacía, y sorprendida.

John Arlex se giró hacia la puerta.

—Lo has hecho bien aquí. La Era esta impecable, salvo por esa ventana. Cámbiala. Sin moverse ella dijo despacio.

—¿Cómo estuvo tu tiempo en la Corte?

—Aburrido.

—¿Y tu trabajo? ¿Cómo está Incarceron?

Por una fracción de segundo él se detuvo. El corazón de ella dio un salto. Luego él se giró y su voz era fría y curiosa.

—La prisión estaba en excelente orden, ¿Por qué preguntas?

—Ninguna razón. —Ella trató de sonreír, queriendo saber cómo monitoreaba él la Prisión, donde estaba, porque todos los espías de ella le habían dicho que su padre nunca dejaba la Corte. Pero los misterios de Incarceron eran la menor de sus preocupaciones ahora.

—Ah sí. Casi lo olvido. —Él cruzó hacia una bolsa de cuero en la meza y la abrió—. Traje un regalo para tu futura suegra —lo sacó dejándolo en la mesa.

Ambos lo miraron.

Una caja de madera de sándalo, atada con una cinta.

Reluctante, Claudia alcanzó la caja pequeña, pero él dijo: —Espera —tomó la pequeña varita que escaneaba y la movió sobre la caja. Las imágenes brillaron en la punta del tallo—. Inofensiva —dobló la varita—. Ábrela.

Ella levantó la tapa. Dentro, en un marco de oro y perlas, estaba esmaltada una miniatura de un cisne negro en un lago, el emblema de su casa. Ella lo sacó y sonrió, agradada a pesar de sí misma del delicado azul del agua, del largo y elegante cuello.

—Es bonito.

—Sí, pero mira.

El cisne se estaba moviendo. Parecía deslizarse, tranquilamente en un comienzo; luego se encabritaba, golpeteando con sus enormes alas, y ella vio como una flecha venía lentamente de los árboles y pinchaba su pecho. Abría su pico dorado y cantaba, una terrible y misteriosa canción. Luego se hundía en el agua y se desvanecía.

La sonrisa de su padre era ácida.

—Cuan encantador —él dijo.

## 3

## INCARCERON

Traducido por Cowdiem  
Corregido por Nanis

READ BY KIM MAI GUEST

*El experimento será uno atrevido y puede haber riesgos que no hemos previsto.*

*Pero Incarceron será un sistema de gran complejidad e inteligencia.*

*No puede haber más amables o más compasivos guardianes para sus presidiarios.*

*—Reporte de proyecto; Martor Sapiens.*

Era un largo camino de vuelta al conducto, y los túneles eran bajos. La Maestra caminaba con la cabeza inclinada; estaba en silencio, abrazándose a sí misma. Keiro había puesto al gran Arko a vigilarla, Finn permanecía justo al final, detrás de los heridos.

En esta parte del ala, Incarceron era oscura y casi deshabitada. Aquí la Prisión raramente se preocupaba de agitarse a sí misma, encendiendo sus luces de forma infrecuente y mandando a unos pocos Escarabajos afuera. Al contrario de la vía de tránsito de piedra arriba, estos pisos estaban hechos de malla metálica que cedía delicadamente bajo los pies; mientras Finn caminaba vio el brillo de los ojos de las ratas donde se escondían, el polvo cayendo en las escaleras de metal.

Estaba rígido y adolorido, y como siempre después de una emboscada, enojado. Para todos los demás la tensión retenida había sido liberada; aun los heridos conversaban mientras cojeaban, y su sonora risa tenía la energía del alivio en ella. Él giró su cabeza y miró atrás. Tras de ellos el túnel era arrastrado por el viento y haciendo eco.

Incarceron estaría escuchando.

Él no podía hablar y no quería reír. Una fría mirada fija frente a las pocas observaciones graciosas previno a los otros de acercarse; él vio a Lis darle un codazo suave a Amoz y elevar sus cejas. A Finn no le importaba. La rabia estaba dentro, en sí mismo, y estaba mezclada con miedo y un orgullo caliente y abrazador, porque nadie más había tenido las tripas para ser encadenado así, para mentir ahí en todo ese silencio esperando a que la muerte viniera sobre él.

En su mente sintió las enormes ruedas de nuevo, muy alto sobre su cabeza.

Y él estaba enojado con la Maestra.

El Comitatus no tomaba prisioneros. Era una de sus reglas.

Keiro era una cosa, pero cuando volvieran a la Guarida, tendría que explicarla a ella a Jormanric, y eso lo dejaba helado. Pero la mujer sabía algo sobre el tatuaje en su muñeca, y tenía que averiguar qué era eso. Quizás nunca tendría otra oportunidad.

Caminando, él pensó en ese chispazo de visión. Como siempre había dolido, como si el recuerdo —si es que era uno— hubiera despertado y luchado por salir desde un lugar profundo y herido, un foso perdido del pasado. Y era difícil mantenerlo claro; ya casi había olvidado la mayor parte de él, excepto por el pastel en el plato, decorado con bolitas plateadas. Estúpido e inservible. Diciéndole nada respecto a quien era él, o de donde había venido.

El conducto tenía una escalera por el costado; los exploradores se abalanzaron primero, luego los prisioneros y la partida de guerra, bajando los bienes y a los heridos. El último en descender fue Finn, notando como los suaves lados estaban trisados aquí y allá donde helechos marchitos emergían. Esos tenían que ser eliminados, de otra forma la Prisión los censaría, sellaría este ducto, y reabsorbería todo el túnel, como había hecho el año pasado cuando había vuelto de una redada para encontrar a la vieja Guarida destruida, y solo un ancho pasaje blanco decorado con imágenes abstractas en rojo y oro.

—Incarceron se ha encogido de hombros —Gilda había dicho sombríamente.

Esa fue la primera vez que él había escuchado a la prisión reír.

Él tembló, recordándola ahora, una fría y divertida risa entre dientes que hizo eco por los corredores. Había silenciado a Jormanric en medio de su furia, había hecho que los cabellos de su propia piel se elevaran de terror.

La Prisión estaba viva. Era cruel y descuidada, y él estaba dentro de ella.

Descendió por los últimos peldaños dentro de la Guarida. La gran Cámara estaba ruidosa y desordenada como siempre, la calidez de sus fuegos ardientes abrumadora.

Mientras la gente se reunía ansiosamente alrededor botín, abriendo los sacos de grano, sacando comida, él se empujó a través de la multitud y fue directamente hacia la pequeña celda que compartía con Keiro. Nadie lo detuvo.

Dentro, él trabó la endeble puerta y se sentó en la cama. La habitación estaba fría y olía a ropa sucia, pero estaba en silencio.

Lentamente, se dejó caer hacia atrás.

Respiro profundo, e inhalo terror. Llegó a él en una ráfaga, espantosa; sabía que el martilleo de su corazón lo mataría, sintió el sudor frío helar su espalda y la parte superior de su labio. Hasta ahora lo había mantenido controlado, pero estos latidos temblorosos eran las vibraciones de las enormes ruedas; mientras presionaba las palmas en sus ojos cerrados, vio las llantas de metal cerniéndose sobre él, descansando en una fuente de chispas chillando.

Podría haber sido asesinado. O, aun peor, aplastado y mutilado. ¿Por qué había dicho que lo haría? ¿Por qué él siempre tenía que vivir de acuerdo a la irreflexiva y estúpida reputación de ellos?

—¿Finn? —abrió los ojos. Luego de un momento se dio la vuelta.

Keiro estaba de pie con su espalda hacia la puerta.

—¿Cuánto tiempo has estado ahí? —la voz de Finn se quebró; él aclaró su garganta de prisa.

—Lo suficiente. —Su hermano de juramento se acercó y se sentó en la otra cama—.

¿Cansado?

—Esa es una palabra para eso.

Keiro asintió. Luego dijo:

—Siempre hay un precio que pagar. Todo prisionero sabe eso —él miró a la puerta—. Ninguno de ellos podría alguna vez hacer lo que hiciste.

—No soy un prisionero.

—Lo eres ahora.

Fin se sentó y refregó su sucio cabello.

—Tú podrías haberlo hecho.

—Bueno, sí, podría —Keiro sonrió—. Pero entonces, soy extraordinario, Finn, un artista del hurto. Devastadoramente guapo, totalmente implacable, absolutamente libre de miedo. —Él inclino su cabeza hacia el lado, como si esperara por el resoplido de desprecio; cuando no llegó ríe y se sacó su abrigo oscuro y el justillo. Soltando el pecho, dejó caer la espada y el fusil dentro, luego rebuscó entre el montón de ropa y sacó una camisa roja ostentosamente atada con negro.

—La próxima vez entonces tú lo harás —dijo Finn.

—¿Alguna vez me has visto no tomar mi turno, hermano? El Comitatus tiene que tener nuestra reputación remachada dentro de sus gruesas cabezas. Keiro y Finn. Los intrépidos. Los mejores. —Vertió agua desde la jarra y se lavó.

Finn miraba con cansancio. En todo este infierno de gente deforme y hambrienta, de medios hombres y mendigos con viruela, su hermano de palabra era perfecto. Y él se preocupaba mucho para permanecer de esa forma.

Ahora, poniéndose la camiseta roja, Keiro enroscó un abalorio robado dentro de su melena y se miró a si mismo cuidadosamente en un fragmento de espejo.

Sin girarse dijo: —Jormanric te quiere.

Finn había estado esperándolo; a pesar de eso lo heló.

—¿Ahora?

—Justo ahora. Mejor será que te limpies.

Él no quería. Pero después de un momento vertió agua fresca y se refregó la grasa y aceite de sus brazos.

—Te respaldaré respecto a la mujer. Con una condición —dijo Keiro.

Finn se detuvo.



—¿Cuál?

—Qué me digas la verdad sobre de que se trata esto.

—No hay nada...

Keiro le tiró la ajada toalla.

—Finn, El Vidente de Estrellas no vende mujeres o niños. Amoz sí, o cualquiera de los casos difíciles. No tú.

Finn elevó la mirada; los ojos azules de Keiro lo miraban directamente de vuelta.

—Quizás solo me estoy volviendo como el resto de ustedes —él se secó su rostro en el áspero estropajo, luego, sin preocuparse por cambiarse, se dirigió a la puerta. A medio camino la voz de Keiro lo detuvo.

—Tú crees que ella sabe algo sobre ti.

Tristemente, Finn se giró.

—A veces deseo haber elegido a alguien menos agudo para vigilar mi espalda. Bien. Sí. Hay algo que ella dijo...que podría...que necesito preguntarle. La necesito viva.

Keiro se movió pasándolo en su camino a la puerta.

—Bueno, no suenes tan entusiasta o ella se matará en frente de tu rostro. Déjame hacer la mayoría de la parte hablada. —Él se fijó si había gente escuchando y miró por sobre su hombro—. Frunce el ceño y quédate en silencio, hermano. Es para lo que eres bueno.

\* \* \*

La puerta de la celda de Jormanric tenía a los usuales dos guardias frente a ella, pero una amplia sonrisa de parte de Keiro hizo al más cercano gruñir y dar un paso al lado. Siguiendo a su hermano de juramento dentro, Finn casi se ahogó con el familiar dulce hedor a ket, sus embriagadores vapores pesados en el aire. Se atrapó en su garganta; él tragó, tratando de no respirar muy profundo.

Keiro dio codazos a través de los pares de hermanos de juramento, justo hacia el frente, y Finn avanzó tras de su brillante abrigo rojo entre la monótona multitud.

La mayoría de ellos era medio hombres. Algunos tenían garras metálicas por manos, o tejidos plásticos en parches donde la piel se había ido. Uno tenía un ojo falso que se veía exactamente como el real, excepto que era ciego, el iris, un zafiro. Ellos eran los más bajo de los bajos, esclavizados y despreciados por los puros; hombres a los cuales la prisión había reparado, a veces cruelmente, a veces por capricho.

Uno, un hombre encogido similar a un enano con cabellos gruesos, no se salió del camino lo suficientemente rápido. Keiro lo mando al suelo de un solo golpe.

Keiro tenía un odio particular por los medio hombres. Él nunca les hablaba, y escasamente admitía que existían, no mucho más que los perros que infectaban la

Guarida. Como si, Finn pensaba, su propia perfección fuera insultada por su existencia.

La multitud se retrajo, y ellos estaban en medio de la partida de guerra. El Comitatus de Jormanric era una armada vacilante e irresponsable, audaz solo en su imaginación. El gran y pequeño Arko; Amoz y su gemelo, Zoma; la frágil chica Lis, quien enloquecía en las batallas; y su hermana de juramento, Ramill, que nunca decía una palabra. Un grupo de viejos rezagados y chicos temerarios de boca grande, astutos corta gargantas, y unas pocas mujeres expertas en pociones. Y, rodeado de sus guardaespaldas hechos de músculos, él hombre en sí mismo.

Jormanric como siempre estaba mascando ket. Sus pocos dientes trabajaban automáticamente, rojos con el dulce juego que teñía sus labios y barba. Tras de él sus guardias masticaban al unísono.

*Él debe ser totalmente inmune a la droga*, Finn pensaba. Casi como si no pudiera estar sin ella.

—¡Keiro! —la voz del Señor del Ala era un balbuceo—. Y Finn, El Vidente de Estrellas.

La última palabra estaba cargada de ironía. Finn frunció el ceño. Paso por el lado de Amoz y se paro hombro con hombro con su hermano de juramento.

Jormanric se sentaba desparramado en su silla. Era un hombre grande, y el trono tallado había sido hecho especialmente para él; sus brazos estaban mellados con líneas rayadas y teñidos con ket. Un esclavo conocido como el perro-esclavo estaba encadenado a él: los usaba para que probaran su comida en busca de veneno, y ninguno de ellos vivía mucho. Este era nuevo, tomado en la última redada, un corrillo de trapos y cabello enmarañado.

El Señor del Ala usaba un traje de guerra metálico y su cabello era largo y grasiento, tranzado y amarrado con encanto. Siete pesados anillos de cabezas de calaveras estaban apretados en sus gruesos dedos.

Él miró al Comitatus con una mirada escondida.

—Una buena redada, gente. Comida y metal puro. Suficiente para que la parte de todos sea abundante.

Un zumbido desde el fondo. Pero todos significaba solo el Comitatus; los que colgaban sobrevivirían en los raspones.

—Y aun así no tan rentable como podría haber sido. Algún idiota molesto a la Prisión. —Él escupió la ket y tomó otra pieza desde la caja de marfil en su codo, doblándola cuidadosamente en su mejilla—. Dos hombres fueron asesinados. —Él masticó lentamente, los ojos fijos en Finn—. Y un rehén fue tomado.

Finn abrió la boca, pero Keiro lo pisó firmemente en su pie. Nunca era una buena idea interrumpir a Jormanric. Él hablaba lentamente, con pausas irritantes, pero su apariencia de estupidez era engañadora.

Finn tragó, pero Keiro respondió, su voz fría.

—Señor de las Alas, mi hermano de juramento tomó un gran riesgo ahí arriba. Los Civiles pudieron fácilmente no haberse detenido o incluso parado. Debido a él tenemos suficiente comida para días. La mujer fue un capricho del momento, una pequeña recompensa. Pero por supuesto el Comitatus es suyo, la decisión es suya. Ella no significa nada de todos modos.

Ahí por supuesto había un suave sarcasmo. Jormanric no paró de mascar; Finn no sabía decir si el pinchazo de aguja de tan velada amenaza había sido alguna vez registrada.

Luego él vio a la Maestra. Estaba de pie a un lado, con guardias, cadenas uniendo sus manos. Había suciedad en su rostro, y su cabello se estaba desordenando. Ella debía de haber estado aterrorizada, pero se paraba erguida, su mirada en Keiro y luego, fríamente, en él. Él no pudo equiparar ese desdén. Miró hacia abajo, pero Keiro lo golpeó con el codo suavemente y por una vez se forzó a sí mismo a enderezarse, mirándolos fijamente a todos. El parecer débil, el verse dubitativo aquí, era el fin. Él no podía confiar en ninguno de ellos, excepto Keiro. Y solo debido al juramento.

De pie de forma arrogante él le devolvió la mirada enojada a Jormanric.

—¿Cuánto tiempo has pasado con nosotros? —El Señor del Ala demandó.

—Tres años.

—No eres un inocente ya, entonces. El vacío se ha ido de tus ojos. Ya no saltas ante los gritos. Ya no sollozas cuando las luces se van.

El Comitatus se rió disimulada y tontamente. Alguien dijo: —No ha matado a alguien aún.

—Es tiempo de que lo haga —Amoz murmuró.

Jormanric asintió, el metal en su pelo tintineando.

—Quizás es eso. —Sus ojos miraron a Finn, y Finn miró fijamente de vuelta, porque esta era una máscara borrosa que el Señor del Ala usaba, un inflado y ligero disfraz sobre su penetrante crueldad. Él sabía lo que iba a venir ahora; cuando Jormanric dijo, casi soñolientamente—. Podrías matar a esta mujer —él ni siquiera parpadeo.

—Podría Señor. Pero preferiría sacar algún provecho. Los escuche llamándola Maestra.

Jormanric elevó una ceja rojo ket.

—¿Rescate?

—Estoy seguro que pagarían. Esos camiones estaban cargados de bienes —se detuvo, necesitaba de Keiro para decirle que no dijera demasiado. Por un momento el miedo tembló de vuelta, pero luchó contra él. Cualquier rescate significaría que Jormanric tomaría parte. Seguramente lo sacudiría. Su codicia era legendaria.

La celda estaba en penumbras, las velas chorreando cera. Jormanric sirvió una copa de vino, le lanzó un poco a la pequeña criatura perro, y miró su regazo. Hasta

que él esclavo se sentó, a salvo, él lo bebió. Luego elevó su mano y la extendió para mostrar los siete anillos.

—¿Ves esto, chico? Estos anillos contienen vida. Vidas que he tomado. Cada uno de ellos fue una vez un enemigo, asesinado lentamente, atormentado en agonía. Cada uno de ellos está atrapado en un giro de mis dedos. Su aliento, su energía, su fuerza, sacada de ellos y contenida por mí, hasta que la necesite. Nueve vidas puede vivir un hombre, Finn, moviéndose de una a otra, desafiando a la muerte. Mi padre lo hizo, yo lo hare. Pero aún tengo solo siete.

El Comitatus se miró entre sí. Atrás, las mujeres susurraban; algunas luchando por ver los anillos por sobre las cabezas de la multitud. Los cráneos de playa brillaban en el aire cargado de droga; uno le cerró el ojo a Finn, de forma retorcida. Él mordió sus labios secos y probó ket; era salada como sangre, hizo que nubarrones nadaran en las esquinas de sus ojos. El sudor mojó su espalda.

La cámara era insoportablemente caliente; arriba en los cielos las ratas observaban, y un murciélago revoloteaba en la oscuridad. No vistos, en una esquina, tres niños rebuscaban en una pila de grano.

Jormanric se levanto a sí mismo. Era un hombre enorme, una cabeza más alto que todos los demás. Miró hacia abajo a Finn.

—Un hombre leal ofrecería la vida de esta mujer a su líder.

Silencio.

No había forma de escapar. Finn sabía que tendría que hacerlo. Miro a la Maestra. Ella lo miró de vuelta, pálida, su rostro demacrado.

Pero la voz fría de Keiro rompió la tensión.

—La vida de una mujer, ¿mi Señor? Una criatura de estados de ánimo y locura, ¿una cosa frágil e indefensa?

Ella no se veía indefensa. Se veía furiosa, y Finn la maldijo por eso. ¡Por qué ella no podía sollozar, rogar y gemir! Como si ella lo censara, dejó caer su cabeza, pero cada pulgada de ella estaba rígida con el orgullo.

Keiro agitó una graciosa mano.

—No mucha fuerza que un hombre pueda codiciar, pero si la quiere, es suya.

Esto era muy peligroso. Finn estaba aterrorizado. Nadie jugaba con Jormanric. Nadie lo hacía ver ridículo. Él no estaría tan ido en ket para no sentir ese empuje. Si la quiere. Si esta tan desesperado. Algunos de la partida de guerra entendieron. Zoma y Amoz intercambiaron sonrisas encubiertas.

Jormanric fulminó con la mirada. Miró hacia la mujer y ella miró enojada de vuelta. Luego él escupió otra hierba roja y alcanzó su espada.

—No soy tan exigente como los niños acicalados —él espetó.

Finn dio un paso adelante. Por un momento quería solo alejar a la mujer, pero Keiro tenía su brazo en un agarre de hierro y Jormanric se había girado hacia la Maestra; su espada estaba en su cuello, la afilada punta poniendo blanca la

delicada piel bajo su mentón, tirando de su cabeza hacia atrás. Era todo. *Lo que sea que ella supiera, Finn pensó amargado, nunca lo descubriría ahora.*

Una puerta golpeo en el fondo.

Una voz acida espetó.

—Su vida no vale nada hombre. Dásela al muchacho. Cualquiera que se acuesta antes de muerto es ya sea un tonto o un visionario. De cualquier forma, él merece la recompensa.

La multitud se apartó rápidamente. Un pequeño hombre avanzó, sus ropas del verde oscuro de los Sapienti. Era viejo pero erguido, e incluso el Comitatus se apartó. Él se acercó parándose junto a Finn; Jormanric lo miró pesadamente.

—Gildas ¿Qué te importa?

—Haz como te digo. —La voz del hombre viejo era severa; hablaba como a un niño—. Tomarás tus últimas dos vidas muy pronto. Pero ella —él apunto con su pulgar a la mujer—, no será una de ellas.

Cualquier otro estaría muerto. Cualquier otro habría sido remolcado hacia afuera y colgado en el agujero por sus tobillos mientras las ratas se comían sus interiores. Pero después de un segundo Jormanric bajó la espada.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Las promesas de los Sabios no deben ser rotas.

El viejo hombre respondió.

—No lo serán.

Jormanric lo miró. Luego guardo la espada.

—Tómala.

La mujer jadeo.

Gildas la miró fijamente irritado. Cuando ella no se movió, él tomó su brazo y la acercó.

—Sácala de aquí —él murmuró.

Finn dudo, pero Keiro se movió al momento, empujando a la mujer rápidamente por la multitud.

El agarre del viejo hombre, rápido como una garra, atrapó el brazo de Finn.

—¿Hubo una visión?

—Nada importante.

—Yo juzgaré eso. —Gildas miró hacia Keiro, luego de vuelta. Sus pequeños ojos negros estaban alerta; se movían con incansable inteligencia—. Quiero cada detalle, muchacho.

Miró hacia la marca de pájaro en la muñeca de Finn. Luego lo dejó ir.

Instantáneamente Finn se abrió paso en la multitud saliendo.

La mujer estaba esperando fuera, en la Guarida, ignorando a Keiro. Ella se giró y caminó delante de Finn hacia la pequeña celda en la esquina mientras él movía al guardia hacia un lado con un gesto de su cabeza.

La Maestra se giró.

—¿Qué clase de agujero de Escoria es este?

Él siseo.

—Escucha. Estás viva...

—No gracias a ti. —Ella se enderezó; era más alta que él, y si ira era venenosa—.

Lo que sea que quieres de mí, puedes olvidarlo. Ustedes, asesinos, pueden pudrirse en el infierno.

Tras de él, Keiro se inclinó en el marco de la puerta, sonriendo.

—Alguna gente no tiene absolutamente nada de gratitud —él dijo.

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”

—*The Times*, London

## 4

Traducción sos por Eli25  
Corregido por Nanis

*Finalmente, cuando todo estaba listo, Manor convenció al consejo de los Sapiienti y pidió voluntarios. Debían estar preparados para dejar la familia y lo amigos para siempre. Para dar la espalda a los verdes pastos, a lo árboles, a la luz del sol.*

*Nunca verían otra vez las estrellas.*

*—Estamos en los Wise —dijo él—. La responsabilidad del éxito es nuestra. Debemos enviar nuestras mejores mentes para guiar a los presos.*

*En la hora señalada, cuando se aproximó a la recámara de la puerta, ellos decían que él murmuraba que su miedo estaría vacío.*

*Le abrí la puerta. Hombres de setenta años y mujeres que le estaban esperando. En una gran ceremonia, ellos entraron en la Prisión.*

*Nunca se verían otra vez.*

*—Cuentos del Lobo de Acero.*

*“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”  
—The Times, London*

Esa tarde el Guardián hizo una cena para su honorable invitado.

La larga mesa estaba vestida con un magnífico servicio de plata, las copas y los platos grabados con cisnes enlazados.

Claudia llevaba un vestido de seda rojo con un corpiño de encaje y se sentó en el lado opuesto a Lord Evian, mientras su padre a la cabecera de la mesa comía con moderación y hablaba tranquilamente, su calmada mirada se movía sobre los nerviosos invitados.

Todos sus vecinos e inquilinos habían obedecido las órdenes. Y eso es lo que era, Claudia pensó sobriamente, porque cuando el Guardián de Incarceron hizo las invitaciones, no hubo rechazo. Incluso la Señora Sylvia, quien debía casi rondar los doscientos, flirteaba y hacía conversaciones remilgadas con el joven aburrido Lord cerca de ella.

Cuando Claudia miró, el joven Lord cuidadosamente sofocó un bostezo. Él la pilló mirando. Ella le sonrió dulcemente. Entonces ella le guiñó un ojo y él la miró. Ella supo que no debería reírse de él; era uno de los inquilinos de su padre, y la hija del Guardián estaría muy por encima de él. Aún así, ella estaba demasiado aburrida.

Después del interminable curso del pescado, pavo real, cerdo asado y confitura, hubo baile, los músicos encima de una galería iluminada con velas encima de un vestíbulo lleno de humo. Agachándose bajo los brazos levantados de la larga línea de bailarines se preguntó de repente si los instrumentos eran certeros, seguramente ¿las violas serían de un tiempo posterior? Eso dejaría detalles para Ralph. El viejo criado era un sirviente excelente, pero su búsqueda algunas veces era muy apresurada.

Cuando su padre no estuvo allí, a ella no le importó. Pero el Guardián era preciso con los detalles.

Fue bueno después de medianoche cuando finalmente vio a los últimos invitados irse hacia su carruaje y se quedaron de pie solos en los escalones de la casa. Detrás de ella, dos chicos unidos esperando adormilados, el canalón de sus linternas en la brisa.

—Vayan a la cama —dijo sin girarse. El brillo y el chisporroteo de las llamas cayeron.

La noche estaba tranquila.

Tan pronto como se fueron, ella bajó corriendo los escalones y bajo el arco de la garita del puente sobre el foso, respiró la profunda tranquilidad de la cálida noche. Los murciélagos revoloteaban en el cielo; observándoles, ella tiró el tieso collar y las cadenas, y de debajo del vestido salió de la combinación almidonada y las tiró con alivio en el viejo abandonado privado debajo del banco.

¡Mucho mejor! Podían quedarse allí hasta mañana.

Su padre se había retirado temprano.

Él había llevado a Lord Evian a la librería; ellos aún estaban allí, hablando de dinero y acuerdos y discutiendo su futuro. Y después, cuando su invitado se fuera y toda la casa estuviera en silencio, su padre apartaría la cortina de terciopelo negro al final del corredor y abriría la puerta de su estudio con su combinación secreta, la que ella había intentado durante meses resolver. Él desaparecería allí dentro durante horas, quizás durante días. Tanto como ella sabía, nadie más había entrado en la habitación. Ni sirvientes, ni técnicos, ni siquiera Medlicote, el secretario. Ni ella misma había estado dentro.

Bueno, aún no.

Levantando la mirada a la torrecilla norte vio, como había esperado, una llama diminuta en la ventana de la habitación más alta. Caminó rápidamente hacia la puerta en la pared, abriéndola, y subiendo las escaleras en la oscuridad.

Él pensaba en ella como tonta. Una cosa que él había hecho... engendrar, era su palabra.

Ella tensó sus labios, sus dedos tocaron la fría pared grasienta. Hace mucho ella había venido para saber si su crueldad era tan completa como para sobrevivir a lo que tendría que ajustarse.



¿Su padre la amaba? Cuando calmó su respiración en el descansillo de piedra rió, una tranquila diversión. No tenía ni idea. ¿Ella le amaba? Seguramente le temía.

Él le sonrió, algunas veces la había levantado cuando era pequeña, agarrado su mano en grandes ocasiones, incluso cuando había tenido rabietas y roto la cinta de perlas que la había dado, o montado durante días hacia las montañas. Y aún así cuando podía recordar la tranquilidad de sus fríos ojos grises la había aterrado, el terror de su desagrado colgaba de ella.

Más allá del tercer descansillo de las escaleras estaba abarrotado con pájaros abandonados. Ellos ciertamente eran reales.

Eligió el camino a través, andando a tientas a lo largo del pasillo hacia la curva, subiendo otros tres escalones, y acercándose a la puerta de barrotes de hierro. Agarrando el anillo, lo giró suavemente y miró fijamente dentro.

—¿Jared? Soy yo.

La habitación estaba oscura. Una vela solitaria ardía en el alfeizar, su llama se tambaleaba en la corriente. Todo alrededor de la torre, las ventanas habían sido remontadas, en un desprecio de protocolo que habría dado a los gatitos de Ralph. El tejado del observatorio se montaba en las vigas demasiado estrechas de acero, pareciendo que flotaba. Un gran telescopio había sido llevado para enfrentar el sur; erizándose con bastos dedos y lectores de infrarrojos y una pequeña pantalla de monitor parpadeante. Claudia sacudió su cabeza.

—¡Mira esto! Si la Reina respirara para ver esto, las multas nos paralizarían.

—No lo hará. No después del montón de sidra que bebió esta noche.

Al principio ella no podía encontrarle. Entonces una sombra en la ventana se movió y la oscuridad reveló una forma delgada que se enderezaba desde el visor.

—Echa una mirada a esto, Claudia.

Ella sintió su camino a través de la habitación, entre las mesas abarrotadas, el astrolabio, los globos colgando. Desorden, un cachorro de zorro pasó como una bala hacia el alfeizar. Él cogió su brazo y la guió hacia el telescopio.

—Nebula f345. Ellos lo llaman la Rosa.

Cuando ella miró, pudo ver por qué. La cremosa explosión de estrellas que llenaron el oscuro círculo del cielo se abrió como los pétalos de una vasta flor, milenaria atravesada de luces de años. Una flor de estrellas y estelar, mundos y agujeros negros, sus corazones fundidos pulsando con nubes de gases.

—¿Cuán lejos está? —murmuró ella.

—A miles de años luz.

—Así que ¿lo que estoy mirando tiene mil años?

—Quizás más.

Deslumbrada, retiró sus ojos de las lentes. Cuando se giró para enfrentarle, diminutos parpadeos de luz emborronaban su vista, jugando, sobre su enredado

pelo oscuro, su cara estrecha y su figura resuelta, la túnica sin atar debajo de su bata.

—Él sigue con la boda adelante —dijo ella.

Su tutor frunció el ceño.

—Sí. Por supuesto.

—¿Lo sabías?

—Sabía que los Earl habían sido expulsados de la Academia. —Él se movió dentro de la luz de la vela y vio que sus ojos verdes cogían el brillo—. Me enviaron un mensaje esta mañana. Creo que este podría ser el resultado.

Enfadada, ella quitó una pila de papeles del sofá tirándolo al suelo y sentándose cansinamente, levantando sus pies.

—Bueno, tenías razón. Tenemos dos días. Eso no va a ser suficiente, ¿verdad?

Él fue y se sentó opuesto a ella.

—Para finalizar las pruebas del dispositivo, no.

—Pareces cansado, Jared Sapiens —dijo ella.

—Así como tú, Claudia Arlexa.

Había sombras debajo de sus ojos y su piel estaba pálida. Gentilmente ella dijo:

—Deberías dormir más.

Él sacudió su cabeza.

—¿Mientras el universo está ahí fuera girando sobre mí? Imposible, señora.

Ella sabía que era el dolor lo que le mantenía despierto. Ahora llamó a la cría de zorro y vino y saltó a su regazo, frotando y restregando su pecho y cara. Distraídamente él golpeó su leonado lomo.

—Claudia, he estado pensando en tu teoría. Quiero que me digas como fue arreglado tu compromiso.

—Bueno, estabas aquí, ¿verdad?

Él sonrió con una sonrisa gentil.

—Podría ser para ti como que he estado aquí siempre, pero solo llegué en tu quince cumpleaños. El Guardián pidió a la Academia a los mejores Sapiens disponibles. El tutor de su hija no podría ser nada menos.

Recordando las palabras de su padre, ella frunció el ceño. Jared la miraba de lado.

—¿Dije algo?

—No tú. —Ella levantó una mano hacia el zorro pero se apartó de ella, metiéndose ordenadamente en los brazos de Jared. Así que ella dijo agriamente—: Bueno, depende de a que arreglo te refieres. He tenido dos.

—El primero.

—No puedo. Tenía cinco años. No lo recuerdo.

—Pero te prometieron en matrimonio con el hijo del Rey. A Giles.

—Como dijiste, la hija del Guardián no consigue el segundo mejor. —Ella se levantó de un salto y merodeó alrededor del observatorio, levantando papeles inquietamente.

Sus ojos verdes la observaron.

—Él era un apuesto chico pequeño, recuerdo.

De espaldas a él, dijo ella:

—Sí. Cada año llegaba un cuadro después de que el pintor de la Corte terminara un pequeño cuadro de él. Los tengo todos en una caja. Diez de ellos. Tenía el pelo marrón oscuro y simpático, cara robusta. Él habría sido un hombre magnífico

—ella se giró—. Solo le conocí una vez realmente. Cuando nos enviaron a la fiesta en la Corte de su diecisiete cumpleaños. Recuerdo a un chico sentado en un trono demasiado grande para él. Tuvieron que poner una caja a sus pies. Tenía grandes ojos marrones. Estaba autorizado para besarme en la mejilla, y estaba demasiado avergonzado —ella sonrió, recordando—.

Sabes como de rojos se ponen los chicos. Bueno, estaba escarlata. Todo lo que podía mascullar era: ‘Hola, Claudia Arlexa. Soy Giles.’ Me dio un montón de rosas. Las seguí conservando hasta que se cayeron a trozos.

Ella fue al telescopio y se sentó a horcajadas en el taburete, subiendo su vestido hacia sus rodillas.

El Sapient golpeó al zorro, observando a Claudia ocultar el ajuste y mirando a través de esto.

—Le gustarías.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca has tenido que pensar que él era de los Heir. Él era solo como cualquier otro chico. Sí, me gustaba. Podríamos haber conseguido seguir.

—Pero no su hermano, ¿los Earl? ¿Ni siquiera entonces?

Sus dedos se giraron en el fino disco.

—¡Oh él! —eso regreso la sonrisa—. No, sabía que me gustaría enseguida. Estafó al ajedrez y se filtró en un barco por si se perdía. Gritó a los sirvientes, y algunas de las chicas mayores me dijo cosas. Cuando mi...cuando el Guardián vino a casa y me dijo que Giles había muerto tan de repente...todos los planes tendrían que cambiar, estaba furiosa —ella se sentó y se giró rápidamente—.

Lo que te juré entonces lo mantengo. Maestro, no puedo casarme con Caspar. No me casaré con él. Le detesto.

—Cálmate, Claudia.

—¡Como podría! —estaba de pie ahora, paseando—. ¡Me siento como si todo chocara dentro de mí! Pensaba que tendríamos tiempo, ¡pero unos días! Tenemos que actuar, Jared. Tengo que entrar en el estudio, incluso si tu máquina está sin probar.

Él asintió. Entonces levantó al zorro y le tiró al suelo, ignorando sus gruñidos de disgusto.

—Vamos y miremos esto.

A un lado el monitor del telescopio relincho. Él tocó el control y la pantalla ondeó con palabras en la lengua Sapient de la cual, con todas sus súplicas, nunca le había enseñado ni una palabra. Cuando retrocedió a través de un bate lo levantó a través de la abierta habitación y desapareció en la noche. Claudia miró alrededor.

—Deberíamos ser cuidadosos.

—Cerraré la ventana en un momento —distráidamente Jared paró el texto—. Aquí —sus delicados dedos tocaron una Llave y la traducción apareció—. Mira. Esto es un fragmento de un cheque quemado de una carta escrita por la Reina, recuperada y copiada por un Sapient espía en el Palacio, hace tres años. Me pediste que encontrara algo que pudiera soportar tu absurda teoría...

—No es absurda.

—Bien, tu diferente teoría, entonces, que la muerte de Giles fue...

—Asesinado.

—Sospechosamente repentino. De todas formas, encontré esto —ella casi le empujó a un lado por su ansiedad.

—¿Cómo lo conseguiste?

Él levantó una ceja.

—Secretos de los Wise, Claudia. Solo digamos que un amigo en la Academia fue a buscar en los archivos. —Cuando él fue a las ventanas ella leyó el texto ansiosamente.

—...En cuanto al arreglo que hablamos antes, es desafortunado, pero grandes cambios a menudo requieren grandes sacrificios. G se ha mantenido distante de otros desde que su padre murió; el dolor de la gente será real pero vivirá poco y podemos contarlo. Apenas se necesita decir que tú parte revaluada más allá para nosotros. Cuando mi hijo sea Rey puedo prometerte todo lo que yo... —ella siseó con la irritación—. ¿Es que?

—La Reina siempre ha sido muy cuidadosa. Al menos tenemos a diecisiete personas en el Palacio, pero la prueba para nada es rara. —Él bajó la última ventana, tapando las estrellas—. Eso llevó mucho tiempo encontrarlo.

—¡Pero está demasiado claro! —Ansiosamente ella lo leyó otra vez—. Quiero decir... el dolor será real... Cuando mi hijo sea Rey...

Cuando él se acercó y levantó la lámpara ella le miró y sus ojos estaban brillantes por el entusiasmo.

—Maestro, esto prueba que ella le mató. Ella asesino al Rey de los Heir, al último de la Dinastía de los Havaarna, para que su medio hermano, su propio hijo, pudiera tener el trono.

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”

—The Times, London

Durante un momento él estuvo tranquilo. Entonces la llama se calmó y él la miró. Su corazón se hundió.

—No piensas así.

—Pensaba que te había enseñado mejor que eso, Claudia. Ser rigurosa en tu discusión. Todo esto lo que prueba es que ella intentaba que su hijo fuera Rey. No que ella hiciera algo por eso.

—Pero este G...

—Puede ser cualquier con esa inicial. —Implacablemente él la miró.

—¡No piensas eso! No puedes...

—La cuestión no es lo que yo piense, Claudia. Si haces una acusación así, necesitas pruebas para probarlo, ahí no puede haber alguna duda. —Él se calmó a sí mismo en una silla y se estremeció—. El Príncipe murió en una caída desde su caballo. Los médicos lo certificaron. Su cuerpo quedó tirado expuesto en el Gran Vestíbulo del Palacio durante tres días. Miles de carpetas lo pasaron. Tu propio padre...

—Ella debió haberle matado. Ella estaba celosa de él.

—Ella nunca mostró ningún signo de eso. Y el cuerpo fue quemado. No hay manera de decirlo ahora. —Él suspiró—. ¿No ves lo que parecerá esto, Claudia? Solo serás una chica estropeada a quien no le gustan los arreglos matrimoniales y está de acuerdo en rastrillar cualquier tipo de escándalo para salir de eso.

Ella dijo bruscamente. —¡No me importa! ¿Qué...

Él se sentó. —¡Quieta!

Ella se congeló. El zorro estaba de pie, las orejas levantadas. Un susurro de ráfaga de aire bajo la puerta.

Instantáneamente ambos se movieron. Claudia fue a la ventana en segundos, oscureciendo el cristal; girando, vio los dedos de Jared en el panel de control de los sensores y alarmas que había integrado en las escaleras. Pequeñas luces rojas bailaban.

—¿Qué? —susurró ella—. ¿Qué fue eso?

Durante un momento él no respondió. Luego su voz fue baja.

—Algo estaba ahí. Diminuto. Quizás un artefacto figón.

Su corazón latió. —¿Mi padre?

—¿Quién sabe? Quizás Lord Evian. Quizás Medlicote.

Se quedaron de pie durante mucho tiempo en la oscuridad. La noche estaba tranquila. En algún lugar un perro distante ladraba. Ellos podían oír el débil balar de las ovejas en el prado detrás del foso, y una lechuza, cazando. Después, un crujido en la habitación diciéndoles que el cachorro se había acurrucado para dormir. La vela se calmó y se apagó.

En el silencio ella dijo: —Voy a entrar en el estudio mañana. Si no puedo averiguar lo de Giles, al menos puedo aprender algo sobre Incarceron.

—Con él en la casa...

—Es mi última oportunidad.

Jared recorrió los largos dedos a través de su pelo desordenado.

—Claudia, debes irte. Hablaremos sobre esto mañana. —Entonces todo en su cara estaba blanco, sus manos planas en la mesa. Se inclinó sobre esta y respiró fuerte.

Ella fue alrededor del telescopio tranquilamente.

—¿Maestro?

—Mi medicación. Por favor.

Ella agarró la vela, la sacudió encendiéndola de nuevo y maldijo la Era durante cien veces.

—¿Dónde...? No puedo encontrarla...

—La caja azul. En el astrolabio.

Ella anduvo a tientas, agarrando lapiceros, papeles, libros, la caja. Dentro estaba la pequeña jeringuilla y las ampollas; cargando una con cuidado, se la llevó a él.

—¿Debería...?

Él sonrió gentilmente. —No. Puedo arreglármelas.

Ella le acercó la lámpara; él enrolló su manga y ella vio las innumerables cicatrices alrededor de la vena. Él puso la inyección cuidadosamente, el micro—infusor apenas tocó la piel, y cuando la reemplazó en la caja, su voz era tranquila y firme.

—Gracias, Claudia. Y no parezcas tan asustada. Esta condición me ha estado matando durante diez años y está dentro sin prisa. Probablemente llevará otros diez acabar conmigo.

Ella no podía sonreír. Momentos como este la aterraban.

—¿Debería enviar a alguien...?

—No, no. Me iré a la cama a dormir. —Le entregó la vela, él dijo—. Ten cuidado cuando bajes las escaleras.

Ella asintió, reluciente, y cruzó la habitación. En la puerta paró y se giró. Él estaba de pie como si estuviera esperando eso, cerrando la caja, el verde oscuro del abrigo del Sapient con su cuello alto destellando con extraña iridiscencia.

—Maestro, esa carta. ¿Sabes quien la escribió?

Él levantó la mirada tristemente.

—Sí. Y eso hace incluso más urgente que consigamos entrar en el estudio.

La vela parpadeó cuando ella respiró en la oscuridad.

—Quieres decir...

—También tengo miedo, Claudia. La carta de la Reina fue dirigida a tu padre.

## 5

Traducido por Virtxu  
Corregido por Nanis

*Había un hombre y su nombre era Sapphique. De dónde vino es un misterio. Algunos dicen que nació de la Cárcel, que se cultivó a partir de componentes almacenados. Otros dicen que vino de Fuera, porque es el único de los hombres que regresaron allí. Algunos dicen que no era un hombre en absoluto, sino una criatura de aquellas brillantes chispas lunáticas vistas en sueños y que nombran a las estrellas. Otros dicen que era un mentiroso y un tonto.*  
—*Leyendas de Sapphique*

—Tienes que comer algo. —Finn frunció el ceño hacia abajo a la mujer. Ella se sentó enfrente decididamente lejos de él, con una capucha sobre su rostro. No dijo una palabra.

Vació el plato y se sentó en el banco de madera junto a ella, frotándose los ojos cansados con las palmas de sus manos. Alrededor de ellos, el ruido del Comitatus en el desayuno se oía y repiqueteaba. Era una hora después del amanecer cuando las puertas que no se rompieron se habían abierto con una gran cantidad de sonido que le había llevado años de crecimiento acostumbrarse. Levantó la vista hacia el techo y vio a uno de los Ojos de la Prisión vigilando con curiosidad, la pequeña luz roja se quedó mirando hacia abajo sin pestañear.

Finn frunció el ceño. Nadie hacía caso de los Ojos, pero él los detestaba. Se levantó y le dio la espalda.

—Ven conmigo —espetó—. A algún lugar más tranquilo.

Caminó rápidamente, sin volverse para ver si ella le seguía. No podía esperar más por Keiro. Keiro había desaparecido para ir a ver su parte del botín, porque Keiro siempre veía esas cosas. Finn se había dado cuenta hace tiempo que su hermano de juramento estaba casi seguramente engañándole, pero a él nunca le había preocupado mucho. Ahora, agachándose bajo un arco, salió a la parte superior de una amplia escalera que se curvaba hacia abajo en la oscuridad con elegancia.

Aquí fuera el ruido fue silenciado e hizo un eco extraño en los espacios cavernosos. Unas pocas escuálidas niñas esclavas se apresuraron a pasarlos, pareciendo

aterrorizadas, como siempre hacían cuando uno de los Comitatus siquiera las miraba.

Del techo colgaban vastas cadenas invisibles como en los circuitos de grandes puentes, cada eslabón era más grueso que un hombre. En algunos de ellos las súper arañas habían anidado, cubriendo el metal con tela pegajosa. La mitad de un perro disecado colgaba cabeza abajo de un capullo.

Cuando se volvió, la Maestra estaba allí.

Dio un paso adelante, con la voz baja. —Escúchame. Tuve que traerte. No quiero hacerte daño. Pero de nuevo, en el corredor, dijiste algo. Dijiste que reconocías esto.

Arrastrando hacia atrás la manga, sostuvo su muñeca hacia ella.

Ella la dio una mirada desdeñosa.

—Sería tonta si sintiera lástima por ti.

La ira surgió en él, pero la sujetó.

—Necesito saber. No tengo ni idea de quién soy, lo que significa esta marca. No recuerdo nada.

Ahora ella lo miró. —¿Eres un nacido de célula?

El nombre le molestaba. —Eso es lo que ellos dicen.

—He oído hablar de ellos pero nunca he visto uno —ella dijo.

Finn desvió la mirada. Hablar de sí mismo le inquietaba. Pero sentía el interés de ella, esta podría ser su única oportunidad. Se sentó en el escalón más alto, sintiendo la fría piedra astillada bajo sus manos. Mirando fijamente hacia la oscuridad, dijo:

—Acababa de despertar. Eso fue todo. Era negro y silencioso y mi mente estaba totalmente vacía y no tenía idea de quién era o dónde estaba.

No podía decirle acerca de la angustia, el pánico terrible de gritar que había surgido y que le había hecho golpearse y magullarse a sí mismo contra las paredes de la diminuta celda sin aire.

No era posible decirle que había sollozado hasta que le dio un ataque de vómitos; que se había encogido en la esquina temblando por varios días —la esquina de su mente, la esquina de la celda, ya que las dos eran la misma y estaban igualmente vacías.

Tal vez ella lo adivinó, vino y se sentó junto a él, con un susurro de su vestido.

—¿Cuántos años tenías?

Se encogió de hombros. —¿Cómo voy a saberlo? Fue hace tres años.

—Unos quince años entonces. Suficientemente joven. He escuchado que algunos de ellos nacen dementes, y ya ancianos. Tuviste suerte.

La descubierta simpatía. Él la atrapó a pesar de la dureza de su voz, recordó su preocupación antes de la emboscada. Ella era una mujer que sentía por los demás. Esa era su debilidad y tendría que jugar con eso. Como Keiro le había enseñado.



—Yo estaba loco, Maestra. A veces todavía lo estoy. No te puedes imaginar lo que es no tener pasado, ni idea de tu nombre, de dónde vienes, dónde estás, lo que eres. Me di cuenta de que estaba vestido con un mono gris con un nombre impreso en él, y un número. El nombre era FINN, el número 0087/2314. Leí esos números una y otra vez. Me los aprendí, los rayé en las piedras con fragmentos afilados, corté letras de la sangre en mis brazos. Me arrastré por el suelo como un animal, sucio, mi pelo creció. Día y noche las luces se encendían y se apagaban. El alimento se deslizaba en una bandeja a través de la pared, los residuos salían de la misma manera. Una o dos veces hice un esfuerzo y traté de escarbar a través del agujero, pero se cerraba muy rápido. La mayoría de las veces estaba en una especie de estupor. Y cuando me dormía, tenía sueños terribles.

Ella lo estaba mirando. Sintió que se preguntaba cuánto era cierto. Sus manos eran fuertes y capaces, trabajó duro con ellas, él podía verlo, pero ella se había pintado las uñas de rojo también.

En silencio dijo: —No sé tu nombre.

—Mi nombre no importa. —Mantuvo su mirada nivelada—. He oído hablar de estas células. El Sapiienti lo llama Los Vientres de Incarceron. En ellos la prisión crea nuevas personas, surgen como niños pequeños o adultos, enteros, no como los medio hombres. Pero sólo los más jóvenes sobreviven. Los hijos de Incarceron.

—Algo sobrevivió. No estoy seguro de que fuera yo. —Quería hablarle de las pesadillas en imágenes fracturadas, las veces que se despertaba incluso ahora en el pánico del olvido, buscando a tientas su nombre, dónde estaba, hasta que la respiración tranquila de Keiro le tranquilizaba. En lugar de eso dijo—: Y siempre estaba el Ojo. Al principio no sabía lo que era, sólo lo notaba en la noche, un pequeño punto rojo brillante cerca del techo. Poco a poco me di cuenta de que estaba allí todo el tiempo, llegué a imaginar que me estaba mirando, que no tenía escapatoria. Empecé a pensar que había inteligencia detrás de él, curioso y cruel. Lo odiaba, me escondía lejos, acurrucado con mi cara contra las piedras húmedas para no verlo. Después de un tiempo, sin embargo, no podía dejar de mirar alrededor para comprobar que seguía allí. Se convirtió en una especie de comodidad. Tenía miedo de que se fuera, no podía soportar la idea de que me dejara. Fue entonces cuando empecé a hablar con él.

Él no le había dicho esto a Keiro aún. Su tranquilidad, su cercanía, ese olor a jabón y confort, tenía que haber conocido algo parecido a ellos una vez, porque esto hizo salir sus palabras, duras ahora, reacias.

—¿Alguna vez has hablado con Incarceron, Maestra? ¿En la noche más oscura, cuando todos duermen? ¿Le oraste y susurraste? ¿Le pediste que terminara con la pesadilla de la nada? Eso es lo que hacen los nacidos de célula. Porque no hay nadie más en el mundo. Él es el mundo.

Su voz sonó ahogada. Con cuidado de no mirarlo le dijo: —Nunca he estado sola. Tengo un marido. Tengo hijos.

Tragó saliva, sintiendo el pinchazo del enojo de ella por su auto-compasión. Tal vez ella estaba trabajando en él también. Él se mordió los labios y se apartó el pelo de los ojos, sabiendo que estos estaban húmedos y sin bondad.

—Bueno, tienes suerte, Maestra, porque yo no tenía a nadie, sino a la prisión y la prisión tiene un corazón de piedra. Pero poco a poco empecé a comprender que era enorme y que yo vivía en ella, que era una pequeña, criatura perdida, que me había comido. Yo era su hijo y él mi padre, enorme más allá del entendimiento. Y cuando estuve seguro de eso, tan seguro que estuve paralizado por el silencio, la puerta se abrió.

—¡Así que había una puerta! —Su voz estaba bordeada de sarcasmo.

—Estaba ahí. Todo el tiempo. Era pequeña y había sido invisible en la pared gris. Durante mucho tiempo, horas tal vez, solo miré el oscuro rectángulo, temiendo lo que pudiera pasar, los débiles sonidos y los olores de más allá. Finalmente, hice acopio de valor para rastrear y me asomé. —Él sabía que ella lo estaba mirando ahora. Se agarró las manos y siguió un ritmo constante—. Lo único fuera de la puerta era un pasillo blanco tubular iluminado desde arriba. Él iba directo en cualquier dirección, y no tenía aberturas, ni fin. Se introducía eternamente en la penumbra. Me arrastré hasta...

—¿Pudiste arreglártelas para caminar, entonces?

—Apenas. Tenía poca fuerza.

Ella sonrió, sin sentido del humor. Él se apresuró.

—Tropecé cuando mis piernas no me sostuvieron, pero el corredor era tan recto y sin rasgos distintivos como antes. Las luces se apagaron y sólo los Ojos me miraban. Cuando dejaba uno atrás había otro por delante, y eso me consolaba, porque estúpidamente pensé que Incarceron velaba por mí, lo que me daba seguridad. Dormí donde caí por la noche. En el amanecer había un plato de blanda comida blanca sobre mi cabeza. Me lo comí y seguí caminando. Durante dos días seguí ese corredor hasta que estuve convencido de que estaba caminando sobre el terreno, llegando a ninguna parte, que era el corredor el que se movía, yendo más allá de mí, que yo estaba en alguna terrible cinta de correr y caminaría por siempre. Luego me estrellé contra un muro de piedra. Le golpeé con desesperación. Se abrió, y caí dentro. En la oscuridad.

Él se quedó en silencio durante un tiempo.

—¿Y qué encontraste allí? —dijo ella.

Ella estaba fascinada, a pesar de sí misma. Finn se encogió de hombros.

—Cuando miré alrededor, estaba acostado sobre mi espalda en un carro con un montón de granos y una docena de ratas. El Comitatus me había recogido en una

de sus patrullas. Pudieron haberme esclavizado o cortarme el cuello. El Sapient fue quien los convenció de lo contrario. Aunque Keiro se aprovecha del crédito.

Ella se rió con dureza.

—Estoy segura que él lo hace. ¿Y nunca trataste de encontrar este túnel otra vez?

—Lo intento. Nunca he tenido éxito.

—Pero permaneces con estos... animales.

—No había nadie más. Y Keiro necesitaba un hermano de juramento, no se puede sobrevivir aquí sin él. Pensó en mis... visiones... esto podría serle útil, y tal vez reconoció que era suficiente temerario. Cortamos nuestras manos y mezclamos la sangre y nos pusimos debajo de un arco con cadenas juntas. Es lo que hacen aquí, un vínculo sagrado. Nos guardamos el uno al otro. Si uno muere, el otro se venga por él. Nunca se puede romper.

Ella miró a su alrededor.

—Él no es un hermano que yo escogería. ¿Y el Sapient?

Finn se encogió de hombros.

—Él cree que mis flashes de memoria son enviados por Sapphique. Para ayudarnos a encontrar la salida. —Ella guardó silencio. En el silencio dijo—: Ahora que sabes mi historia, hábleme de la marca en la piel. Has hablado de un cristal...

—Yo te ofrecí amabilidad. —Tenía los labios apretados—. A cambio estoy secuestrada y probablemente seré asesinada por un matón que se cree que puede almacenar la vida por sí mismo. ¡En anillos de plata!

—No bromees sobre eso —dijo Finn, inquieto—. Es peligroso.

—¿Lo crees? —Sonaba asombrada.

—Es cierto. Su padre vivió hace doscientos años...

—¡Basura total! —Su desprecio era absoluto—. Su padre pudo haber vivido hasta la vejez, pero probablemente porque él siempre tomó lo mejor de la comida y de la ropa, y les dejó el peligro a sus estúpidos seguidores. Como tú. —Ella se volvió y le miró—. Juegas con mi compasión. Sigues haciéndolo.

—No lo hago. Me puse en riesgo para salvarte. Lo viste.

La Maestra negó con la cabeza. Luego le agarró del brazo y antes de que pudiera alejarse, empujó la andrajosa manga hacia arriba. Su sucia piel estaba magullada pero sin cicatrices.

—¿Qué pasó con los cortes que te hiciste?

—Han sanado —dijo en voz baja.

Soltó la manga con disgusto y se alejó.

—¿Qué será de mí?

—Jormanric enviará un mensajero a tu gente. El rescate será valorado por tu peso.

—¿Y si no lo pagan?

—Sin duda lo harán.

—¿Y si no lo hacen? —Se dio la vuelta—. ¿Qué pasa?

Infelizmente, se encogió de hombros.

—Terminaras de esclava aquí. Procesando el mineral, fabricando armas. Es peligroso. Con poco alimento. Trabajas para ellos hasta la muerte.

Ella asintió con la cabeza. Mirando hacia fuera al vacío oscuro de la escalera, tomó un respiro y miró su bruma en el aire frío. Y dijo:

—En ese caso, haremos un trato. Les doy a ellos el cristal y tú me liberas. Esta noche.

Su corazón golpeaba. Sin embargo, dijo: —No es tan fácil...

—Es así de fácil. De otra forma no te daré nada, Finn, nacido de célula. Nada. Nunca.

Ella se volvió y sus ojos oscuros lo observaron fijamente.

—Soy la Maestra de mi pueblo y nunca me someteré a los Escoria.

*Era valiente*, pensó, pero no tenía ni idea. En menos de una hora Jormanric hubiera sido capaz de hacerla gritar cualquier cosa que él quisiera. Finn había visto eso con demasiada frecuencia, y le enfermaba.

—Tienen que traer eso con el rescate.

—No quiero que tengan que hacerlo. Quiero que me lleves a donde me encontraste, hoy, ante la cárcel. Una vez que lleguemos allí...

—No puedo. —Se puso de pie bruscamente. Detrás de ellos, el tañido de la campana de aviso envió una bandada de palomas cubiertas de hollín que infestaron el Den aleteando en la oscuridad—. ¡Ellos me despellejarían vivo!

—Es tu problema. —Ella sonrió con amargura—. Estoy segura que puedes inventar una historia. Eres un experto.

—Todo lo que te he dicho es verdad. —De pronto, necesitaba que le creyera.

Ella acercó su cara a él y sus ojos se volvieron feroces.

—¿Al igual que la historia sobre la mala suerte en la emboscada?

Finn le devolvió la mirada. Luego la bajó.

—No puedo liberarte. Pero juro que, si me consigues este cristal, volverás a casa con seguridad.

Por un momento el silencio fue glacial. Ella le dio la espalda y se abrazó a sí misma. Él sabía lo que ella estaba a punto de decirle. Su voz era sombría.

—Muy bien. Hace un tiempo mi pueblo irrumpió en una sala desierta. Había sido tapiada desde el interior, tal vez durante siglos. El aire era asqueroso. Cuando nos metimos, encontramos algunas ropas polvorientas, algunas joyas, el esqueleto de un hombre.

—¿Y? —Esperó, atento.

Ella lo miró de soslayo.

—En su mano había un pequeño artefacto cilíndrico de cristal o vidrio pesado. En él se encontraba un holograma de un águila con las alas abiertas. En una pinza sostenía una esfera. En torno a su cuello, como el tuyo, llevaba una corona. —Por

un momento no pudo hablar. Antes de que pudiera recuperar el aliento le dijo—: Debes jurar mi seguridad.

Quería coger la mano y correr con ella, ahora, de vuelta al eje y subir hasta el camino.

Pero dijo: —Tienen que pagar el rescate. No puedo hacer nada ahora, si lo intentamos, ambos estaríamos muertos. Keiro también.

La Maestra asintió con cansancio.

—Costará todo lo que tenemos al hacer mi peso en el tesoro.

Tragó saliva.

—Entonces, te lo juro, por mi vida, sobre la vida Keiro, que si lo hacen, ningún daño vendrá a ti. Que voy a hacer lo posible para que el cambio sea honesto. Eso es todo lo que puedo hacer.

La Maestra se irguió.

—Incluso si alguna vez fuiste un nacido de célula —susurró—, te están convirtiendo rápidamente en un Escoria. Y estás tan prisionero como yo.

Sin esperar su respuesta, se volvió y se internó hacia la Guarida. Poco a poco, Finn se pasó una mano por la parte posterior de su cuello, sintiendo la humedad del sudor. Se dio cuenta de que su cuerpo era un nudo de tensión, y se obligó a exhalar. Luego se quedó paralizado.

Una figura oscura estaba sentada, diez pasos por la oscura escalera, apoyada contra la balaustrada.

Finn frunció el ceño.

—¿No confías en mí?

—Eres un niño, Finn. Un inocente. —Keiro dio vueltas a una moneda de oro entre sus dedos de forma pensativa. Entonces él dijo—: No juraras por mi vida otra vez.

—No quise decir...

—¿No? —Con un brusco tirón su hermano de juramento se puso en pie, subió las escaleras, y se puso cara a cara con él—. Muy bien. Pero recuerda esto. Tú y yo estamos unidos por un juramento. Si Jormanric se entera de nuestra doble jugada de cualquier manera, ambos estaremos fuera como el último de sus preciados anillos. Pero no tengo la intención de morir, Finn. Y me lo debes. Te he traído a esta pandilla de guerra, cuando tu cabeza estaba vacía y estúpida por el miedo. —Se encogió de hombros—. A veces me pregunto por qué me molesté.

Finn tragó.

—Te molestaste porque nadie más aguantaba tu orgullo, tu arrogancia, y tus andanzas como ladronzuelo. Te molestaste porque viste que yo podría ser tan imprudente como tú. Y cuando estas ante Jormanric me necesitas a tu espalda.

Keiro levantó una ceja burlona.

—¿Qué te hace pensar...?

—Será algún día. Tal vez pronto. Así que ayúdame en esto, hermano, y yo te ayudaré. —Frunció el ceño—. Por favor. Significa mucho para mí.

—Estás obsesionado con la estúpida idea de que viniste de Fuera.

—No es estúpida. No para mí.

—Tú y Sapient. Ambos son un par de tontos. —Cuando él no respondió, Keiro se rió con dureza—. Naciste en Incarceron, Finn. Acéptalo. Nadie viene de Fuera. ¡Nadie se escapa! Incarceron está sellado. Todos nacimos aquí y todos vamos a morir aquí. Tu madre te dejó y no puedes recordarla. La cicatriz del pájaro es apenas una marca de tribu. Olvídalo.

No lo haría. No podía. Dijo tercamente: —Yo no nací aquí. No recuerdo ser un niño, pero fui uno. No recuerdo cómo llegué aquí, pero no fui engendrado por algún útero artificial con cables y productos químicos. Y esto —le levantó la muñeca—, lo demostrará.

Keiro se encogió de hombros.

—A veces pienso que todavía estás fuera de tu cabeza.

Finn frunció el ceño. Luego se fue de vuelta por las escaleras. En la parte superior tuvo que pasar por encima de algo agazapado en la oscuridad. Se veía como el perro-esclavo de Jormanric, forzando el final de su cadena para llegar a un tazón de agua que algún bromista había colocado fuera de su alcance. Finn le dio una patada al recipiente acercándolo y pasó frente a él.

La cadena del esclavo sonó.

A través de su maraña de pelo, sus ojos pequeños lo vieron alejarse.

“One of the best

written  
“...game.”

—The Times, London

## 6

Traducido por Cowdiem  
Corregido por Nanis

*Fue decidido desde el comienzo que la locación de Incarceron debía ser conocida solo por el Guardián. Todos los criminales, indeseables, políticos extremos, degenerados, y lunáticos serían transportados ahí. La Puerta sería sellada y el Experimento comenzaría. Era vital que nada pudiera perturbar el delicado balance de la programación de Incarceron, la cual proveería todo lo necesario —educación, dieta balanceada, ejercicios, bienestar espiritual, y trabajo útil— para crear un paraíso. Ciento cincuenta años han pasado.*

*El Guardián reporta que el progreso es excelente.*

*—Archivos de la Corte 4302/6*

—¡Eso estaba tan delicioso! —Lord Evian limpió sus labios regordetes con una servilleta blanca—. De verdad debes darme la receta, querida. Claudia dejó de golpetear con sus uñas el mantel y sonrió alegremente.

—Dispondré de una copia para usted, mi señor.

Su padre estaba observando desde la cabecera de la mesa, los restos de su ascético desayuno de dos rollos secos agrupados cerca en una pila al costado de su plato. Como ella, él había finalizado al menos media hora atrás pero su impaciencia estaba escondida con control de acero. Si él estaba impaciente, ella ni siquiera lo sabía.

Ahora él dijo: —Su Señoría y yo montaremos esta mañana, Claudia, y tomaremos un pequeño almuerzo a la 1 pm en punto. Después reanudaremos nuestras negociaciones.

*Sobre mi futuro*, ella pensó, pero solo asintió, notando la consternación del gordo Lord. Él no podía ser tan imbécil como parecía o la Reina no lo habría enviado, y aunque trataba con ahincó, unos pocos comentarios listos se habían filtrado. Pero él era con dificultades un jinete.

El Guardián estaba al tanto de eso. Su padre tenía un humor siniestro.

Mientras ella se levantaba, él se levantó con ella, meticulosamente educado, y sacó el pequeño reloj de oro de su bolsillo. La pieza del tiempo brilló. Era hermoso, digitalmente exacto, y totalmente fuera de Era. Era su única excentricidad, el reloj y la cadena y el pequeño cubo plateado que colgaba de ella.

Él dijo: —Quizás tocarías la campana, Claudia. Temo que ya te hemos alejado lo suficiente de tus estudios.

Ella fue rápidamente hacia la borla verde junto a la chimenea y él añadió sin levantar su cabeza.

—Hablé con el Maestro Jared en el jardín por la mañana. Se veía muy pálido. ¿Cómo ha estado su salud estos días?

Sus dedos se congelaron a una fracción de la campana. Luego la tiro firmemente.

—Él está bien, señor. Muy bien.

Él alejó el reloj.

—He estado considerando. No necesitarás de un tutor después de tu matrimonio, y, además, hay muchos Sapienti en la Corte. Quizás deberíamos permitirle a Jared retornar a la Academia.

Ella quería mirarlo fijamente con horror en el oscuro espejo, pero eso habría sido lo que él esperaba. Así que ella mantuvo su rostro alegre y se giro delicadamente.

—Como deseas. Lo extrañaría, por supuesto. Y estamos en medio de una fascinante lección de los Reinos Havaarna. Él sabe todo lo que deber ser sabido sobre ellos.

Sus ojos grises la observaron con detenimiento.

Si ella decía otra palabra, su consternación se mostraría y decidiría por él. Un pichón revoloteo en los azulejos afuera.

Lord Evian crujió poniéndose de pie.

—Bueno, si lo hace, Guardián, le aseguro que otra familia se lo arrebatará. Jared Sapiens es renombrado en el Reino. Él puede exigir honorarios. Poeta, filosofo, inventor, genio. Debería conservarlo, señor.

Claudia sonrió en agradable acuerdo pero por dentro estaba sorprendida. Era como si este grasiento hombre en traje azul de seda supiera lo que ella no podía decir por sí misma. Él sonrió de vuelta, sus pequeños ojos brillantes.

Los labios del Guardián estaban rígidos.

—Estoy seguro que está en lo cierto. ¿Deberíamos irnos, mi señor?

Claudia hizo una pequeña reverencia. Mientras su padre seguía a Evian y se giraba para cerrar la puerta, él encontró sus ojos. Luego las puertas se cerraron con un clic.

Ella suspiro aliviada. Como los ojos de un gato a un ratón, ella pensó. Pero todo lo que dijo fue:

—Ahora, por favor.

Instantáneamente un panel se retrajo; sirvientas y hombres corrieron y comenzaron a remover copas, platos, candelabros, adornos de centro, vasos, servilletas, platos de pescado desmenuzado, boles de fruta.

Las ventanas se abrieron de golpe apagando la luz de los candelabros; el fuego crepitante en la chimenea llena de troncos se desvaneció sin una bocanada de



madera quemada. El polvo se vaporizó, las cortinas cambiaron de color. El aire se endulzó a sí mismo con popurrí.

Dejándolos a ellos, Claudia se apuró. Cruzó el pasillo decorosamente sosteniendo sus faldas, luego corrió por la escalera de caracol de roble y se hundió a través de la puerta oculta en los campos, pasando instantáneamente de lujo artificial dentro de los fríos y grises corredores de los cuarteles de los sirvientes, paredes vacías atadas con cables y alambres y PowerPoint, pequeñas pantallas de cámaras y escáneres sónicos.

Las escaleras traseras eran de piedra, ella subió haciendo ruido y abrió la puerta acolchada entrando en un lujoso y perfecto corredor de la Era.

Dos pasos le tomó cruzar hacia su propia habitación.

Las sirvientas ya la habían limpiado. Cerró con doble cerrojo la puerta, encendiendo todas las cerraduras de seguridad, y cruzó hacia la ventana. Verdes y suaves, los pastos eran hermosos en el sol del verano.

El chico jardinero, Job, estaba deambulando con un saco y un palo puntiagudo, pinchando hojas secas. Ella no podía distinguir el pequeño implante musical en su oído, pero sus movimientos bruscos y puntadas súbitas la hicieron sonreír. Aunque si él Guardián lo veía, él sería despedido.

Girándose, ella abrió el cajón de su mesa de vestir, sacó el minicom, y lo activó. Parpadeo encendiéndose y le mostro un distorsionado eco de su propio rostro, grotesco en vidrio curvo.

Asombrada, ella dijo: —¿Maestro?

Una sombra. Dos vastas figuras y un pulgar bajaron y alejaron el alambique. Luego Jared se sentó ante el escondido recibidor.

—Estoy aquí, Claudia.

—¿Está todo listo? Salen a montar en pocos minutos.

Su delgado rostro se oscureció.

—Estoy preocupado por esto. Puede que el disco no funcione. Necesitamos pruebas...

—¡No hay tiempo! Voy a entrar hoy. Ahora.

Él suspiró. Ella sabía que él quería discutir, pero a pesar de todas sus preocupaciones, alguien podría estar escuchando; era peligroso decir demasiado.

En vez de eso, él murmuró: —Por favor se cuidadosa.

—Como me ha enseñado, Maestro. —Por un breve segundo ella pensó sobre la amenaza del Guardián hacia él, pero este no era el momento—. Empieza ahora

—ella dijo, y cortó la línea.

La habitación de ella era de caoba oscura; los enormes cuatro postes con colgaduras de terciopelo rojo, el probador bordado con el cisne negro cantando. Detrás de ella estaba lo que parecía un pequeño closet dentro de la pared, pero mientras avanzaba por la ilusión, se transformaba en un enorme baño con todos

los lujos —había límites incluso para la rigidez del Guardián en los protocolos. Mientras se ponía de pie sobre el asiento de la taza y miraba a través de la estrecha ventana, polvillo brillando al sol, giraba a su alrededor.

Podía ver el patio. Tres caballos estaban ensillados; su padre estaba de pie junto a uno, ambas manos enguantadas descansando en las riendas, y con un suprimido suspiro de alivio, vio que su secretario, un oscuro hombre vigilante llamado Medlicote, estaba trepando en la yegua gris.

Detrás, Lord Evian estaba siendo elevado sobre la silla por dos sudorosos mozos de cuadra. Claudia se preguntó cuanta de su cómica incomodidad era un acto, y si él había sido preparado para caballos de verdad o corceles cibernéticos. Evian y su padre estaban jugando un elaborado y letal juego de maneras e insultos, irritación y etiqueta. La molestaba, pero era como las cosas eran en la Corte.

El pensamiento de una vida futura así la dejó helada.

Para esconderse de ello, saltó, y se sacó el elaborado vestido. Bajo eso estaba usando un mono oscuro. Por un momento se miró a sí misma en el espejo. Las ropas te cambiaban. Hace mucho tiempo, el Rey Endor había sabido eso. Por eso él había detenido el tiempo, aprisionando a todos en dobles y vestidos, entumeciéndolos en conformidad y rigidez.

Ahora Claudia se sentía ágil y libre. Peligrosa, incluso. Se subió nuevamente. Estaban cabalgando a través de la casa de guarda. Su padre se detuvo y miró hacia la torre de Jared. Ella sonrió secretamente. Sabía lo que él podía ver.

Él podía verla a ella.

Jared había perfeccionado la imagen holográfica en las largas noches de insomnio. Cuando se la había mostrado a sí misma, sentándose, hablando, riendo, leyendo en el asiento de la ventana de la soleada torre, ella había estado fascinada y horrorizada.

—¡Esa no soy yo!

Él había sonreído.

—A nadie le gusta verse a sí mismo desde el exterior.

Ella había visto a una criatura impertinente con aires de suficiencia, su rostro una máscara de compostura, cada acción considerada, cada discurso ensayado. Superior y burlón.

—¿Así es como realmente soy?

Jared se había encogido de hombros.

—Es una imagen, Claudia. Digamos que es cómo puedes parecer.

Ahora, bajando de un salto y corriendo de vuelta a su habitación, miró a los caballos pasear elegantemente sobre el césped segado, Evian hablando, su padre en silencio. Job se había desvanecido, y el cielo azul estaba moteado con nubes altas.

Se irían por al menos una hora.

Tomó el pequeño disco desde su bolsillo, lo arrojó, lo atrapó y lo puso de nuevo en su lugar. Luego abrió la puerta de su dormitorio y miró hacia afuera. La larga galería corría a lo largo de la casa. Estaba formada por paneles de roble y decorada con retratos, libros en gabinetes, floreros azules en pedestales. Sobre cada puerta el busto de un emperador romano miraba severamente hacia abajo desde su soporte. Lejos hacia el final la luz del sol hacía brillar pastillas oblicuas a través de la pared, y una armadura resguardaba lo alto de las escaleras como una fantasma rígido.

Dio un paso, y los tablones crujieron. Los paneles eran viejos, y frunció el ceño, porque no había forma de cambiar eso. No había nada que pudiera hacer respecto a los bustos tampoco, pero mientras pasaba, tocaba el control de marco de cada pintura, oscureciéndolo —después de todo, sin duda había cámaras en algunos de ellos.

Sostuvo el disco suavemente en su mano; solo una vez dio un discreto pitido de advertencia, y ella ya sabía sobre eso, un entretejido de casi invisibles líneas fuera de la puerta del estudio, fácilmente se disolvieron.

Claudia miró de nuevo hacia atrás en el corredor. Lejos en la casa, una puerta se golpeó, un sirviente gritó. Aquí arriba en el sordo lujo del pasado, el aire estaba aromatizado con romero y enebro, pomas de lavanda crujiente en el armario de la lavandería.

La puerta del estudio estaba empotrada en la oscuridad. Era negra, y se veía como ébano; un panel vacío, excepto por el cisne. Enorme y malévolo, el pájaro miraba fijamente hacia ella, el cuello estirado en arrojado desafío, las alas amplias. Su pequeño ojo brillaba como si fuera un diamante o un ópalo oscuro.

*Preferentemente una mirilla, ella pensó.*

Tensa, levantó el disco de Jared y lo sostuvo con cuidado en la puerta; se apretó a sí mismo en ella con un suave clic metálico.

El instrumento tarareaba. Un pequeño quejido emergió de él, cambiando el tono y aumentando la frecuencia, como si cazara la intrincada combinación del candado arriba y abajo en la escala de sonidos. Jared había explicado pacientemente cómo funcionaba, pero ella no había estado escuchando realmente.

Impaciente, ella se inquietó. Luego se congeló.

Pasos subían corriendo las escaleras, suavemente golpeteando.

Quizás una de las sirvientas, a falta de otros. Claudia se apretó contra la alcoba, maldiciendo en silencio, casi no respirando.

Justo tras su oreja, el disco dio un suave y satisfecho golpe.

Al tiempo ella se giró, abrió la puerta, y estaba dentro en segundos, un brazo quedándose atrás para arrancar el disco.

Cuando la nana se apuro pasando con la ropa de cama, la puerta del estudio estaba tan oscura y firmemente cerrada como siempre.

Lentamente, Claudia retiró su ojo de la mirilla y respiró aliviada. Luego se puso rígida, sus hombros apretados con tensión. Una certeza curiosa y terrible barrió sobre ella de que la habitación no estaba vacía, que su padre estaba de pie a su espalda, lo suficiente para tocar, su sonrisa amarga. Que el hombre a caballo que ella había visto irse había sido su propia imagen holográfica, que la había atrapado como siempre lo hacía.

Se obligó a girar.

La habitación estaba vacía. Pero no era lo que había esperado. Para comenzar era muy grande. Totalmente no era. Y estaba inclinada.

Al menos lo pensó por un momento, porque los primeros pasos que dio en ese espacio fueron extrañamente inestables, como si el suelo se inclinara, o la perspectiva de las paredes grises desnudas se elevara en extraños ángulos. Algo se estremeció, hizo clic; luego la habitación pareció gentilmente estabilizarse, volverse normal, excepto por la calidez y la suave y dulce esencia y un tarareo bajo que no lograba identificar.

El cielo era alto y abovedado. Elegantes aparatos plateados se alineaban en las paredes, cada uno pestañeando con una pequeña luz roja. Una delgada franja de luz iluminaba solo el área directa bajo ella, revelando un solitario escritorio, y una ordenadamente alineada silla de metal.

El resto de la habitación estaba vacía. La única cosa a juego con el perfecto suelo era un pequeño punto negro. Se agachó para examinarlo. Un trozo de metal de algún aparato.

Asombrada, y aun no totalmente segura de estar sola, Claudia miró alrededor.

¿Dónde estaban las ventanas? Debería haber dos —ambas con miradores. Las podías ver desde afuera, y a través de ellas un cielo blanco y algunas repisas de libros. Seguido había considerado trepar hasta ellas por la vid para entrar. Desde afuera, la habitación se veía normal. No está activa e inclinada caja que era.

Avanzó, apretando el disco de Jared delicadamente, pero no registró ningún peligro. Alcanzando el escritorio, tocó su superficie lisa y suave y una pantalla se elevó silenciosamente sin controles visibles. Ella buscó, pero no había nada, así que asumió que operaba con voz.

—Comienza — dijo despacio.

Nada sucedió.

—Anda. Parte. Empezar. Iniciar.

La pantalla permaneció en blanco. Solo la habitación resonaba.

Debía de haber alguna clave. Se inclinó, puso ambas manos en el escritorio. Solo había una palabra en la que podía pensar, así que la dijo.

—Incarceron.

Ninguna imagen. Pero bajo los dedos de su mano izquierda un cajón se abrió. Dentro, en una cama de terciopelo negro, yacía una única llave. Era intrincada,

una red hilada de cristal. Embebida en el corazón de lo que parecía un águila coronada; la insignia real de la Dinastía Havaarna.

Acercándose, miro sus facetas que se iluminaban brillando. ¿Era diamante? ¿Vidrio? Atraída por su enorme belleza se acerco tanto que su aliento empañó la superficie fría, su sombra bloqueando la luz de arriba de modo que los brillos de arcoíris desaparecieron. ¿Sería acaso la Llave de Incarceron? Quería levantarla. Pero primero pasó el disco de Jared cuidadosamente sobre su superficie.

Nada.

Miró alrededor otra vez. Todo estaba quieto. Así que tomo la Llave.

La habitación se rompió. Las alarmas chillaron; rayos de laser dispararon desde la puerta, dejándola en una trampa de luz roja. Una reja de metal golpeó sobre la puerta; luces escondidas se encendieron y ella se quedo de pie congelada en una ráfaga de terror, su corazón golpeteando en su pecho, y en ese instante el disco le punzó con furia urgentemente en su pulgar.

Miró hacia abajo. El mensaje de Jared estaba ahogado en terror.

—¡Está volviendo! ¡Sal, Claudia! ¡Sal!

"One of the best  
fantasy novels written  
for a long time."  
—The Times, London

## 7

Traducido por darkemily  
Corregido por Nanis

*Una vez Sapphique llegó al final de un túnel y miró hacia abajo en una gran Cámara. Su piso estaba envenenado.*

*Una piscina de veneno. Vapores corrosivos se levantaban de la misma. A través de la oscuridad se extendía un tenso cable, y al otro lado una entrada se veía, con la luz más allá de ella.*

*Los internos del Ala trataron de disuadirlo.*

*—Muchos se han caído —dijeron ellos.*

*—Sus huesos se pudrirán en el lago negro. ¿Por qué usted debería ser diferente a cualquiera?*

*Él respondió: —Porque tengo sueños y en los sueños veo las estrellas —luego se giro a sí mismo sobre el alambre y comenzó a cruzar. Muchas veces él descansó, o colgó en el dolor.*

*Muchas veces lo llamaron para volver. Finalmente, después de horas, llegó al otro lado, y lo vieron tambalearse, y desaparecer por la puerta.*

*Este Sapphique, era moreno y delgado. Tenía el pelo lacio y largo. Su verdadero nombre es sólo para ser adivinado.*

*—Andanzas de Sapphique*

Gildas dijo irritado: —Le he dicho muchas veces. Fuera existe. Sapphique encontró un camino allí. Pero nadie viene —no aún.

—Usted no sabe eso.

El viejo se echo a reír, ocasionando el vaivén del piso. La jaula metálica colgaba alto sobre la cámara y era apenas lo suficientemente grande para ambos ponerse en cuclillas dentro.

Libros encadenados colgaban sobre ellos, instrumentos quirúrgicos, una gran cantidad de cajas de latón se balanceaban rellenas con muestras contaminadas. Estaban acolchadas por viejos colchones de paja que cayeron como una molesta nevada sobre los fogones y cacerolas. Lejos debajo, una mujer miraba para arriba gritando molesta. Entonces vio a Finn y se quedó en silencio.

—Lo sé, muchacho tonto, porque el Sapienti lo ha escrito —Gildas se puso una bota—. La prisión fue hecha para mantener lejos la Escoria de la humanidad, sellarlos lejos, exiliarlos de la tierra. Eso fue hace siglos, en el tiempo de Martor, en

los días la cárcel habló a los hombres. Setenta voluntarios Sapiienti entraron en la prisión para atender a sus internos, y después de ellos, la entrada fue sellada para siempre. Ellos enseñan su sabiduría a sus sucesores. Hasta los niños lo saben.

Finn frotó la empuñadura de su espada. Se sentía cansado y resentido.

—Nadie ha entrado desde entonces. Sabemos de las matrices también, aunque no sé dónde están. Incarceron es eficiente, fue diseñada para serlo. Ellos no malgastan materia inorgánica, sino que reciclan todo. En aquellas células ellos cultivan a nuevos internos. Quizás animales también.

—Pero me acuerdo de cosas... pedazos de cosas —Finn se apoderó de los barrotes de la jaula como si aferrase sus creencias, mirando a Keiro cruzar el suelo de la sala muy por debajo, con los brazos alrededor de dos muchachas que se reían tontamente.

La mirada de Gildas siguió la de él.

—Tú no lo haces. Tú sueñas con los misterios de Incarceron. Tus visiones nos mostrarán cómo escapar.

—No lo recuerdo.

El anciano lo miró exasperado. —Recuerdas qué...

Él se sintió tonto.

—Bueno... un pastel. Con pelotas de plata y siete velas. Había gente. Y música... mucha música... —se sentía de una manera extraña, contento, hasta que vio los ojos del anciano.

—Un pastel. Supongo que puede ser un símbolo. El número siete es importante. En el Sapiienti lo conocemos como el sigilo de Sapphique, debido al tiempo cuando él encontró el Escarabajo renegado.

—Yo estaba allí.

—Todo el mundo tiene recuerdos, Finn. Las visiones que descienden sobre ti son el gran regalo y extrañeza. El Vidente de Estrellas. Son extraordinarios. Las personas saben eso, los esclavos y los guerreros, incluso Jormanric. Está en la forma en que ellos te miran. A veces ellos te temen.

Finn se quedó en silencio. Odiaba los ataques. Ellos venían de repente, la enfermedad, mareos y desmayos que le aterraban, y el interrogatorio implacable de Gildas después de cada uno de ellos le dejaba temblando y enfermo.

—Un día voy a morir de uno —dijo en voz baja.

—Es verdad, pocas células nacidas viven para ser viejos —la voz de Gildas era dura, pero él apartó la mirada. Abrochando el cuello que adornaba sobre su túnica verde, murmuró—. El pasado es pasado, lo que fue, no importa más. Ponlo fuera de tu cabeza o te conducirá a la locura.

Finn dijo: —¿Cuántas otras células nacieron, lo sabes?

—Tres —Gildas tiró el final trenzado de su barba libre con irritación. Hizo una pausa—. Ustedes son seres raros. Yo gaste mi vida buscando antes de que te

encontrara. Se rumoreaba que un hombre de células originales mendigaba fuera de la Sala de los Leprosos, pero cuando finalmente lo convencí de hablar, me di cuenta de que su mente se había ido, él balbuceaba acerca de un huevo que hablaba, un gato que se desvaneció a apenas una sonrisa. Años más tarde, después de muchos rumores, me encontré con otro, un trabajador de la Civicry en el Ala de hielo. Ella parecía bastante normal, traté de convencerla de que hablara de sus visiones. Pero nunca lo hizo. Un día me enteré que se había ahorcado.

Finn tragó. —¿Por qué?

—Me dijeron que había comenzado gradualmente a creer que un niño la seguía, un niño invisible que agarraba sus faldas y la llamaba, se despertaba por la noche. Su voz la atormentaba. Ella no podía callarlo.

Finn se estremeció. Sabía que Gildas lo estaba observando. El Sapient dijo bruscamente: —Encontrarte aquí fue una posibilidad entre un millón, Finn. Sólo tú puedes guiar mi escape.

—No puedo...

—Tú puedes. Tú eres ahora mi profeta, Finn. Mi vínculo con Incarceron. Pronto me traerás la visión que he esperado toda una vida, la señal de que mi tiempo ha llegado, que debo seguir a Sapphique y el Exterior. Cada Sapient hace ese viaje. Ninguno ha tenido éxito, pero ninguno ha tenido una célula de origen para guiarlos.

Finn meneó la cabeza. Había oído esto durante años y todavía le daba miedo. El anciano estaba obsesionado con escapar, pero ¿cómo Finn podría ayudarle? ¿Cómo podrían destellos de memoria y el cosquilleo de la piel, la asfixia y caer inconsciente ayudar a alguien?

Gildas pasó junto a él y agarró la escalera de metal.

—No hable de esto. Ni siquiera a Keiro.

El bajó y sus ojos estaban a la altura de los pies de Finn antes que Finn murmurara.

—Se que Jormanric simplemente nunca te dejara irte.

Gildas miró a través de los peldaños. —Yo voy donde quiero.

—Él te necesita Él gobierna el Ala por ti. Solo él...

—Él va a administrar. Él es bueno en el miedo y la violencia.

Gildas descendió un peldaño, luego se detuvo, su rostro arrugado alumbrado con alegría repentina.

—¿Tú puedes imaginarte cómo será, Finn, un día, abrir una escotilla y salir de la oscuridad, de Incarceron? ¿Para ver las estrellas, para ver el sol?

Por un momento Finn se quedó en silencio, entonces se balanceó abajo sobre una cuerda por delante del Sapiente.

—Lo he visto.

Gildas se echó a reír con amargura.

—Sólo en las visiones, muchacho tonto. Sólo en los sueños.



Trepó con sorprendente agilidad por la diagonal cuerda y azoto sobre las escaleras. Finn siguió más despacio, la fricción caliente a través de los guantes de la cuerda.

Escape.

Era una palabra que le picaba como una avispa, una nitidez que atravesó su mente, un anhelo que prometió todo y no le decía nada. El Sapienti le enseñó que había encontrado una vez la salida de Sapphique, quien había escapado. Finn no estaba seguro de si creía eso. Las historias sobre Sapphique creció en la narración; cada narrador y poeta itinerante tenía una nueva. Si un solo hombre pudiera haber tenido todas esas aventuras, engañando a todos los señores del Ala, hacer ese viaje épico a través de las miles de Alas de Incarceron, él tendría que haber vivido por generaciones. Se dice que la prisión es vasta y desconocida, un laberinto de salas y escaleras, cámaras y torres más allá de número. O eso es lo que el Sapienti enseñó. Sus pies tocaron el suelo. Vislumbrando la iridiscencia de serpiente verde de la túnica de Gildas mientras el anciano se apresuraba a salir de la Guarida, Finn corrió tras él, asegurándose de que su hoja estuviera en la vaina y que tuviera varias dagas en la cintura.

El cristal de la Maestra era lo que le preocupaba ahora.

Y conseguirlo no iba a ser fácil.

El Abismo de Rescate estaba sólo a tres pasillos, y él cruzó los espacios vacíos oscuros rápidamente, alerta por las arañas o los halcones innatos que bajan en picada a gran altura en las vigas. Todo el mundo parecía estar allí ya. Oyó al Comitatus antes de venir a través del arco anterior; gritando y aullando insultos a través del abismo, su desprecio que sonaba detrás de las lisas losas imposibles de escalar.

En el lado lejano el Civicry esperaba, una línea de sombras.

El Abismo era una grieta irregular a través del piso, una pared vertical de obsidiana negra. Si una piedra fuera lanzada por ahí, el sonido nunca llegaría. El Comitatus lo consideraba sin fondo; algunos incluso decían que si caías en sus profundidades, caerías justo a través de Incarceron al corazón fundido de la tierra, y, desde luego, calor ascendía de él, una emanación que hacía al aire titilar. En el centro, separado por lo que sea con que la Prisión había formado el abismo, se erguía una roca fina como una aguja llamada la punta, su plana plataforma agrietada y desgastada. Desde cada lado, un puente de oscuro metal quemado y oxidado con grasa de cerdo te guiaba hacia allí. Era un lugar neutral que pertenecía a nadie, un lugar para treguas y pláticas, de dudas entre las tribus hostiles del Ala.

En el borde sin cercar, en la que a menudo tenían esclavos problemáticos lanzados gritando abajo, Jormanric estaba holgazaneado en su trono, el Comitatus a su alrededor, el pequeño perro-esclavo se agachó al final de su cadena.

—Míralo —la voz de Keiro susurró al oído de Finn—. Grande y grueso.

—Y tan vano como tú.

Su hermano de juramento resopló.

—Por lo menos tengo algo para ser vano.

Pero Finn estaba viendo a la Maestra. Cuando la introdujeron, los ojos miraron rápidamente en la multitud, los puentes desvinciados, la gente esperando en el aire brillante más allá.

Allí, sólo por un momento, un hombre gritó, y al oírlo su rostro perdió su compostura, ella tiró lejos de sus guardias y gritó: —Sim.

Finn se preguntó si esa era su marido.

—Vamos —le dijo a Keiro y le empujó hacia adelante.

Al verlos, la multitud regresó. *Está en la forma en que te miran*, Finn, pensó con amargura. Saber que el anciano tuviera razón lo hizo enfadar. Él pasó detrás de la Maestra y agarró su brazo.

—Recuerdas lo que dije. No hay daño que venga a ti. Pero ¿estás segura de que van a traer esta cosa?

Ella lo miró.

—Ellos no tienen nada a cambio. Algunas personas saben sobre el amor.

La burla le picó.

—Tal vez lo hice una vez.

Jormanric los miraba, sus ojos apagados casi centrados. Se pinchó un dedo en el puente y gritó.

—Prepárala.

Keiro sacó las manos de la mujer detrás de ella y puso grilletes sobre ellos.

Mirando, Finn murmuró: —Lo siento.

Ella le sostuvo la mirada.

—No tanto como yo por ti.

Keiro sonrió maliciosamente. Luego miró a Jormanric.

El Señor del Ala se levantó y caminó hasta el borde del abismo, mirando a cabo en el Civicry. La chainmesh<sup>1</sup> crujió cuando cruzó sus grandes brazos en el pecho.

—¡Escuchen! —tronó—. Ustedes la recuperan por su peso en oro. Ni más ni menos. Y eso significa que ninguna aleación o chatarra.

Sus palabras resonaron en el calor humeante.

—En primer lugar, su palabra de que no habrá traición. —La respuesta fue fría, con furia.

Jormanric sonrió abiertamente. El ket brillaba en sus dientes.

—¿Quieres mi palabra? No he guardado mi palabra, desde que tenía diez años y apuñale a mi propio hermano. Le invitamos a él.

---

<sup>1</sup> **Chainmesh:** Es un tipo de armadura que consiste en anillos de metal pequeños unidos entre sí en un patrón para formar una malla.

El Comitatus se rió. Detrás de ellos, la mitad en la sombra, Finn vio Gildas, con la cara agría.

Silencio.

Entonces, desde lo más profundo, en la bruma del calor resplandeciente vino un estruendo y un ruido sordo. Civicry arrastraba su tesoro a través de la punta. Finn se preguntó lo que había, mineral sin duda, pero Jormanric esperaba oro y platino y lo más precioso de todos los microcircuitos. Después de todo, el Civicry era uno de los grupos más ricos en el Ala. Ese había sido el motivo de la emboscada.

El puente se estremeció. La Maestra agarró la barandilla para mantener el equilibrio.

Finn dijo en voz baja: —Vámonos —miró detrás de sí mismo. Keiro había sacado su espada.

—Yo estoy aquí, hermano.

—No dejes a la perra ir antes de que consiga cada última onza —dijo con voz áspera Jormanric.

Finn frunció el ceño. Empujando a la Maestra al frente, empezó la travesía.

El puente era una red de cadenas tejidas, que se movía a cada paso. Dos veces él resbaló, una vez con tanta fuerza que la estructura entera se balanceó como loca y casi caen de la punta los tres al abismo. Keiro juró; los dedos de la Maestra con los nudillos blancos por la fuerza del agarre en los eslabones metálicos.

Finn no miró hacia abajo. Él sabía lo que estaba por debajo de lo negro: nada y el calor penetrante que subía y quemaba la cara, trayendo vapores extraños, soñolientos, era imprudente respirarlos.

A medida que avanzó hacia adelante, la voz de la Maestra, llegó de nuevo a él, dura y fría.

—Si no traen el... cristal... ¿Qué?

—¿Qué cristal? —Keiro preguntó socarronamente.

—Cállate —Finn dijo.

Por delante en la penumbra se veía la Civicry... tres hombres, según lo acordado, a la espera de la plataforma de pasada. Él camino cerca detrás de la Maestra.

—Aún no trate de huir, Jormanric tendrá veinte armas apuntando a ti.

—Yo no soy tonta —le espetó ella. Luego se subió a la punta.

Finn siguió, dio un gran suspiro de alivio. Fue un error. Los vapores de la neblina de calor ahogaban su garganta, tosió.

Keiro pasó junto a él, espada en mano y agarró el brazo de la mujer.

—Por esto.

Él la empujó a la plataforma de pasada. Era una enorme construcción de aluminio, arrastrada aquí en piezas y vuelta a montar con inmensa dificultad para ocasiones como ésta, aunque en todos los tiempos de Finn con la Comitatus nunca había visto que lo emplearan. Jormanric no suelen preocuparse por rescates.

—Mire fijamente el marcador, amigo —Keiro volvió sedosamente al líder Cívico—. No es tan ligera, ¿verdad? —sonrió.

—Tal vez debería haberla mantenido en una dieta estricta.

El hombre era robusto, envuelto en un abrigo de rayas, voluminoso, con armas ocultas. Haciendo caso omiso de la provocación de Keiro vino y echó un vistazo a la oxidada marca, intercambio una rápida mirada, y arranco con la Maestra de un modo rápido.

Finn lo reconoció de la emboscada. Al que habían llamado Sim.

El hombre dio a Finn una mirada sucia. Sin tomar riesgos, Keiro tiró de la Maestra hacia atrás y sostuvo su daga en el cuello.

—Ahora amontónense. Y no traten de hacer nada.

Un momento antes de que el tesoro comenzara a ser vertido, Finn se limpió el sudor de sus ojos. Tragó otra vez, tratando de no respirar demasiado fuerte, deseando desesperadamente haber atado algo más a su boca y nariz. El desmayo, horriblemente familiar, las manchas de color rojo comenzaron a nadar delante de sus ojos. *Ahora no*, pensó frenéticamente. *Por favor. Ahora no.*

Oro se deslizaba con un ruido metálico. Anillos, tazas, platos, candelabros elaborados. Una bolsa se volcó y monedas de plata cayeron en cascada hacia afuera, probablemente, forjado a partir del mineral de contrabando por comerciantes, a continuación, un diluvio de delicados componentes robados de la parte oscura y poco frecuentada del Ala. —Escarabajos rotos, lentes de ojos, una aspiradora de mano con su radar destrozado.

La aguja comenzó a moverse. Mirando, el Civicry vertió un saco de mercado y dos trozos pequeños de la preciosa madera de ébano que creció en algún lugar de un bosque enano, incluso Gildas sólo había oído rumores de eso.

Keiro sonrió abiertamente a Finn.

A medida que la aguja roja subía, un montón de alambres de cobre y Plastiglas pasó, un puñado de filamentos de cristal, un timón parchado, y tres láminas oxidadas que sin duda complementaban el buen golpe en primer lugar.

Los hombres trabajaban a toda prisa, pero estaba claro que se estaban quedando sin bienes. La Maestra veía con los labios apretados, la punta de cuchillo de Keiro en la piel debajo de su oreja.

El aliento de Finn fue desigual. Las provocadas punzadas de dolor detrás de sus ojos. Tragó saliva y trató de hablar en voz baja a Keiro, pero no tenía aliento y su hermano de juramento estaba mirando que el último saco de hojalatas inútiles, fuera colocado en el montón.

La aguja se balanceo. Paro de repente.

—Más —dijo en voz baja Keiro.

—No hay nada más.

Keiro se echó a reír.

—¿Le gusta el abrigo que usted lleva más que ella?

Sim se arrancó el abrigo y lo arrojó encima. Luego, con una mirada a la Maestra, arrojó su espada y fusil después de eso. Los otros dos hombres hicieron lo mismo. Se quedaron con las manos vacías y observaron cada uno de ellos el temblor de la aguja.

No acababa de llegar a la marca.

—Más —dijo Keiro.

—Por Dios —la voz de Sim era dura—. Deja que se vaya.

Keiro echó un vistazo a Finn.

—Ese cristal. ¿Está allí? —Mareado, Finn sacudió la cabeza.

Keiro sonrió fríamente a los hombres. Apretó la hoja de doble filo, un chorrillo brillaba de sangre oscura.

—Pida, señora.

Ella estaba muy tranquila. Dijo: —Ellos quieren el cristal, Sim. El que encontraste en el salón perdido.

—Maestra...

—Déselo a ellos.

Sim vaciló. Fue sólo un segundo, aunque a través de su náuseas Finn vio a la Maestra dar un golpe. Entonces el hombre metió la mano en la camisa y sacó un objeto que atrajo un rayo de luz, de manera que un arcoíris breve y ondulado estaba en sus dedos.

—Hemos descubierto algo —dijo—. Algo que hace... —ella lo detuvo con una mirada. Arrojó el cristal poco a poco hacia abajo en la pila.

La aguja tocó la marca.

A la vez Keiro empujó a la mujer lejos. Sim la agarró del brazo y tiró de ella hacia el segundo puente.

—¡Corre! —gritó.

Finn se agachó. La saliva brotó de su garganta mientras recogía el cristal. En su interior un águila extendía amplias sus alas. Era la misma marca que tenía en su muñeca. Finn miró hacia arriba.

La Maestra se detuvo y se volvió, con el rostro blanco.

—Espero que te destruya.

—Maestra—Sim tenía su brazo, pero ella se lo quitó de encima. Agarro las cadenas del segundo puente, se enfrentó a Finn y escupió las palabras.

—Maldigo el cristal, y te maldigo.

—No hay tiempo —dijo Finn con voz ronca—. Váyase.

—Usted ha destruido mi confianza. Mi compasión. Pensé que podía distinguir la verdad de las mentiras. Ahora nunca me atreveré a mostrar bondad a un desconocido nuevamente. Por esto nunca podré perdonarle.

Su odio lo quemó. Entonces, mientras se alejaba, el puente se sacudió.

El abismo se balanceo como loco. En un segundo de horror congelado, la Maestra gritó y se quedó sin aliento.

—¡No!

Tambaleándose dio un paso hacia ella. Luego Keiro se había apoderado de él y le gritaba, algo se resquebrajaba y como el dolor de cabeza había disminuido, vio las cadenas y remaches que sostenían el puente romperse y sacudirse, oyó un gran aullido de risa de Jormanric y supo que esto era una traición.

La Maestra se debió haber dado cuenta. Se puso de pie, recta.

Ella le vio a los ojos, entonces se había ido, ella y Sim y los demás se habían ido, hacia abajo y abajo, y el puente era un estruendo de golpes y arrojar artículos de ferretería que naufragan en un alboroto estrepitoso contra el lado del acantilado.

Los ecos de gritos se desvanecieron.

Doblando sus rodillas, Finn miró, horrorizado. Una ola de náuseas lo estremeció.

Se aferró al cristal, por el rugido en sus oídos oyó a Keiro decir con calma: —Yo debería haber adivinado que los viejos canalla harían eso. Y un trozo de vidrio no parece mucha ayuda a todos sus problemas. ¿Qué es?

Entonces Finn sabía, en un segundo de agria claridad, que tenía razón, que debía haber nacido fuera; ya sabía lo que tenía en su mano, un objeto que nadie en

Incarceron por generaciones habían tenido nunca o incluso conjeturar su propósito, y sin embargo era familiar para él, tenía una palabra para ello, él sabía cuáles era

Esto era una Llave.

La oscuridad y el dolor rugieron sobre él y lo tragaron. Él cayó en el apretón firme de Keiro...

## 8

## BAJO TIERRA, LAS ESTRELLAS SON LEYENDAS

Corregido por Sheilita Belikov  
Traducido por Nanis

*Los Años de Ira se terminaron y nada puede ser lo mismo.  
La guerra ha ahuecado la luna y quietado las mareas.  
Debemos encontrar una forma de vida más sencilla.  
Tenemos que retroceder hacia el pasado, todo el mundo y  
todas las cosas, en su lugar, en orden.  
La libertad es un pequeño precio a pagar por la supervivencia.  
—Decreto del Rey Endor*

Finn se sintió caer durante mil millas a lo largo del abismo antes de estrellarse contra un saliente. Sin aliento, levantó la cabeza. A su alrededor, la oscuridad rugió. A su lado, recostado contra la roca, alguien estaba sentado.

Finn dijo al instante: —La Llave...

—A tu lado.

Buscó a tientas en los escombros, sintiendo su lisa pesadez. Luego se volteó.

Un extraño estaba sentado allí. Era joven y tenía el pelo largo y oscuro. Llevaba un abrigo de cuello alto como un Sapient, pero estaba roto y remendado. Él señaló la pared de la roca y dijo: —Mira, Finn.

En la roca estaba un ojo de cerradura. Luz brillaba a través de él. Y Finn notó que la roca era una puerta, pequeña y negra, y en su transparencia, estrellas y galaxias estaban incrustadas.

—Este es el Tiempo. Esto es lo que tienes que abrir —Sapphique dijo.

Finn intentó levantar la Llave, pero era tan pesada que necesitó las dos manos, y aun así se tambaleó en su agarre.

—Ayúdame —jadeó.

Pero el agujero estaba cerrándose, rápidamente y para el momento en que logró estabilizar la Llave, no quedaba nada más que un agujero diminuto de luz.

—Muchos lo han intentado —Sapphique le susurró al oído—. Han muerto en el intento.

\*\*\*

Por un segundo Claudia estuvo inmóvil con desesperación.

Luego se movió. Metió la Llave de cristal en su bolsillo, utilizó el disco de Jared para hacer una perfecta holografía de la situada en el terciopelo negro y cerró de golpe el cajón. Con dedos calientes de sudor sacó la caja preparada especialmente para esta emergencia y volcó a las mariquitas. Volaron, aterrizando en el panel de control y en el piso. Luego ella pinchó el botón eléctrico azul en el disco rojo, giró y apuntó hacia la puerta.

Tres de las luces laser produjeron un sonido sibilante y desaparecieron. Se deslizó por el hueco que dejaron, retrocediendo de los pernos de armas imaginarias. La reja era una pesadilla; el disco se quejó y chasqueó, y ella chilló ante ello con desesperación, segura de que se descompondría, quedándose sin energía, pero poco a poco un agujero al rojo vivo se fundió en el metal mientras los átomos se mezclaban y reformaban.

En segundos lo atravesó, había abierto la puerta, estaba en el pasillo.

Estaba silencioso.

Asombrada, escuchó. Cuando la puerta del estudio se cerró detrás de ella, las alarmas de pánico se cortaron como si sonaran en algún otro mundo.

La casa estaba pacífica. Las palomas arrullaban. Y debajo de eso, oyó voces.

Echó a correr. Subió la escalera de servicio, derecho a los áticos, y luego por un pasadizo a través de las buhardillas de la servidumbre hasta la pequeña despensa en el extremo;apestaba a ajeno y clavo. Metiéndose de lleno, buscó a toda prisa el mecanismo que abría la antigua cámara secreta, sus uñas rasparon mugre y telarañas, y entonces, ¡sí, allí! El seguro apenas lo suficientemente ancho para su pulgar.

Cuando lo pinchó, el panel rechinó; arrojó su peso sobre él, empujando, maldiciendo, y temblando se abrió y ella cayó dentro.

Una vez que lo cerró y con su espalda contra él, pudo respirar.

Ante ella, el túnel a la torre de Jared circulaba en la oscuridad.

\* \* \*

Finn yacía torcido en su cama.

Se quedó allí un largo rato, gradualmente volviéndose consciente de los ruidos afuera de la Guarida, de alguien corriendo, del ruido de platos. Por último, tanteando con la mano, encontró que una manta había sido colocada cuidadosamente sobre él. Sus hombros y cuello dolían; el sudor frío lo enfriaba.

Se dio la vuelta y miró hacia el techo sucio. Ecos de un largo grito resonaban en sus oídos, el zumbido de alarmas y aterradoras luces intermitentes. Por un momento escalofriante tuvo la sensación de que su visión se había extendido a un túnel largo



y oscuro que la apartaba de él, que podía dar un paso hacia ella e ir a tientas en su camino hacia la luz.

Entonces Keiro dijo: —Ya era hora.

Borroso y distorsionado, su hermano de juramento vino y se sentó en la cama. Él hizo una mueca.

—Te ves brutal.

La voz de Finn, cuando la intento expulsar, fue ronca. —No.

Poco a poco se enfocó. La melena rubia de Keiro estaba recogida. Vestía la chaqueta de Sim a rayas con mucho más garbo que el que su propietario alguna vez tuvo, un ancho cinturón tachonado colgaba alrededor de sus caderas, con una daga enjorada atada a él. Abrió los brazos.

—Me sienta bien, ¿no te parece?

Finn no respondió. Una ola de ira y vergüenza se elevaba en alguna parte de él; su mente se retorció lejos de ella. Si la dejaba entrar, lo ahogaría.

Él gruñó: —¿Cuánto tiempo? ¿Qué tan mal?

—Dos horas. Te has perdido la repartición. Una vez más.

Cuidadosamente Finn se incorporó. El ataque lo dejó mareado y con la boca seca.

—Fue un poco más grave que de costumbre. Convulsiones. Te sacudiste y forcejeaste, pero te mantuve sujeto y Gildas se aseguró de que no te lastimaras a ti mismo. Nadie más presto mucha atención; estaban demasiado ocupados regodeándose en los tesoros. Te trajimos de regreso —dijo Keiro

Finn se sonrojó con desesperación. Los desmayos eran imposibles de predecir, y Gildas no sabía de ninguna cura, o eso dijo. Finn no tenía idea de lo que había pasado después de que la caliente y rugiente oscuridad lo envolviera, y no quería saber. Era una debilidad y estaba amargamente avergonzado de ella, incluso si el Comitatus le tenía gran respeto. Ahora se sentía como si hubiera salido de su cuerpo y hubiera vuelto para encontrarlo dolorido y vacío, que estaba atravesado dentro de él.

—No las tuve del Exterior. Estoy seguro de ello.

Keiro se encogió de hombros.

—Gildas está desesperado por oír hablar de tu visión.

Finn alzó la vista.

—Él puede esperar. —Hubo un silencio incómodo. En él dijo—: ¿Jormanric ordenó su muerte?

—¿Quién más? Es el tipo de cosa que lo divierte. Y es una advertencia para nosotros.

Malhumorado, Finn asintió con la cabeza. Balanceó los pies fuera de la cama y bajó la mirada a sus botas gastadas.

—Voy a matarlo por eso.

Keiro levantó una ceja elegante.

—Hermano, ¿por qué molestarse? Tienes lo que querías.

—Le di mi palabra. Le dije que estaría a salvo.

Keiro lo miró un momento y luego dijo: —Somos Escoria, Finn. Nuestra palabra no significa nada. Ella lo sabía. Era un rehén; si ellos te hubieran agarrado, el Civicy probablemente habría hecho lo mismo, así que no pienses más en ello. Ya te he dicho antes, cavilas sobre las cosas demasiado. Eso te hace débil. No hay lugar para la debilidad en Incarceron. No hay piedad para un error fatal. Aquí es matar o ser matado. —Estaba con la mirada fija directamente al frente y había una extraña amargura en su voz que era nueva para Finn. Pero cuando se dio la vuelta, su sonrisa era afilada—. Así que. ¿Qué es una Llave, entonces?

El corazón de Finn latió con fuerza.

—¡La Llave! ¿Dónde está?

Keiro sacudió la cabeza con asombro fingido.

—¿Qué harías sin mí? —Levantó la mano y Finn vio que el cristal estaba colgando de un dedo en forma de gancho.

La asió, pero Keiro la apartó de un tirón.

—Dije: ¿qué es una Llave?

Finn se lamió los labios secos.

—Una Llave es un dispositivo que abre.

—¿Abre?

—Abre cerraduras.

Keiro estaba alerta.

—¿Las Cerraduras del Ala? ¿Cualquier puerta?

—¡No sé! Sólo... la reconocí. —Extendió la mano a toda prisa y la agarró, y esta vez, a regañadientes, Keiro la dejó ir.

El artefacto era pesado, tejido de extraños filamentos vidriosos, y el águila holográfica en su corazón deslumbró a Finn majestuosamente. Vio que llevaba un fino collar en forma de corona alrededor de su cuello, y tirando hacia atrás su manga, lo comparó con las desdibujadas marcas azules en su piel.

Por encima del hombro Keiro dijo: —Se ven iguales.

—Son idénticas.

—Pero eso no significa nada. De hecho, en todo caso, significa que naciste en el Interior.

—Esto no proviene del Interior —Finn la acunó en ambas manos—. Mírala. ¿Qué material como este tenemos? La hechura...

—La Prisión podría haberla hecho.

Finn no dijo nada.

Pero en ese momento, como si hubiera estado escuchando, la Prisión apagó todas las luces.

\* \* \*

Cuando el Guardián suavemente abrió la puerta del observatorio la pared-pantalla estaba iluminada con imágenes de los Reyes Havaarna de la Decimoctava Dinastía, esas generaciones decadentes que las políticas sociales han llevado directamente a los Años de Ira. Jared estaba sentado en el escritorio, con un pie apoyado en el respaldo de la silla de Claudia, el cachorro de zorro en sus brazos; ella estaba inclinada hacia adelante y leyendo de un bloc en su mano.

—...Alejandro el Sexto, Restaurador del Reino. Creó el Contrato de la Dualidad. Cerró todos los teatros y formas públicas de entretenimiento.. ¿Por qué hizo eso?

—Miedo —dijo Jared secamente—. En ese tiempo cualquier grupo de personas era visto como una amenaza al orden.

Claudia sonrió, con la garganta seca. Esto era lo que su padre precisaba ver; su hija y su querido tutor. Por supuesto, él sabría perfectamente que ellos sabían que él estaba aquí.

—Ejem.

Claudia saltó; Jared miró a su alrededor. Su sorpresa fue magistral.

El Guardián sonrió con una sonrisa fría, como si él la admirara.

—¿Señor? —Claudia se puso de pie, desarrugando su vestido de seda—. ¿Está ya de vuelta? Creí que había dicho a la una.

—Eso fue de hecho lo que dije. ¿Puedo pasar, Maestro?

—Por supuesto —dijo Jared y el cachorro corrió de sus manos y saltó hasta las estanterías—. Estamos honrados, Guardián.

El Guardián se acercó a la mesa llena de aparatos y tocó un alambique.

—Los detalles de su Era son un poco... excéntricos, Jared. Pero los Sapiienti no están tan obligados por el Protocolo, por supuesto. —Levantó la delicada cristalería y la alzó de manera que su ojo izquierdo, muy amplificado, mirara a través de él—. Los Sapiienti hacen su voluntad. Inventan, experimentan, mantienen la mente de la humanidad activa, incluso en la tiranía del pasado. Siempre en busca de nuevas fuentes de energía, nuevas curas. Admirable. Pero dime, ¿Qué tanto esta mi hija progresando?

Jared enlazó sus delicados dedos. Esmeradamente, dijo: —Claudia es siempre una alumna notable.

—Una erudita.

—Efectivamente.

—¿Inteligente y capaz? —El Guardián bajó el vidrio. Sus ojos estaban fijos en ella; ella levantó la vista y le devolvió la mirada serenamente.

—Estoy seguro —Jared murmuró—, que va a ser un éxito en todo lo que intenté.

—Y no intentara nada. —El Guardián abrió los dedos y el matraz cayó. Golpeó la esquina del escritorio y se estrelló, una explosión de fragmentos de vidrio, que mando a un cuervo chillando a través la ventana.

Jared había saltado de nuevo; ahora paralizándose. Claudia estaba detrás de él, inmóvil.

—¡Lo siento mucho! —El Guardián inspeccionó el destrozo tranquilamente, luego sacó un pañuelo y se limpió los dedos—. La torpeza de la edad, me temo. Espero que no contuviera ¿nada importante?

Jared negó con la cabeza; Claudia percibió el más leve atisbo de sudor en su frente. Sabía que su propio rostro estaba pálido.

Su padre dijo: —Claudia, te interesará saber que Lord Evian y yo hemos finalizado los arreglos de la dote. Es mejor que empieces a reunir tu ajuar de novia, querida.

En la puerta él se detuvo. Jared se había agachado y estaba recogiendo los afilados y curvados fragmentos de vidrio. Claudia no se movió. Observó al Guardián, y su aspecto le recordó, por un momento, a su propio reflejo cuando se miraba en el espejo cada mañana.

Él dijo: —No voy a tomar el almuerzo, después de todo. Tengo mucho trabajo por hacer. En mi estudio. Parece que tenemos un problema de insectos.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, ninguno de ellos habló. Claudia se sentó, y Jared arrojó el vidrio dentro de un triturador y conectó el monitor a la escalera de la torre. Juntos observaron a las figuras oscuras y angulosas de los Carceleros escoger un camino exigente a través del excremento de ratón y telarañas colgantes.

Finalmente Jared dijo: —Él lo sabe.

—Por supuesto que lo sabe. —Claudia se dio cuenta que estaba temblando; tiró un viejo abrigo de Jared alrededor de sus hombros. Tenía el mono debajo de su vestido, sus zapatos estaban en el pie equivocado, y su pelo estaba recogido en una maraña sudorosa—. Él vino aquí sólo para mostrarnos eso.

—Él no cree que las mariquitas activaran las alarmas.

—Ya te dije. La habitación no tiene ventanas. Pero él no quiere admitir que obtuve lo mejor de él, y nunca lo hará. Así que sigámosle el juego.

—Pero la Llave... para llevarla...

—No lo sabrá si sólo abre el cajón y la mira. Sólo cuando trate de cogerla. Puedo devolver la original antes de ese momento.

Jared se secó la cara con una mano. Se sentó temblorosamente.

—Un Sapient no debería decir esto, pero él me aterra.

—¿Estás bien?

Él dirigió sus ojos oscuros hacia ella, y el cachorro de zorro saltó hacia debajo de nuevo y con su pata tocó su rodilla.

—Sí. Pero por otra parte tú me aterras por igual, Claudia. ¿A cuenta de qué la robaste? ¿Querías que él supiera que fuiste tú?

Ella frunció el ceño. A veces él era demasiado perspicaz.

—¿Dónde está?

Jared la miró un momento y luego hizo un gesto pesaroso. Levantó la tapa de una vasija de barro de inmersión y sumergió un gancho, sacó la Llave del formaldehído. El olor acre del producto químico llenó la habitación; Claudia apretó la manga del abrigo sobre su rostro.

—Dios. ¿No había otro sitio?

Ella la había metido en su mano y había estado demasiado ocupada vistiéndose para ver donde la ponía. Ahora él la desenvolvió cuidadosamente del sello protector y la puso sobre la madera nudosa y chamuscada de la mesa de trabajo. Bajaron la mirada hacia ella.

Era hermosa. Ella podía ver eso claramente, sus facetas capturaban la luz del sol desde la ventana con brillantes destellos multicolores. Incrustada en su corazón el águila coronada resplandecía soberbiamente.

Pero parecía demasiado frágil para girar en cualquier cerradura, y su transparencia no mostraba circuitos.

Ella dijo: —¡La contraseña para abrir el cajón fue Incarceron!

Jared enarcó una ceja.

—Así que pensaste...

—Es obvio, ¿no? ¿Qué más podría abrir una Llave? Nada en esta casa tiene una Llave así.

—No tenemos idea de dónde está Incarceron. Y si lo hiciéramos no podríamos utilizarla.

Ella frunció el ceño.

—Tengo la intención de averiguarlo.

Por un momento Jared lo consideró. Entonces, mientras ella observaba, colocó la Llave en una pequeña balanza y la pesó con precisión, sacó su masa y longitud, tomando nota de los resultados en su escritura meticulosa.

—No es de vidrio. Un cristal de silicato. Además—ajustó la balanza—, tiene un campo electromagnético muy peculiar. Yo diría que no es una Llave en un sentido estrictamente mecánico, sino una tecnología muy compleja, muy pre-Era. No sólo abrirá una puerta de la prisión, Claudia.

Ella había supuesto eso. Se sentó de nuevo y dijo pensativamente: —Solía estar celosa de la Prisión.

Sorprendido, él se volvió, y ella se echó a reír.

—Sí. En serio. Cuando era pequeña y estábamos en la Corte. Las personas acudían a verlo—el Guardián de Incarceron, el Custodio de los Reclusos, Protector del Reino. No sabía lo que significaban las palabras, pero las odiaba. Pensé que Incarceron era una persona, otra hija, una secreta hermana gemela malévola. La odiaba —cogió un par de compases de la mesa y los abrió—. Cuando me di cuenta

que era una prisión, me lo imaginaba bajando a las sótanos de aquí con una linterna y una enorme Llave —una Llave oxidada y antigua. Habría una enorme puerta, tachonada y clavada con la carne seca de los criminales.

Jared negó con la cabeza.

—Demasiadas novelas góticas.

Ella equilibró los compases en un punto y los giró.

—Durante un tiempo soñé con la Prisión, me imaginaba a los ladrones y asesinos profundamente debajo de la casa, golpeando las puertas, luchando por salir, y yo solía despertarme asustada, pensando que los podía oír venir por mí. Y entonces comprendí que no era así de simple —levantó la vista—. Esa pantalla en el estudio. Él debe ser capaz de monitorearla desde allí.

Jared asintió y cruzó los brazos.

—Incarceron, todos los registros dicen, fue hecha y sellada. Nadie entra o sale. El Guardián supervisa su progreso. Sólo él conoce su ubicación. Hay una teoría, una muy antigua, de que se encuentra bajo tierra, a muchas millas debajo de la superficie de la tierra, un vasto laberinto. Tras los Años de Ira, la mitad de la población fue removida allí. Una gran injusticia, Claudia.

Ella tocó la Llave ligeramente.

—Sí. Pero nada de esto me ayuda. Necesité alguna prueba del asesinato, no... —Un parpadeo.

Una disolución de luz.

Ella sacudió su dedo lejos.

—¡Asombroso! —Jared aspiró.

Una huella digital de la oscuridad permaneció en el cristal, una abertura circular negra, como un ojo. Dentro de él, a lo lejos, vieron dos destellos de luz en movimiento, pequeños como estrellas.

## 9

Traducido por dark heaven  
Corregido por kuami

*Eres mi padre, Incarceron.*

*Nací de tu dolor.*

*Los huesos de acero; circuitos para las venas.*

*Mi corazón una bóveda de hierro.*

—*Canciones de Sapphique*

Keiro levantó la linterna.

—¿Dónde estás, Sabio? —Gildas no había estado en su jaula para dormir o en cualquier parte de la cámara principal, donde los Comitatus habían encendido bengalas en cada brasero provocadoramente y estaban celebrando su victoria con una canción estridente y jactanciosa.

Había tomado algunos rivales de Keiro entre el puñado de esclavos para encontrar a alguien que hubiera visto al viejo hombre, partiendo hasta las chozas. Ahora que habían logrado arrastrarlo a una celda pequeña; estaba vendando una supurante ulceración de la pierna de un niño esclavo, con su madre sosteniendo una débil vela y esperando con ansiedad.

—Estoy aquí —Gildas miró alrededor—. Trae una linterna más grande. No puedo ver nada.

Finn entró y vio el rayo de luz sobre el muchacho, notando cómo se veía enfermo.

—Ánimo —dijo con brusquedad.

El niño sonrió, aterrorizado.

—Si sólo usted lo toca, señor —murmuró la madre.

Finn se dio vuelta. Una vez ella podría haber sido bonita; pero ahora estaba demacrada y delgada.

—Un toque del vidente de estrellas, cura, dicen.

—Disparates sangrientos supersticiosos —Gildas, resopló atando el nudo, pero Finn lo hizo de todos modos, poniendo los dedos suavemente en la frente caliente del muchacho.

—No es tan diferente a la suya, Sabio —dijo Keiro suavemente.

Gildas se enderezó, se limpió los dedos en su chaqueta e ignoró la provocación.

—Bueno, eso es lo mejor que puedo hacer. La herida necesita drenar. Manténgala limpia.

Mientras lo seguían gruñó.

—Siempre más infecciones, más enfermedades. Necesitamos antibióticos no oro y hojalata.

Finn conocía este estado de ánimo; la tenebrosa oscuridad que le impedía a veces durante días abandonar su jaula, leyendo, durmiendo, sin hablar con nadie. La muerte de la Maestra seguía atormentando al anciano. Así, de pronto dijo:

—Vi a Sapphique.

—¿Qué! —Gildas se detuvo en seco. Incluso Keiro parecía interesado.

—Él dijo...

—Espera. —El Sapiient miró a su alrededor a toda prisa—. Aquí.

Era un arco oscuro y llevaba una de las cadenas que colgaban en grandes bucles del techo de la guarida. Gildas se puso el pie en los enlaces y subió hasta que la oscuridad lo ocultó, cuando Finn se encaramó detrás de él se encontró con el anciano en una estrecha plataforma alta de la pared, empujando desechos de ave antiguas y nidos a un lado.

—No me voy a sentar en eso —dijo Keiro.

—Quédate de pie entonces. —Gildas tomó la linterna de Finn y la apoyó en la cadena—. Ahora. Cuéntamelo todo. Cada palabra, exactamente.

Finn puso sus pies sobre el borde y miró hacia abajo.

—Era un lugar como éste, en lo alto. Él estaba ahí conmigo, y yo tenía la Llave.

—¿Ese cristal? ¿Dijo que era una Llave? —Gildas parecía desconcertado, se frotó la blanca barbilla sin afeitar—. Esa es una palabra Sapiient, Finn, una palabra mágica.

Un dispositivo para el desbloqueo.

—Sé lo que es una Llave. —Su voz sonaba enojada; trató de mantener la calma—. Sapphique me dijo que la uso para desbloquear el Tiempo, había un ojo de cerradura en alguna negra, brillante roca, pero la Llave era tan pesada que no la podía manejar. Me sentí... devastado.

El viejo agarró la muñeca de Finn, con fuerte y fiero apretón.

—¿Qué aspecto tiene?

—Joven. Cabello largo y oscuro. Como en las historias.

—¿Y la puerta?

—Muy pequeña. La roca tenía luz en el interior, como las estrellas.

Keiro se apoyó contra la pared con elegancia.

—Extraños sueños, hermano.

—No son sueños. —Gildas lo liberó; el anciano parecía alegremente incrédulo—. Conozco esa puerta. Nunca ha sido abierta. Se encuentra a una milla de aquí, en la tierra de Civicry. —Se frotó la cara con ambas manos y dijo—: ¿Dónde está esa Llave?

Finn vaciló. La había ensartado en un viejo trozo de cuerda alrededor de su cuello, pero como había sido demasiado pesada, ahora estaba en el cinturón interior de su camisa. De mala gana, la tiró fuera.



El Sapiént la tomó con reverencia. Sus manos pequeñas con sus venas saltadas la exploraron, él la llevó cerca de sus ojos y miró el águila.

—Esto es por lo que he estado esperando. —Su voz estaba ahogada por la emoción—. El signo de Sapphique. —Miró hacia arriba—. Esto lo decide todo. Nos vamos de una vez, esta noche, antes de que Jormanric llegue a saber que es esta cosa. Un repentino y rápido cambio, Finn, comenzamos nuestro escape.

—¡Espera un minuto! —Keiro se desprendió de la pared—. Él no va a ninguna parte. Él se ha comprometido conmigo.

Gildas lo miró con disgusto. —Sólo porque es útil para ti.

—¿Y no para ti? —Keiro rió con desprecio—. Eres un hipócrita, viejo. Un abalorio de cristal y unos delirios cuando él está fuera de su cabeza es en todo lo que está interesado.

Gildas se detuvo. Apenas llegaba al hombro de Keiro, pero su mirada era malévola, su enjuto cuerpo tenso.

—Yo tendría cuidado, muchacho. Mucho cuidado.

—¿O qué? ¿Me transformaré en una serpiente?

—Ya te estás haciendo eso a ti mismo.

Con un brillo de acero Keiro sacó su espada. Sus ojos eran azules y helados.

Finn dijo: —Basta ya. —Ninguno de ellos ni siquiera lo miró.

—Nunca me has gustado, chico. Nunca he confiado en ti —dijo sombríamente Gildas—. Mocosos y arrogantes ladrones que sólo tienen en cuenta sus propios placeres, quien asesinaría si le conviene... algo que sin duda ya has hecho. Y nada te gustaría más que hacer de Finn tu gemelo.

La cara de Keiro se enrojeció. Levantó la espada para que la punta afilada amenazara los ojos del anciano.

—Finn me necesita para protegerlo de ti. Soy el que lo cuida, sostiene su cabeza cuando está enfermo, mira a su espalda. Si estamos hablando verdades, yo podría decir que los Sapiént son viejos tontos agarrando trapos de brujería...

—¡He dicho que es suficiente! —Finn se interpuso entre ellos y empujó la hoja a un lado.

Ceñudo, Keiro que se alejó.

—¿Te vas con él? ¿Por qué?

—¿Qué hay aquí para quedarse?

—¡Por el amor de Dios, Finn! ¡Estamos bien aquí... alimentos, chicas, todo lo que quieras! Somos temidos, respetados... lo suficientemente poderosos como para hacer frente a Jormanric en cualquier momento. ¡Entonces seremos Señores del Ala, los dos!

—¿Y cuánto tiempo —se burló Gildas—, antes de que sea demasiado para los dos?

—¡Cállate! —Finn se dio vuelta furioso—. ¡Mírense los dos! Los únicos amigos que tengo en este infierno y todo lo que pueden hacer es pelear por mí. ¿Alguno de

ustedes se preocupan por mí? ¿No el vidente, el luchador, el tonto que asume todos los riesgos, sino yo, Finn? —Se puso de pie temblando, de repente los huesos cansados, y mientras ellos se le quedaron mirando se puso en cuclillas, las manos en la cabeza, la voz quebrada—. No puedo soportar más esto. Me estoy muriendo aquí, aterrorizado, viviendo entre convulsiones, temiendo la siguiente, no puedo soportarlo más, tengo que salir, saber quién soy, tengo que escapar.

Ellos se quedaron callados. El polvo cayó lentamente a través del haz de la linterna. Luego Keiro envainó la espada.

Finn intentó dejar de temblar. Alzó la mirada, temiendo ver la burla en los ojos de Keiro, pero su hermano le tendió una mano y tiró de Finn hasta que estuvieron cara a cara.

Gildas gruñó. —Me preocupo por ti, niño tonto.

Los ojos de Keiro eran agudos y azules.

—Tranquilo, viejo. ¿No puedes ver que nos está manipulando a los dos, como siempre? Eres tan bueno en eso, Finn. Se lo hiciste a la Maestra y no los haces a nosotros. —Él soltó el brazo de Finn y dio un paso atrás—. Muy bien. Digamos que tratamos de salir. ¿Has olvidado cómo ella te maldijo? Una maldición de muerte, Finn. ¿Podemos ir en contra de eso?

—Déjame eso a mí —le espetó Gildas.

—Ah, sí. Brujería. —Keiro sacudió la cabeza con incredulidad—. ¿Y cómo sabemos que la Llave abrirá esa puerta? Las puertas sólo se abren si Incarceron quiere.

Finn se frotó la barbilla. Se obligó a sí mismo a ponerse de pie.

—Tengo que intentarlo.

Keiro suspiró. Dio media vuelta, mirando a los fuegos de los Comitatus, y Gildas capturó los ojos de Finn y asintió. Parecía tranquilamente triunfante.

Keiro volvió la espalda.

—Muy bien. Pero en secreto. Entonces si fallamos nadie lo sabrá.

—No tienes que venir —dijo Gildas.

—Si él va, yo voy.

Mientras lo dijo su pie piso una dispersión de desechos de ave de la cornisa; viéndola caer, Finn creyó ver un parpadeo a continuación.

Agarró la cadena. —Alguien estaba ahí.

Keiro miró hacia abajo.

—¿Estás seguro?

—Me lo imaginaba.

El Sapient se puso de pie. Miró consternado.

—Si fuera un espía, si me enterara lo de la Llave, estaríamos en problemas. Consigan armas y alimentos y encuéntrense conmigo en diez minutos al pie del árbol. —Miró a la clave, su reflejo arcoíris—. Guardaré esto.

—No, no lo harás. —Finn la agarró con firmeza—. Se queda conmigo. —Se dio la vuelta con ella, sintió un súbito extraño calor en su pesadez, y miró hacia abajo. Bajo la garra del águila un círculo de palidez se desvanecía. Dentro de eso le pareció ver, sólo por un momento, la sombra de un rostro, mirándole fijamente. El rostro de una chica.

\* \* \*

—Tengo que confesar que detesto cabalgar. —Lord Evian caminó entre los parterres examinando atentamente las dalias—. Todo parece tan innecesariamente lejos de la tierra. —Él se sentó al lado de ella en el banco, contempló el paisaje soleado y la brillante torre de la iglesia en la bruma—. ¡Y entonces tu padre quiere volver a casa tan abruptamente! ¿Espero que no sea una enfermedad repentina?

—Supongo que debe haber recordado algo —dijo Claudia con cuidado.

La luz de la tarde comenzó a calentar las piedras de color miel de la casa, que brillaba en dorado sobre las aguas oscuras del foso. Los patos se lanzaban hacia los pedazos de pan flotante; ella tiró más para ellos, fragmentándolo en sus dedos.

El reflejo de Evian mostró su cara más suave mientras se inclinó.

Su boca dijo: —Debes tener un poco de ansiedad, así como impaciencia, sobre este matrimonio.

Ella echó una corteza al agua.

—A veces.

—Te aseguro, todo el mundo dice que vas a manejar al Conde de Steen sin ningún problema. Su madre lo adora.

Claudia no tenía ninguna duda de eso. De repente se sintió cansada, como si todo el esfuerzo de actuar de su parte la fuera superando. Se puso de pie, su sombra oscureció el agua.

—Si me disculpa, mi señor, tengo mucho que ver.

Él no levantó la vista, alcanzando con sus dedos regordetes a los patos.

Pero él dijo: —Siéntate, Claudia Arlexa.

Su voz. Ella miró con asombro en la parte posterior de su cabeza. El gemido nasal se había ido. En su lugar, sonaba fuerte y dominante. Él miró hacia arriba. Ella se sentó, en silencio.

—Esto va a ser una sorpresa, estoy seguro. Me gusta mi disfraz, pero puede ser agotador. —La aceitosa sonrisa había desaparecido también, y eso lo convirtió en alguien diferente, con los ojos fuertemente entrecerrados parecía un poco cansado. Mayor.

—¿Disfraz? —dijo ella.

—Personalidad asumida. ¿Todos la tenemos, no, en esta tiranía del Tiempo? Claudia, ¿se nos puede escuchar aquí?

—Es más seguro que la casa.

—Sí. —Se dio vuelta en el banco, el pálido traje de seda susurró, y ella percibió una ráfaga de un exquisito perfume—. Escúchame ahora. Tengo que hablar contigo, y ésta puede ser la única oportunidad. ¿Alguna vez has oído hablar de los Lobos de Acero?

Peligro. No había peligro aquí y ella tenía que tener mucho cuidado.

Ella dijo: —Jared es un completo Maestro. El Lobo de Acero era el símbolo heráldico de Lord Calliston, quien fue hallado culpable de traición por conspirar contra el reino, y fue el primer prisionero en entrar a Incarceron. Pero eso fue hace siglos.

—Ciento sesenta años —murmuró Evian—. ¿Y eso es todo lo que sabes?

—Sí. —Era cierto.

Él miró rápidamente a través del césped.

—Entonces déjame decirte que Lobos de Acero es también el nombre de una organización secreta de cortesanos y...digamos que...descontentos desean la libertad de la reproducción sin fin de un pasado idealizado. De la tiranía de los Havaarnas. Ellos...nosotros...querríamos tener un reino gobernado por una reina que se preocupara por su gente, que nos dejara vivir como queremos. Quién quisiera abrir Incarceron.

Su corazón dio un vuelco con el miedo.

—¿Entiendes lo que digo, Claudia?

Ella no tenía la menor idea de cómo tratar con esto. Mordiéndose el labio mientras observaba a Medlicote salir de la casa del guarda y mirar alrededor de ellos.

—Creo que sí. ¿Tú eres uno de ese grupo?

Él había visto al secretario también. Dijo rápidamente: —Puede ser. Estoy tomando una gran oportunidad hablando con usted. Pero creo que no eres tanto la hija de tu padre.

La oscura figura del secretario cruzó el puente levadizo y se dirigió hacia ellos. Evian saludo débilmente.

Él dijo: —Piensa en ello. No hay muchos que llorarían por el Conde de Steen. —Se puso de pie—. ¿Está buscándome a mí, señor?

John Medlicote era un hombre alto, de pocas palabras. Hizo una reverencia a Claudia y le dijo: —Lo estaba, mi señor. El Guardián envía sus saludos y me rogó que le informáramos que estos cumplimientos han llegado de la Corte. —Le ofreció una bolsa de cuero.

Evian sonrió y la tomó delicadamente.

—Entonces tengo que ir y leerlos. Perdona, querida.

Claudia bajó con una torpe reverencia, observando al pequeño hombre pasear junto al serio sirviente, hablando con ligereza de las perspectivas para la cosecha,

tirando de los documentos para leer. Ella tiró el pan entre sus dedos con incredulidad en silencio.

*No hay muchos que llorarían al Conde de Steen.*

¿Estaba hablando de asesinato? ¿Era sincero, o era un plan de la Reina para atraparla, para poner a prueba su lealtad? Si lo informaba o se mantenía en silencio, en cualquier caso podría ser un error.

Ella tiró el pan en el agua oscura, mirando a los patos más grandes con el cuello verde intimidar a los más pequeños a un lado. Su vida era un laberinto de intrigas y pretensiones, y la única persona en la que podía confiar en todo esto era en Jared. Ella se sacudió el polvo de sus dedos, temblando al sol. Debido a que él quizás está moribundo.

—Claudia. —Evan había regresado; sosteniendo una carta entre sus regordetes dedos—. Buenas noticias, querida, de su prometido. —Él la miró, su rostro indescifrable—. Caspar está de viaje cerca. Estará aquí mañana.

Eso la sacudió. Sonrió rígidamente y lanzó las últimas migajas sobre el agua. Flotaron durante unos segundos. Luego se las arrebataron.

\* \* \*

Kiero había metido un paquete con el botín —ropa fina, oro, joyas, un fusil. Debía de ser pesado, pero no quiso quejarse; Finn sabía que le dolería mucho más salir dejando cualquiera de ellos detrás.

Para sí mismo, había traído un cambio de ropa, algo de comida, una espada, y la Llave. Eso era todo lo que quería. Mirando hacia abajo a la parte de las riquezas acumuladas, el pecho se llenó de auto-desprecio, recordando la ardiente mirada de la Maestra con desprecio. Había cerrado la tapa con un golpe.

Al ver la linterna de Gildas por delante, corrió detrás de su hermano de juramento, mirando hacia atrás con inquietud.

La noche de Incarceron estaba renegrida. Pero la prisión nunca dormía. Uno de sus ojos pequeños de color rojo se abrió, se dio vuelta y el sonido de un chasquido mientras caminaba por debajo, arrastró un pequeño escalofrío de espanto a través de su piel. Pero la Prisión observaba con curiosidad. Jugaba con sus presos, permitiéndoles matar, pasear, luchar y amar hasta que se cansaba y los atormentaba con confinarlos, retorciendo la forma de sí misma. Ellos eran su única diversión, y tal vez sabía que no había escapatoria.

—Rápido. —Gildas estaba esperando con impaciencia. Él había traído nada más que una bolsa de alimentos y medicamentos y su equipo personal que sujetó a su espalda y miró por el eje de la escalera—. Nos vamos al corredor; la parte superior puede estar protegida, por lo que voy primero. A partir de ahí son dos horas hasta la puerta.

—A través de territorio Civicyr —murmuró Keiro.  
Gildas lo miró con frialdad. —Aún puedes volverte atrás.  
—No, él no puede, viejo.  
Finn giró, con Keiro a su lado.  
De los lados y las sombras de los túneles, los Comitatus se contoneaban; ojos rojos, ballestas elaboradas, escopetas en las manos. Finn vio al gran Arko flexionando sus hombros y una sonrisa; Amoz blandiendo su temible hacha.  
Entre sus guardaespaldas, ceñudos y enormes, Jormanric se puso de pie. Un jugo rojo teñía su barba como sangre.  
—Nadie va a ninguna parte —gruñó—. Tampoco esa Llave.

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”  
—*The Times*, London

## 10

# INCARCERON

Traducido por Aya001  
Corregido por Kuami

Los ojos en el pasillo eran oscuros y vigilantes y había muchos de ellos.

—Salgan —dijo él.

Ellos salieron. Eran niños. Llevaban harapos y su piel estaba lívida con llagas.

Sus venas eran tubos, su pelo de alambre. Sapphique extendió su mano y los tocó.

—Tú eres quién nos salvará —dijo él.

—Sapphique y los Niños.

Nadie habló. Finn se apartó de la escalera; sacó su espada y se dio cuenta que Keiro estaba ya armado, ¿pero qué sentido tenían dos espadas contra tantas?

Big Arko rompió la tensión.

—Nunca pensé que saldrías corriendo de nosotros, Finn.

La sonrisa de Keiro era de acero.

—¿Quién dice que lo hacemos?

—La espada en tu mano lo dice.

Avanzó pesadamente hacia ellos, pero Jormanric lo detuvo con la parte trasera de un guante de malla contra su pecho. Entonces el Señor del Ala miró tras de Finn y Keiro.

—¿Realmente puede existir un dispositivo capaz de abrir cada cerradura? —dijo arrastrando su voz pero sus ojos estaban resueltos.

Finn sintió a Gildas pasar por debajo de la escalera.

—Lo creo. Me fue enviado desde Sapphique. —El viejo trató de abrirse paso, pero Finn lo asió de su cinturón y lo detuvo. Molesto, Gildas se liberó de un golpe y apuntó con un dedo huesudo—. Escúchame, Jormanric. Te he dado excelente consejos durante muchos años. He curado sus heridas y he intentado traer cierta clase de orden en este infierno que has creado. Pero voy y vengo cuando decido y mi tiempo contigo se ha terminado.

—Oh sí —dijo el gran hombre con gravedad—. Eso es cierto.

El Comitatus intercambió sonrisas. Se acercaron. Finn llamó la atención de Keiro; juntos rodearon a Gildas.

Gildas se cruzó de brazos. Su voz rica de desprecio. —¿Crees que te tengo miedo?

—Sí, viejo. Bajo todas esas bravatas, me temes. Y tienes motivo. —Jormanric pasó ket por su lengua—. Has estado detrás de mí en suficientes cortes de manos, cortando lenguas, visto suficientes cabezas de hombres en picas para saber lo que haré. —Se encogió de hombros—. Y tu voz ha rechinado en mí en los últimos tiempos. Estoy enfermo de que me den discursos y me reprendan. Así que aquí hay una proposición para ti. Piérdete antes de que te corte la lengua yo mismo. Sube esa escalera y únete a Civicry. No te echaremos de menos.

*Eso no era cierto*, pensó Finn. La mitad de Comitatus le debía la vida y sus miembros a Gildas. Les había remendado y cosido sus heridas después de muchas batallas, y ellos lo sabían.

Gildas rió con amargura. —¿Y la Llave?

—Ah. —los ojos de Jormanric se estrecharon—. La Llave mágica y el Vidente de Estrellas. No puedo dejarlos marchar. Y nadie nunca deserta del Comitatus.

—Desvió su mirada a Keiro—. Finn será útil, pero tú, desertor, la única salida que tú harás será a través de la Puerta de la Muerte.

Keiro ni se inmutó. Permaneció de pie en toda su altura, su hermoso rostro rojo por la controlada ira, aunque Finn sintió el ligero temblor en la mano que sostenía la espada.

—¿Es un desafío? —dijo bruscamente—. Porque si no lo es, lo convierto en uno.

—Miro a su alrededor, a todos ellos—. Esto no es sobre una baratija de cristal, o sobre el Sapient. Esto es sobre tú y yo, Señor del Ala, y ya ha durado demasiado tiempo. Te he visto traicionar a cualquiera que te supusiera una amenaza, enviarles a emboscadas, envenenarles, sobornar a sus hermanos de armas, convertir tus guerreros en un puñado de cabezas sin cerebro. Pero no a mí. Te llamo cobarde, Jormanric. Un jodido cobarde, un asesino, un mentiroso. Desgastado, acabado. ¿Viejo?

Silencio.

En el eje de la oscuridad las palabras sonaron como si la Prisión las susurrara burlonamente haciendo eco. Finn apretó su espada más fuerte, las cuerdas le quemaron; su corazón martilleó. Keiro estaba loco. Keiro estaba acabado. Big Arko lo fulminó con la mirada; las chicas, Lis y Ramill miraron con avidez.

Todos miraban a Jormanric.

Se movió al instante. Saco un feo, grueso cuchillo y la espada de su espalda, y estaba sobre Keiro antes de que nadie pudiera gritar.

Finn saltó apartándose; la espada de Keiro brillo por instinto y las espadas chocaron.

La cara de Jormanric estaba roja de rabia, la sangre pulsando en las gruesas venas de su cuello. Justo en la cara de Keiro espetó: —Estás muerto, muchacho.

—Entonces atacó.



El Comitatus aullaba vítores; gritaron y cercaron un anillo apretado a su alrededor, chocando armas, selladas al unísono. Les encantaba ver derramamiento de sangre y la mayoría había sentido el latigazo de arrogancia de Keiro; ahora le verían caer. Finn descuidadamente fue empujado a un lado; intentó abrirse paso, pero Gildas lo apartó.

—¡Atrás!

—¡Le matará!

—Si es así, no es ninguna pérdida.

Keiro estaba luchando por su vida. Era joven y estaba en forma, pero Jormanric era dos veces su peso, viejo en el arte de la guerra, enloquecido con un frenesí de batalla en la que entraba raras veces.

Cortó el rostro de Keiro, sus brazos, seguido con rápidos cortes con su cuchillo. Keiro se tambaleó hacia atrás, chocando con uno del Comitatus, que le empujó sin piedad al anillo; desequilibrado, se echó hacia delante, y Jormanric golpeó.

—¡No! —gritó Finn.

La hoja cortó a través del pecho de Keiro; azotó su rostro con un suspiro. Un salpicón de sangre golpeó a la multitud.

Finn tenía su propio cuchillo preparado para lanzarlo, pero no había tenido oportunidad; los luchadores estaban demasiado lejos y Keiro demasiado concentrado como para apartar la mirada.

Una mano atrapó el brazo de Finn; en su oído Gildas murmuró: —De regreso fuera hacia el eje. Nadie nos vera irnos.

Finn estaba demasiado consternado para contestar. En vez de eso se soltó e intentó llegar al centro del anillo, pero un gran brazo se deslizó por su cuello.

—Sin hacer trampas, hermano. —El aliento de Arko apestaba a ket.

Desesperado, Finn observó. Keiro jamás podría sobrevivir a eso. Ya tenía cortes en la pierna y la muñeca; muescas poco profundas pero sangrando libremente. Los ojos de Jormanric eran de cristal, sus dientes manchados de Ket formando una sonrisa. Su ataque era una andanada de violencia; luchó sin miedo o consciencia, chispas surgiendo del choque de las hojas.

Sin aliento, Keiro mandó una mirada de terror hacia los lados; Finn luchó y golpeó para llegar a él. Jormanric rugió, un aullido de salvajismo que puso a todos sus hombres a dar gritos de ánimo; dio un paso adelante y blandió su espada en un arco de azote de acero.

Y se tambaleó.

Por un momento, solo un segundo, estaba desequilibrado. Entonces cayó, una ruidosa, casi inexplicable caída, sus pies tras de él, enredados en una cadena que se deslizaba entre los pies de la multitud, envuelta alrededor de un par de manos asquerosas y envueltas en harapos.

Keiro saltó sobre él. Le dio un golpe sobre la cota de malla de su espalda que hizo crujir sus huesos; Jormanric grito de furia y dolor.

Los gritos del Comitatus murieron abruptamente. Arko soltó a Finn.

Keiro estaba blanco como una cepa pero no se detuvo. Mientras Jormanric rodaba, estampó sobre el brazo izquierdo del Señor del Ala; crujió, un sonido ominoso. El cuchillo cayó al suelo. Jormanric se puso sobre sus rodillas, cabeza baja, gimiendo sobre su brazo roto, balanceándose.

Por el rabillo del ojo Finn vio la conmoción de la multitud; la criatura-perro estaba siendo remolcada fuera. Se retorció hacia ella, estaba siendo pateada y maldecida, pero incluso mientras llegaba allí uno de sus torturadores cayó, doblado por un golpe del bastón de Gildas.

—Me encargaré de esto —rugió el Sapient—. ¡Detenles antes de que alguien muera!

Finn le dio la espalda, a tiempo de ver a Keiro patear a Jormanric en toda la cara.

El Señor del Ala todavía se aferraba a su espada, pero otro golpe cruel en su cabeza le dejó inconsciente; se despatarró en el suelo, un charco de sangre en su nariz y boca.

La multitud estaba en silencio.

Keiro echo la cabeza hacia atrás y profirió un grito de triunfo.

Finn miró fijamente. Su hermano de juramento transformado. Sus ojos brillaban, su pelo oscuro y empapado de sudor deslizándose por su cuero cabelludo, sus manos manchadas de sangre. Parecía más alto, brillando con una energía elegante y concentrada que arrasó toda su fatiga; alzó su cabeza y miro alrededor, una cruda, ciega mirada irreconocible, sin ver nada, desafiando todo.

Entonces, deliberadamente, se giró, colocó la punta de la espada en la vena del cuello de Jormanric, y apretó.

—Keiro —la voz de Finn aguda—. No lo hagas.

Los ojos de Keiro se movieron hacia él. Por un momento parecía como si estuviera luchando por reconocer quien había hablado.

Entonces dijo con voz ronca: —Está acabado. Ahora soy Señor del Ala.

—No lo mates. No quieres su pequeño penoso reino. —Finn le sostuvo la mirada—. Nunca lo hiciste. El exterior, eso es lo que quieres. Ningún sitio es lo suficientemente grande para nosotros.

Abajo el eje, como en una respuesta, derivó una brisa cálida.

Por un momento Keiro miró a Finn, entonces a Jormanric.

—¿Y abandonar esto?

—Por más. Por todo.

—Mucho pides, hermano. —Mirando hacia abajo, apartó la espada, lentamente. El Señor del Ala tomo aire entrecortada y rápidamente. Y entonces con un tirón vicioso Keiro apuñaló la espada en la palma de la mano abierta de Jormanric.

El Señor del Ala gritó y se agitó. Fijado en el suelo convulsionó con agonía e ira, pero Keiro se arrodilló y empezó a tirar de los anillos de sus dedos, las bandas gruesas de su cráneo.

—¡Déjalas! —un grito de Gildas vino de detrás de ellos—. ¡La Prisión!

Finn miró hacia arriba. Luces explotaron alrededor de él, estallidos rojos. Un millar de Ojos se abrieron. Alarmas prorrumpieron en un terrible grito ulular.

Era un bloqueo de seguridad.

El Comitatus se dispersó, empujando, fragmentándose en una multitud presa del pánico, y a la vez que las ranuras de la pared se abrieron y la luz entró sin interrupción, ellos huían, la sangrienta agonía de Jormanric ignorada. Finn tiró de Keiro.

—¡Olvídate de ellos!

Keiro sacudió su cabeza, metiéndose tres anillos dentro de su chaqueta.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Una voz ronca a su espalda.

—¿Crees que maté a la mujer, Finn?

Finn se giró.

Jormanric se retorció de dolor. Escupió las palabras como veneno.

—No es cierto. Pregúntale a tu hermano. Apeostas, hermano traidor. Pregúntale a él porque murió.

Lasers de fuego parpadearon como barras de acero entre ellos. Por un segundo Finn no podía moverse; entonces Keiro volvió, arrastrándolo. Tumbado en el sucio suelo se arrastraron hacia el eje. El pasillo lleno de chispas de energía; eficientemente Incarceron restauró el orden, colocando puertas y rejas, emitiendo un silbido de gas de mal olor amarillo en los túneles cerrados.

—¿Dónde está?

—Allí. —Finn vio a Gildas trepar por los cuerpos; estaba arrastrando al esclavo-perro, sus cadenas en un vaivén y haciéndole tropezar. Agarrando la espada de Keiro, Finn tiró de la criatura hacia él y cortó las esposas oxidadas. La afilada hoja las cortó al instante. Miró hacia arriba y vio unos ojos marrones, brillar en las harapietas ataduras alrededor de su cara.

—¡Déjalo! Está enfermo —dijo Keiro, se estremeció con una ráfaga de fuego que quemó el techo, y saltó a la escalera.

En segundos estaba corriendo hacia la oscuridad del eje.

—Tiene razón —dijo Gildas pesadamente—. Nos retrasara.

Finn vaciló. En el alboroto y las alarmas y la caída de acero miró hacia atrás y los ojos del leproso esclavo le miraban. Pero lo que vio fue los ojos de la Maestra, su voz hablándole dentro de su mente.

*“Nunca me atreveré a mostrar amabilidad a un extraño de nuevo.”*

Al instante se inclinó, colocando la criatura sobre su espalda, y subió.

Keiro subía ruidosamente por encima, Gildas un murmullo sibilante a continuación.

Mientras se arrastraba por los peldaños, Finn pronto estaba sin aliento con el peso en su espalda; las patas de la criatura le rodearon fuertemente, sus talones pegados en su estómago. Aminoro; después de treinta peldaños tenía que parar, sin aliento, los brazos como plomo. Siguió, sin aliento.

En su oreja, una voz susurro: —Suéltame. Puedo subir.

Asombrado, sintió la criatura, saltar a la escalera, y trepar en la oscuridad. A continuación, Gildas golpeó su pie.

—¡Vamos! ¡Rápido!

El polvo se elevaba hasta el eje, y el silbido inquietante del gas. Se arrastró como pudo, más y más alto hasta que los músculos de sus pantorrillas y sus muslos estaban débiles, sus hombros doloridos al agarrar hacia arriba y subir su peso.

Y entonces sin previo aviso estaba en un espacio más amplio, que caía en medio del pasillo, Keiro ayudándole a salir. Izaron a Gildas, y sin palabras, miraron hacia abajo. Golpes de luz parpadeaban mucho más abajo. Alarmas rojas sonaron; gas haciendo toser a Finn. A través de sus llorosos ojos vio un panel situado a un lado del eje, sellándolo con un ruido metálico. Y entonces, silencio.

Ellos no hablaron. Gildas tomó la mano de la criatura y Finn tropezando detrás con Keiro, porque ahora la subida y la lucha estaban haciendo mella, y Keiro de repente estaba exhausto, sus cortes goteando un rastro de sangre en las metálicas pasarelas.

Corrieron sin detenerse a través de los laberínticos túneles, pasando puertas con marcas Civicry, entradas prohibidas, desplazándose a través de compuertas de rejas con inmensos, inútiles cuadrados. Y siempre estaban escuchando, porque si los Civicry les encontraban, no tendrían ninguna oportunidad.

Finn se encontró sudando con cada giro de un pasillo, a cada ruido metálico o eco susurrado, aguzando sus oídos a las sombras y una pequeña cámara barrida en interminable círculo.

Después de una hora, cojeando por el cansancio, Gildas les condujo a un pasillo que se convirtió en una galería iluminada por hileras de ojos vivos, y en su parte superior, ahora en la oscuridad, se detuvo y se deslizó contra una pequeña puerta cerrada.

Finn ayudó a Keiro a sentarse y se desplomó a su lado. La criatura-perro estaba acurrucada en el suelo. Por un momento el estrecho espacio estaba lleno de dolorosas respiraciones. Entonces Gildas se animó.

—La Llave —gruñó—. Antes de que nos encuentren. —Finn la sacó. Había una simple grieta en la puerta, hexagonal, rodeadas de manchas de cuarzo.

Puso la Llave en la cerradura y la giró.

## 11

Traducido por Aya001  
Corregido por Kuami

*En cuanto al pobre Caspar, me compadezco de los que tienen que aguantarlo.  
Pero eres ambicioso y nosotros estamos atados juntos ahora.  
Tu hija será reina y mi hijo rey. El precio se paga. Si tú me fallas, ya sabes lo que haré.*  
—Reyna Sia al Guardián de Incarceron; carta privada.

—¿Por qué aquí? —Claudia se arrastraba detrás de él, entre los setos.

—Obviamente —Jared murmuró— porque nadie más puede encontrar el camino.

Ella no podía. El laberinto de tejo era antiguo y complejo, con gruesos setos impenetrables. Una vez cuando era pequeña, se había perdido aquí durante un día de verano entero, vagando y sollozando de enojo, y la enfermera y Ralph habían organizado una búsqueda y estaba casi histérico por el pánico antes de que hubiera sido encontrada durmiendo bajo el astrolabio<sup>2</sup> en el claro central. No recordaba cómo había llegado ahí, pero algunas veces ahora, en el borde de sus sueños, el calor soñoliento volvía a ella, las abejas, la esfera de latón contra el sol.

—Claudia, te has perdido a la vuelta.

Dio marcha atrás, y lo encontró esperando, pacientemente.

—Lo siento, estaba pensado.

Jared conocía el camino bien, el laberinto era una de sus lugares favoritos; él venía aquí a leer y estudiar y a probar discretamente varios dispositivos prohibidos. Hoy estaba pacífico después de empacar frenéticamente y el pánico en la casa. Pasando por el sendero cortado después de su sombra, Claudia respiró la esencia de rosas, toqueteando la Llave en su bolsillo.

Era un día perfecto, no muy caliente con unas cuantas delicadas nubes. Unos chubascos estaban previstos para las tres y cuarto, pero deberían de haber terminado para entonces.

Cuando ella giró una esquina y de pronto llegó al prado central, miró a su alrededor con sorpresa.

—Es más pequeño de lo que recordaba.

---

<sup>2</sup> **Astrolabio:** Instrumento para medir la altura y posición del sol y las estrellas que usaban principalmente los marinos para orientarse en el mar

Jared enarcó una ceja.

—Las cosas siempre lo son.

El astrolabio era de cobre de un color turquesa, aparentemente decorativo; a su lado un asiento de hierro forjado se hundía elegantemente en el césped, un arbusto de rosas de color rojo sangre trepaban sobre su espalda. Las margaritas salpicaban el césped.

Claudia se sentó, arrodillada bajo su vestido de seda.

—¿Bien?

Jared puso el escáner lejos.

—Parece seguro. —Giró y se sentó en el banco, inclinándose hacia adelante, sus frágiles manos plegándose nerviosamente juntas—. Así que, dime.

Ella repitió la conversación de Evan rápidamente, y él escuchó, con el seño fruncido. Cuando terminó ella dijo: —Puede ser una trampa, por supuesto.

—Es posible.

Ella lo miró. —¿Qué sabes acerca de estos Lobos de Acero? ¿Por qué no me lo dijeron?

Él no levantó la vista, y eso era una mala señal; sintió un hilo de miedo extenderse bajo su espina dorsal.

Luego dijo: —He oído hablar de ellos. Ha habido rumores, pero nadie está seguro de quien está implicado, o como de real es la conspiración. El año pasado un artefacto explosivo fue descubierto en el palacio, en una sala donde se esperaba a la Reina. Nada nuevo, pero un pequeño emblema fue encontrado también, colgando de la ventana, un pequeño lobo de metal —él miró a una mariquita escalando sobre una brizna del césped—. ¿Qué vas a hacer?

—Nada. Todavía —ella sacó la Llave y la sujetó con ambas manos, permitiendo a la luz del sol atrapar todas sus caras—. No soy una asesina.

Él asintió con la cabeza, pero parecía preocupado, mirando fijamente el cristal.

—¿Maestro?

—Algo está pasando. —Absorto, él se acercó a la Llave y la tomó de ella—. Míralo, Claudia.

Las diminutas luces estaban de vuelta, esta vez con movimientos profundos, un patrón rápido y repetido. Jared colocó el artefacto rápidamente en el banco.

—Se está poniendo caliente.

No sólo eso, sino que había sonidos procedentes de la misma. Ella acercó más su cara, oyó un ruido y un murmullo de notas musicales.

Luego la Llave habló. —Nada está pasando —dijo.

Claudia dio un grito ahogado y se apartó de un tirón; con los ojos abiertos miraba fijamente a Jared.

—¿Tú...?

—¡Silencio! ¡Escucha!

Otra voz, vieja, áspera. —Mira más cerca, muchacho tonto. Hay luces en su interior.

Claudia se arrodilló, fascinada. Los delicados dedos de Jared se deslizaron silenciosamente en su bolsillo. Él sacó el escáner y lo colocó al lado de la Llave, registrando.

La Llave sonó, con un sonido suave. La primera voz llegó de nuevo, extrañamente distante y excitada.

—¡Se está abriendo. ¡Atrás!

Y luego un sonido salió del artefacto, un sonido grave, siniestro y hueco, por lo que a ella le tomó un momento registrarlo, para reconocer lo que era. Una puerta. Abriéndose. Una pesada, puerta metálica, tal vez antigua, porque crujió en sus bisagras, y hubo un ruido y un estruendo, como si el oxido se cayera o como si los escombros se estremecieran de su dintel.

Luego silencio.

Las luces en la Llave se invirtieron, cambiando a verde, y salió. Sólo las torres en los olmos por el foso karked. Un mirlo aterrizó en el rosal y agitó su cola.

—Bien — dijo Jared en voz baja.

Él ajustó el escáner y lo pasó sobre la Llave de nuevo. Claudia extendió la mano y tocó el cristal. Estaba frío.

—¿Qué sucedió? ¿Quiénes eran ellos?

Jared giró el escáner para mostrárselo.

—Era el fragmento de una conversación. En tiempo real. Un enlace fonético que se abre y se cierra muy brevemente. Si tú lo iniciaste o fueron ellos, no estoy seguro.

—Ellos no sabían que nosotros estábamos escuchando.

—Aparentemente, no.

—Uno de ellos dijo: “hay luces en su interior”.

Los oscuros ojos Sapients se encontraron con los suyos.

—¿Piensas que ellos pueden tener un dispositivo similar?

—¡Sí! —Ella dio un salto, demasiado exaltada para continuar sentada, y el mirlo salió volando con alarma—. Escuche al Maestro, como dijo, esto no es sólo una Llave para Incarceron. ¡Quizá también es un dispositivo para comunicarse!

—¿Con la prisión?

—Los presos.

—Claudia...

—¡Piénsalo! Nadie puede ir allí. ¿De qué otra manera él controla el experimento?

¿Escuchar lo que está pasando?

Él asintió con la cabeza, con el pelo sobre sus ojos.

—Es posible.

—Sólo... —ella frunció el ceño, anudando sus dedos juntos. Luego se giró hacia él—. Ellos sonaban mal.

—Tú debes ser más precisa en tu lenguaje, Claudia. ¿Cómo, mal? Ella busco la palabra. Cuando esta vino, la sorprendió.

—Ellos sonaban asustados.

Jared lo consideró. —Sí... lo estaban.

—¿Y de qué podrían estar asustados? No hay nada de que temer en un mundo perfecto, ¿verdad?

Sin estar convencido, él dijo: —Es posible que nosotros hayamos escuchado algún tipo de teatro. Alguna emisión.

—Pero si ellos tienen eso... obras de teatro, películas, entonces tienen que saber acerca del peligro, el riesgo, y el terror. ¿Es eso posible? ¿Puedes hacer eso si tu mundo es perfecto? ¿Podrían incluso ser capaz de crear tal historia?

El sapiente sonrió.

—Ese es un punto que deberíamos debatir, Claudia. Algunas personas dicen que tu propio mundo es perfecto, y sin embargo tú sabes esas cosas. Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Muy bien. Hay algo más también —dio unos golpecitos al águila de alas anchas—. ¿Esto es sólo para escuchar? o ¿Podemos utilizarlo para hablar con ellos? Él suspiró.

—Incluso aunque pudiéramos, no deberíamos. Las condiciones de Incarceron están estrictamente controladas; todo fue calculado cuidadosamente. Si introducimos variables, si abrimos incluso un diminuto ojo de la cerradura dentro de ese lugar, podemos arruinarlo todo. No podemos admitir gérmenes en el paraíso, Claudia.

Claudia giro.

—Sí, pero...

Ella se paralizó.

Detrás de Jared, en el trecho abierto entre los setos, su padre estaba de pie. Él estaba mirándola. Durante un momento su corazón brincó con el terrible susto, luego dejó que la practicada sonrisa se deslizara con gracia sobre su cara.

—¡Señor!

Jared se tensó. La Llave estaba en el banco, él deslizó la mano, pero quedaba fuera de su alcance.

—Los he estado buscando a ambos por todos lados. —La voz del Guardián era suave, su chaqueta de terciopelo oscuro, llenaba el vacío en el centro del claro iluminado por el sol. Jared miró a Claudia, con la cara blanca. Si él vio la Llave...

El Guardián sonrió con calma—. Tengo algunas noticias, Claudia. El conde de Steen ha llegado. Tu prometido te está buscando.

Por un frío momento ella lo miró fijamente. Luego se levantó, lentamente.

—Lord Evian le está entreteniéndolo pero sólo lo aburrirá. ¿Estás contenta, querida?



Él se acercó para tomar su mano; ella quiso apartarse para ocultarle el cristal centellante, pero no se podía mover. Luego Jared se quejó y se dejó caer ligeramente hacia adelante.

—¿Maestro? —alarmada, se separó del agarre de su padre—. ¿Te duele?

La voz de Jared era ronca.

—Yo... no... sólo me desfallecí por un momento. No hay nada de qué preocuparse.

Ella lo ayudó a incorporarse. El Guardián estaba por encima de ellos, su cara una máscara de preocupación. Dijo: —Me temo que estás exagerando las cosas últimamente, Jared. Sentarte fuera en el sol no es bueno para ti. Y tanto estudio, a todas horas en la noche.

Jared estaba temblando.

—Sí. Gracias, Claudia. Estoy bien ahora. En serio.

—Tal vez deberías tomar algún descanso —ella dijo.

—Lo haré. Voy a subir a mi torre, creo. Por favor con su permiso, señor.

Él tropezó. Por un terrible segundo Claudia pensó que su padre no se iba a mover.

Él y Jared de pie cara a cara. Entonces el Guardián retrocedió, con una sonrisa irónica.

—Si gustas te enviaremos la cena arriba, nosotros nos ocuparemos.

Jared sólo asintió.

Claudia vio a su tutor caminar cuidadosamente entre los setos de tejo.

Ella no se atrevía a mirar hacia el banco, pero sabía que iba a estar vacía.

El Guardián fue y se sentó, estirando las piernas y cruzándolas en los tobillos.

—Un notable hombre, el Sapient.

Ella dijo: —Sí, ¿Cómo llegaste aquí?

Él rió.

—¡Oh Claudia! diseñé este laberinto antes de que tú nacieras. Nadie conoce sus secretos como yo, ni siquiera tu precioso Jared. —él se volteó, con un brazo sobre la espalda del banco. En voz baja dijo—: creo que has hecho algo para desobedecerme, Claudia.

Ella tragó saliva.

—¿Lo hice?

Su padre asintió con gravedad. Sus ojos se encontraron. Él estaba haciendo lo que siempre hacía, burlarse de ella, jugar con ella. De repente ya no pudo soportarlo más, la intriga, el juego estúpido. Se puso de pie, furiosa.

—¡Está bien! Fui yo quien irrumpió en tu estudio —ella lo miró, con su rostro caliente de la ira—. Lo sabes, lo has sabido desde que fuiste allí, ¡entonces porque estamos fingiendo! quería ver el interior, es inútil, nunca me lo permites. Nunca me dejas entrar. Así que irrumpí dentro. Lo siento, ¿de acuerdo? ¡Lo siento!

Él la miró fijamente. ¿Estaba temblando? Ella no podría decirlo. Pero estaba temblando, todo el temor y rabia reprimida durante años estallaron, con la furia de que él le hiciera su vida tan falsa, y la de Jared también.

Él levantó una mano a toda prisa.

—¡Claudia, por favor! Claro que lo sabía. No estoy enojado. Más bien, admiro tu ingenio. Eso te será útil en tu vida en palacio.

Ella le miró fijamente. Por un momento él había estado sobresaltado. Más que eso. Consternado.

Y él no mencionó la Llave.

La brisa agitó el rosal, trayendo una ráfaga de su empalagosa esencia, una sorpresa silenciosa que él hubiera revelado tanto, cuando habló otra vez su voz tenía su tono ácido normal.

—Espero que tú y Jared hayan disfrutado del desafío —se puso de pie bruscamente—. El conde está esperando.

Ella frunció el ceño. —No quiero verle.

—No tienes elección — él hizo una reverencia y se dirigió hacia el hueco entre en los setos, ella dio la vuelta y miró a su espalda.

Y después dijo: —¿Por qué no hay fotos de mi madre en la casa?

No tenía ni idea de lo que iba a decir. Salió como una demanda bastante dura a diferencia de su propia voz.

Él se detuvo en seco.

Su corazón dio un vuelco; se horrorizó de sí misma. No quería que él regresara, para responder, no quería ver su cara. Porque si él mostraba debilidad, ella estaría aterrorizada; su aplomo controlado era odioso y sin embargo si se rompía, ella no tenía ni idea de lo que podría haber debajo.

Pero él habló sin voltearse.

—No vayas tan lejos, Claudia. No pongas a prueba mi paciencia.

\*\*\*

Cuando él se fue, se encontró sentada en el banco acurrucada, con los músculos de su espalda y hombros contraídos con la tensión, con las manos apretadas sobre la seda de su falda. Se obligó a tomar una lenta respiración.

Luego otra.

Tenía los labios salados del sudor.

¿Por qué le había preguntado eso a él? ¿De dónde había venido eso? Su madre era alguien en quien nunca pensó, nunca ni siquiera la había imaginado. Era como si

ella nunca hubiera existido. Aun cuando era pequeña, mirando a otras chicas en la Corte quejarse a sus madres, ella no había sentido curiosidad por la suya propia. Ella royó las uñas ya mordidas de sus dedos. Esto había sido un error mortal. No debió nunca, jamás haber dicho eso.

—¡Claudia!

Una fuerte y exigente voz. Cerró sus ojos.

—Claudia, no es bueno esconderse entre todos esos setos. —Las ramas crujían y se rompían—. ¡Háblame! ¡No puedo encontrar el camino correcto!

Ella suspiró.

—Así que finalmente llegaste. ¿Y cómo está mi futuro marido?

—Caliente e irritable. No es que te importe. Mira, hay cinco caminos aquí en el punto de encuentro ¿Cuál debería tomar?

Su voz estaba cerca; podía oler la cara colonia que él usaba. No salpicada, como Evian, pero si lo suficiente.

—El que se ve menos probable —ella dijo—. Hacia la casa.

El murmullo de mal humor se hizo más distante.

—Como nuestro compromiso, muchos dirían. Claudia, ¡sácame de aquí!

Ella frunció el seño. Él era peor de lo que recordaba.

El tejo cayó y se rompió.

Se puso de pie rápidamente, cepillando hacia abajo su vestido, esperando que su cara no estuviera tan pálida como se sentía. A su izquierda el seto se estremeció.

Una espada llegó cortando a través de una abertura, y su gran silencioso guardaespaldas, Fax, entró, miró rápidamente alrededor y luego mantuvo abierta las ramas. A través de ellas llegó un joven delgado, su boca enojada con la insatisfacción. Él la miró con enfado.

—Mira mi ropa, Claudia. Están arruinadas, absolutamente arruinadas. —Él le dio un beso en la mejilla con frialdad—. Cualquiera pensaría que me estabas evitando.

—Así que has sido expulsado —dijo con calma.

—Me fui —se encogió de hombros—. Muy aburrido. Mi madre te manda esto.

Era una nota, de papel grueso blanco, sellado con la rosa blanca de la Reina. Claudia la abrió y leyó:

Querida.

Habrás oído la buena noticia de que su Boda es inminente. Después de esperar todos estos años, estoy segura de que su entusiasmo es tan intenso como el mío propio. Caspar insistió en venir a acompañarla aquí, es tan romántico. Que hermosa pareja harán ustedes. De ahora en adelante, querida, debes pensar en mí como tu amorosa madre.

Sia Regina.

Claudia lo dobló.

—¿Usted insistió?

—No. Ella me mandó —él pateo el astrolabio—. Que aburrida va a ser esta boda, Claudia. ¿No crees?

Ella asintió con la cabeza en silencio.

READ BY KIM MAI GUEST

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”

—*The Times*, London

## 12

Traducido por darkemily  
Corregido por kuami

*El decaimiento era gradual y nosotros éramos lentos para reconocerlo. Entonces, un día, que había estado hablando con la Prisión, y al salir de la sala oí reír. Una suave risa burlona. El sonido me dejó frío. Me quedé en el pasillo y la idea me vino de una imagen antigua que había visto una vez en el fragmento de un manuscrito, de la enorme boca del infierno devorando a los pecadores. Fue entonces cuando supe que había creado un demonio que nos destruiría.*  
—Diario de Lord Calliston

El sonido del desbloqueo fue doloroso, como si la prisión suspirara. Como si se tratara de una puerta que no había sido abierta durante siglos. Pero ningunas de las alarmas aullaron. Quizás Incarceron sabía que ninguna puerta podría conducirlos hacia fuera.

Gildas dio un paso atrás con la advertencia de Finn; trozos de escombros y una lluvia roja de óxido cayó con estruendo. La puerta se estremeció hacia adentro, y atascada.

Durante un momento ellos esperaron, porque la estrecha ranura era oscura y fría, el aire perfumado de una manera extraña se desplazaba más allá. Entonces Finn pateó entre los escombros hacia un lado y puso el hombro en la puerta. Él se lanzó, y arremetió contra ella hasta que la metió de nuevo. Pero ahora existía la posibilidad de pasar a través.

Gildas le dio un codazo.

—Echa un vistazo. Ten cuidado.

Finn miró a Keiro, desplomado a un lado y cansado. Él sacó su espada y se deslizó hacia un lado a través del hueco.

Hacia más frío. Su aliento helado. El terreno era desigual, y corrió hacia abajo. Cuando él dio unos pasos, una basura extraña metálica crujió alrededor de sus tobillos, poniendo una mano hacia abajo, él sintió los flujos de materia crujiente, fríos y húmedos, fuerte contra la punta de los dedos.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad más profunda, pensó que estaba de pie en una sala de columnas inclinadas, altos pilares negro se elevaban en una sobrecarga de enredo. A tientas, lo sintió en sus manos, perplejo. Esto era frío,

helado y con fuerza, pero no liso. Una gran cantidad de grietas y cadenas, unieron crecientes ataduras y las ramas de complejas mallas.

—Finn.

Gildas era una sombra en la puerta.

—Espera. —Finn escucho. La brisa movía la maraña, haciendo un leve tintineo de plata que parecía que se extendía por kilómetros. Después de un momento dijo—: No hay nadie aquí. Vengan, atraviesen.

Unos pocos susurros y señales. A continuación, Gildas, dijo: —Trae la Llave, Keiro. Tenemos que cerrar esto.

—Si lo hacemos, ¿podremos volver? —Keiro sonaba cansado.

—Volver ¿para qué? Dame una mano. —Tan pronto como el esclavo encadenado se hubo deslizado a través, Finn y el anciano empujaron y forzaron a la pequeña puerta de nuevo en su marco. Que se cerró en silencio.

Un susurro. Un roce de sonido. La luz, estabilizándose, en la linterna.

—Alguien podría verlo —espetó Keiro.

Pero Finn dijo: —Te lo dije. Estamos solos.

Como Gildas sostuvo la linterna alta, ellos miraron a su alrededor a los amenazadores pilares enclaustrados.

Finalmente Keiro dijo: —¿Qué son?

Detrás de él, el esclavo se agachó. Finn le echó un vistazo, y supo que lo estaba mirando.

—Árboles metálicos —la luz atrapaba la barba trenzada de Sapient, y el brillo de satisfacción en sus ojos—. Un bosque donde las especies son el hierro, el acero y el cobre, donde las hojas son finas como el papel, donde crecen los frutos de oro y plata —él se dio la vuelta—. Hay historias, desde los viejos tiempos, de tales lugares. Las manzanas de oro guardadas por monstruos.

—Parece que son verdad.

El aire era frío y quieto. Manteniendo un extraño sentido de la distancia. Fue Keiro quien hizo la pregunta Finn no se atrevió a hacerlo.

—¿Estamos fuera?

Gildas soltó un bufido.

—¿Crees que es así de fácil? Ahora siéntense antes de caer —echó un vistazo a Finn—. Voy a tratar tus heridas. Este es un lugar tan bueno como cualquier otro para esperar la luz. Podemos descansar. Incluso comer.

Pero Finn se giró y se enfrentó a Keiro. Se sentía frío y enfermo, pero aún así habló tercamente.

—Antes de que vayamos más lejos quiero saber lo que Jormanric quiso decir. Sobre la muerte de la Maestra.

Hubo un segundo de silencio.

Con la luz fantasmal Keiro dio a Finn una exasperada mirada cansada y ajada con el susurro de las hojas, se echó hacia atrás el pelo con las manos teñidas de sangre.

—Por el amor de Dios, Finn, ¿realmente piensas que lo sé? Le viste. Él estaba acabado. Habría dicho cualquier cosa. Eso era mentira. No te preocupes.

Finn le miró. Por un segundo quiso insistir, volver a preguntar, para silenciar el temor persistente en su interior, pero Gildas lo alivió alejándole.

—Haz algo útil. Y encuentra algo para comer.

Mientras que el Sapiient vertió agua, Finn sacó unos cuantos paquetes de carne seca y fruta de su mochila y la otra linterna, que encendió a la primera. Entonces él pisoteó sobre las hojas metálicas heladas de la masa congelada, extendiendo unas mantas sobre ellos, y se sentó. En el bosque de sombra más allá del círculo de luz, pequeños crujidos y raspaduras lo perturbaba, trató de ignorarlos. Keiro juró brutalmente cuando Gildas limpió sus heridas, despojado de la chaqueta y la camisa frotó las hierbas masticadas con una brusquedad desagradable sobre la herida en el pecho.

En la sombra el esclavo se agachó, apenas visible. Finn tomó uno de los paquetes de alimentos, lo abrió, y agarró algunas partes.

—Toma —le susurró.

Una mano atada con trapos, y con costras y llagas, se la arrancó. Si bien la criatura comía mientras él miraba, recordó la voz que le había respondido, una voz baja y apremiante.

Ahora le susurró: —¿Quién eres?

—¿Está aquella cosa todavía aquí?

Dolorido e irritable, Keiro sacó su chaqueta de nuevo y ató con el ceño fruncido la barra y los desgarros. Finn se encogió de hombros.

—Donde la tiramos. —Keiro se sentó, devoró la carne, y miró a su alrededor buscando más.

—Maldito.

—Le debes la vida a esa cosa —comentó Gildas.

Irritado, Keiro miró para arriba.

—No lo creo. Tuve a Jormanric donde yo quería. —Sus ojos se volvieron hacia la criatura y luego se amplió con la furia repentina y él dio un salto, se dirigió hacia donde estaba se agachó, y le arrebató algo oscuro—. Esto es mío.

—Era su bolsa. Una túnica verde y una daga enjoyada se deslizaron—. Apestoso ladrón. —Keiro dirigió una patada a la criatura, y se apartó.

A continuación, para su asombro, una voz de niña dijo: —Usted debería estar agradecido conmigo por traerlo.

Gildas giró sobre sus talones y se detuvo a la sombra de los trapos. Luego apuntó un dedo huesudo sobre ella.

—Muéstrate —dijo.

La capucha harapienta fue echada atrás, las patas envueltas en vendas, desenrolladas de las tiras de color gris que la unían.

Lentamente de entre el montón de vendas una pequeña figura surgió, acurrucada sobre sus rodillas, una oscura cabeza recortada de pelo sucio, con un rostro estrecho, de atenta mirada, sospechosa.

Estaba atado con la ropa en capas y atado para hacer jorobas y protuberancias, mientras tiraba los envoltorios coagulados de sus manos, Finn dio un paso atrás en repugnancia por las llagas, ulcerosas. Hasta que Gildas soltó un bufido.

—Falso —caminó hacia adelante—. No me extraña que no te quisieran cerca.

En la penumbra del bosque de metal, el esclavo encadenado se había convertido en una chica delgada y pequeña, las llagas eran una inteligente mezcla de colores. Se puso en pie lentamente, como si casi hubiera olvidado cómo. Luego se estiró y gimió.

Los extremos de la cadena alrededor de su cuello hicieron ruido y se balancearon. Keiro rió con dureza.

—Bien, bien. Jormanric fue más astuto de lo que pensaba.

—Él no lo sabía —la niña lo miró con valentía—. Ninguno de ellos lo sabía.

Cuando ellos me cogieron, yo estaba con un grupo, una mujer de edad murió esa noche. Robé estos trapos de su cuerpo e hice las llagas con herrumbre, froté por toda parte la suciedad y yo misma me corté el pelo. Sabía que tenía que ser lista, muy lista, para permanecer viva.

Parecía asustada y desafiante. Era difícil adivinar su edad; el corte de pelo la hacía parecer brutal, como un niño escuálido, pero Finn supuso que no era mucho más joven que él.

Él dijo: —No resultó ser tan buena idea.

Ella se encogió de hombros.

—No sabía que terminaría siendo su esclava.

—Y su catadora de alimentos.

Ella se echó a reír, una amarga diversión.

—Comía bien. Me mantuvo con vida.

Finn miró a Keiro. Su hermano de sangre miró a la chica, luego dio media vuelta y se acurrucó en las mantas.

—La liberamos por la mañana.

—No depende de ti —su voz era tranquila, pero firme—. Yo soy la esclava del Vidente de las Estrellas ahora.

Keiro se giró y se quedó mirando. Finn dijo: —¿Yo?

—Usted me ha sacado de ese lugar. Nadie más lo habría hecho. Déjame, y yo te seguiré como un perro —dio un paso adelante—, quiero huir. Quiero encontrar el exterior, si es que existe. Y dijeron en el pasillo que ves las estrellas en tus sueños,



que Sapphique habla con usted. Que la Prisión le mostrará el camino de salida porque eres su hijo.

Él la miró con consternación. Gildas negó con la cabeza. Miró a Finn y Finn miró hacia atrás.

—Depende de ustedes —murmuró el anciano.

No tenía ni idea de qué hacer, por lo que se aclaró la garganta y dijo a la chica.

—¿Cómo te llamas?

—Attia.

—Bueno, mira, Attia. No quiero a un esclavo...sin embargo, puedes venir con nosotros.

—Ella no tiene comida. Eso significa que tenemos que darle de comer —dijo Keiro.

—Ni tú tampoco —Finn dio un codazo al paquete de ropa—. O yo, ahora.

—Entonces, ella comparte tu captura, hermano. No la mía.

Gildas se recostó en uno de los árboles de metal.

—Hay que dormir —dijo—. Lo discutiremos cuando las luces estén encima. Pero alguien tiene que vigilar, así que es lo primero que puedes hacer tú, chica.

Ella asintió con la cabeza, y cuando Finn se acurrucó con inquietud en las mantas, la vio caer en las sombras y desaparecer. Keiro bostezó como un gato.

—Ella probablemente cortará nuestras gargantas —refunfuñó.

\* \* \*

—Dije buenas noches, Alys —dijo Claudia, y observó en el espejo del tocador como su ama de cría agitaba las prendas de vestir de seda esparcidos en el suelo.

—Mira esto, Claudia, esta arruinado con el fango...

—Ponlo en la lavadora. Sé que tengo una en alguna parte.

Alys le dio una mirada. Ambas sabían que la limpieza, el lavado y el almidonado eran arcaicos, fregar golpear y almidonar la ropa utilizaban tanto tiempo que el personal había abandonado secretamente el protocolo hace tiempo.

*Probablemente era lo mismo incluso en la Corte,* Claudia pensó.

Tan pronto como se cerró la puerta dio un salto, se acercó y echó la Llave, girando el hierro forjado y pulsando sobre todos los sistemas de seguridad. Luego se apoyó contra él y considero.

Jared no había estado en la cena. Pero esto no significaba nada; si él hubiera querido, habría podido continuar la farsa, y odiaba escuchar estupideces. Por un momento se preguntó si realmente había estado enfermo en el laberinto, y si lo

debía llamar, pero él le había advertido que guardara el minicom<sup>3</sup> para emergencias, especialmente con el Guardián en la casa.

Se ató el cinturón de su bata y saltó sobre la cama, llegando a tuestas al dosel de la cama con cuatro columnas.

No estaba allí.

La casa estaba en silencio ahora. Caspar había hablado y bebido en la cena; catorce platos de pescado, pinzones, capones y cisne, anguilas y caramelos. Él había hablado fuerte e impacientemente sobre los torneos, su nuevo caballo, un castillo que tenía en construcción en la costa, las cantidades que había perdido en el juego. Su nueva pasión parecía ser la caza de jabalíes, o al menos mantenerse bien atrás mientras sus criados ataban un jabalí herido para él poder rematarlo. Había descrito su lanza y las matanzas que había hecho, las cabezas de colmillos que adornaban los pasillos de la Corte. Y todo el tiempo que había bebido y rellenado su copa, su voz había crecido más arrastrando las palabras.

Ella había escuchado con una risa fija y le había tomado el pelo con preguntas impares, con púas que él apenas había entendido. Y todo el tiempo su padre se había sentado delante y había jugado con el tallo de su copa de vino convirtiéndola en la tela blanca entre sus delgados dedos, mirándola.

Ahora, mientras se bajó de un salto y se acercó al tocador, buscando a través de todos los cajones, recordó la fría mirada, cómo la evaluaba sentado allí, al lado del loco con el que tendría que casarse.

No estaba en ninguno de los cajones.

De repente, sintió un escalofrío, se acercó a la ventana y descorrió el cerrojo dejando los batientes abiertos, se retorció a sí misma en un grupo de miserables cojines del asiento de la ventana. Si la amaba, ¿cómo podía hacerle esto a ella? ¿No podía ver la miserable que sería?

La tarde de verano era cálida y olía al dulce stock de madreSelva y la cobertura de rosa mosqueta que se curvaba alrededor del foso. Desde lejos sobre los campos, las campanas de la iglesia Hornsely tocaron suavemente las doce campanadas. Observó cómo una polilla revoloteaba y se abalanzó temerariamente alrededor de la llama de las velas, su sombra brevemente enorme en el techo.

¿Tendría una nueva ventaja en su sonrisa? esa pregunta estúpida sobre su madre agudizó el peligro.

Su madre había muerto. Eso es lo que Alys le había dicho, pero Alys no estaba trabajando aquí, entonces, ni ninguno de los funcionarios, excepto Medlicote, secretario de su padre, un hombre con quien rara vez hablaba. Pero tal vez debería hacerlo. Debido a que esta cuestión había entrado como un

---

<sup>3</sup> **Minicom:** Dispositivo para emergencias mínimas. Es una especie de teletipo.

cuchillo, a través de la armadura estudiada del Guardián, con la sería sonrisa y el frío Periodo de decoro. Ella le había apuñalado y él lo había sentido.

Ella sonrió, con la cara caliente. Nunca había ocurrido antes. ¿Podría haber algo extraño en la muerte de su madre? La enfermedad era muy frecuente, pero para los ricos, las drogas ilegales podían ser encontradas. Medicamentos demasiado modernos para la época. Su padre era estricto, pero seguramente si hubiera amado a su esposa habría hecho cualquier cosa, por ilegal que fuera, para salvarla. ¿Podría haber sacrificado a su esposa sólo por causa del Protocolo? ¿O era peor que eso?

La polilla corría en el techo. Se inclinó hacia adelante, y miró por la ventana el cielo.

Las estrellas del verano eran brillantes. Iluminaban los tejados y fachadas de la casa solariega con una ligera luz tenue, un crepúsculo fantasmal, que reflejaba las ondas plateadas y negras del foso.

Estuvo su padre implicado en la muerte de Giles. ¿Podría haber matado antes? Un toque en la mejilla la hizo saltar. Las alas de polilla la rozaron y, susurró: —En el asiento de la ventana —y desapareció, revoloteando hacia fuera a la tenue luz en la torre de Jared.

Claudia sonrió.

Se levantó, buscó a tientas debajo de los cojines, y tocó el borde frío del cristal. Con cuidado, la sacó.

La Llave tomó la luz de las estrellas y la sostuvo. Pareció brillar con una luminiscencia tenue, y el águila en ella abrió una rendija de luz en su pico. Jared debió haberla traído aquí, mientras todo el mundo estaba en la cena. Tomó la precaución de soplar las velas y cerrar la ventana. Tiró del pesado edredón de su cama, se envolvió en él y apoyó la Llave en las rodillas. Entonces la tocó, se frotó, respiró sobre ella.

—Háblame —dijo.

\* \* \*

Finn estaba tan frío que apenas tenía energía, incluso para temblar. El bosque de metal era completamente negro, el farol lanzó sólo un pequeño charco de luz, en las manos extendidas de Keiro, sobre el acurrucado Gildas. La chica era una sombra bajo un árbol, no hacía ruido y se preguntó si estaba aún dormida.

Extendió la mano con cautela hacia el paquete de Keiro. Él se tiraría una de las chaquetas de fantasía de su hermano de juramento, que tenía por encima. Dos, a lo mejor, y si las repartían Keiro podría tolerarlo.

Tirando del paquete, puso su mano en él, y tocó la Llave. Estaba caliente.

La sacó, mucho con cuidado, y dejó a sus dedos cerca, de modo que el calor que generaba los consolara.

Quedamente dijo: —Háblame.

Con los ojos muy abiertos, Finn miró a los demás. Nadie se movió. Con cuidado, el cinturón de cuero crujió en el silencio, se levantó y se volvió. Logró dar tres pasos antes de que el crujir de las hojas de metal hiciera murmurar y girar a Keiro.

Detrás del árbol, Finn se paralizó.

Él llevó la Llave hasta la oreja. Se quedó en silencio. La tocó, todo el cuerpo, lo sacudió. Luego le susurró a ella: —Sapphique. Sapphique Señor. ¿Es usted?

Claudia se quedó sin aliento.

La respuesta había llegado con claridad. Miró ferozmente alrededor de cualquier cosa para hacerlo constar en él, no vio nada y maldijo.

Y ella dijo: —¡No! Soy Claudia. Es mi nombre. ¿Quién eres?

—¡Silencio! Van a despertar.

—¿Quién?

Hubo una pausa. Luego dijo: —Mis amigos —parecía sin aliento, curiosamente aterrorizado.

—¿Quién eres? —dijo—. ¿Dónde estás? ¿Eres un prisionero? ¿Estás en Incarceron?

Volvió la cabeza hacia atrás y miró fijamente a la Llave con incredulidad. Había una pequeña luz azul en el corazón de ella; se inclinó más cerca hasta que calentó su piel.

—Por supuesto que sí. No que quiere decir...Si está usted...fuera. —Se hizo el silencio. Duró tanto tiempo que pensaba que el vínculo se había roto, y apresuradamente, él dijo—: ¿Me escuchas?

Y al mismo tiempo, la muchacha dijo: — ¿Sigues ahí? —con torpeza.

—Lo siento. No debería estar hablando con usted. Jared me advirtió acerca de esto.

—Jared.

—Mi Tutor.

Sacudió la cabeza, y su aliento helado cayó sobre el cristal.

—Pero mira —ella dijo—, que es demasiado tarde y no puedo creer que algunas palabras puedan dañar un viejo experimento, ¿verdad?

No tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Usted está fuera, ¿no? Fuera existe. Las estrellas están allí, ¿verdad?

Estaba aterrorizado de que ella no contestara, pero después de un momento le respondió.

—Sí. Las estoy mirando.

Respiró con asombro; el cristal que cubría la piel al instante estaba helado.

—No me dijo su nombre —dijo ella.

—Finn. Simplemente Finn.

Silencio. Un silencio consciente de sí mismo, la Llave torpemente en sus manos. Había muchas cosas que quería preguntar, para saber, que no sabía por dónde empezar.

Y entonces ella dijo: —¿Cómo estás hablando conmigo, Finn? ¿Es una Llave de cristal, con el holograma de un águila adentro?

Tragó saliva.

—Sí. Una de las Llaves.

Un susurró, detrás de él. Miró alrededor del árbol, y vio roncar a Gildas y gruñir.

—Entonces, cada uno tenemos una réplica del mismo dispositivo. —Parecía rápida pensando, como si se utilizara para solucionar problemas, encontrar soluciones, una voz clara que le hizo recordar de pronto, en una pequeña chispa de dolor, velas. Las siete velas de la tarta.

En ese momento, con su brusquedad habitual, las luces de Incarceron se encendieron.

Se quedó sin aliento, vio que él estaba de pie en un paisaje de cobre, dorado y rojo leonado. El bosque se extendía por kilómetros, que se inclinaba hacia abajo, muy abajo en un paisaje amplio y ondulante. Se quedó mirando con asombro.

—¿Qué fue eso? ¿Qué pasó? Finn?

—Las luces se encendieron... Estoy en un lugar nuevo, un Ala diferente. Un bosque de metal.

Ella dijo de una manera extraña, —Te envidio. Debe ser fascinante.

—Finn —Gildas se puso en pie, mirando a su alrededor. Por un momento, Finn quería llamarlo, y luego se levantó con precaución. Este era su secreto. Tenía que mantenerlo.

—Me tengo que ir —dijo a toda prisa—. Trataré de hablar con usted de nuevo... ahora que sabemos...es decir, si usted quiere. Pero hay que... —añadió con urgencia— ... tiene que ayudarme.

La respuesta de la chica le había sorprendido. —¿Cómo puedo ayudarle? ¿Qué puede estar mal en un mundo perfecto?

La mano de Finn se tensó cuando la luz azul se desvaneció.

Desesperado, le susurró: —Por favor. Tienes que ayudarme a escapar.

## 13

Traducido por dark heaven  
Corregido por kuami

*Las paredes tienen oídos.  
Las puertas tienen ojos.  
Los árboles tienen voces.  
Las bestias dicen mentiras.  
Cuidado con la lluvia.  
Tenga cuidado con la nieve.  
Cuidado con el hombre ¿Crees que sabe...?  
—Canción de Sapphique.*

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”

La voz de Finn, cuando ella se puso el guante y flexionó la hoja, le susurró otra vez dentro de la máscara.

*Tienes que ayudarme a Escapar.*

—En garde, por favor, Claudia. —El Maestro de armas era un hombre pequeño y gris, que sudaba profusamente. Su espada atravesó la suya; dio señales con precisos movimientos pequeños de un tirador experto. Automáticamente ella respondió, practicando estocadas, de defensa —Sixte, Septime, Octave— como lo había hecho desde que tenía seis años.

Había algo familiar en la voz del chico. Dentro de la cálida oscuridad de la máscara ella se mordía el labio, atacó, tomó Quarte, golpeando la chaqueta acolchada del Maestro con un ruido sordo de satisfacción.

El acento, las vocales un poco lentas. Era la forma en que hablaban en la corte.

—Finta de empuje directo, desenganche, por favor.

Ella obedeció, caliente ahora, el guantelete ya ablandado por el sudor, la hoja azotando, los pequeños clics del ejercicio familiar eran reconfortantes, el control de la espada forzando su mente a velocidad.

*Tienes que ayudarme a Escapar.*

Miedo. Miedo en el susurro, de ser escuchado, al decir lo que dijo. Y la palabra. Escapar como una cosa sagrada, prohibida, llena de temor.

—Quarte contador Quarte, por favor, Claudia. Y mantén la mano alta.

Ella tomó las paradas ausente, las láminas de las hojas se deslizaron pasando de su cuerpo. Detrás del Maestro, Lord Evian salió de la puerta principal al patio y se detuvo en las escaleras, fumando tabaco. Él la vio, en una elegante pose.

Claudia frunció el ceño.

Ella tenía mucho que pensar. La lección de esgrima era su propio escape. La casa era un caos, su ropa estaba siendo empacada, las últimas medidas para su vestido de novia, los libros a los que se había negado a abandonar, los animales domésticos que insistió que vinieran con ella. Y ahora esto. Una cosa, Jared se tenía que llevar la Llave. No estaría segura en su equipaje.

Ellos estaban luchando ahora. Dejó a todos sus pensamientos irse, se concentró en los éxitos, las paradas, los clics, la curvatura de las hojas mientras ella golpeaba una y otra, otra vez.

Hasta que por fin dio un paso atrás.

—Muy bien, mi Lady. Su punto de control sigue siendo excelente. —Poco a poco se quitó la máscara y le estrechó la mano. De cerca, parecía más viejo, y un poco triste—. Sentiré mucho perder a tan buena alumna.

La mano de ella apretó la de él.

—¿Perder?

Él dio un paso atrás.

—Pa... parece... que después de su boda...

Claudia contuvo su ira. Soltó su mano y se irguió.

—Después de mi matrimonio todavía voy a requerir de sus servicios. Por favor haga caso omiso de todo lo que mi padre le haya dicho acerca de eso. Viajará con nosotros a la Corte.

Él sonrió y se inclinó. La duda de él se mostró, mientras ella se daba la vuelta y tomó el vaso de agua de Alys, sentía el calor de la humillación en su cara. Estaban tratando de aislarla. Ella lo había esperado; Jared le había advertido de esto. En la corte de la Reina de Sia querían que estuviera sola, sin nadie en quien confiar, nadie con quien conspirar. Pero no tendría nada de eso.

Lord Evian venía contoneándose.

—Absolutamente maravillosa, querida. —Sus pequeños ojos disfrutaron su figura en pantalón de esgrima.

—No me trate con condescendencia —le espetó ella, despidiendo a Alys, tomó el vaso y la jarra y se dirigió a un banco que estaba en la orilla del verde césped.

Después de un momento, Evian vino detrás de ella. Se dio vuelta a él.

—Necesito hablar con usted.

—La casa deja que nos vean —dijo en voz baja—. Cualquiera puede ver.

—Entonces ondee su pañuelo y ríase. O lo que sea que los espías hagan.

Sus dedos se cerraron en la tabaquera.

—Está enojada, Lady Claudia. Pero creo que no conmigo.

*"One of the best  
fantasy novels written  
for a long time."  
—The Times, London*

Eso era cierto. Pero aún así ella lo miró. —¿Qué quiere de mí?

Él sonrió serenamente a los patos en el lago, a una pequeña pollita de agua negra entre los juncos.

—Hasta ahora, nada. Obviamente no vamos a hacer ningún movimiento hasta después de la boda. Pero entonces, vamos a necesitar su ayuda. La Reina debe ser abordada en primer lugar... ella es la más peligrosa. Y luego, cuando esté segura la reina, tu marido se reunirá con ella algún accidente...

Ella bebió el agua fría. Boca abajo en la copa vio la torre de Jared reflejada, el cielo azul detrás, las ventanas pequeñas en perfecto Protocolo.

—¿Cómo sé que esto no es una trampa?

Él sonrió. —¿La reina ha dudado de usted? Ella no tiene ninguna razón.

Claudia se encogió de hombros. Ella sólo había conocido a la Reina en los festivales. El primer acercamiento había sido en su compromiso, y había sido años atrás. Se acordó de una mujer rubia delgada con un vestido blanco, sentada en un trono que parecía estar a cientos de pasos hasta ella, y ella había tenido que subir cada uno, concentrándose, llevando una cesta de flores que era casi tan grande como lo había sido ella.

Las manos de la Reina, las uñas de un rojo brillante.

La palma de la mano frías en su frente.

Las palabras. — ¡Qué bonita, Guardián! ¡Qué dulce!

—Podría estar recordando esto —dijo ella—. Podría poner a prueba... mi lealtad.

Evian suspiró, un sonido pequeño. —Le aseguro que...

—Asegúreme todo lo que quiera, podría ser cierto. —Dejó caer el vaso y agarró la toalla que Alys le había dejado, limpiándose la cara con suavidad. Luego se dio vuelta—. ¿Qué sabes acerca de la muerte de Giles?

Eso lo sobresaltó. Sus ojos pálidos se abrieron ligeramente. Pero él tenía práctica en engañar, y respondió sin decir nada. —¿El Príncipe Giles? Cayó de su caballo.

—¿Fue un accidente? ¿O fue asesinado?

Si él estaba recordando esto, sabría que ella había terminado ahora.

Sus dedos regordetes se doblaron juntos. —Realmente, querida...

—Dime. Necesito saber. De todas las personas que más me preocupaban. Giles era... estábamos prometidos. Él me gustaba.

—Sí. —Evian la miró astutamente—. Ya veo. —Él parecía incierto, entonces, como si hubiera tomado una decisión, dijo—: Hubo algo extraño en su muerte.

—¡Lo sabía!, se lo dije a Jared.

—¿El Sapient sabe esto? —Él levantó la vista con alarma—. ¿Acerca de mi?

—Confiaría a Jared con mi vida.

—Esas son las personas más peligrosas. —Evian se dio vuelta, mirando a la casa. Uno de los patos serpenteaba hacia él; le dio una ola agitada y se alejó, graznando—.



Nunca sabemos donde están los oyentes —dijo en voz baja, mirando detrás de él—. Eso es lo que el Havaarna nos ha hecho, Claudia. Ellos nos han acribillado con miedo.

Por un momento él parecía casi temblar; luego rozó un pliegue invisible de su traje de seda y dijo en su voz cambiada.

—El príncipe Giles montó esa mañana sin ningún de sus acompañantes habituales. Era una hermosa mañana de primavera; él estaba bien, con buena salud, un niño de quince años sonriente. Dos horas más tarde, un mensajero bramaba en un caballo blanco sudando; saltó de él y corrió hacia la sala de la Corte, subió corriendo los escalones, y se arrojó a los pies de la Reina. Yo estaba ahí, Claudia. Vi su cara cuando le anunciaron el accidente. Ella es una mujer pálida, como todos ellos lo son, pero entonces ella estaba blanca. Si se trata de una actuación, era la de una experta. Trajeron al muchacho en un ataúd hecho a toda prisa de ramas, sus abrigos puestos sobre su cara. Los hombres adultos lloraban. Impaciente, Claudia dijo: —Adelante.

—Lo pusieron en el estrado. Usando un gran traje de oro y una túnica de seda blanca bordada con el águila coronada. Miles de personas desfilaron ante él. Las mujeres sollozaban. Los niños le llevaron flores. ¡Qué hermoso, era! dijeron. ¡Qué joven!

Él observó a la casa.

—Pero había algo extraño. Un hombre. Su nombre era Bartlett. Un hombre que había cuidado al niño desde sus primeros años. Ahora viejo, retirado y débil. Se le permitió ver el cuerpo una tarde, cuando la gente se había ido. Se lo llevó a través de los pilares y las sombras de la Sala de Estado y subió las escaleras con dificultad y miró a Giles. Pensaron que iba a llorar y llorar y aullar de dolor. Ellos pensaron que iba a rasgar su ropa de agonía. Pero él no lo hizo. —Evan levantó la vista y vio que sus pequeños ojos eran astutos—. Él se rió, Claudia. El viejo se echó a reír.

\* \* \*

Después de dos horas caminando por el bosque metálico comenzó a nevar. Al tropezar con una raíz de cobre escondida, Finn se dio cuenta de que había estado cayendo desde hace algún tiempo; ya estaba cubriendo la hojarasca con una fina helada. Miró hacia atrás, su aliento formando una nube de humo.

Gildas estaba un poco más atrás, hablando con la chica. Pero ¿dónde estaba Keiro? Finn se dio vuelta rápidamente. Durante toda la mañana no había podido dejar de pensar en esa voz, la voz del exterior, donde estaban las estrellas. Claudia. ¿Cómo había podido hablar con él? Sentía el nudo frío de la Llave dentro de su camisa; su rareza lo consoló. —¿Dónde está Keiro?—dijo.

Gildas se detuvo. Plantó su bastón en el suelo y se apoyó en él. —Revisando adelante. ¿No lo escuchaste cuando te lo dijo? —De repente él se adelantó y miró fijamente a Finn, sus ojos azul claro como el cristal en la cara pequeña arrugada—. ¿Estás bien? ¿Esto es una visión viniendo a ti, Finn?

—Estoy bien. Siento decepcionarte. —Parecía intoxicarse por el afán en la voz del Sapient, Finn miró a la chica—. Tenemos que conseguir sacarte esa cadena.

Ella la había envuelto a su alrededor como un collar para evitar que le tirará. Él podía ver la piel en carne viva en el borde del cuello donde se había puesto el paño.

Ella dijo en voz baja; —Puedo manejarlo. Pero, ¿dónde estamos?

Dándose vuelta, miró por encima de los kilómetros de bosque. El viento iba en aumento, la malla metálica susurraba. Muy por debajo, el bosque se perdía bajo las nubes de nieve, y muy por encima del techo de la prisión era una opresión distante, sus luces empañadas y débiles.

—Sapphique llegó de esta manera —Gildas sonaba tenso de la emoción—. En este bosque derrotó sus primeras dudas, la oscura desesperación que le dijo que no había ningún camino. Aquí comenzó el ascenso.

—Pero el camino conduce hacia abajo —dijo Attia en voz baja.

Finn la miró. Debajo de la suciedad y el pelo cortado, su rostro se iluminó con una extraña alegría—. ¿Ha estado aquí antes? —le preguntó.

—No. Yo estuve con un pequeño grupo de Civicry ahí. Nunca deje el Ala. Esto es tan... maravilloso.

La palabra le hizo pensar en la Maestra, y el frío de la culpa golpeó a través de él, pero Gildas lo empujó y dijo inmediatamente. —Puede parecer que lleva cuesta abajo, pero si la teoría de que Incarceron está bajo tierra es verdad, hay que subir finalmente. Tal vez más allá del bosque.

Consternado, Finn miró las leguas del bosque. ¿Cómo podría Incarceron ser tan grande? Nunca había imaginado que sería como esto.

Entonces la chica dijo: —¿Eso es humo?

Ellos siguieron la dirección de su dedo. Muy lejos, en la noche lejana, una fina columna se levantó y se disipó. *Parecía humo de un incendio*, pensó.

—¡Finn! ¡Dame una mano!

Ellos se dieron la vuelta. Keiro estaba arrastrando algo fuera de los matorrales de cobre y acero; mientras ellos corrieron hacia él, Finn vio por encima lo que era una pequeña oveja, una de sus patas burdamente reparadas, con los circuitos expuestos.

—Sigues siendo un ladrón —dijo Gildas ácidamente.

—Sabes la regla del imperio de los Comitatus —Keiro sonaba alegre—. Todo pertenece a la Prisión, y la Prisión es nuestro enemigo. —Ya le había cortado la

garganta. Ahora miraba a su alrededor—. Podemos cortarlo aquí. Bueno, ella puede. Puede hacer algo útil.

Ninguno de ellos se movió. Gildas dijo: —Fue una estupidez. No tenemos ni idea de que reclusos están aquí. O de su fuerza.

—¡Tenemos que comer! —Keiro estaba enojado ahora, su cara oscura. Dejó la oveja—. ¡Pero si no quieres, muy bien!

Se produjo un silencio incómodo. Luego Attia, dijo simplemente, —¿Finn?

Se dio cuenta de que ella lo haría si él se lo pedía. Él no quería tener ese poder. Pero Keiro estaba ceñudo, por lo que dijo: —Muy bien. Yo te ayudaré.

Lado a lado, se arrodillaron y cortaron la oveja. Ella pidió prestado un cuchillo a Gildas y trabajó de manera eficiente; él se dio cuenta de que lo había hecho muchas veces antes, y cuando él era torpe, ella lo empujaba a un lado y diseccionaba la carne fresca. Se llevaron sólo un poco; no tenían forma de llevar más, o cualquier yesca para cocinar en el momento.

Sólo la mitad de la bestia era orgánica y el resto era un mosaico de metal, ingeniosamente conjuntado. Gildas se sostuvo sobre los restos con el bastón.

—La Prisión hace las razas de sus animales menos eficientemente estos días.

Su voz sonaba grave. Keiro dijo. —¿Qué quieres decir, viejo?

—Lo que quiero decir. Puedo recordar cuando las criaturas eran enteras de carne fresca. Luego los circuitos empezaron a aparecer en pequeñas cosas, enroscados en lugar de venas, de cartílagos. Los Sapiienti siempre hemos estudiado y diseccionado cualquier tejido que encontráramos. En un momento ofrecí recompensas por las carcasas que me trajeran, a pesar de que la Prisión era por lo general demasiado rápida.

Finn asintió. Todos sabían que los restos de una criatura muerta desaparecían durante la noche; que Incarceron enviaba a sus escarabajos al instante y recogía la materia prima para su reciclado. Nada nunca era enterrado aquí, nada era quemado. Incluso los Comitatus que habían sido asesinados eran dejados, envueltos en sus posesiones favoritas, adornados con flores, en un lugar por el abismo. Por la mañana, se habían ido para siempre.

Para su sorpresa Attia habló. —Mi pueblo lo sabía. Por mucho tiempo los corderos han sido como esto, y los perros. El año pasado, en nuestro grupo, un niño nació. Su pie izquierdo estaba hecho de metal.

—¿Qué pasó con él? —Keiro preguntó en voz baja.

—¿Al niño? —ella se encogió de hombros—. Ellos lo mataron. A tales cosas no se les puede permitir vivir.

—La Escoria era amable. Dejábamos todo tipo de monstruos vivos.

Finn lo miró. La voz de Keiro era ácida; se dio vuelta y abrió el camino a través del bosque. Pero Gildas no se movió. En su lugar dijo: —¿No ves lo que significa, muchacho tonto? Significa que la Prisión está agotando la materia orgánica...

Pero Keiro no estaba escuchando. Levantó su mano, alerta.

Un sonido se elevaba en el bosque. Un susurro bajo, una brisa. Pequeña al principio, apenas levantando las hojas, agitó el pelo de Finn, la túnica de Gilda.

Finn se dio vuelta. —¿Qué es?

El Sapien se movió, empujándolo. —¡Date prisa! ¡Tenemos que encontrar refugio! ¡Date prisa!

Ellos corrían entre los árboles, Attia siempre a los talones de Finn. El viento creció rápidamente. Las hojas comenzaron a levantarse, arremolinándose, volando junto a ellos. Una tocó la mejilla de Finn; se llevó la mano a la picadura, de repente sintió un corte, sangraba. Attia se quedó sin aliento, con la mano protegiéndose los ojos. Y todos a la vez se encontraron en una tormenta de astillas de metal, las hojas de cobre, de acero y de plata formaron un repentino torbellino afilado en la tormenta. El bosque gimió y se inclinó, las ramas agrietadas con broches de presión que sonaban en el techo invisible.

Mientras corrían, escondiendo la cabeza y sin aliento, Finn oyó el rugido de la tormenta como una gran voz. Haciendo estragos en él, lo levantó y lo lanzó, y su ira lo estrelló contra los árboles de metal, que lo magullaron y golpearon. Tropezando, él sabía que las hojas eran sus palabras, flechas de pesar, que Incarceron se estaba burlando, su hijo, nacido de sus células, y él se detuvo, se inclinó, jadeante.

—¡Te escucho! ¡Te escucho! ¡Alto!

—¡Finn! —Keiro le dio un tirón hacia abajo. Él se deslizó en la tierra, indicando un hueco entre las enmarañadas raíces de un roble enorme.

Aterrizó sobre Gildas, quien lo empujó. Por un momento, cada uno de ellos aguantó su respiración, escuchando a las hojas mortales cortando el aire exterior, zumbidos y zumbidos.

Luego la voz apagada de Attia llegó desde atrás. —¿Qué es este lugar?

Finn se dio vuelta. Detrás de ellos vio huecos redondeados, con costura poco profunda bajo el roble de acero. Demasiado bajo para estar de pie, se extendía hacia atrás en la oscuridad. La chica, gateando, se arrastró dentro. Las láminas de las hojas crujían bajo ella, olían a rancio, extraño, de las paredes brotaban hongos, contorsionados, montones de crecimiento flácido.

—Es un agujero —dijo Keiro con amargura. Se cepilló sus rodillas, también la basura de su abrigo, y luego miró a Finn—. ¿Está la Llave segura, hermano?

—Por supuesto que lo está —murmuró Finn.

Los ojos azules de Keiro eran duros.

—Bueno, enséñamela.

Curiosamente reacio, Finn metió la mano en la camisa. Señaló a la Llave, y vieron el rayo del cristal en la penumbra. Hacía frío, y para alivio de Finn, el silencio.

Los ojos de Attia se abrieron grandes. —¡Sapphique es la Llave!

Gildas se dio vuelta hacia ella. —¿Qué dijiste?

Pero ella no estaba mirando el cristal. Ella estaba mirando a la imagen rayada meticulosamente en la pared posterior del árbol, manchada durante siglos de suciedad y cubierta por líquenes verdes, la imagen de un hombre alto, delgado, de pelo oscuro sentado en un trono, entre sus manos una ranura hexagonal de oscuridad.

Gildas tomó la Llave de Finn. La insertó en la ranura de la abertura. Al instante comenzó a brillar; luz y calor abrasándole a él, mostrándoles unos a otros sus caras sucias, los cortes oblicuos, alumbrando lo recovecos más lejanos. Keiro asintió con la cabeza.

—Parece que estamos en buen camino —murmuró.

Finn no respondió. Estaba viendo al Sapient; el brillo de admiración y alegría en el rostro del anciano. La obsesión. Lo heló hasta los huesos.

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”  
—*The Times*, London

## 14

Traducido por Cowdiem  
Corregido por kuami

*Nos prohíben el crecimiento y por lo tanto la decadencia.*

*La ambición, y por lo tanto la desesperación.*

*Porque cada uno es sólo el reflejo deforme del otro.*

*Por encima de todo, el tiempo está prohibido.*

*A partir de ahora nada va a cambiar.*

—Decreto del Rey Endor

—No creo que vayas a querer toda esta chatarra. —Caspar recogió un libro del montón y lo abrió. Él miró ociosamente a las letras brillantemente iluminadas—. Tenemos libros en el palacio. Nunca me molesto con ellos.

—Tú si me sorprendes. —Claudia se sentó en la cama y miró alrededor del caos desesperanzadamente. ¿Cómo podía tener tantas posesiones? ¡Y en tan poco tiempo!

—Y el Sapiienti tienen miles —Lo lanzó a un lado—. Eres tan afortunada, Claudia, que nunca hayas tenido que ir a la Academia. Pensé que moriría de aburrimiento. De todas formas, ¿No vamos a salir con los halcones? Los sirvientes pueden hacer todo esto. Es para lo que están.

—Sí. —Claudia estaba mordiendo su uña; se dio cuenta, y se detuvo.

—¿Estás tratando de deshacerte de mi Claudia? —ella elevó la mirada. Él la estaba mirando, sus pequeños ojos fijos con esa enervada mirada—. Sé que no quieres casarte conmigo —dijo.

—Caspar...

—Está bien, no me importa. Es una cosa dinástica, eso es todo. Mi madre me lo ha explicado. Puedes tener todos los amantes que quieras, después de que tengamos un heredero. Yo ciertamente las tendré.

Claudia lo miraba incapaz de creerlo. No podía quedarse sentada quieta; se levantó de un salto y paseó por la desordenada habitación.

—¡Caspar, escúchate a ti mismo! ¿Alguna vez has pensado sobre qué clase de vida tendremos juntos, en ese mausoleo de mármol que llamas palacio? ¿Viviendo una mentira, un pretexto, manteniendo sonrisas falsas en nuestros rostros, de una

época que nunca existió? ¿Lo que representa? ¿Acicalarse e imitando las costumbres que sólo deben estar en los libros? ¿Has pensado en eso?

Él estaba sorprendido. —Siempre ha sido así.

Ella se sentó junto a él. —¿Nunca has querido ser libre, Caspar? ¿Ser capaz de montar simplemente una mañana de primavera y largarte a ver el mundo? ¿Encontrar aventuras, y alguien a quien amar?

Era demasiado. Ella lo supo tan pronto como lo había dicho. Mucho para él. Lo sintió ponerse rígido y fruncir el ceño, mientras la miraba enojado.

—Sé de qué va todo esto. —Su voz era áspera—. Es porque preferirías tener a mi hermano. El santo Giles. Bueno, él está muerto, Claudia, así que olvídate de él.

—Luego su sonrisa volvió, maliciosa y estrecha—. ¿O es sobre Jared?

—¿Jared?

Quería darle una bofetada, levantarse y abofetearle esa sonrisa burlona.

Él le sonrió. —Bueno, es obvio, ¿no? Él es mayor, pero a algunas chicas les gusta eso. He visto como lo miras, Claudia. Como te dije, no me importa.

Ella se puso de pie, rígida de rabia. —Tú... pequeño sapo malvado.

—Estas enojada. Eso prueba que es verdad. ¿Sabe tu padre sobre ti y Jared, Claudia? Debo decírselo, ¿qué te parece?

Él era veneno. Era un lagarto sacudiendo su lengua bífida. Su sonrisa era ácida. Se inclinó y acercó su cara a la de él y él se retiró.

—Si mencionas esto de nuevo, a mí, a cualquiera, te mataré. ¿Entiende, mi señor Steen? Yo misma, personalmente, atravesaré una daga en tu cuerpecito. Te voy a matar como mataron a Giles.

Temblando de ira se marchó y cerró la puerta con un portazo que resonó por el pasillo. Fax, el guardaespaldas, estaba recostado en el exterior. Cuando le pasó, se puso de pie, con una lentitud insolente, y mientras corría bajo los retratos de las escaleras, sintió sus ojos en la espalda, y la sonrisa fría.

Ella los odiaba.

A todos.

¿Cómo pudo decir eso? ¿Cómo pudo siquiera pensarlo?

Bajando como un tornado las escaleras, se estrelló contra las puertas dobles, dispersando a las sirvientas ante ella, con su humor como un trueno. ¡Qué mentira más sucia! ¡Contra Jared! ¡Jared que ni se le ocurriría, siquiera pensar en tal cosa!

Ella gritó llamando a Alys, quien vino corriendo. —¿Cuál es el problema, señorita?

—Mi abrigo de montar. ¡Ahora!

Mientras esperaba hervía, paseándose, mirando fijamente a través de las puertas principales abiertas a la eterna perfección de los jardines, el cielo azul, los pavorrales con sus extraños chillidos.

Su rabia era tibia y reconfortante. Cuando el abrigo llegó se lo pasó a su alrededor, espetando. —Voy a cabalgar.

—Claudia... ¡Hay tanto que hacer! Nos vamos mañana. El vestido de novia...la prueba final.

—Puedes destruirlo en la medida que a mí respecta. —Luego se fue, corriendo por los peldaños a través del patio, y mientras corría, miró hacia arriba y vio a su padre, de pie en la ventana de celosía que no existía del estudio.

Él le daba la espalda, estaba hablando con alguien. ¿Alguien en el estudio con él? Pero si nadie entraba nunca.

Deteniéndose, miró por un momento, perpleja. Luego, temerosa de que él se girara, se apresuró hacia los establos y encontró a Marcus ya ensillado, pateando el suelo con impaciencia. El caballo de Jared estaba listo también, una fuerte, alta y musculosa criatura llamada Tam Lin, lo que probablemente era alguna secreta broma del Sapient que ella nunca entendió.

Ella miro alrededor. —¿Dónde está el sabio? —le preguntó a Job.

El chico, siempre tartamudo murmuró: —Volvió a la torre, señorita. Olvidó algo.

Ella lo miró fijamente. —Job, escúchame. ¿Conoces a todos en la finca?

—Más o menos. —El barrió el suelo de prisa levantando nubes de polvo. Quiso decirle que se detuviera, pero eso lo habría puesto más nervioso.

Así que dijo: —Un hombre mayor llamado Bartlett. Jubilado, un retén de la Corte. ¿Sigue vivo?

Él elevó su cabeza. —Sí, mi señora. Tiene una cabaña en las afueras en Hawelsfield. Justo siguiendo la línea del molino.

Su corazón dio un vuelco. —¿Es... está su mente aun clara?

Job asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa. —Él está afiladísimo, totalmente.

Pero no habla mucho, no sobre sus días en la Corte. Sólo te mira si le preguntas.

La sombra de Jared oscureció el marco de la puerta y entró un poco falto de aliento.

—Lo siento, Claudia.

Él se subió a la montura, y mientras ella ponía su pie en las manos unidas de Job, dijo en voz baja: —¿Qué olvidaste?

Sus ojos oscuros se encontraron con los de ella. —Un objeto que no quiero dejar desprotegido. —Sus manos se movieron discretamente hacia su abrigo, la túnica verde oscuro de cuello alto del Sapient.

Ella asintió con la cabeza, sabiendo que era la Llave.

Mientras se alejaban se preguntó por qué se sentía tan extrañamente avergonzada.

\*\*\*

Hicieron un fuego de hongos secos y algo de polvo instantáneo de la mochila de



Gildas y cocinaron la carne mientras el tornado se enrabiaba afuera. Nadie hablaba mucho. Finn estaba temblando de frío, y los cortes en su rostro ardían; sintió que Keiro aún estaba cansado. Era difícil decir algo respecto a la chica. Se sentaba un poco alejada, comiendo rápidamente, sus ojos mirando y no perdiéndose nada. Finalmente Gildas limpió las manos grasientas en su túnica.

—¿Hubo alguna señal de los presos?

—Las ovejas estaban en movimiento —Keiro dijo descuidadamente—. Ni siquiera había una valla.

—¿Y la prisión?

—¿Cómo podría saberlo? Ojos en los árboles, probablemente.

Finn se estremeció. Sentía su cabeza con eco y extraña. Él quería que se durmieran, para que pudiera sacar la Llave y hablarle. A ella. A la chica del Exterior.

Él dijo: —no podemos avanzar, así que bien podríamos descansar. ¿No lo creen?

—Suenan bien —Keiro dijo perezosamente. Arregló su mochila contra la parte trasera de la hondonada.

Pero Gildas estaba mirando fijamente la imagen tallada en el tronco del árbol. Él se arrastró más cerca, extendió la mano, y comenzó a frotarla con sus venosas manos.

Rizos de líquenes cayeron. El estrechó rostro pareció emerger desde lo sombrío y el verde pelaje del musgo, sus manos sosteniendo la Llave tan cuidadosamente elaborada, parecían reales. Finn se dio cuenta de que la Llave debería estar uniéndose dentro de algún tipo de circuito dentro del árbol y por un momento el borrón de la visión lo tomó desprevenido, la sensación de que Incarceron por completo era una gran criatura en cuyas entrañas de cables y hueso ellos reptaban.

Él parpadeó.

Nadie parecía haberlo notado, aunque la chica lo estaba mirando fijamente.

Gildas estaba diciendo: —Él nos conduce por el camino que tomó. Como un hilo a través del laberinto.

—¿Así que dejó su propia imagen? —Keiro dijo arrastrando las palabras.

Gildas frunció el ceño. —Obviamente no. Esto es un santuario, creado por los Sapiienti que lo han seguido. Debemos encontrar otros signos en el camino.

—No puedo esperar —Keiro se dio la vuelta y se acurrucó.

Gildas miró hacia su espalda enojado.

Luego le dijo a Finn: —Saca la Llave. Necesitamos cuidarnos de ella. El camino puede ser más largo de lo que pensamos.

Pensando en el vasto bosque en el exterior, Finn se preguntó si acaso andarían en él para siempre. Cuidadosamente, con cuidado, levantó la mano y quitó la Llave del hexágono, que salió con un leve chasquido, y al instante el hueco era oscuro y las silbantes astillas de papel aluminio distorsionaron las distantes luces de la Prisión.

Finn estaba rígido e incomodo, pero se quedó quieto escuchando. Después de un largo tiempo sabía por la áspera respiración del viejo hombre, que Gildas estaba durmiendo. No estaba seguro respecto a los otros. Keiro tenía su rostro vuelto. Attia siempre parecía estar en silencio, como si hubiera aprendido que quedarse quieta y pasar inadvertida la mantendría con vida. Afuera, el bosque rugía con la tormenta. Él escuchó el crujido de las ramas, la agitación de su rebeldía surgió desde las lejanas distancias, sintió la fuerza del viento batir los arboles, hizo temblar el tronco de hierro por encima de él.

Ellos habían enfurecido a Incarceron. Habían abierto una de sus puertas prohibidas y cruzado alguna frontera. Quizás los atraparía aquí para siempre, antes de que siquiera hubieran comenzado.

Al menos, no podían esperar más.

Con precaución, soportando infinitos dolores para evitar el susurró de la cama de hojas abajo, sacó la Llave desde su bolsillo. Estaba helada. Sus dedos dejaron huellas impresas en ella, e incluso el águila dentro era difícil de ver hasta que le quitó la condensación de la superficie.

Él la sostuvo apretada. —Claudia —susurró.

La Llave estaba fría y muerta. Ninguna luz se movía dentro. Él no se atrevió a hablar más fuerte. Pero justo entonces Gildas murmuró, así que aprovechó la oportunidad y se acurrucó acercándola.

—¿Puedes escucharme? —le dijo—. ¿Estás ahí? Por favor, responde.

La tormenta rugió. Se quejó entre dientes y nervioso. Cerró sus ojos y se sintió desesperado, lo había imaginado todo, que la chica no existía, que él de verdad había nacido en alguna clase de vientre aquí.

Y luego, como si saliera de su propio miedo, vino una voz, una suave replica.

—¿Se rió? ¿Estás segura de que eso es lo que dijo?

Los ojos de Finn se abrieron de golpe. La voz de un hombre. Calmada y considerada.

Él miró alrededor salvajemente, con miedo de que los otros la hubieran escuchado, y luego la chica dijo: —...por supuesto que estoy segura. ¿Por qué se reiría el viejo, Maestro, si Giles estaba muerto?

—Claudia. —Finn susurró el nombre antes de que pudiera detenerse.

Instantáneamente Gildas se giró; Keiro se sentó. Maldiciendo Finn metió la Llave dentro de su abrigo y se giró para ver a Attia mirándolo fijamente. Él supo que ella lo había visto todo.

Keiro tenía su cuchillo desenfundado.

—¿Escuchaste eso? Hay alguien afuera —Sus ojos azules estaban alerta.

—No —Finn tragó—. Era yo.

—¿Hablando en sueños?

—Me estaba hablando a mí —Attia dijo en voz baja.

Por un momento Keiro los miró a ambos. Luego se reclinó nuevamente, pero Finn sabía que no estaba convencido.

—¿Era él ahora? —su hermano de juramento dijo suavemente—. Entonces ¿quién es Claudia?

\*\*\*

Galoparon rápidamente por la calle, las hojas verde profundo de los robles formaban un túnel sobre sus cabezas.

—¿Y confías en Evian?

—En esto sí —ella miró adelante, hacia el molino elevándose al pie del cerro—. La reacción del hombre viejo fue completamente mala, Maestro. Debía de amar a Giles.

—El dolor afecta a la gente de forma extraña, Claudia. —Jared parecía preocupado—. ¿Le dijiste a Evian que irías a encontrarte con Bartlett?

—No. Él...

—¿Se lo dijiste a alguien? ¿Alys?

Ella soltó un bufido. —Dile a Alys y esta alrededor del pasillo de los sirvientes en minutos. —Eso le recordó. Aflojó el paso del caballo sin aliento—. Mi padre pagó al Maestro de armas. O trató. ¿Te ha dicho algo más?

—No. No aun.

Se quedaron en silencio mientras él se inclinó y abrió la puerta, retirando al caballo para abrirla completamente. En el otro lado, la calle estaba llena de baches rodeada de setos, rosas caninas enredadas en sortijas, hierbas del sauce y blancos ramos de perejil.

Jared chupó un aguijón en su dedo. Luego dijo: —Ese debe ser el lugar.

Era una cabaña baja medio oscurecida por un enorme castaño que crecía junto a ella. Mientras cabalgaban acercándose, Claudia frunció el ceño a su perfecto Protocolo, la paja con agujeros, las paredes húmedas, los árboles nudosos de la huerta.

—Un cobertizo para pobres.

Jared sonrió de forma triste.

—Me temo que sí. En esta época sólo los ricos conocen la comodidad.

Dejaron los caballos atados, masticando largos pastos en la orilla. La puerta estaba rota, abierta de par en par; Claudia vio cómo recientemente había sido forzada, cómo las briznas de pasto habían sido arrastradas bajo ella, aun húmedas por el rocío.

Jared se detuvo.

—La puerta está abierta —dijo. Ella fue a pasar por delante de él, pero él dijo—: Un momento, Claudia —tomo el pequeño escáner y lo dejo murmurar—. Nada. No hay nadie aquí.

—Entonces entramos y esperamos por él. Sólo tengo hoy. —Ella avanzó por el sendero agrietado; Jared la siguió rápidamente.

Claudia empujó la puerta abriéndola aun más; crujió y pensó que algo arrastró los pies dentro.

—¿Hola? —dijo suavemente.

Silencio.

Metió su cabeza por la puerta.

La habitación estaba oscura y olía a humo. Una ventana baja la iluminaba, la persiana retirada y descansando contra la pared. El fuego estaba fuera de la chimenea; mientras entraba vio la oscurecida olla para cocinar colgando de sus cadenas, el chisporroteo, las cenizas removiéndose en la corriente de viento de la gran chimenea.

Dos pequeñas bancas se alineaban en la esquina de la chimenea; cerca de la ventana había una mesa y una silla y un armario con platos de estaño a maltraer y una jarra. Tomó la jarra y olio la leche dentro.

—Fresca.

Había una pequeña senda hacia el establo de la vaca. Jared la cruzó y miró a través, deteniéndose bajo el dintel.

Su espalda daba hacia ella, pero supo, por su repentino intento de calma que algo estaba mal.

—¿Qué? —dijo.

Él se giró, y su rostro era tan pálido, que ella pensó que estaba enfermo.

Él dijo: —Temo que es demasiado tarde.

Ella se acercó. Él se mantuvo, bloqueando la vista.

—Quiero ver —ella murmuró.

—Claudia...

—Déjame ver, Maestro. —Ella se metió bajo su brazo.

El viejo hombre yacía desparramado en el suelo del establo. Era bastante obvio que su cuello estaba roto. Yacía de espaldas, sus brazos estirados, una mano metida en la paja. Sus ojos estaban abiertos.

El establo olía a estiércol viejo. Las moscas zumbaban sin cesar y las avispas entraban y salían por la puerta abierta; una pequeña cabra baló afuera. Horrorizada y enfadada ella dijo: —Ellos le mataron.

—No sabemos eso. —Jared pareció reaccionar de una vez. Se arrodilló junto al viejo hombre, tocó su cuello y muñeca, pasó el escáner sobre él.

—Ellos le mataron. Él sabía algo sobre Giles, sobre el asesinato. ¡Se dieron cuenta de que vendríamos!

—¿Quién podría haberse dado cuenta? —él se puso de pie rápidamente, volviendo a la sala de estar.

—Evian lo sabía. Mi conversación debió haberlo molestado. También está Job. Le pregunté...

—Job es un niño.

—Tiene miedo de mi padre. —Ella miró de nuevo a la pequeña figura sobre la paja, dejando que su rabia cayera, apretando sus brazos a su alrededor—. Puedes ver las marcas —susurró.

Marcas de manos. Dos moretones como trazos oscuros de pulgares, profundos en la carne con manchas.

—Alguien grande. Muy fuerte.

Jared abrió la puerta de la cómoda y sacó las placas.

—Ciertamente no cayó.

Ella se giró.

Él cerró el mueble de un golpe, fue a la chimenea, y miró fijamente hacia arriba.

Luego para su asombro subió en uno de los bancos y metió la mano en la oscuridad, tanteando a ciegas. Cayó una ducha hollín.

—¿El Maestro?

—Él vivió en la Corte Claudia. Debió de haber sido alfabetizado.

Por un momento ella no entendió. Luego se giró y miró rápidamente alrededor, encontró la cama, y levantó la colcha, abrió un colchón hecho de paja.

Fuera, un mirlo chilló y batió sus alas.

Claudia miró fijamente. —¿Y si vuelven?

—Quizás. Sigue buscando.

Pero mientras ella se movía su pie quedó atrapado en un panel que crujió, y cuando se arrodilló y tiró, se subió en un pivote con la facilidad del uso constante.

—¡Jared!

Era el escondite de los tesoros del viejo hombre. Un maltratado monedero con algunas monedas de cobre, un collar roto con muchas de las piedras perdidas, dos plumas, un trozo de pergamino, cuidadosamente escondido al fondo, un bolso de lazo de terciopelo azul, pequeño como su palma.

Jared tomó el pergamino y lo ojeó.

—Parece como una especie de testamento. ¡Sabía que lo habría escrito! Como si hubiera sido enseñado por un Sapienti, es solo... —él elevó la mirada.

Ella había abierto la bolsa azul. Había sacado un pequeño ovalo de oro, la parte de atrás grabada con el águila coronada. Ella le dio la vuelta.

El rostro de un chico los miraba, su sonrisa tímida y directa, sus ojos castaños.

Claudia le sonrió de vuelta, amargamente. Miró hacia su tutor.

—Debe estar evaluado en una fortuna, pero nunca lo vendió. Debió haberlo amado mucho.

Gentilmente él dijo: —¿Estás segura...?  
—Oh sí, lo estoy. Es Giles.

*ENCADENADO, DE PIES Y MANOS.*

# INCARCERON

READ BY KIM MAI GUEST

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”  
—*The Times*, London

*Sapphique salió de la Tanglewood y vio la Fortaleza de Bronce.*

*La gente corría alrededor de sus paredes.*

*—Vamos adentro —le instaron—. ¡Date prisa! ¡Antes de que los ataques! —Miró a su alrededor. El mundo y el cielo eran de metal.*

*La gente era como hormigas en las llanuras de la prisión.*

*—¿Has olvidado —dijo— que ya están dentro?*

*Pero apresuraron el pasado y dijo que estaba loco.*

*—Leyendas de Sapphique*

La tormenta había durado toda la noche antes de acabar muriendo de manera tan abrupta que Finn se había despertado de repente por el silencio. Parecía extraño tras el viento, pero al menos significaba que ahora podían moverse, antes de que la Prisión cambiara de opinión. Keiro había trepado fuera y se estiró, gimiendo con un calambre. Después de unos minutos se había vuelto, inusualmente silencioso.

—Mira esto.

Cuando Finn se había levantado, y había visto que el bosque estaba desnudo. Cada hoja, cada delgada y enrollada hoja metálica estaba colmada en surcos inmensos.

Los árboles habían estallado en flor. Flores de cobre, de color escarlata y oro, brillaban cuesta arriba y hacia abajo dejándole ver en la distancia.

Detrás de él, Attia se había reído. —Es hermoso.

Él se había girado, sorprendido, al darse cuenta que lo veía sólo como un obstáculo.

—¿Lo es?

—Oh, sí. Pero tú... tú estás acostumbrado al color. Viniendo de fuera.

—¿Tú me crees?

Ella asintió lentamente. —Sí. Hay algo diferente en ti. No es necesario. Y el nombre que gritas en tu sueño, esa Claudia. ¿Te acuerdas de ella?

Era lo que él les había dicho. Miró hacia arriba. —Escucha, Attia, necesito tu ayuda. Es sólo que... a veces necesito estar solo. La Llave... ayuda a las visiones. A veces tengo que estar lejos de Keiro y Gildas. ¿Entiendes?

Ella asintió con la cabeza gravemente, con los ojos brillantes fijos en él.

—Ya te dije, que soy tu sierva. Sólo dime cuando, Finn.

Se sintió avergonzado. Mirándola a la cara, ella no había dicho nada más.

Desde entonces, se había apresurado a través de un paisaje de brillantes joyas de colores, entre las plantaciones de árboles que había a su paso, cuesta abajo, el suelo del bosque agrietado y cosido con arroyos aislados de extraño cauce, dividido con grietas. Insectos que Finn nunca había imaginado se arrastraban entre grandes montones de hojas que bloqueaban el camino, encontrar desvíos alrededor de estos les hizo perder varias horas. Y en lo alto, en las ramas desnudas, los grajos y los karked<sup>4</sup> saltaban en bandadas, siguiendo a los viajeros con una pequeña y brillante curiosidad hasta que Gildas los maldijo y agitó su puño hacia ellos. Después, en silencio, se fueron todos volando.

Keiro asintió con la cabeza. —Así que el Sapienti todavía tiene algo de magia después de todo.

Sin aliento, el viejo lo miró. —Me gustaría que trabajara en ti.

Keiro sonrió a Finn, Finn se permitió una sonrisa. Se sentía más ligero de alguna manera, y mientras caminaba detrás de Gildas por los pasillos de madera, empezó a sentir algo que debía ser como la felicidad. La huida había comenzado. El Comitatus se quedó atrás, toda una vida de las brutales luchas internas, de asesinatos, mentira y el miedo se había terminado. Las cosas serían diferentes ahora. Sapphique le mostraría el camino.

Pasando por encima de una maraña de raíces casi tuvo ganas de reír en voz alta, pero puso su mano dentro de su camisa y tocó la Llave.

Tiró de su mano de inmediato.

Estaba cálida.

Echó un vistazo a Keiro, caminando por delante. Luego se volvió. Attia estaba donde siempre había caminado. Pisándole los talones.

Molesto, se detuvo. —No quiero un esclavo.

Attia se detuvo también. —Lo que tú digas. —Sus ojos le miraba con esa mirada herida.

Él dijo: —Hay una corriente aquí, lo puedo oír. Di a los demás que estoy bebiendo un poco de agua.

Sin esperar, él se alejó del camino profundamente en una maraña de espinas de platino, y luego se agachó entre la maleza. Un racimo de alambres flexible se levantaban a su alrededor, las cañas huecas donde los micro-escarabajos trabajaban afanosamente.

A toda prisa, sacó la Llave.

Era un riesgo. Keiro podría venir. Pero estaba caliente ahora en sus dedos, y estaban allí, las pequeñas y familiares luces azul intenso en el cristal.

---

<sup>4</sup> **Karked:** Pequeñas aves insectívoras.



—¿Claudia? —susurró con ansiedad—. ¿Puedes oírme?

—¡Finn! ¡Por fin!

Su voz era tan fuerte que le hizo tragar, él miró a su alrededor.

—¡Baja la voz! Se rápida por favor. Vendrán a buscarme.

—¿Quién? —Se escuchaba fascinada.

—Keiro.

—¿Quién es?

—Mi hermano de juramento...

—De acuerdo. Ahora escucha. Hay un pequeño índice en el panel de la base de la Llave. Es invisible, pero la superficie es ligeramente elevada. ¿Puedes encontrarlo?

Pasó sus dedos a tientas, dejando manchas sucias. —No —dijo— nervioso.

—¡Inténtalo! ¿Crees que tiene un artefacto diferente? —La pregunta no era para Finn. La otra voz que le respondió, era la que recordaba como Jared—. Son con casi toda seguridad idénticos. Finn, usa tu mano. Busca en el borde, la superficie cerca del borde.

¿Qué pensaban que era! Él rebuscó, con dolor en las manos.

—¡Finn! —murmuró Keiro desde detrás de él.

Se levantó de un salto, empujando hacia su espalda la Llave, y exclamó: —¡Por el amor de Dios! ¿No puedo beber en paz?

La mano de su hermano lo empujó hacia abajo en las hojas.

—¡Al suelo y calla. Tenemos visitantes.

\*\*\*

Claudia se sentó sobre sus talones y juró con frustración.

—¡Se ha ido! ¿Por qué se fue?

Jared fue hacia la ventana y contempló el caos en el patio. —Es igual de bien. El Guardián está subiendo las escaleras.

—¿Has oído el modo en que sonaba? Una vez más, parecía tener... pánico.

—Sé cómo se siente. —Jared le tiró un cojín pequeño del bolsillo de su chaqueta de montar y lo introdujo en ella—. Este es el proyecto completo del testamento del anciano. Léelo mientras viajamos.

Las puertas golpearon. Voces en el exterior. Su padre. Caspar.

—Elimínalo enseguida, Claudia. Tengo una copia.

—Debemos hacer algo. Sobre el cuerpo.

—No estábamos allí, ¿recuerdas?

Apenas dijo las palabras antes de que la puerta se abriera. Claudia deslizó tranquilamente la almohadilla hacia debajo de su vestido.

—Querida. —Su padre entró y se detuvo frente a ella. Se puso de pie a su encuentro. Llevaba su habitual levita negra, el pañuelo sedosamente caro en el

cuello, sus botas de cuero más fino. Pero hoy además llevaba una pequeña flor blanca en el ojal, como para marcar la ocasión, que era tan diferente en él que ella se quedó mirando con sorpresa—. ¿Estás preparada? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza. Llevaba un vestido azul oscuro y una capa de viaje, con un bolsillo especial en él para la Llave.

—Una gran mañana de la Cámara de Arlex, Claudia. El comienzo de una nueva vida para ti, para todos nosotros. —Su pelo con su franja plateada estaba atada hacia atrás, sus ojos oscuros con satisfacción. Se puso sus guantes antes de que él le tomara la mano. Ella lo miró sin sonreír, el anciano muerto en la paja estaba en su mente, con los ojos abiertos.

Ella sonrió y le hizo una reverencia. —Estoy listo, señor.

Él asintió con la cabeza. —Siempre he sabido que estarías. Siempre supe que nunca me defraudarías.

*¿Al igual que hizo mi madre?* Se preguntó ácidamente. Pero ella no dijo nada, y su padre le dio a Jared una inclinación de cabeza más breve y la llevó fuera. Irrumpió en la gran sala, sobre el suelo sembrado de lavanda, abajo entre las filas de funcionarios fascinados, el Guardián de Incarceron y su orgullosa hija, que contraería el matrimonio que la convertiría en una reina. Y en una señal de Ralph el personal vitoreó, aplaudió y lanzaron bajo los pies iris dulce; ellos hicieron sonar las pequeñas campanas de plata en honor de la boda que nunca volvería a verse.

Jared caminaba detrás, una bolsa de libros bajo el brazo. Estrechó la mano de los criados, y las criadas se abalanzaron sobre él, empujando pequeños paquetes de golosinas en él, prometiendo mantener la torre fuerte, de no tocar ninguno de sus preciosos instrumentos, alimentar a la cría de zorro y los pájaros.

Cuándo Claudia tomó su asiento en el coche y miró hacia atrás, sintió un nudo de tristeza en la parte posterior de su garganta.

Todos ellos extrañarían a Jared, sus maneras suaves, su buena y frágil apariencia, su involuntaria dosis de tos de niño y aconsejar a sus hijos descarriados. Ninguno de ellos parecía en absoluto triste de ver que se iba.

¿Pero entonces quién tenía la culpa de eso? Ella había jugado el juego. Ella era la dueña, la hija del Guardián.

Frío como el hielo. Tan duro como los clavos.

Ella levantó la cabeza y sonrió a través de Alys. —Cuatro días de viaje. Tengo la intención de montar por lo menos la mitad.

Su nodriza frunció el ceño. —Dudo que el Conde quiera. Y él probablemente querrá que usted se siente en su carruaje por algún tiempo.

—Bueno, todavía no estoy casada con él. Cuando lo esté, pronto descubrirá que lo que quiero es lo que cuenta. —Si ellos se lo ponían difícil, ella sería muy difícil. Y, sin embargo, cuándo los caballos fueron montados y los escoltas reunidos, los carruajes comenzaron a rodar lentamente hacia la puerta de entrada, lo único que

quería era quedarse aquí, en la casa donde había vivido desde que nació, y ella se asomó por la ventana, saludó y los llamo a todos por sus nombres, sus ojos ardían de lágrimas—. ¡Ralph! ¡Job! ¡Mary-Allen!

Y ellos le devolvieron el saludo, una tormenta de pañuelos y palomas blancas pasando por los hastiales y las abejas en la miel... chupando zumbando cuándo el transporte retumbó en el puente levadizo de madera. En la oscuridad en las verdes aguas del foso vio la casa reflejada, vio pollas de agua y cisnes cruzando sobre él, y detrás de ella en una gran procesión de los vagones y los carruajes, jinetes, perros de caza y de halconeros por su entorno, de la casa del “Guardián de Incarceron”, el día en sus planes comenzaban a llegar a buen término.

Windblown, se echó atrás en el asiento de cuero y sopló el pelo de sus ojos. Bueno, tal vez.

\* \* \*

Ellos eran hombres y, sin embargo ¿cómo pueden serlo?

Eran por lo menos ocho pies de altura. Caminaron con un extraño paso angular, al acecho como garzas, ignorando la mayoría de las hojas afiladas derribadas, triturando a través de ellas.

Finn notó que el agarre de la mano de Keiro era tan fuerte que el brazo le dolía. Entonces su hermano sopló una sola sílaba en su oreja.

—¿Zancos?

Por supuesto. Cuándo uno de ellos pasó lo vio de cerca, pinzas metálicas hasta la rodilla, y los hombres eran expertos, tomando grandes pasos, y vio también que utilizaba la altura para tocar ciertos puntos de los árboles, pequeños nudos en los troncos, y que al instante de los árboles brotaron frutos semi-orgánicos que los hombres cosecharon.

Girando su cabeza para buscar a Gildas, allí donde el Sapien y la niña se ocultaban, invisibles para él.

Vio la línea de hombres trabajando a través de los árboles. A medida que avanzaban por la ladera parecieron encogerse, y Finn claramente vio al hombre del final brillar, como si pasara a través de alguna perturbación en el aire.

Después de unos momentos sólo se vieron la cabeza y los hombros. Luego desaparecieron.

Keiro esperó un largo rato antes de levantarse. Dio un suave silbido y un montón de hojas cercanas se convulsionaron. La cabeza plateada de Gildas se acercó.

Él dijo: —¿se han ido?

—Lo suficientemente lejos.

Keiro vio a Attia levantarse a toda prisa, luego se volvió. Dirigiéndole una mirada a su hermano de juramento, dijo en voz baja: —¿Finn?

Estaba sucediendo. Mirando el brillo en el aire lo había hecho. La piel de Finn se arrastró con picazón, su boca se secó, la lengua se sentía rígida. Él se pasó la mano sobre su boca. —No —murmuró.

—Sujétale —espetó Gildas.

Desde algún lugar lejano Keiro dijo: —Espera.

Y a continuación, Finn estaba caminando. Caminando hacia el lugar, el hueco entre dos ramas grandes de cobre donde el aire se había movido como si el polvo cayera a través de una columna de luz allí, como si una ranura en el tiempo se abriera. Y cuando llegó allí se detuvo, estirando los brazos ante sí mismo como si fuera ciego. Era un ojo de cerradura al mundo exterior.

A través de ella, un proyecto estalló.

Pequeños destellos de dolor le picaron. Luchó a través de ellos, sintiendo, tocando los bordes, con lo que acercó su cara, para poner el ojo a la rendija de luz, mirando a través.

Vio un resplandor de color. Era tan brillante que le hizo lagrimear los ojos, haciéndole jadear. Allí las formas se movían, un mundo verde, un cielo tan azul como en sus sueños, y una gran criatura animada negra y ámbar a toda velocidad hacia él.

Él gritó y se tambaleó hacia atrás, sintió que Keiro le agarraba ambos brazos por detrás. —Sigue buscando, hermano. ¿Qué es lo que ves? ¿Qué es, Finn?

Se desplomó. Toda la fuerza se apartó de sus piernas y se desplomó en la hojarasca. Attia empujó a Keiro lejos. Rápidamente echó agua en una taza y se la tendió a Finn; ciegamente la tomó y se la tragó, luego cerró los ojos y puso su cabeza entre las manos, mareado y enfermo. Tuvo arcadas. Después vomitó.

Por encima de él, oyó voces encolerizadas. Cuando se dio cuenta de que una de ellas era Attia —... ¡tratándolo como eso! ¿No ves, que está enfermo?

La risa de Keiro fue desdeñosa. —Él va a pasar sobre esto. Es un vidente. Ve las cosas. Las cosas que necesitamos saber.

—¿No se preocupan por él en absoluto?

Finn arrastró su cabeza. La niña encaró a Keiro, sus manos cerradas en puños a los costados. Sus ojos habían perdido su aspecto herido, ahora ardían de ira.

Keiro mantuvo su sonrisa burlona. —Él es mi hermano. Por supuesto que me preocupo por él.

—Sólo te preocupas por ti mismo. —Se volvió hacia Gildas—. Y usted también. Maestro. Usted...

Ella se detuvo. Gildas, obviamente, no estaba escuchando. Se puso de pie con un brazo apoyado en un árbol de metal, mirando hacia delante. —Ven aquí —dijo en voz baja.

Keiro alargó su mano y Finn la cogió, tirando de él hasta incorporarlo. Cruzaron hasta el Sapient y se pusieron detrás de él, mirando hacia fuera, viendo lo que veía.

El bosque terminaba aquí. Delante un camino estrecho, recorría una ciudad. Se puso detrás de las paredes en un flamante paisaje de llanuras desnudas. Casas agrupadas, construidas de trozos de metales, torres y almenas construidas de oscura y extraña madera, con techo de hojas de estaño y cobre.

A lo largo de la carretera, un ambiente muy ruidoso oleadas de risas, gritos y canciones, en las multitudes y los vagones, llevando a los niños y conduciendo rebaños de ovejas, cientos y cientos de personas iban en masa.

\* \* \*

READ BY KIM MAI GUEST

Con las rodillas en el asiento del carro, Claudia leía la pequeña almohadilla mientras Alys dormía. El transporte rebotó; en el exterior, los verdes bosques y los campos de la Wardenry eran sacudidos por una nube de polvo y moscas.

*Mi nombre es Gregorio Bartlett. Este es mi testamento. Rezo para aquellos que lo encuentren lo mantengan a salvo, y cuando llegue el momento, de usarlo, debido a que se ha hecho una gran injusticia y sólo yo estoy vivo para saberlo.*

*He trabajado en el Palacio desde mis primeros años. Yo era un mozo de cuadra y un postillón, a continuación, un sirviente de la casa. Me convertí en confidente, llegando a ser importante. Estaba al Servicio de la Cámara del Rey a finales del año, y recuerdo su primera esposa, una mujer muy frágil de Overseas, se casaron cuando ambos eran jóvenes. Cuando su primer hijo, Giles, nació, me dejaron a su cargo. Arreglé la nodriza, designe las criadas que lo cuidarían. Él era el heredero, nada se salvó por su comodidad. A medida que el niño creció llegué a quererlo como mío. Era un niño feliz. Incluso cuando su madre murió y el Rey volvió a casarse, el niño vivía en su propia Ala del palacio, rodeado de sus preciosos juguetes y animales domésticos, su propia casa. Yo no tenía hijos propios. El niño se convirtió en mi vida. Usted debe creerlo.*

*Poco a poco, sentí un cambio. Cuando creció, su padre venía hasta él cada vez menos. Ahora había un segundo hijo, el conde Caspar, un bebé llorón y ruidoso mimado por las mujeres de la Corte. Y allí estaba la nueva reina.*

*Sia es una mujer extraña, lejana. Dicen que el rey se asomó a su carruaje una vez mientras era transportada a lo largo de un camino forestal, y ahí estaba ella, en la encrucijada. Dicen que cuando se dirigía hacia a ella vio sus ojos... que son unos ojos extraños, con iris pálido... y después de ese momento no pudo dejar de pensar en ella. Envío mensajeros de vuelta, pero no había nadie. Buscó pueblos cercanos y fincas, emitió proclamas, ofreció recompensas a sus nobles, pero nadie podía encontrarla. Y, a continuación, semanas más tarde, mientras caminaba por los jardines del palacio, miró hacia arriba y ella estaba allí, sentada junto a la fuente.*

*Nadie conoce su linaje, o de dónde viene. Yo creo que ella es una hechicera. Lo que hizo claro, que poco después de que naciera su hijo, su odio por Giles. Ella nunca lo mostró al rey o la corte, tuvo la precaución de honrar al heredero. Pero lo vi.*

*Él fue prometido a los siete años a la hija del Guardián de Incarceron. Una niña altiva, pero a él parecía gustarle ella...*

*Claudia sonrió. Echando un vistazo a Alys se inclinó por la ventana. Su padre estaba en el coche de atrás, que debía compartir con Evian. Se desplazó en el texto hacia abajo.*

*... la felicidad de su fiesta de cumpleaños, una noche en que remamos en el lago bajo las estrellas y me dijo lo feliz que era. Nunca olvidaré sus palabras para mí.*

*La muerte de su padre le afectó mucho. Se volvió un solitario. No asistía a los bailes y juegos.*

*Estudió duro. Me pregunto ahora, si había empezado a temer a la Reina. Nunca lo dije. Ahora voy a pasar al final. El día antes del accidente a caballo recibí un mensaje de que mi hermana, que vivía en la Casa, estaba enferma. Le pregunté a Giles si me dejaba ir a verla, el querido niño era el más afectado, e insistió en que en las cocinas me hicieran una parcela de delicias para llevarle. También se aseguró de que hubiera un coche. Me saludó despidiéndose desde los escalones de la Corte Exterior. Esa fue la última vez que lo vi.*

*Cuando llegué, mi hermana estaba en excelente estado de salud. Ella no tenía conocimiento de quien había enviado el mensaje.*

*Mi corazón me dio un vuelco. Pensé en la Reina. Yo quería regresar enseguida, pero el cochero, que podía haber sido un hombre de la reina, se negó, diciendo que los caballos estaban agotados. Yo no soy un jinete, pero ensillé un caballo de la posada y partí, galopé duro, durante toda la noche. No voy a tratar de escribir la agonía y la preocupación que sentía. Llegué sobre la colina y vi los mil pináculos de la Corte, y en cada uno de ellos volaba un banderín negro.*

*Recuerdo poco después de eso.*

*Se había puesto su cuerpo en un féretro del Salón del Gran Consejo, y después de que estuviera listo, pedí permiso para acercarme a él. Un mensaje de la reina vino, con un hombre que me escoltó. Era el secretario del Guardián, un hombre alto, silencioso llamado Medlicote...*

*Claudia se sorprendió por lo que lanzó un silbido. Alys roncó y se dio la vuelta.*

*... Subí la escalera como una criatura rota. Mi hijo estaba allí y le habían hecho hermoso. Me incliné a besar su rostro con las lágrimas cegando mis ojos. Y luego me detuve.*

*¡Oh, ellos habían hecho un buen trabajo con esto. El niño tenía la edad y la coloración adecuada, y el skinwand había sido usado cuidadosamente. Pero yo sabía, lo sabía.*

*No era Giles.*

*Creo que me eché a reír. Una exclamación de alegría. Rogué que nadie se diera cuenta, que nadie lo supiera. Yo lloraba, me retiré, jugando a tener el corazón roto. Y sin embargo, sabía el secreto de la Reina, y tal vez el de Guardián, deseando que nadie más lo supiera.*

*Que Giles ¡está vivo!*

*¿Y dónde más puede estar, sino en Incarceron?*

Alys gruñó, bostezó y abrió los ojos. —¿Todavía estamos cerca de Inn? —preguntó soñolienta.

Claudia se quedó mirando la pequeña almohadilla, con los ojos muy abiertos. Ella miró a su nodriza como si nunca la hubiera visto antes.

Entonces ella miró hacia abajo y leyó la última frase de nuevo. Y otra vez.

READ BY KIM MAI GUEST

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”

—*The Times*, London

## 16

Traducido por: Sheilita Belikov  
Corregido por kuami

*No me desafíes, John. Y mantente en guardia.  
Hay complots en la Corte, y conspiraciones contra nosotros.  
En cuanto a Claudia, por lo que dices, ya ha visto lo que busca.  
Cuán divertido es que ni siquiera lo reconozca.  
—Reina Sia al Guardián; carta privada*

Pasaron horas antes de que pudiera quedarse a solas con Jared. Hubo alboroto para encontrar sus habitaciones, el posadero haciendo una reverencia y comportándose servicialmente, la cena, el interminable parloteo de Evian, la vigilancia pacífica de su padre, las quejas de Caspar sobre su caballo. Pero finalmente, después de la medianoche, ella llamó suavemente a la puerta de su ático y entró en silencio.

Él estaba sentado en la ventana mirando las estrellas, con un pájaro picoteando pan en sus manos. Ella dijo: —¿Nunca duermes?

Jared sonrió. —Claudia, esto es una locura. Si te pillan aquí, sabes lo que pensarían.

Ella dijo: —Te estoy poniendo en peligro, lo sé. Pero tenemos que hablar sobre lo que él escribió.

Él guardó silencio durante un momento. Entonces soltó al pájaro, cerró la ventana, se volvió, y ella vio las sombras bajo sus ojos. —Sí.

Se miraron uno al otro. Finalmente ella dijo: —No mataron a Giles. Lo encarcelaron.

—Claudia...

—¡Ellos no derramarían sangre Havaarna! O tal vez la Reina tuvo miedo. O mi padre... —ella levantó la vista—. Es cierto. Mi padre debe saber. —La desolación en su voz los sorprendió a los dos. Ella se sentó en una silla—. Y hay algo más. Ese chico Finn. El Prisionero. Su voz... me resulta familiar.

—¿Familiar? —Él la miró fijamente.

—La he oído antes, Maestro.

—Te imaginaste eso. No hagas esa suposición, Claudia.

Ella estuvo un momento en silencio. Luego se encogió de hombros.

—De todos modos tenemos que volver a intentarlo.



Jared asintió. Se acercó y bloqueó la puerta, sujetó un pequeño dispositivo en la parte interna y lo ajustó.

Luego se volvió.

Claudia tenía la Llave lista. Activó el canal de voz, y luego el pequeño circuito visual que habían descubierto. Él se paró detrás de ella, observando el holograma de las alas del águila batiéndose silenciosas.

—¿Has eliminado el bloc?

—Por supuesto. Completamente.

Cuando la Llave empezó a brillar, él dijo en voz baja: —Ellos no tuvieron problema en derramar la sangre del anciano, Claudia. Es posible que ya sepan que registramos su casa. Deben temer lo que encontramos.

—Si por ellos quieres decir mi padre —ella levantó la vista—. No me hará daño. Si me pierde, pierde el trono. Y yo te protegeré, Maestro, te lo juro.

Su sonrisa era triste. Ella sabía que él no creía que pudiera.

Muy quedamente, la Llave habló. —¿Puedes oírme?

Claudia dijo: —¡Es él! Toca el panel, Finn. ¡Tócalo! ¿Lo has encontrado?

—Sí. —Él sonaba vacilante—. ¿Qué pasará si lo hago?

—Creemos que vamos a poder vernos entre nosotros. No te hará daño. Inténtalo, por favor.

Hubo un segundo de aire muerto, un poco crepitante. Y entonces Claudia casi saltó hacia atrás. Fuera de la Llave un haz se proyectó silenciosamente. Se abrió a un cuadro, y se acurrucó en el cuadro, asustado y sucio, un muchacho.

Era alto y muy delgado, su rostro hambriento y ansioso. Tenía el pelo lacio y largo, recogido con un nudo de cuerda, y su ropa era la más sosa que alguna vez había visto, gris fangoso y verde, muy desgastada. Una espada y un cuchillo oxidado estaban metidos en su cinturón.

Él la miró con asombro.

Finn vio a una reina, una princesa.

Su cara estaba limpia y libre de impurezas, su pelo brillaba. Llevaba un vestido de alguna seda brillante, y un collar de perlas que valdría una fortuna si un comprador alguna vez lo encontrara, lo volvería suficientemente rico. Vio a la vez que ella nunca había pasado hambre, que su mente era lúcida e inteligente. Detrás de ella un hombre serio de cabello oscuro observaba, llevaba un abrigo de Sapient que pondría al trapo de Gildas en vergüenza.

Claudia se quedó en silencio mucho tiempo, Jared fijó la mirada en ella. Vio que estaba afligida, probablemente por la condición del muchacho, así que dijo suavemente: —Entonces, parece que Incarceron no es un paraíso.

El muchacho lo miró. —¿Está burlándose de mí, Maestro?

Jared negó con la cabeza tristemente. —En realidad no. Cuéntanos cómo llegaste a tener este artefacto.

Finn miró a su alrededor. La ruina estaba en silencio y oscura; la sombra de Attia agazapada en la entrada, mirando la oscuridad de afuera. Ella le dio un pequeño asentimiento de tranquilidad. Él miró de nuevo a la holo-pantalla, temeroso de que su luz los delatara.

Mientras les contaba sobre el águila en su muñeca, observó a Claudia. Él era bueno leyendo rostros, pero el suyo era difícil, tan controlado y tan poco revelador, aunque la más ligera ampliación de sus ojos le dijo que ella estaba fascinada. Luego cayó en mentiras, acerca de encontrar la Llave en un túnel abandonado, borrando a la Maestra, su muerte, su vergüenza, como si nada de eso hubiera pasado. Attia le echó un vistazo, pero él alejó su cara. Les habló del Comitatus, sobre la terrible lucha que había tenido con Jormanric, cómo había derrotado al gigante en combate singular, robado tres anillos de calavera de sus manos, y dirigido a sus amigos fuera de ese infierno. Sobre la forma en que estaban siguiendo un sendero sagrado fuera de la Prisión.

Ella escuchó con atención, haciendo preguntas breves. Él no tenía idea de si ella creía algo de ello. El Sapien estaba en silencio, sola una vez levantó una ceja, cuando Finn habló de Gildas.

—¿Así qué los Sapienti aún sobreviven? Pero, ¿qué pasó con el Experimento, las estructuras sociales, el suministro de alimentos? ¿Cómo se estropeó todo?

—No importa eso —dijo Claudia con impaciencia—. ¿No ves lo que significa la marca del águila, Maestro? ¿No lo ves? —ella se inclinó ansiosamente hacia adelante—. Finn. ¿Cuánto tiempo has estado en Incarceron?

—No sé —él frunció el ceño—. Yo... sólo recuerdo...

—¿Qué?

—Los últimos tres años. Tengo... recuerdos, pero... —Se detuvo. No quería hablarle sobre los ataques.

Ella asintió. Él vio que sus manos estaban entrelazadas en su regazo. Un anillo de diamantes brillaba en un dedo.

—Escucha, Finn. ¿Te parezco familiar? ¿Me reconoces?

Su corazón dio un brinco. —No. ¿Debería?

Ella se mordió el labio. Él sintió su tensión. —Finn, escúchame. Creo que tú puedes ser...

—¡FINN!

El grito de Attia fue ahogado. Una mano la agarró y se cerró sobre su boca.

—Demasiado tarde —dijo Keiro alegremente.

Desde fuera de la oscuridad Gildas se acercó y miró a la holo-pantalla. Por un segundo él y Jared compartieron una mirada sorprendida.

Luego la pantalla quedó en blanco.

El Sapien susurró una oración. Gildas se volvió y miró a Finn y la obsesión estaba de vuelta en sus severos ojos azules. —¡Lo vi! ¡Vi a Sapphique!

Finn de repente se sintió muy cansado. —No —dijo, mirando a Attia salir salvajemente del agarre de Keiro—. No era él.

—¡Le vi, muchacho tonto! ¡Lo vi! —El anciano se arrodilló fatigosamente delante de la Llave. Extendió la mano y la tocó—. ¿Qué ha dicho, Finn? ¿Cuál era su mensaje para nosotros?

—¿Y por qué no nos dijiste que podías ver personas con esto? —Keiro espetó—. ¿No confías en nosotros?

Finn se encogió de hombros. Él, no Claudia, había hecho la mayor parte de la conversación, se dio cuenta. Pero tenía que mantenerlos creyendo, por lo que dijo: —Sapphique.... nos advierte.

—¿De qué? —Atendiendo su mano mordida Keiro le dio a la muchacha una mirada mordaz—. Perra —murmuró.

—De peligro.

—¿De qué tipo? Todo el lugar es...

—De arriba. —Finn murmuró al azar—. Peligro de arriba.

Juntos, levantaron la vista.

Al instante Attia gritó y se lanzó a un lado; Gildas juró. La red se desplomó como la telaraña de una súper araña, cada extremo ponderado; cayó con fuerza sobre Finn, aplastándolo bajo su impacto, un estrujamiento de polvo y murciélagos chirriantes. Por un momento el aliento fue extraído completamente de él, entonces se dio cuenta que Gildas estaba forcejeando y enredado junto a él, que los dos estaban atrapados bajo pesadas cuerdas pegajosas por una resina que exudaban.

—¡Finn! —Attia se arrodilló y tiró de la red; su mano se adhirió y la despegó apresuradamente.

Keiro había sacado su espada; y la hizo a un lado y cortó las cuerdas, pero estaban enhebradas con metales y la hoja hizo estruendo. Al mismo tiempo una alarma estridente en la ruina comenzó a sonar, con una nota alta y gemebunda.

—No pierdas tu tiempo —Gildas murmuró. Luego, furiosamente—: ¡Sal de aquí!

Keiro miró a Finn. —No dejare a mi hermano.

Finn luchó por levantarse pero no pudo. Por un momento toda la pesadilla de ser encadenado delante de los camiones del Civicy se estrelló de nuevo en su mente; luego jadeó: —Haz lo que dice.

—Podríamos quitarte de encima esa cosa. —Keiro miró a su alrededor salvajemente—. Si tuviéramos algún tipo de eje.

Attia agarró una riostra metálica de la pared. La sintió corroer en sus manos y la arrojó con un gemido.

Keiro jaló la red. El aceite oscuro ennegreció sus manos y su abrigo; maldijo pero siguió tirando, y Finn empujando desde abajo, pero después de un segundo todos se vinieron abajo, vencidos por el peso.

Keiro se agachó ante la red. —Te voy a encontrar. Te rescataré. Dame la Llave.

—¿Qué?

—Dámela. O ellos la van a encontrar en ti y la tomaran.

Los dedos de Finn se cerraron sobre el cálido cristal. Por un momento vio la mirada asustada de Gildas a través de la malla, el Sapient dijo: —Finn, no. Nunca le volveremos a ver...

—Cierra la boca, viejo. —Furioso, Keiro se volvió—. Dámela, Finn. Ahora.

Voces en el exterior. El ladrido de perros por el camino.

Finn se deslizó. Presionó la Llave entre la malla aceitosa; Keiro la tomó y la sacó, sus dedos manchando de aceite el águila perfecta. La metió en su abrigo, luego, llevó uno de los anillos de Jormanric y lo metió a la fuerza en el dedo de Finn.

—Uno para ti. Dos para mí.

La alarma se detuvo.

Keiro retrocedió, mirando a su alrededor, pero Attia ya había desaparecido. —Te encontraré, te lo juro.

Finn no se movió. Pero mientras Keiro se desvanecía en la noche de la Prisión, agarró las cadenas y susurró: —Sólo funcionará conmigo. Sapphique sólo me habla a mí.

Si Keiro lo escuchó, no lo sabía. Debido a que en ese momento las puertas fueron estrelladas, luces fueron dirigidas a sus ojos y los dientes de los perros estuvieron gruñendo e intentando morder sus manos y cara.

\* \* \*

JARED LA miró horrorizado. —Claudia, esto es una locura...

—Podría ser él. Podría ser Giles. Oh, sí, se ve diferente. Más delgado. Más desgastado. Mayor. Pero fácilmente podría ser él. Tiene la misma edad, la complexión apropiada. El pelo —ella sonrió—. Los mismos ojos.

Ella paseaba por la habitación, consumida por la inquietud. No quiso decir cómo la condición del chico la había horrorizado. Sabía que el fracaso del Experimento Incarceron era un golpe terrible, que todos los Sapient serían sacudidos por ello.

Agachándose de repente delante del fuego mortecino, ella dijo: —Maestro, necesitas dormir y yo también. Mañana insistiré en que viajes conmigo. Podemos leer Historias de Alegon hasta que Alys se quedé dormida y entonces podemos hablar. Esta noche, solamente diré esto. Si él no es Giles, podría serlo. Podemos presentar argumentos de que es él. Con el testamento del anciano y la marca en la muñeca del chico, sembraría la duda. Suficiente incertidumbre para suspender el matrimonio.

—Su ADN...

—Sin Protocolo. Sabes eso.

Él negó con la cabeza. —Claudia, no puedo creer... Esto es imposible...

—Piensa en ello. —Se levantó y se acercó a la puerta—. Porque incluso si este chico no es Giles, Giles está en alguna parte. Caspar no es el Heredero, Jared. Y tengo la intención de demostrar eso. Si eso significa enfrentarme a la Reina y a mi padre, lo haré.

En la puerta ella se detuvo, no quería dejarlo con esta pena, queriendo decir algo que pudiera aliviar su aflicción. —Tenemos que ayudarlo. Tenemos que ayudar a todos en ese infierno.

Él estaba de espaldas a ella, pero asintió con la cabeza. Desoladamente dijo: —Ve a la cama, Claudia.

Ella salió al oscuro pasillo. Una vela ardía incesantemente abajo en una alcoba. Mientras caminaba su vestido agitó los juncos secos en el suelo, y en su puerta se detuvo y miró hacia atrás.

La posada parecía silenciosa. Pero afuera de la puerta que debía ser la de Caspar, un pequeño movimiento repentino la hizo mirar, y ella se mordió el labio con consternación.

El hombre gordo, Fax, estaba acostado entre dos sillas.

Él estaba mirando directamente hacia ella. Irónicamente, con una mirada lasciva que la dejó helada, agitó la jarra en su mano.

"One of the best  
fantasy novels written  
for a long time."

—The Times, London

## 17

Traducido por Pimienta  
Corregido por kuami

*En los antiguos estatutos de Justicia siempre fueron ciegos.  
Pero ¿Y si lo ve, lo ve todo y sus ojos son fríos y sin compasión?  
¿Quién estaría a salvo de esa mierda?  
Año tras año Incarceron reforzó su control.  
Hizo un infierno de lo que debería haber sido el cielo.  
La puerta está cerrada; los que están fuera no pueden oír nuestros gritos.  
Así, en secreto, comencé a diseñar una Llave.  
—Diario de Lord Calliston.*

Al pasar por debajo de la puerta de la ciudad, Finn, vio que tenía dientes. Estaba diseñada como una boca, desmesuradamente abierta, con incisivos de metal que parecían colmillos afilados. Supuso que era algún tipo de mecanismo que se cerraba en situaciones de emergencia, la creación era una implacable mordedura que se acoplaba con exactitud. Echó un vistazo a Gildas, inclinándose con cansancio contra el vagón. El anciano estaba golpeado y su labio hinchado por el golpe que le habían dado. Finn dijo: —Debe haber alguna de tus gentes aquí. El Sapphique se rascó la cara con las manos atadas y dijo secamente: —Si es así, ellos no dominan mucho al respecto. Finn frunció el ceño. Todo esto es culpa de Keiro. Lo primero que los hombres-grúa habían hecho después de arrastrarlos fuera de la trampa había sido buscar en el paquete de Gilda. Habían vertido polvos y ungüentos, las púas cuidadosamente envueltas, el libro de las Canciones de Sapphique que él siempre llevaba. Nada de eso importaba. Pero cuando habían encontrado los paquetes de carne, ellos se habían mirado los unos a otros. Uno de ellos, un hombre escuálido y delgado, se había girado sobre sus zancos y bruscamente dijo: —Así que tú eres el ladrón. —Escucha amigo —había dicho Gildas oscuramente—, no teníamos ni idea de que las ovejas eran tuyas. Todo el mundo tiene que comer. Le pagaré con mi aprendizaje. Soy un Sapphique de cierta habilidad. —Oh, tendrás que pagar viejo —la mirada del hombre era nivelada. Él había mirado a sus compañeros que parecían divertidos—. Con tus manos, creo, cuando el juez vea esto.

Finn había sido atado con tanta fuerza que las cuerdas le quemaban la piel. Arrastrado fuera, él había visto un pequeño carro atado a un burro. Los hombres-grúa saltaron en él, deslizándose expertamente por el extraño conducto de metal. Atado detrás, Finn había tropezado al lado del hombre mayor a lo largo del camino que conducía a la ciudad. Dos veces había mirado hacia atrás, con la esperanza de ver a Keiro o tal vez a Attia, sólo una visión, una ola breve, pero el bosque estaba muy lejos ahora, una distancia brillante de imposibles colores, y el camino era recto como una flecha hacia la larga pendiente metálica, el suelo a cada lado tachonado con clavos y muescas profundas.

Asombrado de tales defensas, murmuró: —¿A que tienen ellos tanto miedo?

Gildas frunció el ceño. —Al ataque, está claro. Están ansiosos por estar dentro antes de que las luces se apaguen.

Más que ansiosos. Casi todas las grandes multitudes que habían visto antes ya estaban dentro de las paredes. Mientras se apresuraban a la puerta, un cuerno resonó en la ciudadela, y los hombres-grúa habían instado al burro fuertemente, de modo que Gildas estaba sin aliento por el ritmo y casi cayó. Ahora, seguros en el interior, Finn oyó el estruendo de un rastillo y el ruido de cadenas. *¿Habrían llegado Keiro y Attia aquí también? ¿O estarían allí en el bosque?* Sabía que los hombres-grúa habían encontrado la Llave si él la hubiera tenido, pero la idea de que Keiro la tenía, tal vez hablando con Claudia de ello, lo ponía nervioso. Y no había otro pensamiento que lo molestara más, pero él no quería pensar en eso. No todavía.

—Vamos —el líder del grupo tiró de él hasta levantarlo—. Tenemos que hacer esta noche. Antes del festival.

Mientras caminaba por las calles, Finn pensó que nunca había visto tal hervidero de gente. Los carriles de los callejones estaban adornados con farolillos, cuando las luces de la prisión se apagaron, el mundo se transformó al instante en un pequeño centelleo de chispas plateadas, brillantes y hermosas.

Había miles de reclusos, levantando tiendas de campaña, negociando en los grandes bazares, buscando refugio, criando ovejas y Cyber-caballos en los corrales y plazas del mercado. Vio a mendigos, sin manos, ciegos, les faltaban labios y orejas. Vio desfigurados por enfermedades que le hicieron jadear y volverse. Y sin embargo, no medio hombres. Aquí también al parecer, esa abominación estaba restringida a los animales.

El estrepitoso ruido de los cascos era ensordecedor, el olor a estiércol, sudor, de paja triturada y una repentina intensa dulzura de madera de sándalo y limones. Los perros corrían por todas partes, tirando de los sacos de alimentos, hurgando en los desagües, y astutamente detrás de ellos, las pequeñas ratas escalaban rápido escabulléndose entre las grietas y las puertas con sus ojos de color rojo. Vio que las imágenes de Sapphique estaban en cada esquina, sobre puertas y ventanas, un Sapphique que le tendía la mano derecha para mostrar el dedo que le faltaba, a la

izquierda, lo que Finn reconocía, con un salto silencioso de su corazón, como la Llave.

—¿Ves eso?

—Lo veo —Gildas se sentaba sin aliento mientras uno de sus captores se movía hacia la multitud—. Este es, obviamente, algún tipo de festival. Tal vez en honor a Sapphique.

—Estos jueces...

—Déjame hablar a mí —Gildas se enderezó, tratando de ajustar su túnica—. No digas ni una palabra. Una vez que ellos sepan quién soy, estaremos en libertad y todo este lío será arreglado. Un Sapient debe ser escuchado.

Finn frunció el ceño. —Espero que sí.

—¿Qué más ves allá en la ruina? ¿Qué más que Sapphique quiero decir?

—Nada —él se había quedado sin mentiras, y sus brazos le dolían de estar atado delante. El miedo se enroscaba en su mente como un filo de hielo.

—No es que vayamos a ver la Llave otra vez —dijo Gilda amargamente—, otra mentira de Keiro.

—Confío en él —dijo Finn apretando los dientes.

—Aún más tonto.

Los hombres regresaron. Tiraron de los prisioneros a un lado, empujándolos a través de un arco en una amplia pared y una amplia escalera oscura que se inclinaba hacia la izquierda. En la parte superior de la gran puerta de madera frente a ellos, a la luz de dos faroles protegidos, Finn, vio un enorme ojo que había sido tallado en las profundidades del bosque negro, los ojos miraban hacia él y pensó por un momento que estaba vivo, que lo veía, que era el ojo de Incarceron que lo estudiaba con curiosidad toda su vida.

A continuación, el hombre-grúa golpeó en la madera y abrió la puerta. Finn y Gildas fueron llevados al interior, con un hombre a cada lado de ellos.

La habitación —si se trataba de una habitación— era negra como el carbón. Finn se detuvo al instante. Respiró con fuerza, al oír eco, un rumor extraño. Sus sentidos le advirtieron de un gran vacío, delante de él o tal vez a un lado, estaba aterrorizado de dar un paso más y desplomarse en alguna profundidad desconocida. Un vago recuerdo se agitó en su mente, un susurro de un lugar sin luz, sin aire. Se colocó en posición vertical. Tenía que estar alerta. El hombre se apartó, y se sintió aislado, sin ver nada, sin tocar a nadie. Entonces, no muy lejos delante de él, una voz habló.

—Somos todos criminales ¿No es así?

Era baja, tranquila y modulada. No tenía ni idea de si el orador era hombre o mujer.

Gildas, dijo inmediatamente. —No es así. Yo no soy un criminal, ni lo fueron mis antepasados. Soy Gildas Sapiens, hijo de Amos, hijo de Gilda, que entró en Incarceron el Día del Cierre.



Silencio. —Entonces. Yo no creo que ninguno de ustedes se quedara.

La misma voz, ¿lo era?, venía de un poco a la izquierda ahora, Finn miró en esa dirección, pero no vio nada.

—Ni yo ni el niño le hemos robado a usted —le espetó Gildas.

—Uno de nuestros compañeros mato un animal. Fue un error, pero...

—Cállate.

Finn se quedó en silencio. La tercera voz, idéntica a las dos primeras, provenía de la derecha. Debe haber tres de ellos.

Gildas respiró molesto. En silencio, estaba muy enojado.

La voz central dijo pesadamente. —Todos somos criminales aquí. Todos somos culpables. Incluso Sapphique, que escapó, tuvo que pagar su deuda a Incarceron. Tú también vas a pagar la deuda con tu carne y tu sangre. Ambos.

Debido a que ahora podía distinguirlos, vio las tres sombras sentadas delante de él, vestidos con ropas de color negro que le cubrían todo el cuerpo y con un tocado extraño negro que se dio cuenta de que eran pelucas. Pelucas de cuervo-oscuro de pelo lacio. El efecto fue grotesco, porque los altavoces eran antiguos. Nunca había visto a mujeres tan mayores. Su piel estaba curtida con arrugas, sus ojos de color blanco lechoso. Cada una de ellas tenía la cabeza baja, cuando arrastró el pie con inquietud, vio cómo sus rostros se volvieron a seguir el sonido, y se dio cuenta de que eran ciegas.

—Por favor... —murmuró.

—No hay apelación. Esta es la sentencia.

Echó un vistazo a Gildas. El Sapient estaba mirando algunos de los objetos a los pies de las mujeres. A unos pasos frente a la primera había un huso de madera, y de ella un hilo se derramaba, un tejido de plata fina. En espiral y enredado en los pies de la mujer en segundo lugar, como si nunca se hubiese trasladado desde el taburete donde estaba sentada, y oculto en su madeja había una vara de medir. El hilo, por ahora sucio y raído, corría debajo de la silla de la tercera, donde había un par de tijeras de corte afiladas.

Gildas parecía afectado. —He oído hablar de ti —le susurró.

—Entonces sabrás que las tres no tenemos piedad, somos seres implacables. Nuestra justicia es ciega y sólo se ocupa de los hechos. Ha robado a estos hombres, la evidencia se presenta. —La vieja marchita bajo la cabeza—. ¿Estáis de acuerdo, hermanas mías?

Una a cada lado, las voces idénticas susurraron: —Estamos de acuerdo.

—Entonces, el castigo para los ladrones debe llevarse a cabo.

Los hombres se adelantaron, agarraron Gildas y lo obligaron a arrodillarse. En la penumbra Finn vio la silueta de un bloque de madera, los brazos del viejo abajo y lo mantuvieron a través de sus muñecas. —¡No! —se quedó sin aliento—. Escúchenme...

—¡No fuimos nosotros! —Finn intentó luchar—. ¡Esto está mal!

Los tres rostros idénticos parecían sordos y ciegos. La del centro elevó un dedo delgado, una hoja de cuchillo brilló en la oscuridad.

—Soy un Sapient de la Academia, —la voz de Gildas era ruda y aterrorizada. Había gotas de sudor en su frente—. No voy a ser tratado como un ladrón. No tienes derecho...

Fue recluido por un agarre rígido, un hombre a su espalda y otro agarrando sus muñecas atadas. La hoja del cuchillo se levantó.

—Cállate viejo loco, —murmuró uno de ellos.

—Podemos pagar, tenemos dinero. Puedo curar enfermedades. El niño... el niño es vidente. Él habla con Sapphique. Él ha visto las estrellas. —Su voz salió como un grito de desesperación.

Inmediatamente, el hombre con el cuchillo se paró, su mirada brilló hacia las arpas.

Juntos dijeron: —¿Las estrellas? —las palabras fueron un murmullo unas sobre otras, una pregunta susurrada.

Gildas, sin aliento, vio su oportunidad.

—Las estrellas, Mujeres Sabias. Las luces de Sapphique hablan. ¡Pregúntenle! Es una célula de origen, un hijo de Incarceron.

Se quedaron en silencio. Sus rostros se volvieron hacia Finn, la del centro le tendió la mano, señaló, y el hombre-grúa, lo empujó hacia adelante para que ella le tocara el brazo y lo agarrara. Finn se mantuvo muy quieto. Las manos de la anciana eran huesudas y secas, las uñas largas y rotas. Ella buscó a tientas por los brazos, sobre el pecho, hasta llegar a su rostro. Quería separarse, tenía miedo, pero siguió soportando los dedos fríos y ásperos sobre su frente y sus ojos.

Las otras mujeres estaban frente a él, como si una sintiera por todas ellas. Entonces, con las manos apretadas contra el pecho, la del centro murmuró. —Siento su corazón. Late valiente, carne de Prisión, hueso de Prisión. Siento el vacío en él, el cielo roto en su mente.

—Sentimos el dolor.

—Sentimos la pérdida.

—Él me sirve —Gildas se lanzó y se puso en pie a toda prisa—. Solo a mí. Pero se lo doy a ustedes, hermanas, se lo ofrezco en reparación de nuestro crimen. Un intercambio justo.

Finn le miró asombrado. —¡No!, No puedes hacer eso.

Gildas se giró. Era una pequeña forma encogida en la oscuridad, pero sus ojos eran duros y astutos, con súbita inspiración y respiración entrecortada. Miró significativamente el anillo en el dedo de Finn.

—No tengo otra opción.

Las tres viejas brujas se volvieron de uno a otro. No hablaban, pero parecía que cierto conocimiento pasaba entre ellas. Una rió, una risa repentina que hizo sudar a Finn y el hombre detrás de él murmuró con terror.

—¿Nos vamos?

—¿Deberíamos?

—¿Podríamos?

—Aceptamos —ellas hablaron al unísono. Entonces la vieja se inclinó hacia la izquierda y tomó el huso. Sus dedos agrietados de hilar, tomaron el hilo y lo sacó entre el índice y el pulgar.

—Él será el único. Será el tributo.

Finn se irguió. Se sentía débil, con la espalda brillando con sudor frío. —¿Qué tributo?

La segunda hermana midió el hilo, un corto trozo. La tercera bruja tomó las tijeras. Cuidadosamente cortó el hilo y cayó silenciosamente en la tierra.

—El homenaje que le debemos —susurró—, a la bestia.

\* \* \*

Keiro y Attia llegaron a la ciudad justo antes de que las luces se apagaran por última vez en la parte trasera de una camioneta cuyo conductor ni siquiera se fijo en ellos. Saltaron fuera por la puerta.

—¿Y ahora qué? —susurró.

—Vamos directamente donde están todos los demás

Se marchó y ella miró a su espalda y a continuación, corrió tras él.

Había una puerta más pequeña, y a la izquierda una estrecha ranura en la pared. Se preguntó para que era, entonces vio que los guardias estaban haciendo que todo el mundo pasara a través de ella.

Ella miró hacia atrás. La carretera estaba vacía. Lejos en la llanura las defensas esperaban en silencio; muy por encima, lo que podía haber sido un pájaro, hacía círculos como una chispa de plata en la noche oscura.

Keiro la empujó hacia adelante. —Tu primero.

A medida que se acercó, el guardia los recorrió con ojos experto y luego hizo un gesto con la cabeza hacia la ranura. Attia entró. Era un callejón oscuro y maloliente que surgía en la calle adoquinada de la ciudad. Keiro dio un paso detrás de ella.

Al instante sonó una alarma. Keiro se dio la vuelta. Un pitido suave y urgente en la pared. Justo por encima se abrió el Ojo de Incarceron y se quedó mirando. El guardia, que había cerrado la puerta, se detuvo y dio la vuelta sacando la espada.

—Bueno, no se parece a...

Con un golpe en el estómago Keiro lo dobló, y otro lo envió a estrellarse contra la pared. Se quedó tirado. Keiro cogió aire, luego cruzó el panel y apagó la alarma. Cuando se volvió Attia lo miraba fijamente.

—¿Por qué tu? ¿Por qué no yo?

—¿A quién le importa? —él se dirigió rápidamente tras ella—. Probablemente sintió la Llave.

Ella miró a su espalda, el rico jubón y la melena empujada tan descuidadamente hacia atrás. Sin hacer ruido, por lo que él podría oírla, ella dijo: —¿Entonces por qué estas tan asustado?

READ BY KIM MAI GUEST

\* \* \*

Cuando el carro se inclinó y él se subió, Claudia respiró con alivio. —Pensé que nunca ibas a venir.

Se apartó de la ventana y las palabras murieron en su boca.

—Estoy conmocionado —dijo su padre secamente. Se quitó un guante y sacudió el polvo del asiento. Entonces él puso su bastón y un libro a su lado y dijo—: Continua.

El coche crujía mientras los caballos eran azotados. En un momento el arnés tintineó y se meció en el patio de la posada. Claudia trató de dejar caer su trampa. Pero la ansiedad era demasiada.

—¿Dónde está Jared? Pensé...

—Le pedí que viajara con Alys en el tercer coche esta mañana. Sentí que deberíamos hablar.

Fue un insulto, por supuesto, aunque a Jared no le importara y Alys estuviese encantada de tenerlo para ella misma. Pero tratar a un Sapient como un siervo... Ella estaba rígida de la furia.

Su padre la miró un momento y luego miró por la ventana. Vio que se había dejado un poco más de barba gris, por lo que su aspecto de distinción era más fuerte que nunca.

Él dijo: —Claudia, hace unos días me preguntaste sobre tu madre.

Sí él la hubiera golpeado, no podría haber estado más sorprendida. Después, al instante, ella estaba alerta. Era igual a cuando él tomaba la iniciativa, de vuelta al juego, a los ataques. Era un jugador de ajedrez Maestro en la Corte. Ella era un peón en su tablero, un peón que él haría reina, a pesar de todo. Afuera una lluvia de verano suave empapaba los prados. Olía dulce y fresco.

Ella dijo: —Sí, lo hice.

Miró al campo, sus dedos jugaban con los guantes color negro.

—Es muy difícil para mí hablar de ella, pero hoy, en este viaje hacia todo lo que siempre he trabajado, quizá ha llegado el momento.

Claudia se mordió el labio. Todo lo que sentía era miedo. Y por un momento, solo un fragmento de tiempo, algo que nunca había sentido antes. Sintió pena por él.

# INCARCERON

READ BY KIM MAI GUEST

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”  
—*The Times*, London

## 18

## INCARCERON

Traducido por Cowdiem y SOS Anelisse  
Corregido por Nanis

*Hemos pagado el tributo del más querido y el mejor y ahora esperamos el resultado.*

*Si toma siglos, no lo olvidaremos. Como Lobos permaneceremos en guardia.*

*Si la venganza debe ser tomada, la tomaremos.*

—Los Lobos de Acero.

—Me casé en la Edad Media —John Arlex miró el pesado follaje del verano oscurecer el interior del coche con chispas de luz solar—. Era un hombre rico, nuestra familia siempre ha tenido parte en la Corte y el puesto de Guardián había sido mío desde la juventud. Una gran responsabilidad, Claudia. No tiene idea cuán grande.

Él suspiro brevemente.

El coche saltó sobre las piedras. En el bolsillo de su abrigo de viaje, ella sintió la Llave de Cristal golpetear contra su rodilla, recordó el miedo de Finn, su rostro de hambre. ¿Todos los prisioneros eran así, los prisioneros que su padre vigilaba?

—Helena era una mujer hermosa y elegante. El nuestro no fue un matrimonio arreglado, sino un encuentro afortunado en el baile de invierno en la Corte. Ella era una señorita de la Cámara de la última reina, la madre de Giles, una huérfana, la última de su linaje.

Él se detuvo, como si quisiera que ella dijera algo, pero no lo hizo. Sintió que si hablaba se quebraría el hechizo, que él podría detenerse.

Él no la miró. Suavemente dijo: —Yo estaba muy enamorado de ella. —Las manos de ella estaban apretadas muy juntas. Las forzó a relajarse—. Después de un cortejo corto nos casamos en la Corte. Una boda tranquila, o cómo será la tuya, pero hubo un banquete discreto después, y Helena se sentó a la cabeza de mi mesa y rió. Se veía muy parecida a ti, Claudia, quizá un poco más baja. Su cabello era

claro y suave. Siempre usaba una cinta de terciopelo negro alrededor de su cuello, con un retrato de ambos en su interior.

Él estiró su rodilla ausentemente.

—Cuando ella me dijo que estaba embarazada estaba más feliz de lo que puedo expresar. Quizás había pensado que el tiempo se había ido, y que nunca tendría un heredero. Que el cuidado de Incarceron pasaría de la familia, que la línea de los Arlexi moriría conmigo. En todo caso, tomé aún mayores cuidados con ella. Ella era fuerte, pero las limitaciones del Protocolo debían ser cumplidas. —Él elevó la mirada—. Teníamos muy poco tiempo juntos.

Claudia tomó un respiro. —Ella murió.

—Cuando el niño nació. —Él desvió la mirada, fuera de la ventana. Las sombras de las hojas pasaban por su rostro—. Teníamos una partera y uno de los más renombrados Sapiienti atendíendola, pero nada se pudo hacer.

Ella no tenía idea de que decir. Nada la había preparado para esto. Él nunca le había hablado así antes. Sus dedos estaban apretados nuevamente. Ella dijo:

—Nunca la vi después.

—Nunca. —Su oscura mirada se giro hacia ella—. Y después no pude soportar ver su imagen. Había un retrato, pero lo mande a encerrar. Ahora solo queda esto.

Él saco desde dentro de su camisa un pequeño broche de oro, saco la cinta negra pasándola por su cabeza y la sostuvo en lo alto. Por un momento ella estaba casi asustada de tomarla; cuando lo hizo, estaba tibia debido a su calor corporal.

—Ábrelo —él dijo.

Ella lo desato rápido. Dentro, enfrentándose en dos marcos ovalados había dos miniaturas, exquisitamente pintadas. En la derecha, su padre, luciendo grave y más joven, su cabello de un rico castaño. En el contrario, en un vestido de corte bajo de seda carmesí, una mujer con un rostro dulce y delicado, sonriendo, una pequeña flor elevada hacia su boca.

Su madre.

Sus dedos temblaron; elevando la mirada para ver si él lo había notado, vio que él la estaba mirando.

Él dijo: —Haré que hagan una copia para ti en la Corte. El Maestro Alan, el pintor, es un buen hombre de trabajo.

Ella quería que él se quebrara, que llorara. Quería que estuviera enojado, quemado por el dolor, algo, algo a lo que ella pudiera responder. Pero solo estaba su grave calma.

Ella sabía que él había ganado esta parte del juego. Silenciosamente le devolvió el medallón.

Él lo deslizó dentro de su bolsillo.

Ninguno de los dos habló por un momento. El coche retumbaba a lo largo del camino; pasaron por una villa de cabañas a medio derrumbar y una fuente donde los gansos se elevaron agitando sus blancas alas asustadas. Luego el camino se elevaba en el cerro, dentro de la sombra verde del bosque.

Claudia se sentía acalorada y avergonzada. Una avispa entro por la ventana abierta; ella la sacó agitando sus manos y luego secó sus manos y rostro con un pequeño pañuelo notando como el polvo café del camino se pegaba al blanco lino.

Finalmente ella dijo: —Estoy agradecida de que me hayas dicho. ¿Por qué ahora?

—No soy un hombre demostrativo, Claudia. Pero solo ahora estoy listo para hablar de eso. —Su voz era grave y áspera—. Esta boda será el pináculo de mi vida. De la de ella también, si estuviera viva. Tenemos que pensar en ella, de cuan orgullosa y feliz se hubiera sentido. —Él elevó sus ojos y eran grises como el acero—. No debemos permitir que nada lo arruine, Claudia. Nada debe ponerse en el camino de nuestro éxito.

Ella encontró sus ojos; él sonrió lentamente.

—Ahora. Estoy seguro de que preferirías la compañía de Jared que la mía. —Había un dejo en sus palabras que ella no obvio. Él tomó su bastón y golpeo el techo del carruaje; afuera, el cochero hizo un llamado bajo, deteniendo los caballos a un agitado, estampado y resoplado alto. Cuando se quedaron quietos, el Guardián se inclinó y abrió la puerta. Salió y se estiró—. Qué hermosa vista. Mira, querida.

Ella salió tras de él.

Un enorme río corría bajo ellos, brillando en el sol del verano. Corría a través de ricas tierras de cultivo, los campos dorados con la cebada madura. El sol era caliente en los brazos de ella; elevo su cabeza hacia él, agradecida, cerrando sus ojos hasta ver solo un color rojo, oliendo el polvo y la picante milenrama en el borde del camino.

Cuando abrió sus ojos de nuevo, él se había ido, caminando de vuelta a los coches, balanceando su bastón, hablando agradables palabras con Lord Evian, quien trepó y se secó la traspiración de su rojo rostro.

Y el Reino se expandía delante de ella en el distante y brumoso calor del horizonte, y ella deseo por un segundo poder correr hacia la calma del su verano, escapar en



el espacio de la tierra vacía. Algún lugar donde nadie más estuviera. Algún lugar donde fuera libre.

Un movimiento en su codo. Lord Evian estaba de pie ahí, sorbiendo de una pequeña botella de vidrio.

—Hermoso —él respiro. Apunto con un gordo dedo—. ¿Ves?

Ella vio el brillo a millas de distancia en los cerros alejados. Un reflejo brillando blanco diamante. Y supo que era el brillo del sol en el techo de la enorme Corte de Vidrio.

READ BY KIM MAI GUEST

\* \* \*

Keiro se comió el último trozo de carne y se reclinó repleto. Se tomó los residuos de cerveza y miró alrededor por alguien que rellenara el jarro. Attia aún estaba sentada junto a la puerta; él la ignoró. La taberna estaba llena; tuvo que gritar dos veces para captar atención. Luego la mesera se acercó con un jarro y mientras lo llenaba dijo: —¿Qué pasa con tu amiga? ¿Ella no come?

—Ella no es mi amiga.

—Entro tras de ti.

Él se encogió de hombros. —No puedo evitar ser seguido por chicas. Quiero decir, mírame.

Dos mujeres rieron y negaron con la cabeza. —Bien, guapo. Paga.

Él conto unas pocas monedas, se tomo la cerveza, y se levantó, estirándose. Se sentía mejor después de la ducha, y el justillo rojo llama siempre se había visto bien en él. Pasando entre las mesas él ignoró a Attia, ella se levanto para seguirlo casi media calle por el oscuro pasillo antes de que su voz lo hiciera detenerse.

—¿Dónde vamos a encontrarlos?

Él no se giró.

—Dios sabe lo que les está pasando. Tú prometiste...

Keiro se giró. —¿Por qué no te pierdes?

La chica lo miró fijamente de vuelta. *Es una cosa tímida y pequeña*, él pensó, pero esta era la segunda vez que ella lo confrontaba, y se estaba volviendo molesto.

—No voy a ir a ninguna parte —ella dijo quedamente.

Keiro sonrió. —Crees que voy a desertar, ¿cierto?

—Sí.

Su sinceridad lo lanzó. Lo hizo enojar. Él se giro y continuó caminando, pero ella siguió tras él como una sombra. Como un perro.

—Creo que quieres, pero no voy a dejarte. No voy a dejarte tomar la Llave.

Él se dijo a si mismo que no iba a responderle, pero las palabras salieron de todas formas.

—No tienes idea de lo que haré. Finn y yo somos hermanos de juramento. Eso significa todo. Y yo mantengo mi palabra.

—¿Lo haces? —su voz se deslizo a una ligera copia de la de Jormanric—. No he mantenido mi palabra desde que tenía diez y acuchillé a mi hermano. ¿Así es como funciona, Keiro? ¿Es así como el Comitatus está aún con nosotros, dentro de ti?

Él se giró hacia ella entonces, pero estaba lista para él. Ella saltó, rasguñando su rostro, pateando y empujándolo de modo que él trastabilló y se golpeo contra la pared. La Llave cayó, un golpeteo en las piedras sucias; ambos se lanzaron a agarrarla, pero ella fue más rápida.

Keiro siseo con rabia. Él capturó el cabello de ella, tirando hacia atrás salvajemente.

—¡Dámela!

Ella gritó y se retorció.

—¡Suéltalo!

Él tiro con más fuerza. Con un aullido de dolor Attia le tiro la Llave en la oscuridad; instantáneamente Keiro la dejó ir y se lanzo tras ella, pero tan pronto como la levantó, la dejó caer con un grito.

Cayó en la tierra, pequeñas luces azules viajando dentro de ella. Repentinamente, con un alarmante silencio, un campo imaginario se abrió alrededor de ella. Ellos vieron a una chica vestida en un suntuoso vestido, su espalda contra un árbol, iluminado por una gloriosa y brillante luz. Ella los miraba fijamente. Cuando hablo, su voz era aguda por la sospecha.

—¿Dónde está Finn? ¿Quién demonios son ustedes?

\* \* \*

Le habían dado una comida de pasteles de miel, algunas extrañas semillas y una bebida caliente que burbujeaba un poco, pero había tenido miedo de probarlo en caso de que estuviera drogado. Por todo por lo que estaba pasando, él quería una cabeza clara.

Ellos también le habían dado ropa limpia y agua para que se lavara, fuera de la puerta de la sala dos de los hombres-grúa de pie, apoyados contra la pared. Se acercó a la ventana. Había una larga caída. A continuación había una calle estrecha, llena de gente incluso ahora, la mendicidad, venta y establecimiento de campamentos improvisados en la calle, durmiendo en sacos, con sus animales vagando por todas partes. El ruido era espantoso.

Él puso sus manos en el alféizar y se asomó, mirando a los tejados. En su mayoría eran de paja, con algunos parches de metal aquí y allá. No había manera de que pudiera escalarlos, la casa se inclinaba hacia el exterior como si fuera a caer, y él no lo dudó. Por un momento se preguntó si no podría ser mejor romper su cuello aquí que tener que hacer frente a una criatura sin nombre, pero todavía había tiempo. Las cosas podían cambiar.

Él se volvió al interior y se sentó en el taburete tratando de pensar. ¿Dónde estaba Keiro? ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué plan tenía? Keiro era deliberado y salvaje, pero era un gran trazador. La emboscada de la Civicy había sido su idea. Estaba obligado a pensar en algo bueno. Ya Finn perdió su descaro, su absoluta auto-seguridad.

La puerta se abrió; Gildas la apretó pulgadas —¡Tú! —Finn se levantó—. Tienes un coraje...

El Sapien levantó las dos manos. —Estás enojado. Finn, no tuve otra opción. Viste lo que nos habría pasado. —Él parecía triste, fue y se sentó duramente en el taburete—. Además, estoy yendo contigo.

—Dijeron que sólo yo.

—Las monedas de plata hacen mucho —gruñó entre dientes—. La mayoría de las personas tratan de sobornar para ser sacados de la Cueva, parece, no para entrar. Sólo había un asiento en la sala, Finn se sentó en el suelo y la paja y envolvió sus brazos alrededor de sus rodillas. —Creo que estoy por mi cuenta —dijo en voz baja.

—Bueno, no es así. Yo no soy Keiro, y no voy abandonarte Mi Vidente.

Finn frunció el ceño. Luego dijo: —¿Me abandonarías si no veo nada?

Gildas se frotó las manos secas juntas, haciendo un sonido parecido al papel.

—Por supuesto que no.

Se quedaron en silencio un momento, escuchando el murmullo de la calle.

Entonces Finn dijo: —Háblame de la Cueva.

—Pensé que sabías la historia. Sapphique llegó a la Ciudadela de los jueces, que debía estar donde estamos. Se enteró de que la gente de aquí pagaba un tributo cada mes a un ser que sólo se conoce como La Bestia... el tributo es un hombre o una mujer joven de la ciudad. Ellos van a una cueva en la ladera de la montaña, pero nunca ha retornando ninguno. —Se rascó la barba—. Sapphique se presentó ante los jueces y se ofreció a sí mismo en lugar de la niña cuya vida se debía. Dicen que lloró a sus pies. Al salir toda la gente de la ciudad, lo vieron ir, en silencio. Entró en la cueva solo, sin armas.

Finn dijo: —¿Y?

Gildas se quedó en silencio un momento. Cuando hablo, su voz era más baja.

—Durante tres días no pasó nada. A continuación, en el cuarto, las noticias de que el desconocido había salido de la cueva corrieron como regueros de pólvora. La gente del pueblo se alineaba en las paredes, abrieron las puertas. Sapphique caminaba lentamente por el camino. Cuando llegó a las puertas alzó la mano y vieron que el dedo índice a la derecha había desaparecido, y que la mano sangraba en el polvo. Él dijo: “La deuda no ha sido pagada. No hay suficiente de mí para pagar la deuda. Lo que vive en la Cueva tiene un hambre que no puede ser satisfecha. Un vacío que nunca puede ser llenado”. Luego se volvió, se alejó y la gente lo dejó ir. Pero la niña, aquella cuya vida salvó, corrió tras él, y viajó con él por un tiempo. Ella fue la primera de sus seguidores.

Finn dijo: —¿Qué...? —pero la puerta se abrió de golpe antes de que pudiera terminar. El hombre—grúa le hizo señas.

—Fuera. El niño debe dormir ahora. Nos vamos cuando salga el sol.

Gildas se fue, con una mirada rápida. El hombre le tiró a Finn unas mantas, que arrastró a su alrededor y se sentó acurrucado contra la pared, escuchando las voces, los cantos y ladridos en la calle.

Se sintió frío y completamente solo. Trató de pensar en Keiro, en Claudia, la niña que la Llave le había mostrado. Y Attia, ¿le olvidaría? ¿Se iban todos a su suerte? Se dio la vuelta y se acurrucó.

Y entonces vio el ojo.

Era muy pequeño, cerca del techo, la mitad oculta en telarañas. Lo observaba de manera constante y le devolvió la mirada, luego se sentó y se enfrentó a él.

—Háblame —dijo, su voz suave con ira y desprecio—. ¿Estás demasiado asustado para hablar conmigo? Si yo nací de ti, entonces háblame. Dime qué hacer. Saltar de las puertas abiertas.

El ojo con un rayo rojo no parpadeó.

—Sé que estás ahí. Sé que me puede escuchar. Siempre lo he sabido. Los otros lo olvidaron, pero yo no. —Él estaba de pie ahora, se acercó y extendió la mano, pero el ojo era, como siempre, demasiado alto—. Le hablé de ti a la Maestra, la mujer que murió, que yo maté. ¿Has visto eso? ¿Has visto su caída, tú la atrapaste? ¿Tú conseguiste llevarla a alguna parte, viva?

Su voz temblaba, tenía la boca seca, sabía de los signos, pero estaba demasiado enojado y asustado para parar.

—Voy a escapar de ti. Así lo haré, te lo juro. Debe haber un lugar para ir. Si no puedes verme. ¡Entonces tú no existes!

Estaba sudando, enfermo. Tuvo que sentarse, acostarse, dejar que los mareos barrieran sobre él, el mosaico de imágenes, una sala, una mesa, un barco en un lago oscuro. Él se atragantó con ellos, los combatió, se ahogó en ellos.

—No —dijo—. No —el ojo era una estrella. Una estrella roja. Cayó lentamente con la boca abierta. Quemando dentro de él, oyó hablar en la más débil respiración, el sople del polvo en los pasillos desiertos, las quemaduras de las cenizas en el corazón del fuego.

—Yo estoy en todas partes —dijo en voz baja—. En todas partes.

# INCARCERON

19

Traducción SOS por Clo  
Corregido por Nanis

*Por los pasillos interminables de la culpa  
Mi hilo plateado de lágrimas se derrama.  
Mi falange es la Llave que se rompió  
Mi sangre, el aceite que suaviza el cerrojo.  
—Canciones de Sapphique*

Claudia se quedó mirando la imagen holográfica con consternación. —¿Qué quiere decir con encarcelados? Están todos en la Prisión, ¿no es cierto? —el niño sonrió, con una burla suave que ya le disgustaba. Él se sentó en el borde de una acera de lo que parecía alguna clase de callejón oscuro y se echó hacia atrás, mirándola con atento escrutinio.

—¿Lo estamos, ciertamente? ¿Y dónde está usted entonces, Princesa?

Ella frunció el ceño. De hecho, ella había corrido dentro del guardarropa de la hostelería donde los carruajes se habían detenido para el almuerzo, una apestosa recámara de piedra demasiado cerca del Protocolo para la comodidad. Pero no iba a perder tiempo explicando.

—Escúchame, cualquiera que sea tu nombre...

—Keiro.

—Bueno, Keiro. Es vital que hable con Finn. ¿Cómo obtuviste esta Llave de él de todos modos? ¿La robaste?

Tenía los ojos muy azules y su cabello era rubio y largo. Era guapo y sin duda lo sabía.

Dijo: —Finn y yo somos hermanos de juramento, nos hemos jurado mutuamente. Él me la dio por seguridad.

—¿Así que él confía en ti?

—Por supuesto.

Otra voz dijo: —Bien, yo no.

Una niña dio un paso detrás de él, él la miró acalorado y murmuró: —¿Te callas? —pero ella se agachó y le habló a toda prisa a Claudia.

—Soy Attia. Creo que él va a dejar a Finn y al Sapien y tratará de escapar como lo hizo Sapphique, y cree que la Llave le funcionará. ¡No debe permitirselo! ¡Finn morirá!

Desconcertada por los nombres, Claudia dijo: —Espera. ¡Más despacio! ¿Por qué morirá?

—Ellos parecen tener algún tipo de ritual en esta Ala. Él tiene que enfrentarse a la bestia. ¿Hay algo que usted puede hacer? ¿Alguna magia de estrellas? ¿Tiene que ayudarnos!

La niña tenía la ropa más inmundada que alguna vez hubiera visto Claudia, su pelo era oscuro y tajeado en un maltratado corte dentado. Claramente estaba enferma de la preocupación. Intentando pensar, Claudia dijo: —¿Cómo puedo hacer algo yo? ¡Ustedes tienen que sacarlo de allí!

—¿Qué le hace pensar que podemos? —preguntó con calma Keiro.

—No tienen elección —un grito en el patio de la posada la hizo mirar alrededor con nerviosismo—. Porque Finn es el único con el que hablaré.

—Al igual que él, ¿verdad? Y por cierto, ¿quién es usted?

Ella los miró. —El Guardián de Incarceron es mi padre.

Keiro resopló. —¿Qué Guardián?

—Él...supervisa la prisión —ella sentía frío. Su menosprecio la congelaba. Rápidamente siguió adelante—. Quizás pueda encontrar gráficos de la prisión, un mapa de sus caminos secretos, de sus puertas y pasillos que les muestren la salida. Pero no les diré una palabra hasta que no vea a Finn.

Era una mentira que haría gemir a Jared, pero no tenía elección. Ella no confiaba en este Keiro, él era demasiado arrogante, y la niña parecía enojada y asustada.

Keiro se encogió de hombros. —¿Qué es tan especial acerca de Finn?

Ella vaciló. Luego dijo: —Creo...creo que lo reconozco. Es mayor, se ve diferente, pero hay algo en él, su voz... si estoy en lo cierto su verdadero nombre es Giles, y es el hijo de... una persona bastante importante aquí. — No debería decir demasiado. Sólo lo suficiente para hacerlo actuar.

Keiro se le quedó mirando, asombrado. —¿Me está diciendo que todas esas tonterías acerca de entrar desde Afuera son en realidad verdad? ¿Esta marca en su muñeca significa algo?

—Me tengo que ir. Simplemente vayan por él.

Él se cruzó de brazos. —¿Si no puedo?

—Entonces olvida la magia de las estrellas —miró a la chica, sus ojos se encontraron brevemente—. Y esta Llave sólo será una masa inútil de cristal. Pero si eres su hermano, querías rescatarlo.

Keiro asintió. —Lo hago —él gesticuló con la cabeza hacia Attia—. Olvídote de ella. Está loca. No sabe nada —su voz era baja e impetuosa—. Finn y yo somos hermanos y nos cuidamos mutuamente las espaldas. Siempre.

Attia miró a Claudia, con la cara magullada. La duda se movía en sus ojos. —¿Él es pariente suyo? —preguntó ella en voz baja—. ¿Su hermano? ¿Primo?

Claudia se encogió de hombros. —Sólo un amigo. Un amigo, eso es todo.

Rápidamente, cerró el campo.

La Llave brillaba en la fétida oscuridad. Se la metió en el bolsillo de su falda y salió corriendo, desesperada por aire fresco. Alys estaba merodeando ansiosamente en el pasillo, los sirvientes la pasaban alborotadamente con bandejas y platos.

—¡Oh, ahí estás, Claudia! El Conde Caspar te está buscando.

Pero Claudia ya lo podía escuchar, el fino y molesto rebuznar de su voz, Y para su consternación vio que estaba hablando con Jared, y con Lord Evian, los tres sentados en los bancos bajo el sol, con los perros de la hostería desgarrados en una fila expectante a sus pies.

Ella salió y cruzó los adoquines.

Evian se paró inmediatamente e hizo una reverencia adornada, Jared se movió en silencio para hacerle un espacio.

Caspar dijo airadamente: —¡Siempre me estás evitando, Claudia!

—Por supuesto que no. ¿Por qué diablos haría eso? —ella se sentó y sonrió—. Qué agradable. Todos mis amigos juntos.

Caspar frunció el ceño. Jared sacudió ligeramente la cabeza. Junto a ellos, Evian ocultó una sonrisa con su pañuelo de bordes de puntillas. Ella se preguntaba cómo él podía sentarse allí con tanta frialdad con el Conde, un niño que él estaba conspirando para asesinar. Pero entonces, probablemente proclamaría que no era algo personal, que se trataba de la política, nada más. El juego, siempre.

Se giró hacia Jared. —Quiero que viajes conmigo ahora. ¡Estoy tan aburrida! ¿Podemos discutir la Historia Natural del Reino de Menessier?

—¿Por qué no yo? —Caspar les arrojó un trozo de carne a los perros y los vio pelear por ella—. No soy aburrido. —Sus pequeños ojos se volvieron hacia ella—. ¿No?

Era un reto. —Claro que no, Su Majestad —ella sonrió amablemente—. Y por supuesto que me encantaría que se nos una. Menessier tiene algunos pasajes excelentes sobre la fauna en los bosques de coníferas.

Él la miró con disgusto. —Claudia, no intentes esa basura de inocentes ojos amplios conmigo. Ya te dije, no me importa lo que hagas. De cualquier manera, sé todo al respecto. Fax me dijo lo de anoche.

Ella se sintió palidecer, no pudo mirar a Jared. Los perros gruñían y luchaban. Uno le rozó la falda y ella lo pateó.

Caspar se puso de pie, con aire de suficiencia triunfal. Vestía un llamativo collar de eslabones de oro y una levita de terciopelo negro, y apartó a los perros a patadas hasta que gritaron.



—Pero te lo advierto, Claudia, mejor que seas más discreta. Mi madre no es tan abierta de mente como yo. Si ella se enterara, estaría furiosa —le sonrió a Jared—. Tu inteligente tutor podría encontrar que su enfermedad empeora de repente.

Estaba tan enojada, que casi saltó a sus pies, pero el ligero toque de Jared la mantuvo sentada. Observaron a Caspar irse a zancadas por el patio de la posada, evitando los charcos y los cúmulos de estiércol con sus botas caras.

Finalmente, Lord Evian sacó su tabaquera. —Válgame Dios —dijo en voz baja—. Ahora, eso fue una amenaza si alguna vez escuché una.

Claudia miró a Jared a los ojos. Los tenía oscuros y contrariados. —¿Fax? —dijo él. Ella se encogió de hombros, exasperada consigo misma. —Él me vio salir anoche de tu dormitorio.

Él mostró consternación. —Claudia...

—Lo sé. Lo sé. Es todo culpa mía.

Evian olió el tabaco con delicadeza. —Si se me permite hacer un comentario, ese fue un suceso muy desafortunado.

—No es lo que piensas,

—Estoy seguro.

—No. En serio. Y puedes dejar la actuación. Le he dicho a Jared sobre... los Lobos de Acero.

Él miró alrededor rápidamente. —Claudia, no en voz alta, por favor. —La voz de él perdió la afectuosidad—. Aprecio que confíes en tu tutor, pero...

—Por supuesto que ella debería haberme dicho. —Jared golpeó la mesa con sus largos dedos—. Porque todo el complot es absurdo, absolutamente criminal, y casi seguro será traicionado. ¿Qué se te pasó por la cabeza al hacerla entrar en ello?

—Porque no podemos hacerlo sin ella. —El gordo estaba en calma, pero una película de sudor brillaba en su frente—. Usted más que nadie, Maestro Sapient, entiende lo que los decretos de hierro de la Havaarna nos han hecho. Algunos de nosotros somos ricos, y vivimos bien, pero no somos libres. Estamos encadenados de pies y manos por el Protocolo, esclavos de un mundo estático y vacío donde los hombres y las mujeres no pueden leer, donde los avances científicos de las generaciones son del dominio exclusivo de los ricos, donde los artistas y los poetas están condenados a un sinfín de repeticiones y reelaboraciones estériles de las obras maestras del pasado. Nada es nuevo. Lo nuevo no existe. Nada cambia, nada crece, evoluciona, ó se desarrolla. El tiempo se ha detenido. El progreso está prohibido.

Se inclinó hacia delante. Claudia nunca lo había visto tan serio, tan despojado de su decadente disfraz, y eso la congelaba, como si fuera otra persona por completo, un exhausto y desesperado anciano.

—Nos estamos muriendo, Claudia. Tenemos que romper esta celda en donde nos hemos confinado, tenemos que escapar de esta rueda sin fin en la que caminamos

como ratas. Me he dedicado a liberarnos. Si eso significa mi muerte, no me importa, porque incluso la muerte será una especie de libertad.

En la quietud, los cuervos graznaban arriba en los árboles a nuestro alrededor. En el establo del patio, les estaban poniendo arnés a los caballos, y sus pies golpeaban el empedrado.

Claudia se lamió los labios secos. —No hagas nada aún —susurró—. Puede que tenga...alguna información para ti. Pero no todavía. —Ella se puso de pie rápidamente, sin querer decir nada más, sin querer sentir la cruda angustia que él había abierto en ella como una herida de puñal.

—Los caballos están listos. Vamos.

\* \* \*

Las calles estaban llenas de gente, todos en silencio. El silencio de ellos aterrizzaba a Finn, era tan intenso, y la forma hambrienta en que lo miraban lo hizo tropezar, las mujeres y los niños desaliñados, los mutilados, los ancianos, los soldados, miradas frías y curiosas que no se atrevía a enfrentar, por lo que miraba hacia abajo, a sus pies, a la suciedad del camino, a cualquier lugar menos a ellos.

El único sonido que resonaba en las calles empinadas era el constante paso firme de los seis guardias a su alrededor, el chasquido de sus botas con suela de hierro sobre los adoquines, y muy por encima, dando vueltas como un presagio, el chirrido lúgubre de un único pájaro grande entre las nubes, y los vientos haciendo eco en la bóveda de Incarceron.

Luego alguien cantó de nuevo, una sola nota de lamento, y como si fuera una señal, toda la multitud se levantó y cantó suavemente su dolor y su miedo en una extraña canción suave. Trató de descifrar las palabras, pero sólo fragmentos vinieron hacia él...*El hilo plateado que se rompía... por los pasillos interminables de la culpa y los sueños...* y como un coro la inolvidable frase repetida: *Su falange la Llave, su sangre el aceite que suaviza el cerrojo.*

Al doblar una esquina, Finn miró hacia atrás.

Gildas caminaba detrás, solo. Los guardias lo ignoraban, pero él caminaba con firmeza, con la cabeza en alto, y los ojos de la gente se movían con admiración sobre el verde de su chaqueta Sapient.

El anciano se veía ceñudo y decidido, le dio un breve guiño de aliento a Finn.

No había señales de Keiro o Attia. Finn miró la multitud con desesperación.

¿Habían descubierto lo que le estaba pasando? ¿Esperarían afuera de la Caverna?

¿Habían hablado con Claudia? La ansiedad lo atormentaba, y no se permitiría pensar en lo que temía, en lo que acechaba en la oscuridad de su mente como una araña, como el susurro burlón de Incarceron.

Que Keiro podría haber tomado la Llave y haberse marchado.

Sacudió la cabeza. En los tres años del Comitatus, Keiro nunca lo había traicionado. Provocarlo, sí, reírse de él, robarle, pelear con él, discutir con él. Pero había estado siempre allí. Y sin embargo, Finn ahora se daba cuenta, con frialdad repentina, lo poco que sabía acerca de su hermano de juramento, acerca de su procedencia. Keiro sólo había dicho que sus padres estaban muertos. Finn nunca había hecho preguntas. Siempre había estado demasiado absorto en su propia y dolorosa pérdida, en los destellos de memoria y los ataques.

Debería haber preguntado.

Le debería haber importado.

Una lluvia de diminutos pétalos negros comenzó a caer sobre él. Mirando hacia arriba vio que la gente los estaba tirando, arrojando puñados que caían sobre los adoquines y formaban una fragante alfombra oscura en el camino. Y vio que los pétalos tenían una cualidad peculiar, que al tocarse uno con otro se fundían, y que los canales de desagüe y las calles corrían con una masa pegajosa y espesa que exudaba la más dulce de las fragancias.

Lo hizo sentirse extraño. Y como si hubiera irrumpido en un sueño, lo hizo recordar la voz que había oído en la noche.

*Estoy en todas partes.* Como si la Prisión le hubiera respondido. Ahora miró hacia arriba, mientras marchaban bajo las fauces abiertas de la puerta, y vio un solo Ojo rojo en las compuertas, el cual sin pestañar fijó la mirada en él, —¿Puedes verme? —exhaló—. ¿Me hablaste a mí?

Pero la puerta estaba detrás de él y estaban fuera de la ciudad.

El camino era recto y desierto. El pegajoso aceite chorreaba a lo largo de éste, y detrás oía azotarse las entradas y puertas, los cerrojos de madera pasar a través, y las rejas de hierro estrellarse contra el suelo. Aquí afuera, bajo la bóveda, el mundo parecía vacío y la llanura barrida por los vientos helados.

A toda prisa, los soldados descargaron de sus hombros las pesadas hachas que llevaban; el del frente incluso tenía algún tipo de dispositivo con un bote adjunto, una máquina de lanzamiento en sí mismo, supuso Finn. Él dijo: —Dejen que el Sapient nos alcance.

Ellos desaceleraron, como si ahora él no fuera su prisionero sino su líder, y Gildas, sin aire, dio zancadas hacia delante y dijo: —Tu hermano no se ha mostrado.

—Aparecerá —decirlo ayudaba.

Caminaron rápidamente, cerrados en un grupo apretado. A ambos lados el suelo estaba unido con fosos y trampas; Finn veía el destello de dientes de acero en sus profundidades. Mirando hacia atrás, se sorprendió de lo lejos que ya estaba la Ciudad detrás, sus paredes revestidas con gente observando, gritando y levantando a sus hijos para que vieran.

El capitán de la guardia dijo: —Aquí salimos del camino. Tengan cuidado; Caminen sólo donde nosotros pisamos, y no piensen en salir corriendo. El suelo está unido con esferas de fuego.

Finn no tenía ni idea de qué eran las esferas de fuego, pero Gildas frunció el ceño.

—La Bestia debe ser temible de verdad.

El hombre lo miró. —Nunca la he visto, Maestro, y no tengo intención de hacerlo.

Una vez fuera del suave camino la marcha fue tosca. La cobriza tierra parecía haber sido marcada y arañada con surcos enormes, estaba quemada en varios lugares, carbonizada hasta ser carbón crujiente que se levantaba en nubes de polvo a medida que pasaban sobre ella, ó vitrificada casi hasta vidrio. *Habría sido necesario un calor enorme para hacer eso*, pensó Finn. También apestaba a un olor acre y ceniciento. Siguió a los hombres de cerca, observando sus pasos con atención nerviosa, cuando ellos se detuvieron y él levantó la cabeza, vio que estaban muy lejos en la llanura, con las luces de la Prisión tan alto por encima de ellos que eran soles brillantes, emitiendo sombras detrás de él y de Gilda.

A lo lejos, en la bóveda de una milla de alto, el ave aún volaba en círculos. Chilló una vez, y los guardias levantaron la vista hacia éste. El más cercano murmuró:

—Busca carroña.

Finn comenzó a preguntarse hasta dónde caminarían. No había colinas aquí, ni cordilleras, de modo que ¿dónde encontrarían la cueva? La había imaginado como una abertura oscura en un acantilado metálico. Ahora se llenó de una nueva desazón, ya que incluso su imaginación lo estaba traicionando.

—Alto. —El capitán de la guardia levantó una mano—. Es aquí.

No había nada allí. Esa fue la primera idea de Finn. Lo inundó el alivio. Todo era una farsa. Ahora le permitirían marcharse, volver a la Ciudad, hilar algún cuento horripilante sobre un monstruo para mantener al pueblo tranquilo.

Luego, a medida que pasó empujando a los hombres, vio el foso en el suelo.

Y la Cueva.

\* \* \*

Jared dijo: —¡Les prometiste mapas que no existen! Fue una idea loca, Claudia. ¡Las cosas se están poniendo muy peligrosas para nosotros!

Ella sabía que él estaba profundamente preocupado. Se acercó a su lado del carruaje y dijo: —Maestro, lo sé. Pero los riesgos son tan altos.

Él levantó la mirada y ella vio que el dolor había regresado detrás de sus ojos.

—Claudia, dime que no estás pensando seriamente en esta locura de Evian. ¡No somos asesinos!

—Yo no lo soy. Si mi plan funciona, no habrá necesidad de ello. —Pero no dijo lo que estaba pensando: que si la Reina realmente se enteraba, que si él, Jared, estaba

en algún peligro en absoluto, ella haría que los mataran a todos sin dudarlo, incluso a su padre, para salvarlo.

Quizás él lo sabía. Mientras el carruaje se sacudía, él miró por la ventana y se le oscureció la expresión, su pelo negro rozaba el cuello del abrigo del Sapient.

—Esta es nuestra prisión —dijo él con tristeza.

Y siguiendo su mirada, vio los pináculos y las torres de cristal del Palacio, los torreones y torres adornados con banderas y banderines, y escuchó que todas las campanas repicaban para darle la bienvenida a ella, todas las palomas aleteaban, todos los cañones estaban siendo disparados en retumbante saludo de cada terraza de un kilómetro de altura que se alzaban en todo su esplendor en el puro cielo azul.

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”

—*The Times*, London

## INCARCERON

Traducido por Virtxu  
Corregido por Nanis

*Hemos puesto todo lo que nos quedaba en esto.*

*Es más grande que todos nosotros ahora.*

*—Informe del proyecto; Martor Sapiens*

—Tomad esto, y esto.

El capitán de la guardia empujó una pequeña bolsa de cuero y una espada en manos de Finn. La bolsa parecía tan ligera, que debía de estar vacía.

—¿Qué hay? —preguntó con nerviosismo.

—Ya lo verás. —El hombre dio un paso atrás y miró a Gildas. Luego dijo—: ¿Por qué no huir, Maestro? ¿Por qué perder la vida?

—Mi vida es Sapphique —replicó Gildas—. Su destino es el mío.

El capitán meneó la cabeza. —Haga lo que quiera. Pero nadie más ha vuelto.

Sacudió la cabeza a la entrada de la cueva. —Ahí está.

Hubo un momento de tenso silencio. Los guardias se apoderaron de sus hachas firmemente; Finn sabía que éste era el momento en que ellos esperaban para que en cierto modo me liberara, ahora que tenía una espada en la mano y había dado la espalda a los terrores desconocidos. ¿Cuántos de los que trajeron como Tributos habían gritado y luchado por el pánico aquí?

No él. Era Finn.

Temerariamente, se volvió y miró hacia abajo en la grieta. Era muy delgada y negra por completo. Sus bordes estaban quemados y chamuscados, como si el metal de la estructura de la prisión se hubiera sobrecalentado y fundido en incontables ocasiones en grotescos giros y estrechamientos. Como si todo lo que saliera de los labios de ese metal pudiera derretir el acero como el caramelo.

Echó un vistazo a Gildas. —Yo voy primero. —Antes de que el Sapient pudiera objetar, se volvió y bajó hacia la oscuridad, dando una última mirada rápida a lo lejos. Pero la llanura de cicatrices estaba vacía, la Ciudad era una remota fortaleza.

Él deslizó sus botas sobre el borde, encontrando un punto de apoyo, contorsionando su cuerpo.

Una vez que estuvo por debajo del nivel del suelo, la oscuridad se cerró sobre él. Al sentir con las manos y los pies se dio cuenta de que la grieta era un espacio

horizontal entre los estratos inclinados, y descendía en el suelo. Tuvo que extenderse a sí mismo como las águilas para tantear esto, avanzando hacia delante sobre una losa oscura como superficie, llena de escombros que parecían ser piedras y bolas lisas de acero fundido que rodaban penosamente bajo él. Sus dedos iban a tientas sobre el polvo y trozos de escombros que se desmoronaban como huesos. Los dejó caer a toda prisa.

El techo era bajo, dos veces le rozó la espalda y empezó a temer quedarse pegado. Tan pronto como el pensamiento le tocó con frío terror se detuvo. Sudando, tragó una respiración profunda. —¿Dónde estás?

—Justo detrás. —Gildas sonaba tenso. Su voz hizo eco, una pequeña ducha de polvo cayó desde arriba sobre el cabello y los ojos de Finn. Una mano le agarró la bota—. Muévete.

—¿Por qué? —Él trató de rodar su cabeza para mirar hacia atrás—. Por qué no esperar aquí hasta el Atardecer, y luego nos arrastramos de vuelta. No me digas que esos hombres van a esperar allí hasta el anochecer. Ellos probablemente ya se han ido. ¿Qué nos impide...?

—Lo globos de fuego nos lo impiden, muchacho tonto. Cientos de ellos. Un paso en falso y tu pie se desprenderá. Y no has visto lo que vi ayer por la noche, mientras patrullaba las murallas de la ciudad, cómo los reflectores hacían extensos barridos por la llanura toda la noche. Seríamos fáciles de ver. —Se echó a reír, una sombría corteza en la oscuridad—. Quise decir lo que le dije a la mujer ciega. Eres un Vidente de las Estrellas. Si Sapphique vino aquí, nosotros también. Aunque me temo que mi teoría de que la salida es hacia arriba, parece condenada a estar equivocada.

Finn meneó la cabeza con incredulidad. Incluso en este lío al viejo no le importaba nada más que sus teorías. Él escarbó, cavando la punta de sus botas y se lanzó hacia adelante.

Durante los próximos minutos estuvo seguro de que el techo seguiría bajando tanto que se reuniría con el suelo y lo atraparía, y luego, para su alivio, la brecha empezó a aumentar y al mismo tiempo se desvió a la izquierda y la pendiente se hizo más pronunciada. Por último, podría subir hasta las rodillas sin golpearse la cabeza contra el techo. —Se abre por delante. —Su voz era hueca.

—Espérame.

Gildas tanteó. Hubo un fuerte crujido y una luz silbó; una de las normales, humeantes bengalas del Comitatus que solía ser la señal de socorro. Esta mostró a Finn al Sapient acostado sobre su estómago arrastrando una vela del paquete. La encendió en la antorcha, mientras la luz roja murió escupiendo, las pequeñas llamas parpadeaban, movidas por una corriente en algún lugar por delante.

—No sabía que las habías traído.

—Algunos de nosotros —dijo Gilda—, pensamos en traer algo más que ropa llamativa y anillos inútiles. —Puso la mano alrededor de la llama—. Vayamos en silencio. A pesar de que lo que sea que haya ya nos haya oído y oído venir.

Como respuesta, algo retumbó por delante. Un bajo sonido afilado, lo sintió como una vibración en sus manos extendidas. Finn sacó la espada y se apoderó de ella con fuerza. No podía ver nada en la oscuridad.

Él se movió, y el túnel se abrió, convirtiéndose en un espacio a su alrededor. En el parpadeo de la llama de la pequeña vela vio a los lados cadenas de capas de metal, afloramientos de cuarzos de cristal, extrañas varillas de metal que brillaban en turquesa y naranja mientras la luz pasaba por delante de ellos. Se puso sobre las manos y las rodillas.

Más adelante, algo se movió. Él sintió más que oyó, una corriente de repugnante aire que se atrapó en la parte posterior de su garganta. Muy quieto, escuchó, con todos los sentidos esforzándose.

Detrás de él, Gildas gruñó.

—¡No te muevas!

El Sapient maldijo. —¿Está aquí?

—Creo que sí.

Él fue tomando conciencia del espacio. A medida que se acostumbraba a la oscuridad, los bordes e inclinadas fachadas de piedra comenzaron a separarse de las sombras, vio un pináculo de piedra quemada y se dio cuenta de repente que esta era inmensa, y lejana, y que la corriente era viento ahora, que soplaba en la cara, un olor cálido como la respiración de una gran criatura, un terrible hedor acre.

Y luego, en un instante de claridad él supo que ella estaba enroscada a su alrededor, que la faceta de las rocas negras, era su piel costrosa, los vastos espolones de piedra eran sus garras fosilizadas, él estaba en una cueva formada por vieja, piel escamosa de algún provocativo animal.

Se volvió para gritar una advertencia.

Pero poco a poco, con un terrible crujido pesado, un ojo se abrió. Un ojo rojo, con un pesado parpado, más grande que él.

\* \* \*

Todo el camino a través de las ruidosas calles fue ensordecedor. Las flores eran lanzadas constantemente, después de un tiempo Claudia dejó de inmutarse por el golpe repetido y el deslizamiento por el impacto en el techo del carro y el olor de los aplastados tallos dulce y empalagoso. La subida era empinada y estaba siendo zarandeada incómodamente en el asiento, al lado de ella, Jared estaba pálido. Lo tomó del brazo. —¿Estás bien?



Él sonrió débilmente. —Me gustaría que pudiéramos bajarnos. Vomitar en los escalones del Palacio no será una gran cosa.

Ella trató de sonreír. Se sentaron en silencio, mientras el transporte y el estruendo retumbaba a través de las puertas de la ciudadela exterior, bajo su gran defensa, a través de sus patios y pórticos de adoquines, y con cada giro y vuelta, sabía que estaba siendo atrapada más y más en la vida que la esperaba aquí, laberintos de poder, laberintos de traición. Poco a poco los estridentes gritos se desvanecieron; las ruedas corrieron sin problemas, y mirando en torno a la cortina vio que la carretera estaba llena de una alfombra roja, envolviéndola, y por toda la calle colgaban guirnaldas de flores y las palomas aleteaban entre los techos y fachadas. Había más gente aquí, estos eran los apartamentos de los cortesanos, el Consejo Privado y la Oficina de Protocolo, y los vítores fueron más refinados, marcados por explosiones de música de violas y serpientes y pífanos y tambores. En algún lugar por delante podía oír rugidos y aplausos. Caspar estaba obviamente en la ventana de su carruaje para darle la bienvenida a casa.

—Ellos quieren ver a la novia —murmuró Jared.

—Ella no está aquí todavía.

Un silencio. Luego ella dijo: —Señor, tengo miedo. —Ella sintió su sorpresa—. Lo tengo, en verdad. Este lugar me da miedo. En casa, yo sé quién soy, qué hacer. Soy la hija del Alcalde, sé cuál es mi posición. Pero este es un lugar peligroso, lleno de trampas. Toda mi vida he sabido qué me esperaba, pero ahora no estoy segura de poder hacerle frente. ¡Ellos quieren absorberme, hacerme uno de ellos, y no voy a cambiar, no lo haré! Quiero mantenerme.

Él suspiró, y ella vio que su oscura mirada estaba fija en la velada ventana.

—Claudia, tú eres la persona más valiente que conozco.

—No soy...

—Lo eres. Y nadie te va a cambiar. Gobernaras aquí, a pesar de que no será fácil. La Reina es poderosa, y te envidiará, porque eres joven y puedes tomar su lugar. Tu poder es tan grande como el suyo.

—Pero si te mandan lejos...

Se dio la vuelta. —No me iré. Yo no soy un hombre valiente, entiendo eso. La confrontación me molesta... Una mirada de tu padre y me congeló hasta los huesos, Sapient o no, no podrán hacer que te deje, Claudia. —Se sentó en posición vertical, lejos de ella—. He mirado a la muerte a la cara desde hace años, y eso da algún tipo de imprudencia, por lo menos.

—No hables de eso.

Se encogió de hombros con suavidad. —Va a venir. Pero no debemos pensar tanto en nosotros mismos. Debemos considerar si podemos ayudar a Finn. Dame la Llave y déjame trabajar en eso un poco más. Tiene complejidades que apenas he adivinado todavía.

Mientras el carruaje pasó sobre un umbral, ella la sacó de su bolsillo oculto y se la dio, y mientras lo hacía las profundas alas del águila en el cristal parpadearon, como si las agitara y se fuera. Jared apartó la cortina rápidamente, y el sol capturó las brillantes facetas.

El ave estaba volando.

Volando sobre un paisaje oscuro, una llanura carbonizada. Muy por debajo, un abismo se abría en la tierra, y el pájaro voló y cayó en el interior, girando hacia los lados en la estrecha grieta, por lo que Claudia bufó con miedo.

La Llave se volvió negra. Una única luz roja pulsaba en ella.

Siguieron mirándola mientras el carruaje retumbó al detenerse, con los caballos pateando el suelo y resoplando, hasta que la puerta se abrió de golpe. La sombra del Guardián oscureció el umbral. —Vamos, querida —dijo en voz baja—. Están todos esperando.

Sin mirar a Jared, incluso dejando de pensar, ella salió del coche y Drew la levantó, con su brazo en el de su padre.

Juntos, se enfrentaron a la doble fila de cortesanos que aplaudían, al esplendor de las banderas de seda, a la gran escalera que conducía hacia el trono.

Sentado en él, resplandeciente en un vestido plateado con un gran collar, estaba sentada la Reina. Incluso desde esta distancia el rojo de su cabello y labios eran evidentes, los diamantes resplandecían en su cuello. Detrás de su hombro, una presencia con el ceño fruncido, se encontraba Caspar.

El Guardián dijo con calma. —La sonrisa, acuérdate.

Ella la puso. Una sonrisa brillante, confiada, tan falsa como todo en su vida, una capa sobre la frialdad.

Luego se dirigió a paso constante por las escaleras.

\* \* \*

Esta era la mirada irónica de sus pesadillas y él la reconoció, su voz se puso ronca.

—¿Tú?

Detrás, oyó a Gildas tomar aliento. —Estácale. ¡Estácale, Finn!

El Ojo era una espiral. Su pupila era una espiral de movimiento, una galaxia escarlata. Todo giraba, haciéndole tener arcadas, la oscuridad convulsionaba, y vio que la gran piel de la Bestia estaba llena de objetos, pedazos de joyas, huesos, fragmentos de trapos, ejes de armas. Tenían siglos de edad, la piel y pelaje habían crecido por encima de ellos. Con un desgarró y agrietamiento un afloramiento de la oscura roca se convirtió en su cabeza y se irguió por encima de él; las espuelas de metal se deslizaron como garras, agarrando el inclinado suelo de la caverna.

Finn no podía moverse. El polvo y los humos empañaban todo por encima de él.

—¡Estácale! —Gildas le agarró del brazo.

—Es inútil. ¿No ves...?

Gildas dio un rugido de ira, cogió la espada, y la metió en la espesa piel de la Bestia, saltando de vuelta como si esperara que la sangre brotara en cascada. Luego se quedó mirando, viendo lo que Finn había visto.

No había ninguna herida. La piel se abrió y disolvió, absorbiendo la hoja, volviéndose a formar a su alrededor. La Bestia era un ser compuesto, un grano, de rápida formación de millones de seres, de murciélagos, huesos y escarabajos, oscuras nubes de abejas, un caleidoscopio cambiante de fragmentos de roca y fragmentos de metal.

Mientras se daba la vuelta y se elevaba hacia el techo de la cámara, vieron que a lo largo de los siglos había absorbido todo el terror y el miedo de la Ciudad, que todos los Tributos enviados para aplacarle habían sido absorbidos, comidos, esto justamente le había hecho crecer más. En algún lugar dentro de él había miles de millones de átomos de los muertos, de las víctimas y de los niños enviados aquí por decreto de los jueces. Era una masa magnetizada de carne y metal, con la desmenuzada cola tachonada con uñas, dientes y garras.

Estiró la cabeza por encima de ellos y se inclinó, con lo que los grandes ojos de color rojo estaban cerca de la cara de Finn, haciendo que su piel enrojeciera, con las manos temblando parecía como si fueran del color rojo de la sangre.

—Finn —dijo, en una voz de profundo placer, con una ronquera gutural—. Por fin. Dio un paso atrás, hacia Gildas. La mano del Sapient le agarró el codo. —Sabes mi nombre.

—Yo te di tu nombre. —Su lengua parpadeaba en su boca en la oscura caverna—. Te lo di hace mucho tiempo, cuando naciste de mis células. Cuando te convertiste en mi hijo.

Él se estremeció. Quería negarlo, gritar, pero no vinieron las palabras.

La criatura inclinó su cabeza, estudiándole. El hocico largo, goteaba abejas y escamas, fragmentándose en una nube de libélulas y volviéndose a formar de nuevo.

—Sabía que vendrías —dijo—. He estado observándote, Finn, ya que eres tan especial. En todas las entrañas y venas de mi cuerpo, en todos los millones de seres que encierran, no hay nadie como tú.

Acercó más la cabeza. Algo parecido a una sonrisa se formó y rompió. —¿De verdad crees que puedes escapar de mí? ¿Olvidaste que yo puedo matarte, apagar la luz y el aire, incinerarte en cuestión de segundos?

—No me olvidé —consiguió decir.

—La mayoría de los hombres. La mayoría de los hombres se contentan con vivir en su prisión y creen que ese es el mundo, pero no es así, Finn. Acuérdate de mí.

Miras a tú alrededor y ves mis Ojos vigilando, en esas noches de tinieblas has llamado por mí y te he oído...

—No respondiste —susurró.

—Pero sabías que estaba allí. Eres un Vidente de las Estrellas, Finn. Eso es interesante.

Gildas fue hacia delante. Él estaba blanco, con el pelo ralo mojado de sudor.

—¿Quién eres tú? —gruñó.

—Soy Incarceron, viejo. Deberías saberlo. Sapienti fue quién me creó. Su gran, destacada, expansiva fatiga sin fin. Su némesis. —Lo miró de cerca, tenía una boca ancha por lo que podía ver los trapos de tela que colgaban de allí, oler el olor aceitoso, extrañamente dulce—. Ah, el orgullo de los sabios. Y ahora te atreves a deshacerte de manera gratuita de tu propia locura.

Se deslizó hacia atrás, con los ojos rojos estrechándose en rendijas. —Págame, Finn. Págueme como pagarías a Sapphique. Dame tu carne, tu sangre. Dame al anciano y su deseo terrible de muerte. Entonces, tal vez la Llave abra puertas con las que nunca has soñado.

La boca de Finn estaba seca como la ceniza. —Esto no es un juego.

—¿No? —La Bestia se rió suave y resbaladizamente—. ¿No son piezas de un tablero?

—Gente. —Su ira fue en aumento—. Personas que sufren. Personas que atormentas.

Por un momento la criatura se disolvió en una nube de insectos. Luego ellos se coagularon en una abrupta gárgola, una cara nueva, serpentina y sinuosa.

—Me temo que no. Se atormentan los unos a los otros. No hay un sistema que pueda detener eso, no hay lugar que pueda parar el mal, porque los hombres lo llevan con ellos, incluso en los niños. Estos hombres están más allá de la corrección, y es mi única tarea el contenerlos. Fuertemente dentro de mí mismo. Tragármelos enteros.

Un tentáculo atacó y se enroscó en su muñeca. —Págame, Finn.

Finn se echó hacia atrás, mirando a Gildas. El Sapiient parecía encogido, con el rostro dibujado como si todo su miedo hubiera caído sobre él a la vez, pero dijo lentamente. —Que me lleve, muchacho. No hay nada para mí ahora.

—No. —Finn se quedó mirando a la bestia, con su sonrisa de reptil a pulgadas de él—. Ya he dado una vida.

—Ah. La mujer. —La sonrisa se alargó—. Cómo sus lágrimas muertas de ti. La conciencia y la vergüenza son tan raras. Me interesan.

Algo en su sonrisa le hizo recuperar el aliento. Una sacudida por la esperanza de hacerle daño, él exclamó: —¡No está muerta! ¡Tú la cogiste, detuviste su caída! ¿No? La salvaste.

La espiral de color rojo le guiñó un ojo. —Nada se pierde aquí —murmuró él.


Finn le miró, pero la voz de Gildas fue un gruñido en su oído. —Es mentira, muchacho.

—Tal vez no. Tal vez...

—Está jugando contigo. —Amargamente con disgusto, el anciano se quedó mirando el remolino de confusión del ojo—. Si bien es cierto que hicimos tal cosa como tú, entonces estoy dispuesto a pagar por nuestra necesidad.

—No. —Finn lo agarró firmemente. Él deslizó un anillo mate de plata de su pulgar y la sostuvo en alto, una brillante chispa—. ¿Tomas esto como Tributo en su lugar, Padre?

Era el anillo de cráneos. Y estaba siendo más que un poco bondadoso.



“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”  
—*The Times*, London

## 21

Traducido por dark heaven  
Corregido por Milliefer

*He trabajado durante años en secreto para un dispositivo que es una copia de fuera. Nowit me protege. Timon murió la semana pasada y Pela está perdida en los disturbios, y aunque estoy escondido aquí, en esta sala perdida, la Prisión me busca.*

*—Mi señor —me susurra—. Te siento. Siento que te arrastras sobre mi piel.  
—Diario de Lord Calliston*

La Reina se levantó graciosamente.

En la blanca porcelana de su rostro sus extraños ojos eran claros y fríos.

—Mí querida, querida, Claudia.

Claudia hizo una reverencia, sintió el susurro de un beso en cada mejilla, y en el férreo control del abrazo sintió los delgados huesos de la mujer, el pequeño cuerpo en el interior del corsé y grandes aros de la falda.

Nadie sabía la edad de la Reina Sia. Después de todo, era una bruja. Más vieja que el Guardián tal vez, aunque a su lado era serio y oscuro, su barba plateada meticulosa.

Frágil o no, su juventud era convincente; se veía apenas mayor que su hijo.

Dándose vuelta, llevó a Claudia, pasando por la hosca mirada fija de Caspar.

—Te ves tan linda, dulce. Ese vestido es maravilloso. ¡Y tú pelo! Ahora dime, ¿es natural o lo tienes teñido?

Claudia exhaló, ya irritada, pero no hubo necesidad de contestar. La Reina ya estaba diciendo otra cosa.

—... Y espero que no consideres eso también por delante de mí.

—No —dijo Claudia, perdida en un segundo de silencio.

La Reina sonrió.

—Excelente. Por este camino.

Era una puerta de madera doble y fue abierta de golpe por dos hombres, pero cuando Claudia estaba dentro, las puertas se cerraron y la cámara pequeña se trasladó silenciosamente hacia arriba.

—Sí, lo sé —murmuró la Reina, sosteniéndola cerca—. Tal incumplimiento del Protocolo. Pero esto es sólo para mí, ¿así que, quien va a saberlo?

Las pequeñas manos blancas estaban tan apretadas en su brazo, que podía sentir la uñas clavándosele. Ella estaba sin aliento, como si hubiera sido secuestrada. Incluso su padre y Caspar se quedaron atrás.

Cuando se abrieron las puertas, el corredor que se extendía ante ella era una visión de dorado y espejos; tenía que ser tres veces el tamaño de su casa. La Reina se la llevó a través de la habitación de la mano, entre un gran mapa pintado que mostraba a todos los países del Reino, adornado en sus esquinas con ondas de fantasía que se encrespaban, sirenas y monstruos marinos.

—Esta es la biblioteca. Sé que amas los libros. Caspar, por desgracia, no es tan estudioso. Realmente, no sé si él puede leer en absoluto. No vamos a entrar.

Escoltada firmemente, ella miró hacia atrás. Entre cada mapa se encontraba una urna de porcelana azul y blanca que podría haber escondido a un hombre, y los espejos se reflejaban unos a otros creando tal confusión con la luz del sol que pronto no tuvo idea de dónde terminaba el corredor o si alguna vez lo hacía. Y la pequeña figura blanca de la Reina parecía repetirse ante ella y detrás y al lado, de modo que el temor que Claudia había sentido en el coche parecía estar concentrada en ese rápido, antinaturalmente joven paso, esa fuerte, confiada voz.

—Y esta es tu suite. Tu padre está al lado.

Inmenso.

Sus pies se hundieron en la alfombra, una cama con dosel de seda, sintió que la ahogarían.

De pronto ella sacó su mano de la de la Reina y dio un paso atrás, sabiendo la trampa. Sabiendo que estaba atrapada en ella.

Sia se quedó en silencio. La charla vacía se había ido. Ellas se enfrentaron una a la otra.

Entonces la Reina sonrió.

—No será necesario que se te advierta, estoy segura, Claudia. Como la hija de John Arlex estarás bien entrenada, pero supongo que no hará daño decir que muchos de los espejos son de doble cara y los dispositivos de escucha en todo el Palacio son más que eficientes —ella se acercó más—. Ya ves, escuche que recientemente estuviste un poco curiosa sobre la pérdida del querido Giles.

Claudia mantuvo su rostro perfectamente compuesto, pero sus manos estaban heladas. Ella bajó la mirada. —He pensado en él. Si las cosas hubieran sido diferentes...

—Sí. Y todos estuvimos devastados por su muerte. Pero incluso si la Dinastía Havaarna está terminada, el Reino debe ser gobernado. Y no me cabe duda, Claudia, que lo harás muy bien.

—¿Yo?

—Por supuesto —La Reina se dio vuelta y se sentó con elegancia en una silla dorada—. Seguro que ya sabes que Caspar es incapaz incluso de gobernarse a sí mismo. Ven y siéntate aquí, dulce. Déjame que te aconseje.

La sorpresa la congeló. Se sentó.

La Reina se inclinó hacia delante, con los labios rojo en una tímida sonrisa.

—Ahora, tu vida aquí puede ser muy agradable. Caspar es un niño, déjalo con sus juguetes, caballos, palacios, chicas, y no te hará ningún problema. Me he asegurado bastante de que él no supiese nada acerca de política ¡Él se aburre con tanta facilidad! ¡Tú y yo podemos pasar un momento agradable, Claudia. No tienes idea de lo pesado que se hace estar sola con estos hombres.

Claudia se miró las manos. ¿Esto era real, algo de todo esto? ¿Cuánto de ello era parte del juego?

—Pensé...

—¿Que te odiaba? —la risa de la Reina era de niña—. ¡Te necesito, Claudia! ¡Podemos gobernar juntas, y serás tan buena en eso! Y tu padre va a sonreír con su sonrisa seria. Así que... —sus pequeñas manos tomaron las de Claudia—... no más pensamientos tristes sobre Giles. Él está en un lugar mejor, querida.

Poco a poco, ella asintió con la cabeza y se paró, y la Reina se paró también, con un susurro de la seda.

—Hay solo una cosa más.

Con una mano en la puerta, Sia se dio vuelta. —¿Sí?

—Jared Sapiens. Mi tutor. Yo...

—No necesitas un tutor. Te puedo enseñar todo ahora.

—Quiero que se quede —dijo con firmeza.

La Reina miró hacia atrás. —Él es joven para un Sapiens. No sé lo que tu padre estaba pensando...

—Él se quedará —ella se aseguró de que era una afirmación, no una pregunta.

Los labios rojos de la Reina temblaron. Su sonrisa era agradable. —Lo que tú digas, dulce. Lo que quieras.

\* \* \*

Jared metió el escáner en el marco de la puerta, abrió el pequeño marco de la ventana, y se sentó en la cama. La habitación era escasa, como tal vez el Tribunal creía una celda de Sapiens debería ser, con suelos de madera y paneles oscuros cubiertos con tréboles y crudas rosas.

Olía a juncos y humedad, y parecía bastante al descubierto, pero él se había quitado ya dos pequeños dispositivos de escucha y podía haber otro. Sin embargo, tuvo que correr el riesgo.

Sacó la Llave y la sostuvo, activando el discurso de enlace.



Nada más que oscuridad.

Él la tocó otra vez, concentrado. La oscuridad creció a un amplio círculo, pero se mantuvo oscuro. Entonces, muy débilmente, vio el borde de una figura en cuclillas en el mismo. —No podemos hablar —dijo Keiro en voz baja—. Ahora no.

—Entonces escucha —Jared mantuvo su voz baja—. Esto puede ayudar. Una combinación de dos, cuatro, tres, uno en el panel táctil produce un campo amortiguado. Cualquier sistema de vigilancia te pierde de vista, por completo. Desapareces de sus escáneres. ¿Entiendes eso?

—No soy estúpido —el susurro despectivo de Keiro apenas llegó.

—¿Has encontrado a Finn?

Nada. Se había apagado.

Jared entrelazó sus dedos y maldijo en voz baja en la lengua Sapient. Fuera de la ventana, las voces de la gente se levantaron, algunos violinistas en los jardines lejanos.

Habría un baile esta noche para dar la bienvenida a la novia del Heredero.

Y sin embargo, si el viejo Bartlett tenía razón, el verdadero Heredero todavía estaba vivo, y Claudia estaba convencida de que ese chico era Finn. Jared negó con la cabeza, desabrochó el cuello de su abrigo con sus largos dedos. Ella lo quería tanto. Sus dudas tendrían que permanecer en silencio, porque sin esa esperanza, ella no tendría nada. Y después de todo, era posible, sólo posible, que su instinto estuviese en lo cierto.

Cansado, se echó hacia atrás contra la dura almohada, tomó la bolsa de medicamentos de su bolsillo, y preparó la dosis. Era tres granos más fuerte ahora, y así había sido durante la última semana, pero el dolor que vivía en lo más profundo de su cuerpo parecía crecer lentamente, como un ser vivo; él a veces pensaba que eso estaba consumiendo la droga, que estaba alimentando su apetito.

Aplicó la jeringa, con el ceño fruncido. Esas eran ideas morbosas y tontas.

Pero cuando se recostó y se durmió, soñó por un momento que un ojo, escarlata como las galaxias, se había abierto en la pared y lo miraba.

\* \* \*

Finn estaba desesperado; él sostuvo el anillo alto. —Tómalo y déjanos.

El Ojo se acercó, lo examinó de cerca. —¿Crees que este objeto tiene algún valor?

—Contiene una vida. Atrapada en el interior.

—Cuan oportuno. Como todas sus vidas se encuentran atrapadas dentro de mí.

Él estaba temblando. Seguramente si Keiro estaba escuchando, iba a actuar ahora. Si él estuviese aquí.

Gildas entendió. Debió de haberlo hecho, porque él se quebró en voz alta, — ¡Tómalo! Déjanos irnos.

—¿Mientras tome un Homenaje de Sapphique? ¿Mientras tome esto? —en la espesa piel de la Bestia un rayo de luz se abrió; ellos vieron un hueso pequeño frágil, sumergido en las profundidades.

Gildas murmuró una oración de asombro.

—¡Qué pequeño es —la Bestia considero—. Y sin embargo, cuánto dolor costó. Vamos a ver esa vida atrapada.

Se deslizó el zarcillo más cerca. Finn se apoderó del anillo de su puño, su sudor lo hizo resbaladizo. Luego abrió la mano.

A la vez, el ojo parpadeó. Se amplió, se contrajo, miró a su alrededor. De la garganta de la bestia cayó un susurro, como el petróleo, desconcertado, fascinado.

—¿Cómo hiciste eso? ¿Dónde estás?

Una mano sujetaba la boca de Finn; mientras se convulsionaba alrededor vio a Attia, un dedo en sus labios advirtiéndole. Detrás de ella estaba Keiro, con la Llave firmemente sostenida en una mano, un lanza llamas en la otra.

—¡Son invisibles! —la bestia parecía consternada—. ¡Eso no es posible!

Una masa de tentáculos salía de eso, pequeñas formaciones de arañas con hilos pegajosos. Finn se tambaleó hacia atrás.

Keiro se puso en el hombro el lanza llamas. —Si nos querías —dijo con calma—, aquí estamos.

Una ráfaga de fuego rugía a través de Finn, la bestia aullaba de furia. En un instante la caverna era una explosión de pánico, las aves chillando y abejas y murciélagos se liberaron sin forma y orden; ellos se arquearon y aletearon en espirales altas en el techo de la caverna, golpeándose a sí mismos sin sentido contra la roca.

Keiro gritó de alegría. Disparó otra vez, una ráfaga de llamas amarillas y la Bestia fue una cascada traqueteada de fragmentos, la piel quemada y la roca cayendo, ese ojos rojo era nada en una pequeña explosión de mosquitos que se separó en el frenético miedo.

Las llamas chisporroteaban, golpeaban las paredes, y se recuperó en el calor repentino. —¡Déjalo! —Finn gritó—. ¡Vamos a salir!

Sin embargo, el techo y el piso se inclinaron, cerrándose a su alrededor.

—No soy capaz de verte —comentó ácidamente la Prisión a través de la conmoción—, pero estas aquí, y voy sostenerte fuerte, hijo mío.

Espalda con espalda los obligó juntos, en una espiral, la caída de paredes de la cueva, las losas del techo se derrumbaron. Finn agarró la mano de Attias en el caos.

—¡Permanezcan juntos!

—Finn —fue la voz ahogada de Gildas—. En la pared. Allá arriba.

Por un momento, Finn no tuvo idea de lo que quería decir, y luego lo vio. Una fisura inclinada hacia arriba.

Al instante sacó a Attia libre. Ella corrió y saltó, agarrándose en los pedazos que sobresalían, se arrastró por encima de los tentáculos, escalando a la misma Bestia. Empujó a Gildas después de ella, el viejo trepó torpemente pero con energía desesperada, trozos de piedras rodando y deslizándose bajo sus manos.

Finn se dio vuelta.

Keiro tenía el arma lista. —¡Adelante! ¡Está buscándonos!

Incarceron estaba cegado. Vio cómo las partes de la bestia reformada, una garra, una cola, la forma en que a tientas se anclaba en la oscuridad. Los sentía a ellos en su piel, sentía las vibraciones de su movimiento. Quería preguntarle a Keiro cómo lo había hecho, pero no había tiempo, así que se dio media vuelta y fue después de Gildas, minuto a minuto la pared estaba cambiando, se re-formaba y ondulaba, inclinándose, volviéndose recta, como si la bestia se enojara, torciendo su entorno como lágrimas a sus espaldas. Los altos espacios cavernosos los llevó, esperando, y mientras Finn miraba, vio grietas de luz allá arriba, pinchazos brillantes, y por un aturdidor momento, él estaba entre las estrellas y, a continuación una vuelta sobre sí y fue un reflector, plateadas manos y cara mientras se quedó sin aliento, sin poder hacer nada descubierto.

Attia se dio vuelta, con el rostro borroso. —¡Más despacio! ¡Tenemos que estar cerca de la Llave!

Keiro estaba subiendo muy por debajo, el lanza llamas a un lado. A medida que el estriado ocultaba la ondulación, su pie se deslizó en el espacio, tal vez la Bestia lo sintió, porque silbó entre dientes, y lanzó vapor de aire con gases.

—¡Keiro! —Finn se dio vuelta—. Voy a volver por él.

Attia se retorció hacia abajo. —No. Él puede manejarlo.

Keiro se aferró derecho. Se tiró a sí mismo atrás, la Bestia se estremeció. Entonces se echó a reír, esa risa siniestra que Finn recordaba tan bien.

—Así que tienen algún dispositivo para enmascararse a sí mismos. Los felicito. Pero sin duda voy a descubrir lo que es.

Cayó polvo; un rayo de luz. —¡Espera! —Finn le gritó a Gildas, sin aliento el viejo sacudió la cabeza.

—No puedo aguantar más.

—¡Puedes!

Le dio a Attia una mirada desesperada, ella se arrastró hacia Gildas con su brazo sobre los hombros y dijo: —Me quedo con él.

Él casi se cayó al lugar donde Keiro estaba colgado, lo agarró con una mano y se aferró a él. —¡Es inútil! No hay manera de salir.

—Tiene que haber —exclamó Keiro—. ¿No tenemos una Llave?

Él se escurrió y la mano de Finn lo agarró; por un momento los dos la estaban sosteniendo. Después Finn se la arrebató y la alejó. Apretó cada botón, tocó en el águila, en la esfera, la corona.

Nada. Mientras, la bestia arremetió contra ellos sacudió la Llave, juró a ella, y sintió el calor crecer pronto en sus manos, el recalentamiento con un gemido de mal agüero. Con un grito hacía malabares; lo quemaba.

—¡Úsalo! —Keiro gritó—. ¡Derrite la roca!

Finn sujetó la Llave al lado de la cueva. Al instante zumbo e hizo clic.

Incarceron gritó. Un grito de angustia. Rocas cayeron ruidosamente, Attia gritó desde arriba. Mientras Finn miraba, una gran hendidura blanca se abrió en la pared como una rasgadura en el tejido del mundo.

READ BY KIM MAI GUEST

El Guardián se puso de pie con Claudia en la ventana y miró hacia abajo, encendió la antorcha. —Lo hiciste bien —dijo seriamente—. La Reina esta complacida.

—Bien —Claudia estaba tan cansada, que apenas podía pensar.

—Mañana, tal vez... —se detuvo.

Sintió un estridente pitido, insistente y fuerte. Asustada, Claudia miró a su alrededor. —¿Qué es eso?

Su padre se quedó muy quieto. Entonces metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó su reloj, y con un clic de su pulgar, la tapa se abrió. Ella vio el lindo dial, el tiempo. Las once menos cuarto.

Pero no se trataba de la campana. Se trataba de una alarma.

El Guardián la miró fijamente. Cuando levantó la mirada, sus ojos eran fríos y grises. —Tengo que irme. Buenas noches, Claudia. Duerme bien.

Asombrada, ella lo miró ir hacia la puerta. —¿Es... es la Prisión? —dijo ella.

Se dio la vuelta, su mirada aguda. —¿Por qué dices eso?

—La alarma... Nunca le escuche antes...

Él la estaba mirando. Se maldijo a sí mismo. Luego dijo: —Sí. Parece que hay un incidente. No te preocupes. Me ocuparé de ello personalmente.

Las puertas se cerraron tras él.

Por un momento se quedó ahí, congelada. Se quedó mirando los paneles de madera; después, como si la quietud la pusiera en acción, agarró un chal negro, lo envolvió a su alrededor, y se arrojó a la puerta, abriéndola rápidamente.

Él fue por el corredor dorado, caminando rápido. En cuanto dobló la esquina, corrió tras él, sin aliento, en silencio sobre las suaves alfombras. Su imagen parpadeó en los tenues espejos.

Al lado de un jarrón de porcelana una gran cortina se arremolinaba; al deslizarse detrás se encontró en la parte superior de unas débiles escaleras de caracol. Esperó, su corazón latiendo, viendo a una figura oscura descender por debajo, y vio que esta marchaba, a un paso rápido y agitado. A toda prisa bajó tras él, dando vueltas y vueltas, con una mano en la húmeda barandilla, hasta que las paredes de ladrillo

dorado se convirtieron en piedra y, a continuación, el paso hueco con el uso, cubierto con líquenes verdes.

Hacía frío aquí abajo, y estaba muy oscuro. Su respiración se nubló. Ella se estremeció y se envolvió el chal apretado.

Él iba a la Prisión.

¡Él iba a Incarceron!

Débil, muy lejos, la alarma estaba sonando, fuerte y urgente, el pánico implacable.

Estas eran las bodegas de vino. Eran cámaras enormes, abovedadas, con montones de barriles y toneles, adornadas con sales blancas que rezumaban de la obra de albañilería. Si se trataba de Protocolo, era muy convincente.

Mirando alrededor de una pila de barriles, se obligó a permanecer quieta.

Había llegado a una puerta.

Era de bronce verde, hundida en la pared, resplandecientes senderos de caracol, corroídos por el tiempo. Grandes remaches con clavos. Cadenas oxidadas colgando a través de ella. Con un salto de su corazón ella vio el águila de Havaarna, sus alas extendidas casi perdidas bajo las capas de verdín.

Su padre miró alrededor y ella se agachó de nuevo, sin aliento. Entonces él golpeó una combinación rápida en el muro, en el lugar del águila, oyó un clic.

Las cadenas se deslizaron estrellándose.

En una lluvia de telarañas y los caracoles y la polvorienta puerta se abrió.

Se inclinó hacia fuera, desesperada por ver lo que había detrás, para ver el interior, pero sólo había oscuridad y el olor, un amargo y metálico olor, y tuvo que sumergirse de nuevo a toda prisa cuando él se volvió.

Cuando miró otra vez él se había ido, la puerta ya estaba cerrada.

Claudia se echó hacia atrás en los ladrillos mojados y sopló un silbido inaudible de aire húmedo.

Por fin. Finalmente.

Ella la había encontrado.

\* \* \*

La alarma gritó en sus dientes, en sus nervios, en sus huesos. Finn pensó que traería un ajuste; aterrorizado, revolvió por la rendija, contra el viento helado que aullaba a través de él.

La bestia se había ido. A pesar de que Keiro subió sobre Finn y agarró a Gildas, de repente todos estaban cayendo en una cascada de fragmentos, y luego se estrellaron contra la pared, una cadena de cuerpos unidos solo por el apretón de Finn.

Él gritó con la agonía. — ¡No puedo sostenerte!

— ¡Será sangriento! — Keiro se quedó sin aliento.

El terror se extendió. La mano de Keiro se deslizó, un tirón agonizante. Él no podía hacerlo. Su mano quemaba.

Una sombra cayó sobre él. Pensó que era la cabeza de la bestia, o una gran águila, pero a medida que se torció en la desesperación y la miró, vio sólo a través de la rendija, tarareando con una potencia contenida, un barco de plata, un velero antiguo, sus velas, un mosaico de tela de araña, sus cuerdas enredadas y colgando por la borda.

Se cernía sobre ellos, y muy lentamente, una escotilla se abrió en su base. Una canasta se bajo, balanceándose en cuatro inmensos cables, y sobre ella, un rostro se veía por la borda del buque, una cara horrible, una gárgola, deformado por las gafas y un extraño aparato de respiración. —Métanse —jadeó—. Antes de que cambie de opinión.

¿Cómo lo hicieron? Él no tenía ni idea, pero en cuestión de segundos Keiro había caído en la canasta tremendamente oscilante; Gildas arrastrado detrás de él. Attia saltó, haciendo una pausa por un momento, y luego Finn se dejó caer, con la mente tan negra con alivio que se quedó sin miedo, y no sentía la tierra, hasta que el silencio se llenó del estallido de gritos de bienvenida Keiro gritó en su oído. — ¡Suéltame, Finn!

Luchó. Attia se inclinó sobre él, concentrada. — ¿Estás bien?

— ... Sí.

Él no lo estaba, lo sabía, pero él se inclinó adelante de ella hasta el borde y miró otra vez, con el vaivén vertiginoso, el viento helado.

Estaban fuera de la cueva, por encima de la llanura, millas por encima de la ciudad. Estaban como un juguete en la llanura, y desde esta altura se podía ver las marcas de quemaduras y fumarolas alrededor de él, como si la tierra misma fuera la piel de la Bestia que retumbaba abajo, furiosa por la ira.

A través de las nubes, vapores amarillo metálicos, formaban un arco iris.

Finn sentía a Gildas agarrarlo, la voz delirante de alegría del anciano, arrebatada por el viento. — ¡Mira, muchacho! ¡Sec! ¡Aún hay Sapiienti con poder!

Giró la cabeza. Y vio, como el barco de plata giraba en espiral hacia arriba, una torre tan estrecha e imposiblemente alta que parecía una aguja vertical en equilibrio sobre una nube, su reluciente tapa con luz. Él sintió que su respiración se congelaba y se condensaba en el riel, grietas y astillas, cada fragmento de hielo polarizado de la torre, cada cristal alineados como por un imán. Jadeando aire, se agarró del brazo del viejo, temblando de frío y de miedo, sin atreverse a mirar de nuevo, viendo sólo el lugar de aterrizaje en la punta de la aguja crecer más grande, el mundo giraba lentamente en su ápice.

Y sin embargo, alto como estaban, por encima de ellos millas y millas, la noche de Incarceron se extendida hacia el cielo congelado.

\*\*\*

El martilleo despertó a Jared con el sudor frío del miedo.

Por un momento no tuvo idea que era, y entonces escuchó su susurro. —¡Jared! ¡Rápido, soy yo!

Se incorporó y tropezó, buscando a tientas el picaporte. Tan pronto como lo levantó, la puerta se abrió de golpe, casi se golpea la cara, después, Claudia estaba dentro, sin aliento y manchada de polvo, con un chal alrededor de su vestido de seda.

—¿Qué es? —él se quedó sin aliento—. Claudia, ¿te descubrió? ¿Sabe que tienes la Llave?

—No. No —Ella no tenía aliento; se dejó caer sobre la cama y se dobló, aferrándose a su lado.

—Entonces, ¿qué?

Ella levantó la mano, haciéndolo esperar; después de un momento, cuando pudo hablar y mirar hacia arriba, vio que su rostro se iluminó con triunfo.

Él dio un paso atrás, de repente cuidadoso. —¿Qué has hecho, Claudia?

Su sonrisa era amarga. —Lo que he deseado hacer desde hace años. Encontré la puerta a su secreto. La entrada a Incarceron.

Un mundo que cuelga en el espacio.

“One of the best  
of the best  
novels written  
in the  
magazine.”  
—The Times, London

## 22

Traducido por Palolasg12  
Corregido por Milliefer

- ¿Dónde están los líderes? — Sapphique preguntó.  
 — En sus fortalezas — respondió el cisne.  
 — ¿Y los poetas?  
 — Perdidos en sueños de otros mundos.  
 — ¿Y los artesanos?  
 — Forjando máquinas para desafiar la oscuridad.  
 — ¿Y el Sabio, que hizo el mundo?  
 El cisne bajó su cuello negro con tristeza.  
 — Reducido a viejas brujas y hechiceros en las torres.  
 — Sapphique en el Reino de las Aves

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”

Finn cuidadosamente tocó una de las esferas. Le mostró su propio rostro, grotescamente deformado en el delicado cristal lila. Detrás de él vio a Attia llegando a través del arco y mirando alrededor.

- ¿Qué es esto? — Se quedó sorprendido entre las burbujas que colgaban del techo, y vio que tan limpia estaba esta mañana, su cabello lavado, la ropa nueva haciéndola parecer más joven que nunca.  
 — Su laboratorio. Mira aquí.

Algunas de las esferas contenían paisajes enteros. En uno, una colonia de pequeños animales de pelaje dorado dormitaban pacíficamente o excavando en montículos de arena. Attia extendió las manos sobre ella, planas sobre el cristal.

- Se siente caliente.

Él asintió con la cabeza. — ¿Has dormido?

- Un poco. Me seguía despertando porque estaba tan silencioso. ¿Y tú?

Ella asintió con la cabeza, no queriendo decir que su agotamiento le había hecho caer sobre la cama blanca y pequeña dormido de una vez, sin siquiera desvestirse. Aunque cuando se había despertado esta mañana, había encontrado que alguien había envuelto las mantas a su alrededor, y puso ropa limpia en la silla de la blanca habitación. ¿Había sido Keiro?

- ¿Has visto el hombre en el barco? Gildas piensa que es un Sapient.



Ella negó con la cabeza. —No sin la máscara. Y todo lo que dijo anoche fue “Toma las habitaciones y vamos a hablar por la mañana” —ella miró por encima—. Fue valiente, volviendo por Keiro.

Se quedaron en silencio durante un rato. Él dio la vuelta y se paró junto a ella, y al ver a los animales rascarse y rodar, se dieron cuenta de que más allá de este mundo había toda una cámara de mundos de cristal, aguamarina, verdes, dorados y celestes, cada uno colgando de una cadena, algunos más pequeños que un puño, otros vastos como pasillos, donde las aves volaban, nadaban o pescaban, o miles de millones de insectos pululaban y zumbaban.

—Es como si hubieran hecho jaulas para todos —dijo en voz baja—. Espero que no tengan una para nosotros —entonces, capturada de una sacudida su repentina reflexión—. ¿Qué es? ¿Finn?

—Nada —su mano izquierda dejó manchas calientes en la esfera mientras se inclinaba sobre ella.

—Viste algo —los ojos de Attia estaban muy abiertos—. ¿Estaba en las estrellas, Finn? ¿Hay realmente millones de ellos? ¿Se reúnen y cantan en la oscuridad? Estúpidamente, no quería decepcionarla.

Él dijo: —Vi... vi un lago en frente de un gran edificio. Era de noche. Linternas flotaban en el agua, linternas de papel, cada una con una vela dentro así que parecían azules y verdes y escarlatas. Habían barcos en el lago y yo estaba en uno de ellos —se frotó su rostro—. Yo estuve allí, Attia. Yo estaba inclinado sobre el lado y traté de tocar mi reflejo en el agua, y sí, había estrellas. Y ellos se enojaron porque mi manga se mojó.

—¿Las estrellas? —ella se acercó.

—No, la gente.

—¿Qué gente? ¿Quiénes eran, Finn? —el trató. Había un olor. Una sombra.

—Una mujer —dijo—. Estaba enojada.

Dolió. Recordando el daño. El terremoto provocó destellos de luz, cerró los ojos en su contra, sudando, con su boca seca.

—No —ansiosa, ella se acercó a él, ronchas rojas en las muñecas, donde las cadenas le habían irritado la piel—. No te molestes a ti mismo.

Él se frotó la cara con la manga y la habitación estaba todavía con una calma que no había conocido desde la celda donde había nacido. Torpemente, murmuró: —¿Está Keiro todavía dormido?

—¡Oh, él! —ella frunció el ceño—. ¿A quién le importa? —la vio caminar entre las esferas.

—No te puede disgustar tanto. Estabas atrapada con él en la Ciudad.

Ella se quedó en silencio, por lo que dijo: —¿Cómo te las arreglaste para seguirnos?

—No fue fácil —ella apretó los labios—. Escuchamos rumores sobre el Tributo, así que él dijo que debíamos robar el lanzallamas. Yo era la que tenía que provocar

una distracción para poder conseguirlo. No es que consiguiera algún agradecimiento.

Finn se echó a reír. —Ese es Keiro. Nunca le agradece a nadie —pasando sus manos sobre la esfera, apoyó la frente y los reptiles en el interior le devolvieron la mirada impasibles—. Yo sabía que él había venido. Gildas dijo que no, pero Keiro nunca me va a defraudar.

Ella no respondió, pero se dio cuenta de que su silencio estaba cargado con una extraña tensión, cuando levantó la vista, ella lo estaba mirando con algo similar a la ira. Salió de ella abruptamente. —¡Estás tan equivocado, Finn! ¿No ves cómo es? ¡Él te habría dejado con facilidad, simplemente tomando la Llave, no le habría importado!

— No —dijo, sorprendido.

—¡Sí! —ella se enfrentó a él, con moretones lívidos en la blanca piel de su rostro—. Porque solamente fue la amenaza de la chica lo que lo hizo quedarse.

Se sintió frío. —¿Qué chica?

—Claudia.

—¿Él habló con ella!?

—Ella lo amenazó, le dijo: “Busca a Finn, o la Llave será inútil para tí”, estaba muy enojada con él —Attia se encogió de hombros a la ligera—. Es a ella a quien debes agradecer.

Él no lo creía.

No había manera de que lo hiciera.

—Keiro habría venido —Su voz era baja y obstinada—. Sé lo que parece, que no se preocupa por nadie, pero yo lo conozco. Hemos luchado juntos. Hemos tomado el juramento.

Ella negó con la cabeza. —Eres demasiado confiado, Finn. Debes de haber nacido afuera, porque no encajas aquí.

Entonces, al oír pasos, ella se apresuró a decir: —Pregúntale por la Llave. Pregúntale. Ya lo verás.

Keiro entró en la sala y silbó. Llevaba un jubón de color azul oscuro, con el pelo mojado, y todavía estaba comiendo una manzana del plato de su habitación, los dos últimos anillos de calavera brillando en sus dedos. —¡Así que aquí es donde estás! —Se volvió en un círculo completo—. Y esta es una torre de Sapient. Le gana a la jaula del viejo.

—Me alegro de que lo creas —Para la consternación de Finn una de las esferas más grandes se abrió y un extraño salió, seguido por Gildas. Se preguntó cuánto habían escuchado, y como podían estar a unos pasos dentro de la esfera que bajaba, cuando estaba seguro, se apagó y era solo un destello entre cientos.

Gildas llevaba una bata de Sapient de verdes iridiscentes. Su rostro afilado estaba lavado, su barba blanca recortada.

Se veía diferente, Finn pensó. Algo de la necesidad se había ido, y cuando habló, su voz no era quejumbrosa, pero tenía un nuevo peso.

—Este es Blaize —dijo. Y luego, en voz baja—, Blaize Sapiens.

El hombre alto inclinó ligeramente la cabeza. —Bienvenidos a mi Cámara de los Mundos.

Ellos se lo quedaron mirando. Sin la máscara de respiración, su rostro era notable, con manchas de llagas y quemaduras de ácido, su delgado y ralo cabello recogido en una grasienta coleta.

Bajo la capa de Sapiens llevaba pantalones antiguos con las rodillas teñidas de químicos y una camisa con volantes que tal vez alguna vez fue blanca.

Por un momento nadie habló. Luego, para sorpresa de Finn fue Attia, quien dijo:

—Tenemos que darle las gracias, Señor, por salvarnos. Hubiéramos muerto.

—Ah... bueno. Sí —Él la miró, su sonrisa torcida y torpe—. Eso es cierto. Yo pensé que mejor bajaba.

—¿Por qué? —La voz de Keiro era fría.

El Sapiens se volteó. —¿Yo no entiendo muy bien...?

—¿Por qué molestarse? ¿En salvarnos? ¿Tenemos algo que usted necesita?

Gildas frunció el ceño. —Se trata de Keiro, Maestro. El que no tiene modales.

Keiro resopló. —No me digas que no sabe acerca de la Llave —Mordió la manzana, con un gran crujido en el silencio.

Blaize se volteó a Finn. —Y usted debes ser el Vidente de Estrellas —Sus ojos miraban a Finn con desconcertante escrutinio—. Mi colega me dice que Sapphique ha enviado esta Llave para usted, y que le llevará fuera. Que tú crees que viniste de Afuera.

—Yo lo hice.

—¿Te acuerdas?

—No, yo solo lo creo...

Por un momento el hombre le miró, con una mano delgada rascando ausentemente una herida en la barbilla. Luego dijo: —Lamentablemente, tengo que decirte que estás equivocado.

Gildas se asombró; Attia miró.

Molesto, Finn dijo: —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no viniste de afuera. Nadie nunca ha venido de afuera. Porque, verás, no existe un afuera.

Por un momento el silencio en la habitación fue apabullante, lleno de incredulidad. Entonces Keiro se rió suavemente y arrojó el corazón de la manzana en las losas de piedra de la planta. Se acercó, sacó la Llave, y dio un golpe al lado de la esfera de cristal. —De acuerdo, Saio. Si no hay afuera, ¿Para qué es esto?

Blaize extendió la mano y la levantó. Él se volvió sin cuidado y con calma.

—Ah, sí. He oído hablar de tales dispositivos. Tal vez el Sapiienti original los inventó. Hay una leyenda de que Lord Calliston hizo una en secreto y murió antes de poder probarlo. Esto hace al usuario invisible a los Ojos, y sin duda tiene otras habilidades. Pero no los puedo dejar salir.

Suavemente colocó el cristal sobre la mesa.

Gildas lo fulminó con la mirada. —Hermano, ¡esto es una locura! Todos sabemos que Sapphique mismo...

—No sabemos nada sobre Sapphique más que un embrollo de cuentos y leyendas. Los tontos, allá en la Ciudad, cuyas obras miro para aliviar mi aburrimiento, inventan cuentos nuevos de Sapphique cada año —El cruzó los brazos, sus ojos grises implacables—. A los hombres les encanta hacer historias, hermano. Les encanta soñar. Ellos sueñan que el mundo está bajo tierra, si pudiéramos viajar hasta encontrar la salida, una trampilla en una tierra donde el cielo es azul y la tierra rebosa de maíz y miel y donde no hay dolor. O que hay nueve círculos de la Prisión en torno a su centro, y si profundizamos en ellos se encuentra el corazón de Incarceron, su ser viviente, y saldremos a través de ella a otro mundo —Movió la cabeza—. Leyendas. Nada más —Finn se sorprendió. Echó un vistazo a Gildas, el anciano parecía herido, luego estalló la ira en él.

—¿Cómo puedes decir esto? —le espetó—. Tú, ¿un Sapiient? Pensé que cuando vieras lo que era, nuestra lucha sería más fácil, que lo entenderías...

—Sí lo soy, créeme.

—Entonces, ¿cómo puedes decir que no hay afuera?

—Debido a que he visto —su voz era tan sombría y pesada con la desesperación que incluso Keiro dejó de pasear arriba y abajo y lo miró fijamente.

Al lado de Finn, Attia se estremeció. —¿Cómo? —susurró.

El Sapiient apuntó a una esfera, un caparazón negro, vacío. —Ahí. El experimento me llevó décadas, pero estaba determinado. Mis sensores penetran metales, piel, hueso y alambre. Sentí mi camino a través de millas de Incarceron, sus salones y pasillos, sus mares, sus ríos. Al igual que usted, yo creía —él se rió con dureza, mordiendo las uñas desgastadas de su mano—. Y sí, me encontré con el exterior, en cierto modo —Se volvió y tocó los controles, y la esfera se iluminó—. He encontrado esto.

Ellos vieron una imagen en la oscuridad. Una esfera dentro de la esfera, un globo de metal azul. Se colgó en la eterna negrura del espacio, solo, en silencio.

—Este es Incarceron —Blaize clavó un dedo en ella—. Y vivimos en el interior. Un mundo. Construido o crecido, quién sabe. Pero solo, en una inmensidad, el vacío. En nada. No hay nada fuera —Se encogió de hombros—. Lo siento. No quiero destruir los sueños de su vida. Pero no hay otro lugar donde ir.

Finn no podía respirar. Era como si las palabras sombrías drenaran la vida fuera de él. Se quedó mirando el mundo y sentía a Keiro acercarse detrás de él, sintió el

calor de su hermano de juramento, y eso lo confortó. Pero fue Gildas quien sorprendió a todos.

Se echó a reír. Un rugido áspero y gutural de desprecio. Se puso a sí mismo en posición vertical, se volvió a Blaize y lo fulminó con la mirada. —¡Y se llama a sí mismo Sabio! Dejándose engañar por la malicia de la Prisión, más bien. Te muestra mentiras y tú las crees, viviendo por encima de los hombres y los desprecias. ¡Peor que un tonto! —Él se dirigió al hombre más alto; Finn dio un paso rápido después de él. Conocía el temperamento del viejo.

Pero Gildas apuñaló el aire con su dedo nudoso, y su voz era dura y baja. —¿Cómo te atreves a estar allí y negarme mi esperanza y a ellos su posibilidad de vida? ¿Cómo te atreves a decirme que Sapphique es un sueño, que la prisión es todo lo que hay!?

—Porque es cierto —dijo Blaize. Gildas se arrancó del agarre de Finn.

—¡Mentiroso! Tú no eres Sapient. Y has olvidado que hemos visto Extrañeros.

—¡Sí! —dijo Attia— Y hablado con ellos.

Blaize se detuvo. Él dijo: —¿Han hablado con ellos? —Por un momento casi parecía que su certeza se tambaleaba. Él unió sus dedos y su voz sonaba estrangulada—. ¿Has hablado con quién? ¿Quiénes son?

Todos miraron a Finn, por lo que, dijo: —Una muchacha llamada Claudia. Y un hombre. Ella lo llama Jared.

Hubo un segundo de silencio. Keiro dijo: —Así que explica eso.

Blaize le dio la espalda. Pero casi al mismo tiempo que se dio la vuelta su rostro era grave. —No tengo ningún deseo de enfadarte. Pero usted ha visto a una muchacha y un hombre. ¿Cómo sabes dónde están?

Finn dijo: —No están aquí.

—¿No? —Blaize miró rápidamente, con la cara marcada miró a ambos lados—. ¿Cómo lo sabes? ¿No has pensado que ellos también están en Incarceron? ¿En alguna otra Ala, un nivel lejano donde la vida parece diferente, donde ni siquiera saben que están presos? ¡Piensa, chico! Esta aventura para Escapar se convertirá en una locura que va a devorar tu vida. ¡Vas a pasar años en viajar y buscar sin esperanza, todo para nada! Encuentra un lugar para vivir, aprende a estar en paz en su lugar. Olvídate de las estrellas.

Su voz murmuró entre las esferas de cristal que estaban en las vigas de madera del techo. Consternado, apenas escuchando la ira de Gildas explotar, Finn se paró frente a la ventana y se quedó allí, mirando a través del vidrio sellado el desplazamiento de las nubes en la estratosfera de Incarceron, demasiado elevado para las aves, el paisaje de hielo kilómetros por debajo, las lejanas colinas y laderas oscuras que podrían ser las paredes más allá de su vista.

Su propio miedo le aterraba.

Si esto fuera cierto, no había escapatoria, de aquí o de sí mismo...

Sería Finn y siempre lo sería, sin pasado ni futuro, y no había dónde volver. Nadie más que él hubiera sido.

Gildas y Attia estaban enojados, estaban discutiendo, pero el frío comentario de Keiro rasgó el ruido y silenció a todos. —¿Por qué no les preguntamos? —dijo.

Cogió la Llave y tocó los controles; girándolos rápidamente, Finn vio que experto era en ello.

—No tiene sentido —dijo Blaize rápidamente.

—Para nosotros sí lo hay.

—Dejaré que hablen con sus amigos —Blaize se volteó—. Yo no tengo ningún deseo de hacerlo. No duden en tratar la torre como su casa. Coman, descansen. Piense en lo que he dicho.

Caminó entre las esferas y salió por la puerta, la túnica ondeando sobre su ropa manchada, un suave olor a ácido y algo más, algo dulce, a la deriva detrás de él.

Tan pronto como se fue Gildas juró, larga y amargamente. Keiro sonrió. —Ha aprendido algo útil de la Comitatus entonces.

—¡Pensar que después de todos estos años he encontrado un Sapien y tenía que ser tan débil! —El viejo parecía enfermo de asco. Luego extendió la mano—. Dame la Llave.

—No hace falta —Keiro la puso apresuradamente sobre la mesa y dio un paso atrás—. Está funcionando.

El familiar zumbido aumentó, el holograma saltó y se despejó en un círculo de luz. Hoy, parecía aún más brillante que antes, como si estuvieran más cerca de su origen, o su poder hubiera crecido. Tan cerca como si estuvieran entre ellos, Claudia se levantó. Sus ojos brillaban, su rostro alerta. Finn casi sentía que podía extenderse y tocarla.

—Te encontraron —dijo.

—Sí —susurró.

—Estoy muy contenta.

Jared estaba con ella, con un brazo apoyado en lo que parecía un árbol. Y de repente Finn se dio cuenta que estaban sentados en un campo o un jardín, y la luz en ese lugar era de un oro glorioso.

Gildas se adelantó a él. —Maestro —dijo secamente—. ¿Usted es un Sapien?

—Lo soy —Jared se levantó y se inclinó formalmente—. Como usted, veo.

—Durante estos cincuenta años, hijo. Antes de que nacieras. Ahora respóndeme tres preguntas y respóndemelas con la verdad. ¿Eres de Afuera de Incarceron?

Claudia miró. Jared asintió lentamente. —Sí.

—¿Cómo sabes?

—Debido a que este es un palacio, no una prisión. Porque el sol está por encima de nosotros, y las estrellas por la noche. Porque Claudia ha descubierto la puerta que conduce a la cárcel...

—¿Lo has hecho? —Finn quedó sin aliento.

Pero antes de que pudiera responder, Gildas espetó: —Una cosa más. Si usted está afuera, donde está Sapphique? ¿Qué hizo cuando llegó allí? ¿Cuándo regresará para liberarnos?

Había flores en el jardín, amapolas rojas brillantes. Jared miró a Claudia, y en el silencio entre ellos una abeja zumbaba en los pétalos, un soplo pequeño que hizo temblar a Finn con la memoria perdida.

Entonces Jared se levantó y se acercó, tan cerca, que él y Gildas que estaban cara a cara. —Maestro —dijo cortésmente—. Perdón por mi ignorancia. Por mi curiosidad. Perdóname si esto parece una pregunta estúpida. Pero, ¿quién es Sapphique?

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”  
—*The Times*, London

## 23

Traducido por Cowdiem  
Corregido por Milliefer

*Nada ha cambiado, o cambiará  
Así que debemos cambiarlo.  
—Los lobos de Acero*

Finn pensó que la abeja saldría fuera del nimbus de oro y que aterrizaría en él. Mientras zumbaba cerca de su oreja, él se retiró rápidamente y ella se alejó.

Él miró a Gildas. Él viejo hombre casi se había tambaleado; Attia lo estaba ayudando a sentarse, y Jared estaba estirando su mano como para ayudar, con la consternación en su rostro. Él miró hacia Claudia; Finn escuchó su murmullo.

—No debería haber preguntado. El experimento...

—Sapphique escapó —Keiro tiró de una banca y se sentó en el borde, su ligera riqueza en su abrigo rojo—. Él salió. Él es el único que alguna vez lo ha hecho. Esa es la leyenda.

—No hay leyenda —Gildas espetó ásperamente. Elevó la mirada—. ¿De verdad no saben? Pensé...que ahí afuera él sería un gran hombre...un rey.

Claudia dijo: —No. Al menos...bueno, podemos investigar. Podría haber ido a esconderse. Las cosas aquí no son perfectas tampoco —ella se puso de pie rápidamente—. Quizás no lo saben, pero la gente aquí cree que Incarceron es un lugar maravilloso. Un paraíso.

Ellos la miraron fijamente.

Ella vio la sorpresiva incredulidad en sus rostros, la de Keiro cambiando instantáneamente en una divertida y ácida sonrisa. —Fabuloso —él murmuró.

Así que ella les dijo sobre el Experimento, su padre, el sellado enigma de la Prisión. Y luego les dijo sobre Giles.

Jared dijo: —Claudia... —pero ella agitó una mano hacia él y continuó rápidamente, paseando sobre el sorprendentemente verde pasto.

—Ellos no lo mataron, sabemos eso. Lo escondieron. Y creo que lo escondieron aquí. Creo que tú eres él.

Ella se giró y los enfrentó, y Keiro dijo: —Estas diciendo... —y luego se detuvo y miró fijamente hacia su hermano de juramento—. ¿Finn? ¿Un príncipe? —Él rió, preguntando—. ¿Estás loca?



Finn se abrazó a sí mismo. Estaba temblando, él lo sabía, y el extrañamente perdido desconcierto estaba de vuelta en la esquina de su mente, chispazos de cosas que se iban tan rápido como sombras en oscuros espejos.

—Te ves como él —Claudia dijo firmemente—no hay fotografías permitidas ahora, no es Protocolo, pero el viejo hombre tenía una pintura —ella la levantó, quitando la bolsa azul—. Mira.

Attia dio un respiro.

Finn tembló.

El cabello del niño estaba brillando y su rostro estaba iluminado con la inocente felicidad. Una salud imposible irradiaba desde él. Su túnica estaba hecha de oro, su piel regordeta y sonrosada. Una pequeña águila incrustada en su muñeca.

Finn se acercó. Se estiró y ella elevó la miniatura para él, y sus dedos se cerraron alrededor del marco dorado; por un momento él sintió como si lo sostuviera, lo tocó, y luego las puntas de sus dedos se encontraron con nada y supo que estaba muy lejos, más lejos de lo que podía imaginar.

Y hace mucho tiempo.

—Había un hombre viejo —Claudia dijo—. Barlett. Él te cuidaba.

Él la miró fijamente. Su vacío los asustaba a ambos.

—¿La reina Sia entonces...? Tu madrastra, ella debía de odiarte. Caspar, ¿Tu medio hermano? Tu padre, el Rey, quien murió. ¡Debes recordar!

Él quería. Quería arrancarlos fuera de la oscuridad de su mente, pero no había nada ahí. Keiro estaba de pie y Gildas tenía su brazo, pero todo lo que él podía ver era a Claudia, su mirada feroz y ansiosa sobre él, motivándolo a recordar.

—Estábamos comprometidos. Cuando tú tenías siete años hubo una fiesta enorme. Una enorme celebración.

—Déjenlo solo —Attia espetó—. Déjenlo.

Claudia se acercó aun más. Ella estiro su mano y trató de tocar la muñeca de él.

—Míralo, Finn. Ellos no pudieron eliminarlo. Prueba quien eres.

—¡No prueba nada! —Attia se giró tan rápido que Claudia se retiró de un tirón. Los puños de la chica estaban apretados, su golpeado rostro pálido—. ¡Deja de atormentarlo! ¡Si lo amaras te detendrías! ¿No puedes ver que lo hiere y que no puede recordar? De verdad no te importa si es él, si él es Giles. ¡Todo lo que quieres es no casarte con ese Caspar!

En el conmocionado silencio Finn respiro con fuerza. Keiro lo empujo hacia la banca; sus rodillas cedieron y él se sentó rápidamente.

Claudia estaba pálida. Ella dio un paso atrás, pero sus ojos nunca dejaron a Attia. Luego ella dijo: —La verdad es que eso no es cierto. Quiero al verdadero Rey. El verdadero heredero, incluso si es de la Havaarna. Y quiero sacarlos de ese lugar. A todos ustedes.

Jared se acercó y se agachó. —¿Estás bien?

Finn asintió. Su mente estaba brumosa; él frotó su rostro con sus manos.

—Él se pone así —Keiro dijo—, y peor.

—Puede ser el tratamiento que le dieron —los ojos oscuros del Sapient encontraron los de Gildas—. Deben haberle dado drogas para hacerlo olvidar. ¿Ha tratado con antídotos Maestro, alguna terapia?

—Nuestras medicinas son limitadas —Gildas gruñó—. Usé tumentina en polvo y una decocción de poppy<sup>5</sup>, y una vez diente de liebre pero lo puso enfermo.

Jared se veía cortésmente consternado. Claudia sabía por su rostro que esas cosas eran tan primitivas que todos los Sapienti aquí las habían olvidado casi por completo. Repentinamente ella se sintió furiosa y frustrada; quería estirarse y sacar a Finn, romper las barreras invisibles. Pero no tenía sentido, así que se forzó a decir calmadamente.

—He decidido que hacer. Voy a entrar. Por la puerta.

—¿Cómo eso puede ayudarnos? —Keiro preguntó, mirando a Finn.

Fue Jared quien respondió. —He hecho un estudio cuidadoso de la Llave. Por lo que puedo ver, nuestra habilidad de contactarnos está cambiando. La imagen se está volviendo clara y más enfocada. Esto puede ser debido a que Claudia y yo estamos ahora en la Corte. Estamos más cerca de ustedes, y la Llave podría registrar eso. Podría ayudarlos a navegar hacia la puerta.

—Pensé que habrían mapas —Keiro miró a Claudia—. La princesa aquí dijo eso.

Claudia suspiro, impaciente. —Mentí.

Ella lo miro directamente; sus ojos azules eran tan agudos como el hielo.

—Pero —Jared continuo rápidamente—, hay problemas. Hay una extraña... discontinuidad que me confunde. La Llave toma demasiado tiempo para mostrarnos unos a otros; cada vez parece estar ajustando algún parámetro físico o temporal... como si nuestros mundos de alguna forma estuvieran desalineados...

Keiro se veía desdeñoso; Finn sabía que él pensaba que todo esto era una pérdida de tiempo. Desde la banca él levanto la cabeza y dijo suavemente: —Pero ¿tú no piensas, Maestro, que Incarceron es otro mundo? Que flota libre en el espacio, lejos de la Tierra.

Jared lo miro fijamente. Luego dijo amablemente: —No. Una teoría fascinante.

—¿Quién te dijo eso? —Claudia espetó.

—No importa —Tambaleante, Finn se levantó. Miro a Claudia—. En tu Corte, hay un lago, ¿cierto? ¿Dónde poníamos a flotar linternas con velas dentro? Las poppies alrededor de ella eran papeles rojos en el sol.

—Sí —ella dijo.

—Y en mi pastel de cumpleaños, pequeñas bolas plateadas —Claudia estaba tan quieta, que con esfuerzo podía respirar.

---

<sup>5</sup> **Poppy**: Tipo de flor.

Y luego mientras él la miraba fijamente con una insoportable tensión, los ojos de ella se ampliaron; ella se giró y gritó: —¡Jared! ¡Apágala! ¡Apágala!

Y en la oscura habitación de las esferas instantáneamente solo había oscuridad, y un extraño e inclinado mareo, y esencia de rosas.

Keiro acercó su mano derecha con cuidado al espacio vacío donde la holo-imagen había estado. Chispas saltaron; se alejó, maldiciendo.

—Algo los asustó —Attia jadeo.

Gildas frunció el ceño. —No algo. Alguien.

READ BY KIM MAI GUEST

Ella lo había oído. Un perfume dulce e inconfundible que ahora se daba cuenta que había estado allí por mucho tiempo, que había reconocido pero había ignorado, atrapada en la tensión del momento. Ahora, al enfrentar el ardiente límite de lavandas, delfinios<sup>6</sup> y rosas, sintió a Jared ponerse de pie lentamente a sus espaldas, escuchó su pequeña respiración consternada mientras él también lo registraba.

—Sal —dijo ella con frialdad.

Él estaba detrás del arco de la rosa. Salió a regañadientes, la seda de su traje melocotón era suave como pétalos.

Por un momento ninguno de los dos habló.

Luego Evian sonrió avergonzado.

—¿Cuánto escuchaste? —exigió Claudia, con las manos en las caderas.

Sacó un pañuelo y se limpió el sudor de su rostro. —Demasiado, me temo, mi querida.

—Detén la actuación —Ella estaba furiosa.

Él miró a Jared y, a continuación, con curiosidad a la Llave. —Ése es un dispositivo asombroso. Si hubiéramos tenido alguna idea de que existía, hubiéramos removido cielo y tierra para encontrarlo.

Ella bufó de rabia y se dio la vuelta.

A sus espaldas él dijo astutamente: —¿Sabes lo que significa, si ese chico es realmente Giles.

Ella no contestó.

---

<sup>6</sup> Delfinios :Tipo de flor.

—Significa que tenemos un testaferro<sup>7</sup> para nuestra sublevación. Más que eso, una causa justa. Como dijiste tú tan espeluznantemente, el verdadero Heredero. ¿Deduzco que ésta era la información que me prometiste?

—Sí —ella se volvió y vio su mirada fascinada, y la dejó helada como lo había hecho antes—. Pero escucha, Evian. Estamos haciendo esto a mi manera. En primer lugar voy a entrar por esa puerta.

—No sola.

—No —dijo Jared con rapidez—. Conmigo.

Ella le lanzó una mirada de asombro. —Maestro...

—Juntos, Claudia. O de ningún modo.

Una trompeta sonó en el Palacio. Ella miró hacia el edificio con molestia.

—Muy bien. Pero no hay necesidad de asesinatos, ¿no lo ves? Si la gente entiende que Giles está vivo, si se lo demostramos a ellos, sin duda la Reina no podrá negarlo...

Su voz se desvaneció mientras los miraba. Jared estaba jugando tristemente con una florcita blanca de la hierba, frotando su perfume entre los dedos. Él no la miraba. Evian lo hacía, pero sus pequeños ojos eran casi compasivos.

—Claudia —dijo—, ¿todavía eres tan inocente? —Se acercó a ella, sin ser más alto, sudando bajo el sol caliente—. La gente nunca va a ver a Giles. Ella no permitirá que suceda. Tú y él van a ser asesinados sin piedad, al igual que el anciano del que habló. Jared también, y cualquier otro que piensen que sepa del complot.

Ella se cruzó de brazos, sintiendo su rostro calentarse. Se sentía humillada, como un niño pequeño a quien regañaban con amabilidad, para empeorar las cosas. Porque, por supuesto, él tenía razón.

—Ellos son los que tienen que ser asesinados —la voz de Evian fue baja y dura—. Deben ser removidos. Hemos decidido al respecto. Y estamos listos para actuar.

Ella lo miró fijo. —No

—Sí. Muy pronto.

Jared dejó caer la flor y volvió la cabeza. Se veía muy pálido. —Como mínimo, debes esperar hasta después de la boda.

—La boda es en dos días. Tan pronto como se termine nos moveremos. Es mejor si ninguno de ustedes saben los detalles... —Levantó la mano para anticiparla—. Por favor, Claudia, ni siquiera me preguntes. Si sale mal y te preguntan, de esta manera no podrás delatar nada. No sabrás la hora, el lugar, o el método. No tienes ni idea de quienes son los Lobos de Acero. No puedes ser culpada.

---

<sup>7</sup> **Testaferro:** Persona que presta su nombre en un contrato o negocio que en realidad es de otra persona.

*Por nadie, salvo por ella misma*, pensó con amargura. Caspar era un pequeño tirano codicioso y se volvería peor. La reina una asesina de seda. Ellos siempre impondrían el Protocolo.

No cambiarían nunca. Y, aun así, no quería la sangre de ellos en sus manos.

La trompeta sonó de nuevo, con urgencia. —Me tengo que ir —dijo ella—. La Reina está cazando y tengo que estar allí.

Evian asintió y se volvió, pero antes de haber dado dos pasos ella se forzó a sacar las palabras. —Espera. Una cosa.

La seda melocotón brillaba. Una mariposa revoloteaba en su hombro, curiosa.

—Mi padre. ¿Qué pasa con mi padre?

En el hermoso cielo azul se levantó el aleteo de palomas desde una de las mil torres del Palacio. Evian no se volvió y su voz fue tan tranquila que apenas lo oyó. —Él es peligroso. Está implicado.

—No le hagas daño.

—Claudia...

—No —Apretó los puños—. No debe ser asesinado. Prométemelo ahora. Júralo. O voy ya mismo con la Reina y le cuento todo.

Eso lo hizo volverse, pasmado. —No harías...

—Tú no me conoces.

Lo enfrentó fría como el hierro. Sólo su obstinación mantendría un cuchillo fuera del corazón de su padre. Sabía que él era su enemigo, su adversario sutil, su frío oponente en el tablero de ajedrez. Pero seguía siendo su padre.

Evian le lanzó una mirada a Jared, dejó escapar un largo e inquieto suspiro.

—Muy bien.

—Júralo —Ella tendió la mano, le agarró la suya y la apretó con fuerza, estaba caliente y húmeda—. Con Jared como testigo.

Renuente, la dejó levantar sus dedos entrelazados. Jared puso su delicada mano en la parte superior.

—Te lo juro. Como Lord del Reino y devoto del elegido de los Nueve Dedos —los pequeños ojos grises del Lord Evian estaban pálidos a la luz del sol—. El Guardián de Incarceron no será asesinado.

Ella asintió con la cabeza. —Gracias.

Lo vieron separar su mano y alejarse, limpiándose los dedos meticulosamente con un pañuelo de seda, y desapareciendo por el verdor del camino de cal.

Tan pronto como se hubo marchado, Claudia se sentó en la hierba y se agarró las rodillas bajo el vestido azul. —Oh, Maestro. Qué lío.

Jared apenas parecía estar escuchando. Se movía inquieto alrededor, como si estuviera rígido. Entonces se detuvo tan bruscamente que ella pensó que lo había picado una abeja. —¿Quién es el Elegido de los Nueve Dedos?

—¿Qué?

—Eso fue lo que dijo Evian —Él se dio vuelta, y en sus ojos oscuros estaba la tensión que ella conocía tan bien, como la ardiente obsesión que a veces lo mantenía durante días y noches en sus experimentos. —¿Has oído hablar de tal culto alguna vez?

Brutalmente, ella se encogió de hombros. —No. Y no tengo tiempo para que me importe. Escucha. Esta noche, después del banquete, la Reina celebra una reunión de su Consejo, un gran sínodo<sup>8</sup>, para preparar las escrituras de propiedad de la boda y la sucesión. Ellos estarán allí, Caspar, la Guardia, su secretario, y cualquier otra persona de importancia. Y no serán capaces de salir.

—¿Ni tú?

Ella se encogió de hombros. —¿Quién soy yo, Maestro? Un peón en el tablero — ella se echó a reír, con la risa que sabía que él odiaba, dura y amarga—. Entonces allí es cuando entramos en Incarceron. Y esta vez no correremos riesgos.

Jared asintió ligeramente. Su rostro se había derrumbado, pero el borde de la emoción aun permanecía.

—Me alegro que dijeras nosotros, Claudia —murmuró él.

Ella levantó la vista. —Temo por usted —dijo ella con simpleza—. Pase lo que pase.

Él asintió. —Eso hace que seamos dos —Se quedaron en silencio un momento—.

La Reina estará esperando.

Pero ella no hizo ademán de irse, y cuando él la miró, la cara de ella estaba tensa y distante. —Esa chica Attia. Estaba celosa. Estaba celosa de mí.

—Sí. Deben ser cercanos, Finn y sus amigos.

Claudia se encogió de hombros. Se puso de pie y se sacudió el polen de su vestido.

—Bien. Pronto lo averiguaremos.

---

<sup>8</sup> **Sínodo:** Concilio de los obispos

## 24

Traducido por cYLy DiviNNa  
Corregido por Millieffer

*¿Buscas la Llave de Incarceron?*

*Mira dentro de ti mismo. Siempre se ha escondido allí.*

*—El espejo de los sueños de Sapphique*

La torre de Sapien era extraña, Finn pensó. Él, Keiro y Attia habían tomado la palabra del hombre y pasaron el día explorando por todas partes, y había cosas sobre él que los desconcertaban.

—La comida, por ejemplo —Keiro recogió un pequeño fruto verde de la taza y lo olió con cautela—. Esto se produce, pero ¿dónde? Estamos a millas en el cielo y no hay forma de bajar. No me digas que lleva su barco plateado al mercado.

Ellos sabían que no había manera de bajar porque las habitaciones del sótano donde estaban las camas, habían sido construidas sobre la roca desnuda. Estalagmitas pequeñas se levantaban entre los muebles, carámbanos de calcio colgaban del techo, los sedimentos fueron establecidos durante el siglo y medio de la vida en prisión, aunque Finn había pensado que llevó más tiempo, incluso milenios, por esas cosas de la forma.

Cuando andaba detrás de Attia de la cocina al almacén del observatorio se dejó deslizar por un momento en un fascinante sueño de horror, que Incarceron era de hecho un mundo, antiguo y vivo, que era una criatura microscópica dentro de ella, pequeña como una bacteria, y que Claudia también estaba aquí, que incluso Sapphique fue un sueño soñado por los reclusos que no podrían enfrentar el temor de no tener escape.

—¡Y luego los libros! —Keiro empujó la puerta de la biblioteca abierta y miró a todos con disgusto—. ¿Quién necesita tantos libros? ¿Quién podría tomarse la molestia de leerlos?

Finn se trasladó junto a él. Keiro casi no podía leer su propio nombre, y estaba orgulloso de eso. Una vez se había metido en una pelea sobre algunos supuestos insultos sobre él, garabateados en una pared por uno de los matones de Jormanric; Keiro había salido de la lucha con vida, pero con una paliza. Finn recordaba que no pudo decirle que el graffiti era inofensivo, aunque de mala gana lo admiraba.

Finn sabía leer. No tenía idea de quién le enseñó, pero podía leer incluso mejor que Gildas, quien murmuraba la mitad de las palabras en voz alta y había visto sólo

una docena de libros en su vida. El Sapient estaba aquí, sentado en el escritorio en el corazón de la biblioteca, con las manos nudosas pasando las páginas de un gran códice encuadernado en piel, los ojos cerca del texto escrito a mano.

A su alrededor, en los estantes que llegaban hasta el techo de sombra, la colección de Blaize era inmensa, las torres de los pesados volúmenes, todos los números en oro y encuadernado en verde y marrón.

Gildas levantó la cabeza. Se esperaba que fuera por el temor, pero su voz era ácida.  
—¿Los libros? No hay libros aquí, muchacho.

Keiro resopló. —Tus ojos son peores de lo que crees.

Impaciente, el anciano negó con la cabeza. —Estos son inútiles. Míralos. Nombres, números. No nos dicen nada.

Attia tomó un libro de la estantería más cercana y la abrió, y Finn miró por encima del hombro. Que estaba lleno de polvo, y los bordes de las páginas se desmoronaban de tan secos que caían en copos. En la página había una lista de nombres:

MARCION

MASCUS

MASCUS ATTOR

MATTHEUS PRIME

MATTHEUS UMRA

Cada uno seguido por un número. Un largo número de ocho dígitos.

—¿Los presos? —Finn dijo—. Aparentemente. Listas de nombres. Volúmenes de ellos. Por cada Ala, todos los niveles, que se remonta en siglos.

Al lado de cada nombre había una pequeña imagen de una cara cuadrada. Attia tocó una y casi dejó caer el libro. Finn dio un grito de asombro, que reunió a Keiro a la mesa, de rodillas detrás de ellos.

—Bien, bien —dijo.

Por cada nombre una serie de imágenes parpadeó rápidamente en la página, apareciendo y desapareciendo en rápida sucesión, hasta que Attia tocó uno con la punta del dedo pequeño y se congeló, apareció una foto de cuerpo entero de un hombre jorobado con un abrigo amarillo que llenaba la página. Cuando quitó el dedo, las imágenes se ondularon de nuevo, cientos de imágenes del mismo hombre, en una calle, viajando, hablando de un incendio, dormido, su vida entera catalogada allí, su cuerpo poco a poco cada vez mayor ante sus ojos, flexionado, en un palo ahora, la mendicidad, la lepra con alguna terrible enfermedad. Y luego nada.

Finn dijo en voz baja: —Los Ojos. Te deben registrar, así como el reloj.

—Entonces, ¿cómo este Blaize tiene todo esto? —Keiro levantó la cabeza en estado de shock repentino—. ¿Crees que estoy aquí? —sin esperar respuesta se dirigió a la



estantería, encontró un larga escalera, y la puso contra los libros, subiendo fácilmente hacia arriba. Él comenzó a tomar los libros y los empujó, impaciente. Attia había cruzado a la sección A y Gildas estaba leyendo, por lo que Finn encontró la carta F y se veía a sí mismo.

FIMENON

FIMMA

FIMMIA

FIMOS NEPOS

FINARA

Sus dedos temblaban mientras él pasó la página, hasta que lo encontró. FINN Él lo miró. Había dieciséis imágenes de Finn, pero la suya era la última. El número estaba allí, le resultaba familiar, era el número que había estado en su traje cuando había estado en su celda, lo había aprendido de memoria. Junto a ella había una pequeña imagen, dos triángulos superpuestos, uno de ellos invertido. Una estrella. Sintióse casi enfermo de ansiedad, la tocó.

Las imágenes se ondulaban. Rastreo el túnel blanco. Él se detuvo al instante.

Allí estaba él, pareciendo más joven, más limpio, su rostro con una máscara de miedo y la determinación de lágrimas.

Le dolía mirarlo. Trató de volver, pero esta era la primera imagen, no había nada antes.

Nada.

Su corazón dio un vuelco. Se desplazaba lentamente. Él y Keiro. Imágenes de la Comitatus. La lucha contra sí mismo, comiendo, durmiendo.

Una vez, riendo. Creciente y cambiante. La pérdida de algo. Casi creyó ver unas imágenes en constante cambio haciéndose cada vez más difícil ver a alguien, vigilante, con el ceño fruncido, siempre estaba ahí en el fondo de las peleas de Keiro y los regímenes. Una imagen le mostró en un ataque, y miraba con asco horrorizado por su encrespado cuerpo convulso, su rostro desfigurado. Rápidamente dejó que las imágenes se ejecutaran casi demasiado rápido para ver, hasta que pinchó hacia abajo y las mantuvo.

La emboscada.

Se vio congelado, la mitad de las cadenas, agarrando el brazo de la Maestra. Ella debe haberse dado cuenta que estaba en una trampa, su rostro quedó atrapado en un extraño dolor, su mirada casi magullada, su sonrisa ya rígida.

Si había más, no quería verlo.

Él golpeó el libro, el sonido fuerte en la habitación en silencio, haciendo gruñir a Gildas y a Attia mirar por encima.

—¿Encontraste algo? —ella dijo.

Se encogió de hombros. —Nada de lo que no sabía. ¿Y tú? —Se dio cuenta de que había dejado la sección A y subió a la C—. ¿Por qué no?

—Lo que Blaize dijo sobre no ir al exterior. Pensé en buscar Claudia. Fue frío. —¿Y?

Ella estaba sosteniendo el libro, un volumen verde. Ella lo cerró rápidamente y se volvió, empujándose de nuevo en la plataforma. —Nada. Él está equivocado. Ella no está en Incarceron.

Había algo en su voz tenue, pero antes de que pudiera pensar en ello Keiro tiro todo silbando de ira.

—¡Él tiene todo sobre mí aquí! ¡Todo!

Finn sabía que Keiro había quedado huérfano cuando era un bebé y se había criado en la pandilla de sucios erizos que siempre parecía estar dando vueltas por la Comitatus, guerreros con golpes, hijos de mujeres que habían muerto, los niños que nadie conocía. Hubieran podido ser uña y diente luchando por comer, sobrevivir y mantener una cara cuando hubieran eliminado de Keiro la marca de esa feroz chusma. Tal vez por eso su hermano parecía tan alarmado. Él también cerró el libro con un aplauso.

—Olvídese de sus pequeñas historias —Gildas levantó la mirada, su rostro afilado encendido—. Ven y lee un verdadero libro. Este es el diario de un Señor Calliston, al que llaman el Lobo de Acero. Él dice que fue el primer prisionero —dio la vuelta a una página—. Todo está aquí, la Venida de la Sapienti, los presos en primer lugar, el establecimiento del Nuevo Orden. Parecen haber sido relativamente pocos, y hablaron a la Cárcel en aquellos días, mientras hablaban entre sí. Ahora sonaba asombrado.

Se reunieron alrededor y vio que el libro era más pequeño que los otros y en verdad el texto manuscrito, con alguna áspera pluma. Gildas leyó la página.

—La chica estaba en lo cierto. Ellos establecen la prisión como un lugar para volcar todos sus problemas, pero no había una esperanza definitiva de la creación de una sociedad perfecta. De acuerdo con esto, todos los filósofos deben estar serenos desde hace mucho tiempo. Mira aquí.

Leyó en voz alta, con su voz ronca:

—Todo estaba preparado, todas las eventualidades cubiertas. Contamos con alimentos nutritivos, educación libre, mejor atención médica que en el exterior, pero no con las reglas del Protocolo. Nosotros tenemos la disciplina de la prisión, Ser invisible, vigila y castiga y reglas —y sin embargo—. Las cosas están decayendo, formando grupos disidentes; el territorio es disputado por los matrimonios y se desarrollan peleas. Ya dos Sapienti han llevado a sus seguidores a vivir en aislamiento, alegando temer a los asesinos y ladrones que nunca van a cambiar, un hombre ha sido asesinado, un niño atacado. La semana pasada dos hombres llegaron a las manos por una mujer. La Prisión intervino. Desde entonces ninguno de ellos se ha visto.

—Creo que están muertos y que Incarceron los ha integrado en sus sistemas. No se preveía la pena de muerte, pero la prisión está a cargo ahora. Es pensar por sí mismo.

En el silencio Keiro dijo: —¿De verdad creían que iba a funcionar?

Después de un momento Gildas dio vuelta a la página. El susurro era fuerte en la quietud.

—Parece así. No está claro lo que salió mal. Tal vez algún elemento imprevisto entró e inclinó la balanza, por un simple comentario, un pequeño acto, de modo que la falla en su perfecto ecosistema poco a poco fue creciendo y la destruyó. Tal vez Incarceron sí funcionaba correctamente, se convirtió en un tirano —que sin duda ocurrió, pero ¿fue causa o efecto? Y luego está esto —señaló las palabras, cuando él las leyó, y Finn, inclinándose hacia delante, vio lo que señalaba, la sucia página, como si alguien hubiera pasado los dedos una y otra vez—. ¿...O es que el hombre contiene dentro de sí las semillas del mal? ¿Que aún si se coloca en un paraíso perfectamente formado para él, se vuelve veneno, lentamente, con sus propios celos y los deseos? Me temo que puede ser que culpan a la Cárcel de nuestra propia corrupción. Y lo hacen, excepto que yo, también soy alguien que ha muerto y sólo miraba a mi propio beneficio.

En la sala mayormente silenciosa, sólo motas de polvo caían a través de la inclinación de la luz desde el techo. Gildas cerró el libro. Miró a Finn y su cara estaba gris. —No debes quedarte aquí —dijo en gran medida—. Este es un lugar donde recoge el polvo y la duda entra en el corazón. Nosotros debemos irnos, Finn. Esto no es un refugio. Es una trampa.

Una huella en el polvo les hizo mirar hacia arriba. Blaize estaba en la galería que rodeaba la claraboya, mirando hacia abajo donde estaban ellos, con las manos apretadas sobre el carril.

—Necesitan descansar —dijo con calma—. Además, no hay manera de bajar de aquí. Hasta que decida que los llevaré.

\* \* \*

Claudia había sido meticulosa, pre-colocando los escáneres en todas las bodegas, colocando hologramas con imágenes de ella y Jared durmiendo pacíficamente en su cama, un fuerte soborno al mayordomo les había dado a conocer la duración del debate, el número de cláusulas en el tratado de matrimonio, el tiempo que les tomaría.

Por último había visto a Evian y le dijo sobre discutir sobre cualquier cosa. Mientras su padre permaneció en el Gran Salón hasta pasada la medianoche.

Deslizándose entre los toneles y barriles con la ropa oscura, se sentía como una sombra puesta en el piso de arriba para banquetes interminables, las bromas

cortesés, el rojo de los labios de la Reina, intimidantes y empalagosos, la forma en que se aferraba a la mano de Claudia y la sostuvo con tanta fuerza, emocionándose a sí misma con la forma en que sería tan feliz, los palacios que iban a construir, la caza, los bailes, los vestidos.

Caspar la había fulminado con la mirada, bebiendo demasiado vino y escapando tan pronto como pudo para cumplir con una chica de servicio. Y su padre, grave y preparado con su saco negro y las botas relucientes, le llamó la atención una vez por la larga mesa, una rápida vista entre las velas y flores. ¿Se suponía que había algún plan?

No había tiempo para preocuparse ahora. A medida que se escondió debajo de un obstáculo de la tela de araña se enderezó en una figura alta y casi gritó en shock.

Él la agarró. —Claudia lo siento.

Jared vestía ropa oscura. Ella lo miró. —¡Dios, me diste un susto! ¿Tienes todo?

—Sí —estaba pálido, sus ojos oscuros con sombras.

—¿Tu medicación?

—Todo —forzó una sonrisa pálida—. Cualquiera pensaría que yo soy el alumno aquí.

Ella le devolvió la sonrisa, con ganas de animarlo. —Vas a estar bien. Tenemos que verlo, Maestro. Nosotros tenemos que ver el interior.

Él asintió con la cabeza. —Apúrate entonces.

Ella le llevó por los pasillos abovedados. Esta noche los ladrillos parecían más húmedos que la anterior, las exhalaciones de las paredes de sal con un aire fétido nublaban su respiración. La puerta parecía más alta, y cuando se acercó a ella, Claudia se dio cuenta de las cadenas al otro lado, cada eslabón de metal más grueso que el brazo. Pero fueron los caracoles lo que le provocaron escalofríos: las criaturas de grasa, grandes, con sus senderos de plata cruzando la condensación sobre el metal como si se hubieran criado aquí durante siglos.

—Qué asco —ella empujó hasta que un ladrillo salió con un plop blando y se lo arrojó—. Esto es todo. Puso una combinación en la cerradura.

Las alas del águila Havaarna se desplegaron a lo ancho. El globo tenía siete círculos, ella estaba a punto de tocarlos cuando Jared atrapó sus dedos.

—¡No! Si la combinación equivocada entra, las alarmas se apagarán. O peor aún, podemos quedar atrapados. Esto debe hacerse con cuidado, Claudia.

Sacó el pequeño escáner y comenzó, muy suavemente, a tomar las lecturas y ajustarlas, agazapado entre las cadenas oxidadas. Impaciente, volvió, comprobó las bodegas, y regresó.

—¡Date prisa, señor!

—No puedes apresurar esto.

Él estaba absorto, con los dedos moviéndolos con suavidad. Después de largos minutos estaba casi enferma de impaciencia. Tomó la Llave, miró detrás de su espalda—. ¿Crees que...?

—Espera, Claudia, estoy casi seguro del primer número.

Podría tomar horas. Había un disco en la puerta, brillaba de un bronce verdoso, ligeramente más brillante que el metal circundante. Sobre su cabeza, ella extendió la mano y se deslizó a un lado. Un ojo de la cerradura. Formado como el cristal, hexagonal. Ella extendió la mano y metió la Llave. Al instante saltó de sus dedos. Una gran grieta la hizo chillar y Jared salto de nuevo en el terror, la Llave volvió en sí. Las cadenas se estrellaron. La puerta entreabierta se estremeció.

Jared trepo frenéticamente a comprobar todas las alarmas, se quedó sin aliento.

—¡Claudia, eres tan estúpida! —pero a ella no le importaba, se reía porque estaba abierta, la puerta, la prisión. Ella había abierto Incarceron.

La última cadena se deslizó.

Las bodegas sonaron con eco.

Jared esperó a que cada susurro de ruido se calmara.

—¿Y bien? —dijo.

—Nadie viene. Todo allí es normal —se limpió el sudor de la frente con una mano—. Tenemos que estar demasiado lejos para que ellos escuchen. Más de lo que merecemos, Claudia.

Ella se encogió de hombros. —Me merezco encontrar a Finn. Y se merece ser libre —se miraron en la rendija oscura, esperando. Ella medio esperando una multitud de presos a punto de estallar a través de ella.

Pero no pasó nada, así que ella se adelantó y abrió la puerta.

Y miró el interior.

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”  
—The Times, London

## 25

Traducción SOS por Sera  
Corregido por Milliefer

*Recuerdo la historia de una chica en el Paraíso que una vez se comió una manzana que algún sabio Sapient le dio.*

*Gracias a eso vio las cosas de forma diferente.*

*Lo que parecía monedas de oro eran ramas secas.*

*Ropas ricas eran harapos de telaraña.*

*Y vio que había un muro alrededor del mundo, con una puerta cerrada.*

*Me estoy haciendo más débil. Los otros están todos muertos.*

*He terminado la Llave pero no me atrevo a usarla.*

*—Diario de Lord Calliston.*

Era imposible. Se quedó congelada, sentía la esperanza haciéndose añicos dentro de ella. Había esperado oscuros corredores, un laberinto de celdas, callejones de piedra con ratas y humedades. No esto.

Detrás de la extrañamente entrada inclinada, la habitación blanca era una copia perfecta del estudio de su padre. Sus máquinas zumbaban eficientemente, su único escritorio y silla en la franja de luz del techo.

Dejó salir un suspiro de desesperación. —¡Es exactamente lo mismo!

Jared estaba escaneando cuidadosamente. —El Guardián es un hombre de gustos meticulosos.

Bajó el aparato y vio en su cara que estaba tan aturdido como lo estaba ella. —Claudia, ahora la puerta está abierta, puedo decirte que no hay Prisión por debajo de nosotros, no hay un laberinto subterráneo. Esta habitación es todo lo que hay.

Horrorizada, negó con la cabeza. Luego entró. Inmediatamente sintió el mismo efecto que antes; ese peculiar borrón y chasquido, el suelo parecía caer bajo sus pies, las paredes irguiéndose. Incluso el aire parecía diferente en la habitación, más frío y seco, no las húmedas exhalaciones de las celdas. Volviéndose vio a Jared.

—Ahora esto es muy extraño —dijo—. Fue un cambio espacial. Como dije antes, como si la habitación y el sótano no estuvieran demasiado... colindantes.

Él entró después de ella, y vio como sus ojos oscuros se ampliaban. Pero ella estaba casi tan enferma de decepción para preocuparse.

—¿Por qué hacer una copia de este estudio aquí? —Caminó hasta allí y pateó el escritorio enfadada—. ¡No parece más usado que el otro!

Jared miraba alrededor, fascinado. —¿Es exactamente el mismo?

—En cada simple detalle. —Se inclinó en el escritorio y dijo la contraseña Incarceron y el cajón se abrió. Dentro, como ella había esperado, había una Llave con la imagen de ellos mismos—. Él guarda una Llave en casa y otra aquí. Pero la Prisión está en algún otro lugar.

La amargura de su voz hizo que Jared le diera una mirada preocupada y luego fuera a su lado. —No te atormentes...

—¡Le dije a Finn que encontraría el camino de entrada! —Disgustada, se volvió y aferró sus brazos alrededor de sí misma—. ¿Y qué hacemos ahora? Mañana estaré casada con Caspar o ejecutada por traición.

—O serás la Reina —dijo él.

Se le quedó mirando. —O Reina. Después de una matanza que me perseguirá para siempre.

Ella se alejó y miró a las plateadas máquinas zumbantes. Detrás de ella, oyó a Jared decir: —Bueno, al menos... —Se detuvo. Cuando no terminó la frase ella se volvió, y lo vio inclinado sobre el cajón abierto con la Llave dentro. Lentamente se enderezó y la miró de reojo. Cuando habló su voz era ronca de emoción—. No es una copia. Es la misma habitación.

Ella se quedó mirando fijamente.

—Mira, Claudia. Ven y mira.

La Llave. Estaba colocada en el terciopelo negro y él alargó el brazo y la tocó, y para su sorpresa vio como sus dedos pasaban a través de la imagen en el suave tacto por debajo. Era una holo-imagen. La holo-imagen que ella había puesto ahí.

Ella dio un paso atrás, mirando alrededor. Luego rápidamente se agachó y rebuscó alrededor de las patas de la silla. —Si es la misma, hay... —Jadeó, luego se puso en pie de un salto con un murmullo de desconcierto. Llevaba un pequeño trozo de metal—. ¡Esto estaba justo ahí antes! ¿Pero cómo? ¿Cómo podía ser la misma habitación? Esa estaba en casa. A millas de distancia —Se quedó mirando la puerta abierta, los sótanos oscuros del Palacio más allá.

Jared parecía haber olvidado su miedo. Su estrecha cara iluminada; tomó el trozo de metal y lo miró de cerca, luego sacó una pequeña bolsa de su bolsillo y guardó el objeto dentro. Apuntó al escáner en la silla. —Hay algo raro justo aquí. La grieta espacial parece más fuerte —Frunció el ceño en frustración—. Ah, ¡si sólo tuviéramos mejores instrumentos, Claudia! ¡Si sólo los Sapient no hubieran sido tan obstaculizados por el Protocolo todos estos años!

—¿Te has dado cuenta —dijo ella—, como la silla está fijada al suelo?

No lo había visto antes, pero había cierres de metal para mantenerla en su posición. Caminó alrededor de ella. —¿Y por qué aquí? Está demasiado lejos del escritorio. Sólo hay esa luz por encima.

Se quedaron mirándola. Una estrecha luz débilmente azul, cayendo sobre la silla y nada más. Apenas lo suficiente luminosa para leer.

Un frío pensamiento la heló. —Maestro... esto no es un lugar de tortura, ¿no?

Él no contestó al principio, luego ella estaba agradecida de su tono mesurado.

—Lo dudo. No hay retenciones, ni signos de violencia. ¿Crees que tu padre necesitaría usar tales dispositivos?

No quería responder a eso. En su lugar dijo: —Hemos visto todo lo que hemos podido. Salgamos de aquí. —Era pasada la medianoche. Su cuerpo entero estaba escuchando en busca de pasos.

Él asintió, de mala gana. —Y todavía esta habitación guarda secretos, Claudia, quedan mundos por descubrir. Quizás es una puerta. Quizás no estamos viendo lo que hay aquí.

—Jared. Es suficiente.

Ella cruzó hacia la puerta y dio un paso a través. El sótano estaba tranquilo y oscuro. Todas las alarmas estaban seguras en su lugar. Y todavía estaba de repente agitada por el terror, que figuras oscuras estaban vigilando, que Fax estaba ahí, que su padre estaba de pie en las sombras donde ella había estado, que la puerta de bronce se cerraría de golpe y dejaría a Jared atrapado adentro. Lo arrastró hacia afuera tan rápidamente, que él casi se cae.

Cogiendo la Llave, la sacó del ojo de la cerradura, viendo como instantáneamente la puerta se cerraba con apenas un sonido metálico, las cadenas se unían de vuelta a su lugar, los caracoles continuando su viscoso e incesante progreso sobre las alas del águila.

Ella iba en silencio mientras seguía la figura oscura del Sapient a través de los barriles apilados, silenciados por la decepción y el amargo fracaso. ¿Qué pensaría ahora Finn de ella? Cómo Keiro se reiría con desprecio y esa chica sonreiría satisfecha. Y por sí misma, dejando un día de libertad.

En la parte de arriba de las escaleras ella paró a Jared con un tirón en su manga. —Deberíamos volver por separado, Maestro. No deberíamos ser vistos juntos.

Él asintió, y en la oscuridad ella pensó que se ruborizó un poco. —Tú primero. Ten cuidado.

Ella no se movió, su voz desolada. —Todo se ha acabado, ¿no? Todo ha terminado. Finn se pudrirá en ese lugar para siempre.

Jared se apoyó sobre el pilar y tomó una respiración profunda. —No te desespere, Claudia. Incarceron está cerca. Estoy seguro de eso. —Él sacó algo de su bolsillo, y para su sorpresa vio que era la pequeña hoja de metal del suelo en su envoltura de plástico.

—¿Qué es esto?

—No tengo ni idea. Usaré la torre de los Sapients y probaré unas pocas investigaciones mañana.



—Que afortunado tú —ella se volvió con amargura—. Todo lo que tengo que probar yo es mi vestido de novia.

Ella se había ido antes de que él pudiera responder, deslizándose por las escaleras en los pasillos iluminados por velas, los silencios de medianoche y susurros del Palacio.

Jared giró el trozo pequeño entre la yema de sus dedos. Se echó hacia atrás su cabello húmedo y espiró lentamente. Por un momento la extrañeza de la habitación le había hecho olvidar el dolor. Ahora volvía, peor, como si quisiera castigarlo.

READ BY KIM MAI GUEST

Durante horas no vieron nada de Blaize. Parecía haberse evaporado, pero Finn no tenía ni idea de adonde.

—Hay una parte de esta torre que no hemos encontrado todavía —murmuró Keiro—, y es el camino de salida —Se tendió en la cama mirando hacia el blanco techo—, y esas tonterías sobre los libros... No me creo una palabra de ellas. Blaize se había reído de sus preguntas acerca de los registros de la Prisión. —Esta torre estaba vacía y, posiblemente, sólo fue hecha para que estos libros se guardaran aquí —había dicho, pasando el pan por encima de la mesa esa noche—. Encontré el lugar y me gustó, así que me trasladé allí. Te aseguro que no tengo ni idea de cómo llegan las imágenes a ser almacenadas aquí, y tampoco el tiempo ni la inclinación para mirarlas.

—Pero te sientes a salvo aquí —murmuró Gildas.

—Estoy a salvo. Nadie puede alcanzarme. He quitado todos los Ojos, y los Escarabajos no pueden entrar. Por supuesto, Incarceron tiene muchas maneras de ver y estoy sin duda en observación, ya que mis imágenes aparecen en el libro como la de todos los demás. Pero no por ahora, dado el extraño poder de tu Llave. Por el momento todos somos invisibles —Había sonreído entonces, frotándose las costras de la barbilla—. Ahora, si yo tuviera un dispositivo así, podría aprender mucho de él. Supongo que ¿no considerarías desprenderte de él?

—Él lo quiere —Keiro se sentó ahora, de forma rápida—. ¿Viste cómo miraba, Cuándo Gildas se rió de él? En ese momento hubo frialdad en su rostro, un destello de algo. Quiere la Llave.

Finn se sentó en el suelo, con las rodillas hacia arriba. —Él nunca la tendrá.

—¿Dónde está?

—A salvo, hermano —Se palpó el abrigo.

—Bien —Keiro se recostó hacia atrás—. Y mantén tu espada contigo. Este Sapient costroso me inquieta. No me gusta.

—Attia dice que somos sus prisioneros.

—Esa pequeña perra —Pero la observación de Keiro fue de preocupación; Mientras Finn observaba, salió de la cama y se puso de pie, robando una rápida mirada de sí mismo en el cristal polarizado de la ventana—. Pero no te pongas nervioso, hermano. Keiro tiene un plan.

Tiró el abrigo y salió, mirando con cautela alrededor de la puerta.

Estando solo, Finn sacó la Llave y la miró. Attia estaba dormida y Gildas estaba incesantemente buscando los libros, como parecía haberlo estado haciendo desde que llegó aquí.

En silencio, Finn cerró la puerta y puso la espalda contra ella. Luego activó la Llave.

Se encendió rápidamente.

Vio una recámara con ropa esparcida, y allí había una luz que le hacía picar los ojos; la luz del sol a través de una ventana. Más allá del círculo de la Llave estaba una cama grande, de madera pesada, cortinas y una pared de paneles tallados. Luego, Claudia, agitada.

—¡Tienes que darme una alerta! ¡Podrían haberte visto!

—¿Quiénes? —preguntó él.

—Las criadas, la costurera. ¡Por el amor de Dios, Finn!

Ella tenía la cara roja y el pelo alborotado. Él se dio cuenta de que llevaba un vestido blanco, la blusa elaborada con perlas y encajes. Un vestido de novia.

Por un momento no supo qué decir. Luego ella se sentó junto a él, se agachó en el desparramo del suelo. —Hemos fracasado. Abrimos la puerta, pero no dirigía a Incarceron, Finn. Todo fue un error estúpido. Todo lo que encontré fue el estudio de mi padre —Parecía disgustada consigo misma.

—Pero tu padre es el Guardián —dijo él lentamente.

—Lo que sea que eso signifique —ella frunció el ceño.

Él negó con la cabeza. —Me gustaría poder recordarte, Claudia. A ti, al exterior, todo ello —él miró hacia arriba—. ¿Qué pasa si no soy realmente Giles? Esa foto... no me veo así. No soy ese muchacho.

—Lo fuiste una vez —su voz era obstinada, se retorció para enfrentarse a él, la seda crujió—. Mira, todo lo que quiero es no casarme con Caspar. Una vez que seas rescatado, una vez que estés libre, entonces nuestro compromiso... bueno, no tiene que suceder, eso es todo. Attia estaba equivocada, no se trata sólo de que yo sea egoísta —ella sonrió con ironía—. ¿Dónde está ella?

—Dormida. Creo.

—Ella te tiene mucho cariño.

Él se encogió de hombros. —La rescatamos. Está agradecida.

—¿Es así como lo llamas? —Ella se quedó mirando la nada—. ¿Las personas se aman en Incarceron, Finn?

—Si lo hacen, no he visto nada de ello —Pero luego pensó en la Maestra, y se sintió avergonzado. Se produjo un silencio incómodo. Claudia podía oír parlotear a las criadas en la siguiente recámara, pudo ver más allá de Finn, una pequeña habitación con una ventana escarchada, a través de la cual brillaba una media luz, artificial.

Y había un olor. Mientras lo notaba, respiró profundo, para que él la mirara. Un moho, un olor desagradable, amargo y metálico aire que era atrapado y reciclado infinitamente.

Ella se puso de rodillas. —¡Puedo oler la Prisión!

Él se quedó mirando. —No hay olor. Además, ¿cómo...?

—No lo sé, pero ¡puedo!

Ella se levantó, salió corriendo de su vista, volvió con una pequeña botella de vidrio que destapó y roció ligeramente en la luz del sol.

Al minuto las gotas brillaban en el polvo.

Y Finn gritó, porque el olor de ello era rico y fuerte y cortaba dentro de su memoria como un cuchillo, se tapó la boca con las manos e inhaló una y otra vez, cerrando los ojos, forzándose a pensar.

Rosas. Un jardín de rosas amarillas. Un cuchillo en el pastel y él empujando hacia abajo, cortando, y era fácil y estaba riendo. Con migas en los dedos. El sabor dulce.

—¿Finn? ¡Finn! —la voz de Claudia lo traía desde la distancia infinita. Tenía la boca seca, y el cosquilleo de alerta arrastrándose en su piel. Se estremeció, y se obligó a calmarse, a respirar más lento, a permitir que el sudor le enfriara la frente.

Ella estaba cerca de él. —Si puedes olerlo, las gotas deben estar viajando hasta ti, ¿no es cierto? Tal vez ahora puedas tocarme. Inténtalo, Finn.

La mano de ella estaba cerca. Él puso la propia alrededor y cerró los dedos.

Éstos pasaron a través de los de ella y no había nada, ni una calidez, ni una sensación. Se sentó hacia atrás, y se quedaron en silencio.

Finalmente dijo: —Tengo que salir de aquí, Claudia.

—Y lo harás —Se levantó de rodillas, con el rostro feroz—. Te lo juro, no voy a renunciar. Si tengo que ir a mi padre y rogarle de rodillas, lo haré —ella se volvió—, Alys está llamando. Espérame.

El círculo quedó a oscuras.

Él se sentó acurrucado hasta que estuvo tieso y la habitación estuvo insoportablemente solitaria, luego se levantó, metió la Llave en el abrigo y salió, corriendo por la escalera hacia la biblioteca, donde Gildas se paseaba con irritación hacia adelante y hacia atrás, Blaize lo miraba a través de una mesa llena de alimentos. Cuando vio a Finn, el delgado Sapient se puso de pie.

—Nuestra última comida juntos —dijo, extendiendo una mano.

Finn lo miró con sospecha. —Entonces, ¿qué?

—Entonces, los llevo a todos a un lugar seguro y los dejo reanudar sus viajes.

—¿Dónde está Keiro? —espetó Gildas.

—No lo sé. Por lo tanto, ¿simplemente nos dejarás ir?

Blaize lo miró, con calmos ojos grises. —Por supuesto. Mi objetivo fue siempre sólo ayudarte. Gildas me ha convencido de que tienes que viajar.

—¿Y la Llave?

—Tengo que prescindir de ella.

Attia estaba sentada a la mesa, con las manos entrelazadas.

Captando los ojos de Finn, se encogió de hombros ligeramente.

Blaize se puso de pie. —Te dejaré para que hagas tus planes. Disfruta tu comida.

En el silencio después de que él se había ido Finn dijo: —Lo juzgamos mal.

—Todavía creo que es peligroso. Si es un Sapien, ¿por qué no se cura la erupción que tiene?

—¿Qué sabes de un Sapien, niña ignorante? —gruñó Gildas.

Attia se mordió la uña, a continuación, mientras Finn se estiraba por una manzana, se la arrebató primero, y la mordió. —Yo pruebo tu comida —dijo ella indistintamente—. ¿Te acuerdas?

Él estaba enojado. —No soy el Señor del Ala. No eres mi esclava.

—No, Finn —ella se inclinó sobre la mesa—. Soy tu amiga. Eso significa mucho más.

Gildas se sentó. —¿Alguna noticia de Claudia?

—Fallaron. La puerta no conducía a ninguna parte.

—Como pensé —el viejo asintió fuertemente—. La niña es inteligente, pero no debemos esperar ninguna ayuda de ellos. Debemos seguir a Sapphique solos. Ahora, hay una historia que cuenta cómo...

Su mano llegó a la fruta, pero Finn la agarró. Sus ojos estaban fijos en Attia, que medio se paró, pálida, y asfixiándose de pronto, con el tallo de la manzana cayendo de sus dedos. Mientras él se apresuraba hacia delante y la aferraba, ella se encogió, con los dedos rasgándose la garganta.

—La manzana —dijo con voz entrecortada—, ¡me está quemando!

## 26

Traducido por dark heaven  
Corregido por Emii\_Gregori

*Elegiste precipitadamente. Te lo he advertido antes.  
Ella es demasiado inteligente y subestimaste al Sapient.  
—Reina Sia al Guardián; carta privada.*

—¡Esta envenenada! —Finn se encaramó sobre la mesa y la agarró; ella se ahogaba, apretando sus brazos—. ¡Has algo! —Gildas lo empujó a un lado.

—Consigue mi bolsa de medicamentos. ¡Date prisa!

Tardó unos preciosos segundos para encontrarla, y cuando volvió Gildas había acostado a Attia a su lado, retorciéndose de dolor. El Sapient agarró la bolsa y la rompió, sacó la tapa de un frasco pequeño y lo acercó a sus labios. Attia estaba luchando.

—Se está asfixiando —murmuró Finn, pero Gildas sólo juró, forzándola de modo que lo tomara y tosiera y convulsionara.

Luego, con un horrible sonido de tormento ella ya no estaba enferma.

—Bien —dijo Gildas en voz baja—, eso es. —Él la abrazó con fuerza, sus rápidos dedos sintieron su pulso, la piel fría y húmeda de la frente. Estaba enferma de nuevo, y luego se dejó caer, con el rostro blanco y moteado.

—¿Salió? ¿Está ella bien?

Pero Gildas seguía con el ceño fruncido. —Demasiado frío —murmuró—, consíguele una manta. —Entonces—. Cierra la puerta y vigíla. Si Blaize viene, mantenlo fuera.

—¿Por qué él...?

—La Llave, muchacho tonto. Él quiere la Llave. ¿Quién más podría haber hecho esto?

Attia gimió. Estaba temblando ahora, con un extraño color azulado en los labios y bajo sus ojos. Él obedeció, cerrando la pesada puerta.

—¿Eso está fuera de ella?

—No lo sé. No lo creo. Puede ser que haya entrado en el torrente sanguíneo casi inmediatamente.

Finn se quedó mirando con consternación. Gildas sabía acerca de venenos, las mujeres del Comitatus habían sido expertas, y Gildas no había estado por encima de aprender de ellos.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Nada.

La puerta se estremeció; golpeó a Finn en el hombro y se dio vuelta, sacando la espada de un tajo feroz.

Keiro se detuvo.

—¿Qué es...? —sus ojos rápidamente tomaron la escena. Él dijo—: ¿Veneno?

—Algunos ácidos —Gildas veía a la chica dar arcadas y retorcerse. Él se puso de pie lentamente, resignado—. No hay nada que pueda hacer.

—¡Tiene que haber algo! —Finn lo empujó a un lado—. ¡Podría haber comido eso! ¡Podría haber sido yo! —se arrodilló a su lado, tratando de levantarla, pero sus murmullos de dolor lo hicieron detenerse. Se sentía furioso e impotente—. ¡Tenemos que hacer algo!

Gildas agachado al lado de él. Sus duras palabras cortaron a través de los gemidos—. Es ácido, Finn. Su sistema interno puede estar ya quemado, sus labios, su garganta. Se va a acabar muy pronto.

Finn miró a Keiro.

—Nos vamos —dijo su hermano—, ahora mismo. Encontré donde tienen el barco.

—No sin ella.

—Se está muriendo —Gildas lo obligó a mirar—. Nada se puede hacer. Haría falta un milagro y no tengo uno.

—¿Así que nos salvamos nosotros mismos?

—Eso es lo que ella querría.

Ellos se habían apoderado de él, pero les restó importancia y se arrodilló al lado de ella. Ella seguía igual y apenas parecía estar respirando, los moretones se habían desvanecido aclarándose en su piel. Él había visto la muerte, estaba acostumbrado a la muerte, pero su alma entera se sublevó contra esta, y la vergüenza que había sentido por la traición de la Maestra volvió y lo invadió como el calor, como si lo abrumara. Contuvo las palabras, sabía que las lágrimas llenaban sus ojos.

Si se necesitaba un milagro, Attia conseguiría uno.

Se levantó de un salto y se dio vuelta hacia Keiro, tomando sus manos—. Un anillo. Dame otro de los anillos.

—Espera un minuto. — Keiro se echó hacia atrás.

—¡Dámelo! —su voz era rasposa, levantó la espada—. No me hagas usar esto, Keiro. Aún te queda uno.

Keiro estaba calmado. Sus ojos azules le dieron una mirada a Attia mientras se acurrucaba en agonía. Entonces él le devolvió la mirada.

—¿Crees que va a funcionar?

—¡No lo sé! Pero podemos intentarlo.

—Ella es una chica. Ella es nadie.

—Uno para cada uno, dijiste. Le estoy dando el mío a ella.

—Ya has tenido el tuyo.

Por un momento se enfrentaron entre sí, Gildas mirando. Luego Keiro tiró uno de los anillos de sus nudillos y la miró a ella. Sin palabras, lo arrojó a Finn.

Finn lo capturo, dejó caer la espada, y agarró los dedos de Attia, empujando el anillo, que era demasiado grande para ella, rezando en voz baja, a Sapphique, al hombre cuya vida estaba en el anillo, a cualquier persona. Gildas se agachó junto a él, profundamente cínico.

—No está pasando nada. ¿Qué debe suceder?

El Sapiient frunció el ceño—. Esto es superstición. Tú mismo lo despreciabas.

—Su respiración. Es aún más lenta.

Gildas le tomó el pulso, tocó las sucias heridas, donde las cadenas habían estado.

—Finn. Acéptalo. No hay...

Se detuvo. Sus dedos apretados, lo sintieron de nuevo.

—¿Qué ¿Qué...?

—Pensé... El pulso parece más fuerte...

Keiro dijo—. ¡Entonces agárrala! Tráela. ¡Pero vámonos!

Finn le tiró la espada, se agachó y levantó a Attia.

Ella era tan ligera, que podía llevarla con facilidad, aunque su cabeza colgaba en su contra.

Keiro ya tenía la puerta abierta y estaba mirando hacia afuera. —Por este camino. Quédate callado.

Los llevó fuera.

Corrieron desde una escalera llena de polvo a una trampilla, Keiro la arrojó de vuelta y se tiró en la oscuridad, arrastrando a Gildas rápidamente después de él.

—La chica.

Finn se la pasó. Luego miró hacia atrás.

En el hueco de la escalera había un extraño zumbido que parecía dominar el aire. Se levantó amenazadoramente hacia él y se subió a toda prisa, luchando y cerrando la trampilla hacia abajo. Keiro estaba luchando con una cuadrícula en la pared, Gildas la estaba agarrando con las nudosas manos.

Los ojos de Attia parpadearon y luego se abrieron.

Finn la observó. —Deberías estar muerta.

Ella negó con la cabeza, sin hablar.

La rejilla se desprendió de la pared con un sonido estridente, detrás de él vio una sala grande y oscura, y en el centro, atado al suelo por un cable de hierro, el barco de plata, flotando libre. Corrieron, Finn con el brazo de Attia por encima del hombro, pequeñas figuras sobre el liso piso gris, vulnerables y expuestas, como

ratones bajo la mirada amplia de una lechuza, porque en el techo por encima de ellos una gran pantalla iluminaba, y mientras Finn lo contemplaba vio un ojo. No los pequeños ojos rojos que él conocía, sino un ojo humano, de color gris, magnificado enormemente, como si mirara a un poderoso microscopio.

Entonces la onda en el aire llegó a través del suelo y los arrojó a todos a sus pies, un terremoto de la Prisión hizo que la fina aguja de la torre Sapient vibrara a su superior.

Keiro rodo y dio un salto—. Por acá.

Una escalera de cuerda brillante colgaba. Gildas se abalanzó sobre ella y comenzó a subir, balanceándose torpemente, aunque Keiro sostenía el final con firmeza.

Finn dijo—. ¿Puedes llegar hasta ahí?

—Creo que sí —Attia se empujó el pelo de la cara. Todavía estaba pálida, pero el azul estaba menguando.

Ella parecía ser capaz de respirar.

Él miró su dedo.

El anillo se había reducido. Un frágil aro fino, que se fracturó cuando ella agarró la cuerda; pequeños fragmentos cayeron esparcidos. Finn tocó uno con el pie.

Parecían como huesos. Antiguos, huesos secos.

Detrás de ellos, la trampilla abierta sonó. Finn se dio vuelta, sintió la mano de Keiro a su espalda, él le dio la espada y saco la suya.

Juntos, se enfrentaron a la plaza oscura de la negritud.

\* \* \*

—Y entonces todo está listo para mañana. —La Reina colocó el último de los papeles sobre el escritorio de cuero rojo y se sentó de nuevo, poniendo sus dedos juntos—. El Guardián ha sido tan generoso. Está dote, Claudia. Polígonos enteros, un cofre de joyas, doce caballos negros. Tiene que quererte mucho.

*Sus uñas están pintadas con oro. Probablemente es real,* pensó Claudia.

Agarró uno de los papeles hechos y miró por encima de él, pero de todo lo que ella estaba al tanto era de Caspar, que caminaba arriba y abajo en el crujiente piso de madera.

La Reina Sia miró a su alrededor—. Caspar. Tranquilízate.

—Estoy aburrido.

—Entonces ve a montar, querido. O tejón o cebo, o lo que sea que hagas.

Se dio la vuelta—. Así es. Buena idea. Nos vemos, Claudia.

La Reina levantó una perfecta ceja—Esa es apenas la manera en que el Heredero se dirige a su novia, mi señor.

A medio camino de la puerta se detuvo y regresó—. El Protocolo es para los siervos, madre. No para nosotros.



—El Protocolo nos mantiene en el Poder, Caspar. No te olvides de eso.

Él sonrió e hizo una profunda y elaborada reverencia a Claudia, a continuación, le besó la mano. —Nos vemos en el altar, Claudia.

Ella se puso de pie e hizo una reverencia con frialdad. —Así es.

—Ahora me voy.

Él cerró la puerta y se oyó el ruido de sus botas en el pasillo.

La Reina se inclinó sobre la mesa. —Estoy tan contenta de que tengamos este tiempo a solas, Claudia, porque tengo algo que decir. Ya sé que no me prestarás atención, querida.

Claudia intentó no fruncir el ceño, pero apretó los labios. Quería escapar, encontrar a Jared. ¡Tenían tan poco tiempo!

—Yo he cambiado de opinión. He pedido al Maestro Jared que abandone el Tribunal.

—¡No! —dijo antes de que pudiera detenerse.

—Sí, querida. Después de la boda, él volverá a la Academia.

—Usted no tiene derecho... —Claudia estaba de pie.

—Tengo todo el derecho. —La sonrisa de la Reina era dulce y mortal. Se inclinó hacia delante—. Vamos a entendernos, Claudia. Sólo hay una Reina aquí. Yo te enseñaré, pero no voy a tolerar ninguna rival. Tú y yo necesitamos entender eso, porque nos parecemos, Claudia. Los hombres son débiles, incluso tu padre se puede descartar, pero has sido educada para ser mi sucesora. Espera tu tiempo. Puedes aprender mucho de mí. —Ella se echó hacia atrás, con los dedos tocando los papeles—. Siéntate, hija mía.

Había amenaza en las palabras.

Claudia se sentó lentamente—. Jared es mi amigo.

—A partir de ahora, voy a ser tu amiga. Tengo muchos espías, Claudia. Me dicen mucho. Realmente será para mejor.

Se estiró y sacó la campana; un criado entró de inmediato, la peluca empolvada y uniforme. —Dígale al Guardián que lo espero.

Cuando se había ido, abrió una caja de dulces y se tomó un momento para seleccionar uno, y luego se los ofreció a Claudia con una sonrisa.

Claudia negó con la cabeza. Se dio cuenta de que nunca había pensado seriamente en Sia como peligrosa.

Su padre había sido siempre al que temer. Ahora se preguntó cuan equivocada había estado.

Sia la miraba, sus labios rojos en una pequeña sonrisa. Los limpió con un pañuelo de encaje. Y mientras las puertas se abrieron, se recostó en la silla y colgó su brazo por el borde. —Mi querido Guardián. ¿Qué te retuvo?

Él se ruborizó.

Claudia se dio cuenta a la vez, a través del remolino de su consternación. Él nunca se apresuraba, sin embargo, ahora su cabello estaba un poco torcido, la oscura chaqueta desabrochada en la parte superior.

Se inclinó profundamente, pero en su voz había un dejo de aliento—. Lo siento Señora. Algo que requería mi atención.

\* \* \*

Nada vino a través de la trampilla.

Finn dijo—: Por la escalera.

Cuando Keiro se dio la vuelta, el suelo se ondulo de nuevo. Finn se quedó mirándolo. El terremoto levantó las losas como si una ola de agua rugiera debajo de ellos. Antes de que él se hubiese movido, todo el mundo cambió. Cayó hasta estrellarse contra el suelo, entonces rodaba cuesta abajo por una pendiente que no debería estar ahí. Golpeando contra una columna se quedó sin aliento, el dolor punzaba en su costado.

La sala estaba inclinada.

Con una escalofriante certeza pensó que la torre de Sapient estaba cayendo, que se había fracturado en su delgada base. A continuación, la cuerda lo rozó y él la agarró. Keiro ya estaba a bordo, inclinado sobre las maderas de plata de la cubierta. Finn trepó; tan pronto como pudo llegar, unieron sus manos.

—Lo tengo. ¡Vamos!

La nave se elevó. Con un aullido de miedo Finn se deslizó sobre la cubierta, todo giró y se sacudió y luego a la deriva, las cuerdas se rompieron una a una por debajo de ella.

Había una abertura en la pared de la torre por delante, la plataforma donde Blaize había aterrizado la nave. Pero a medida que Gildas los transportaba con todas sus nervudas fuerzas y hacia girar la rueda de radios, la nave se sacudió y todos ellos cayeron en cascada desde arriba sobre la cubierta y las velas.

—¡Algo nos lleva abajo! —rugió.

Keiro colgaba por la borda. —¡Dios! ¡Hay un ancla! —Trepó hacia atrás—. Debe haber un torno. ¡Vamos!

Se abrió una escotilla y vieron la oscuridad debajo de la cubierta. Golpes de ladrillo que se estrellaban al caer.

Ellos encontraron un laberinto de pasillos y cocinas. Corriendo y lanzando las puertas abiertas, Finn vio que cada cabina estaba vacía, no había tiendas, de carga, ni tripulación. Antes de que tuviera tiempo de pensar en ello, Keiro gritó desde la oscuridad.

El piso inferior estaba oscuro. Un molinete circular llenaba el espacio; Keiro fue hacia el lugar en donde estaba una barra. —Ayúdame.

Juntos, empujaron. Nada se movía, el mecanismo era duro, la cadena del ancla pesada.

Una vez más empujó, Finn sintió el crack en los músculos de la espalda, y poco a poco, con un gemido reacio, el cabrestante crujió en movimiento.

Finn apretó los dientes y empujó de nuevo, el sudor brotaba de su rostro, a su lado oyó jadear y gruñir a Keiro.

Luego, otro cuerpo estaba ahí. Attia, todavía pálida, trabajaba en la barra junto a él.

—¿Qué... tan... bien estás? —Keiro gruñó.

—Lo suficientemente bien — replicó ella de nuevo, y Finn vio para su sorpresa que ella sonreía, sus ojos brillantes bajo el pelo enmarañado, el color de vuelta en su cara.

El ancla se movió. El barco se balanceaba, después, bruscamente, se levantó.

—¡Lo tenemos! —Keiro clavó los talones y empujó, y de repente el cabrestante se movió rápidamente bajo su peso, la gran cadena del ancla áspera a través del suelo colocándose obedientemente, mientras la movían a su alrededor.

Cuando tuvieron el mecanismo que los detenía dentro, Finn subió corriendo por los escalones, a medida que llegaba a la cubierta, se detuvo con un grito de espanto.

—¿Dónde estamos? — Attia murmuró detrás de él.

Entonces el barco se retiró de la niebla, y vieron que estaban en un océano de aire azul, la torre inclinada del Sapient ya muy atrás.

Sin aliento, Keiro se apoyó en la barandilla y gritó de alegría.

Finn estaba a su lado, mirando hacia atrás. —¿Por qué no intentan detenernos?

—Metiendo la mano en su chaqueta, tocaba la nitidez cristalina de la Llave.

—¿A quién infiernos le importa? —dijo su hermano.

Y entonces se dio vuelta y golpeó duro a Finn en el estómago.

Attia gritó. Finn se derrumbó, todo su aliento se había ido, el dolor de la sorpresa en su interior, una oscuridad sin aire se cernía sobre su vista.

Desde el volante, Gildas gritó algo, sus palabras lejanas por la distancia.

Poco a poco, la agonía disminuyó. Cuando Finn pudo respirar levantó la vista y vio a Keiro con ambos brazos extendidos sobre el carril, mirándolo con una sonrisa.

—¿Qué...?

Keiro le tendió una mano y tiró de él hacia arriba, tambaleándose, cara a cara.

—Eso te va a enseñar a no poner una espada sobre mí de nuevo —dijo.

Traducido por Kanon 🎵  
Corregido por Emii\_Gregori

*Sapphique ató las alas a sus brazos y voló, sobre océanos y llanuras, sobre ciudades de vidrio y montañas de oro. Los animales huyeron; la gente apuntaba hacia arriba.*

*Él voló hasta que vio el cielo sobre él y el cielo dijo—: Regresa, hijo mío, ya has subido demasiado alto.*

*Sapphique se rió, como raras veces lo hacía.*

*—No esta vez. Esta vez volaré sobre ti hasta que te abras.*

*Pero Incarceron se enfadó, y lo golpeó hacia abajo.*

*—Leyendas de Sapphique*

*—Ella dice que Jared tiene que marcharse. —Ella se dio vuelta y miró a su padre enfurecida, deseando preguntarle si fue él quien lo hizo.*

*—Te lo dije. Esto tenía que suceder. —El Guardián caminó cerca de ella y se sentó sobre la silla cerca de la ventana de su habitación, observando fijamente los jardines del placer, donde los partidos de los cortesanos se realizaban en la tarde fresca—. Creo que tendrás que cumplir, mi querida. Este es un pequeño precio que pagar para ganar un reino.*

*Ella estuvo lista para explotar como un cráter, pero él se dio vuelta y la miró, con la mirada fría que ella tanto temía.*

*—Además, nosotros tenemos asuntos más importantes que discutir. Ven y siéntate. Ella no quería. Pero se acercó a la silla de la mesa dorada y se sentó.*

*Él miró su reloj, luego presionó la tapa cerrada y lo guardó en su mano.*

*Él dijo silenciosamente. —Tienes algo que me pertenece.*

*Ella sintió una picazón en su piel con el peligro. Por un momento pensó que no podía hablar en absoluto, pero entonces su voz vino, sorprendentemente calmada.*

*—¿Yo? ¿Qué podrá ser?*

*Él sonrió. —Eres realmente impresionante, Claudia. A pesar de que te he creado, siempre me sorprendes. Pero te he advertido antes sobre empujarme también demasiado lejos. —Él puso el reloj en su bolsillo y se inclinó hacia adelante—.*

*Tienes mi Llave.*

*Ella suspiró con consternación. Él se inclinó hacia atrás, cruzando una pierna sobre la otra, el cuero de sus botas relucía—. Sí. No lo niegas, y eso es sabio. Fue muy ingenioso colocar una imagen de la Llave en el cajón, bastante ingenioso. Supongo*

que tengo que agradecerle a Jared por esto. Cuando revisé mi estudio el día en que sonaron las alarmas, abrí el cajón y miré en el interior; no pensé para recoger la Llave. Y las mariquitas... un toque muy creativo. Qué tan idiota ambos deben haberme creído.

Ella negó con su cabeza, pero él se levantó abruptamente y caminó a la ventana.

—¿Hablaste de mí con Jared, Claudia? ¿Se rieron juntos de mí porque tú me la robaste? Estoy seguro de que debes haber disfrutado de eso.

—Lo hice porque tenía que hacerlo. —Ella agarró sus manos juntas—. Tú la guardaste de mí. Nunca me dijiste.

Él se detuvo y la miró. Había alisado su cabello hacia atrás, y su mirada fija era tan calmada y considerada como lo fue alguna vez. —¿Acerca de qué?

Ella se levantó lentamente, y lo afrontó. —Acerca de Giles —dijo.

Ella había esperado el asombro, el momento silencioso del sobresalto. Pero él no estuvo del todo sorprendido. Supo, con certeza repentina, que él había estado esperando ese nombre, que haberlo dicho la había hecho caer en alguna trampa.

Él dijo—: Giles está muerto.

—No lo está. —Las joyas en su cuello le hicieron cosquillas; y con una repentina furia, las tiró fuera y las arrojó al piso, luego se cruzó de brazos y todas las palabras que estaban acumuladas estallaron fuera de ella—. Su muerte fue falsa. Tú y la Reina la falsearon. Giles está en Incarceron, bajo Llave. Tú tomaste su memoria así que ni siquiera sabe quién es él. ¿Cómo pudiste hacerlo? —Ella pateó un taburete al lado; el cual cayó y rodó—. Puedo entender el porqué ella lo hizo, ¿porque ella quería que su inútil hijo fuera Rey! ¿Pero tú? Yo ya estaba comprometida con Giles. Tu precioso plan iba a funcionar de todas maneras. ¿Por qué nos hiciste esto a nosotros?

Él levantó una ceja. —¿Nosotros?

—¿No cuento? ¿El hecho de que iba a terminar con Caspar no significa nada para ti? ¿Alguna vez has pensado en mí? —Ella estaba temblando. Toda la furia de su vida fue saliendo, la frustración por todas las veces que él se había ido y la había dejado por meses, le había sonreído con desdén, no la había tocado.

Él frotó su barba sin afeitarse con el pulgar y el índice. —Yo realmente pensé en ti. —Su voz estaba tranquila—. Era obvio que te gustaba Giles. Pero él era un chico obstinado, demasiado amable, demasiado honorable. Caspar es un idiota y será un Rey pobre. Serás capaz de controlarlo más efectivamente.

—Esa no es la razón por la que lo hiciste.

Él miró lejos. Ella vio sus dedos tocando la chimenea. Él cogió una figurita de porcelana china y la examinó, luego la dejó. —Tienes razón.

Él se quedó en silencio; ella esperaba que él hablara mucho, podría haberle gritado. Pareció envejecerse antes de que viera la silla, se sentara y dijera con calma—: Me temo que la verdadera razón es un secreto que nunca sabrás de mí.

Viendo su asombro, él levanto su mano. —Sé que me desprecias, Claudia. Estoy seguro de que tú y tu Sapien piensan de mí como un monstruo. Pero tú eres mi hija y yo siempre he actuado por tus intereses. Además, el encarcelamiento de Giles fue un plan de la Reina, no mío. Ella me forzó a estar de acuerdo.

Ella resopló con desprecio. —¡Forzado! ¡Ella tiene poder sobre ti!

Él movió rápidamente su cabeza hacia arriba y susurró —: Sí. Y en ti también.

Por un segundo el veneno en su voz le picó. —¿Yo?

Sus manos estaban como puños sobre los apoya brazos de madera.

Él dijo—: Déjalo pasar, Claudia. Déjalo así. No preguntes, porque la respuesta puede destruirte. Eso es todo lo que te voy a decir. —Se puso de pie, alto y oscuro, su voz era triste—. Ahora, acerca de la Llave. Nada de lo que han hecho con ella se me ha escapado. Sé acerca de la búsqueda por Bartlett, acerca de sus comunicaciones con Incarceron. Sé acerca de ese Prisionero que tú crees que es Giles.

Ella lo miro fijamente con asombro y él se rió con su risa lacónica. —Hay miles de millones de Prisioneros en Incarceron, Claudia, ¿y tú crees haber encontrado el correcto? El tiempo y el espacio son diferentes allí. Ese chico podría ser cualquiera.

—Él tiene una marca de nacimiento.

—¡Hasta ahora! Déjame contarte algo acerca de la Prisión. —Su voz ahora era cruel, se acercó a ella y la miró—. Es un sistema cerrado. Nada entra. Nada sale. Cuando los Prisioneros mueren sus átomos son reutilizados, su piel, sus órganos. Ellos están hechos unos de otros. Reparados, reciclados y cuando los tejidos orgánicos ya no son utilizables, se usan como parches con metal y plástico. El águila de Finn no significa nada. Incluso puede no ser de él. Las memorias que él cree ver pueden no ser suyas.

Horrorizada, ella quiso detenerlo, pero las palabras no llegaron. —El chico es un ladrón y un mentiroso. —Él continuó, sin remordimientos—. Una pandilla de asesinos que se alimentan unos de otros. ¿Supongo que él te ha dicho esto?

—Sí. —Ella se rompió.

—Es muy honesto. ¿Te ha contado que para conseguir su copia de la Llave una inocente mujer fue arrojada a su muerte a un precipicio? ¿Después de haberle prometido que ella estaba a salvo?

Ella estaba en silencio.

—No —dijo él—. Creo que no. —Se puso de pie otra vez—. Quiero que dejes toda esta tontería. Quiero la Llave. Ahora.

Ella negó con su cabeza.

—Ahora, Claudia.

—Yo no la tengo —ella susurró.

—Entonces Jared...

—¡Deja a Jared fuera de esto!

Él la agarró. Su mano era fría y el agarre en su muñeca era de acero—. Quiero la Llave o lamentarás desafiarme.

Ella trató de zafarse, pero él mantuvo el agarre. Ella lo miró a través de la caída de su cabello—. No puedes hacerme daño. ¡Soy todo lo que tienes para llevar a cabo tu plan y lo sabes!

Por un momento ellos se miraron fijamente el uno al otro. Luego él asintió, y la dejó ir. Un círculo blanco sin derramamiento de sangre quedó en su piel como la marca de un grillete—. Yo no puedo hacerte daño —él dijo con voz ronca.

Sus ojos se ensancharon.

—Pero allí está Finn. Y allí está Jared.

Ella dio un paso atrás. Estaba temblando, su espalda estaba fría con sudor. Por un momento ellos se miraron el uno al otro.

Luego, no confiando en sí misma para hablar, se dio la vuelta y corrió a la puerta, pero sus palabras la atraparon y tuvo que escuchar.

—No hay ninguna salida de la Prisión. Tráeme la Llave, Claudia.

Ella cerró de golpe la puerta tras ella. Un sirviente que pasaba se le quedó mirando fijamente con sorpresa. En el espejo frente a ella, Claudia vio por qué: su reflejo mostró una criatura despeinada, con el rostro rojo, el seño fruncido y con tristeza.

Ella quiso estallar de rabia. Instantáneamente camino a su habitación, cerró la puerta, y se arrojó sobre la cama.

Golpeó la almohada y metió su cabeza en ella, con sus pequeños rizos sobre ella, y sus brazos ceñidos a su cuerpo. Su mente estaba llena de confusión, pero al moverse, sintió un papel arrugado sobre su almohada y levantó su cabeza y vio la nota fijada ahí. Era de Jared. *Necesito verte. He descubierto algo increíble.*

En cuanto lo leyó, se disolvió en cenizas.

Ella aún no podía sonreír.

\* \* \*

Encaramado en el aparejo del barco, Finn se agarró con fuerza, mirando más allá de los lagos de sulfuro amarillo líquido, viscoso y maloliente. En las laderas del paisaje, los animales pastaban, extrañas criaturas desgarradas, separados en manadas y escapando del terror por la sombra del barco que cayó sobre ellos. Más allá había más lagos, pequeños arbustos endebles eran lo único que crecía cerca de ellos, y hacia la derecha se extendía un desierto hasta donde se podía observar en las sombras.

Ellos habían estado navegando durante horas. Gildas había dirigido en primer lugar, al azar, alto y firme hasta que gritó irritado para que alguien lo relevara y Finn tomó su turno, sintiendo extrañeza por lo que habría bajo el barco, zarandeado por las corrientes de aire y brisas. Encima de él, las velas se agitaban;

atrapando los vientos y desprendiendo el velamen. Dos veces había navegado a través de las nubes. La segunda vez la temperatura cayó alarmantemente y en el momento en que emergieron del gris tiritó, el timón y la cubierta a su alrededor se cubrieron de frías agujas de hielo que cayeron y resonaron en las tablas.

Attia le trajo agua. —Hay mucho de esto —dijo ella—, pero nada de comida.

—Qué, ¿nada?

—No.

—¿Cómo sobrevivió él?

—Sólo hay algunos restos que Gildas tiene. —Como él estaba bebiendo, ella tomó el timón, con sus pequeñas manos sobre los gruesos radios. Ella dijo—: Él me contó acerca del anillo.

Finn limpió su boca.

—Era demasiado para mí. Ahora te debo aún más.

Él sintió orgulloso y molesto a la vez; tomó la parte trasera del timón y dijo—: Nos mantendremos juntos.

—Por otra parte, yo no creía que esto funcionaría.

—Estoy sorprendida de que Keiro lo entregara.

Finn se encogió de hombros. Ella lo estaba observando con atención. Pero luego echó un vistazo al cielo. —¡Mira esto! Es tan maravilloso. Toda mi vida viví en un pequeño túnel a rayas con chabolas<sup>9</sup> y ahora todo ese espacio...

Él dijo—: ¿Tienes familia?

—Hermanos y hermanas. Todos mayores.

—¿Padres?

—No. —Ella sacudió su cabeza—. Ya sabes...

Él lo sabía. La vida en la Prisión era corta e impredecible.

—¿Los extrañas?

Ella aún estaba agarrando firmemente el timón. —Sí. Pero... —sonrió—. Es curioso como resultan las cosas. Cuando fui capturada, pensé que era el fin de mi vida. Y en lugar de acabar me condujo a esto.

Él asintió, luego dijo—: ¿Crees que el anillo te salvó? ¿O fue el emético<sup>10</sup> de Gildas?

—El anillo. —Ella dijo firmemente—. Y tú.

Él no estuvo tan seguro de eso.

Ahora, mirando abajo a Keiro haraganear en la cubierta, él le sonrió abiertamente. Lo llamó para tomar su turno, y su hermano por juramento dio un vistazo al gran timón y fue abajo por una cuerda; luego la ató y se sentó a su lado, con los pies en alto.

<sup>9</sup> **Chabolas:** Choza o caseta mísera ubicada en los suburbios. Son especialmente utilizadas por los soldados en campañas.

<sup>10</sup> **Emético:** Medicina utilizada para vomitar.



—¿Cuándo podemos posiblemente atracar? —le dijo a Gildas.

—Tonto. —Gruñó el Sapien—. Sólo debemos tener los ojos abiertos, eso es todo.

Ellos habían pasado sobre las colinas de cobre, las montañas de cristal, y bosques enteros de árboles de metal. Finn había visto los asentamientos en valles impenetrables donde algunos habitantes vivieron en desolación; grandes ciudades; una vez un castillo con banderas en sus torres. Esto lo había asustado, pensando en Claudia. Un arcoíris de rocío arqueado sobre ellos; habían viajado por extraños efectos atmosféricos, el reflejo de una isla, remiendos de calor, el parpadeo borroso del fuego púrpura y dorado. Hace una hora atrás una bandada de aves de cola larga graznaron y revolotearon y bombardearon en picada en la cubierta, haciendo agacharse a Keiro. Entonces cuando desaparecieron, en la deriva sólo había una penumbra sobre el horizonte. Una vez, el barco se había ido a la deriva muy abajo; Finn se había inclinado milla a milla sobre casuchas malolientes, la gente corría de las viviendas casuales de lata y madera, coja y enferma, con sus niños decaídos. Él se alegró cuando el viento llevó al barco más lejos.

Incarceron era un infierno. Y aún así él poseía su Llave.

Él la cogió y tocó los controles. Lo había intentado antes, pero nada había ocurrido.

Nada pasó ahora tampoco, y se preguntaba si alguna vez volverá a funcionar de nuevo. Pero estaba caliente. ¿Significa eso que ellos viajaban en la dirección correcta, hacia Claudia? ¿Pero si Incarceron era tan grande, cuántas vidas se podían tomar para viajar a la salida?

—¡Finn!

El grito de Keiro fue agudo. Él miró hacia arriba.

Adelante, algo parpadeaba. Él primero pensó que eran luces; pero luego vio que el oscurecimiento no era la habitual penumbra de la Prisión, sino un bando oscuro de nubes tormentosas, directamente en su camino. Él descendió, restregando sus palmas para calentarse sobre los cables.

—¿Qué es eso?

—El Tiempo.

Era negro. Dentro de él, un relámpago parpadeaba. Y mientras el barco navegaba más cerca, truenos, un estruendo bajo, una risa oscura. —La Prisión. —Susurró él—. Nos ha encontrado.

—Trae a Gildas. —Refunfuñó Keiro.

Él encontró al Sapien abajo, estudiando minuciosamente cartas y mapas bajo la chirriante lámpara. —Mira esto.

El viejo hombre echó un vistazo hacia arriba, su sombría cara arrugada bajo la luz de la lámpara.

—¿Cómo puede ser eso tan grande? ¿Cómo podemos esperar seguir a Sapphique a través de todo esto?

Consternado, Finn se quedó mirando fijamente el montón de cartas que se deslizaron fuera de la mesa, cubriendo el piso. Si ellas mostraban la extensión de Incarceron, podrían estar viajando a través de él por siempre.

—Nosotros te necesitamos. Hay una tormenta adelante.

Attia entró corriendo. —Keiro dice que se apresuren.

Como si el barco respondiera se ladeó. Finn miró fijamente las cartas deslizándose en la mesa, rodando. Luego volvió a subir a la cubierta.

Nubes negras se desataron sobre los mástiles, los banderines de plata se agitaban y chasqueaban. El barco estaba casi tendido de lado; él tuvo que aferrarse a la barandilla y trepar a través del timón porque no había nada de que agarrarse dentro de su alcance.

Keiro estaba sudando y maldiciendo. —¡Estos son brujerías del Sapient! —él gritó.

—No lo creo. Esto es Incarceron.

El trueno retumbó otra vez. Con un grito la tormenta los golpeó; ambos se sostuvieron del timón y quedaron colgando, agazapados bajo su pobre refugio.

Objetos se abatieron contra ellos, trozos de metal, hojas, fragmentos de escombros rebotando como granizos. Y luego una nieve de diminuta arena blanca, vidrio esmaltado, tornillos, piedras que despedazaron las velas.

Finn se dio vuelta.

Él vio a Gildas tendido detrás del mástil mayor, aferrado a él, con un brazo alrededor de Attia. —¡Quédate ahí! —él gritó.

—¡La Llave! —El grito de Gildas fue arrebatado lejos por el viento—. Déjame bajar a tomarla. Si tú te pierdes...

Él lo sabía. Y aún odió el pensamiento de separarse de ella.

—Hazlo —gruñó Keiro sin darse la vuelta.

Finn soltó el mástil.

Instantáneamente fue arrojado hacia atrás, zarandeado sobre la cubierta. Y la Prisión se abalanzó. Él la sintió zumbear sobre él, y luego derribarlo, gritó de terror.

Desde el corazón de la tormenta, un águila cayó en picada desde el cielo, negra como los truenos, sus garras crujiendo como relámpago. Se estiró por la Llave, lista para arrebatarla.

Finn se lanzó hacia un lado. Un enredo de cuerdas se estrelló contra él; agarró la más cercana y la arrojó hacia arriba, girando a su alrededor, la pesada cuerda pasó tan cerca del pecho del ave que se desvió y pasó de largo, voló alto para dar la vuelta y bajar en picada otra vez.

Él se lanzó al lado de Gildas pasando del refugio a la cubierta. —¡Va a volver! —gritó Attia.

—Quiere la Llave. —Gildas se agachó. La lluvia los azotó; los truenos retumbaron de nuevo, y esta vez se trataba de una gran voz, un murmullo de cólera más lejano y desde más altura.

El águila se lanzó. Keiro, expuesto por el mástil, se hizo un ovillo pequeño. Ellos vieron como el águila dio vueltas y chilló con ira, con su pico ancho. Luego, de repente, se dio vuelta al este y voló lejos.

Finn arrastró afuera la Llave. Él la tocó e instantáneamente Claudia estaba allí, con los ojos húmedos, su pelo estaba revuelto. —Finn —ella dijo—. Escúchame. Eve...

—Tú escucha. —Él se agarró firmemente mientras el barco rodaba y se balanceaba—. Nosotros necesitamos ayuda, Claudia. Tienes que hablar con tu padre. ¡Tienes que conseguir que detenga la tormenta o vamos a morir todos!

—¿Tormenta? —Ella negó con la cabeza—. Él no... No va a ayudarlos. Él te quiere muerto. Se enteró de todo, Finn. ¡Él lo sabe!

—Luego...

Keiro gritó. Finn alzo la vista y lo que vio hizo que sus dedos agarraran la Llave, así que segundos antes de que la imagen se contorsionara, Claudia lo vio también.

Una gran sólida pared de metal. La Pared del Fin el Mundo.

La creciente profundidad desconocida aumentaba dentro del oculto alcance del cielo.

Y ellos se dirigían directamente hacia ella.

"One of the best  
fantasy novels written  
for a long time."

—The Times, London

*La entrada es a través del Portal, El Guardián  
tiene una clave, y esta será la única manera de salir.  
Aunque cada prisión tiene sus resquicios y grietas.  
—Informe del proyecto; Sapiens Manor*

Ya era tarde; la campana de la torre de ébano dio 10 campanadas. En el atardecer de verano, las polillas revoloteaban en los jardines y un distante pavo real exclamó cuando Claudia se apresuró por el monasterio. Los criados pasaron por su lado y se esforzaron por una reverencia, cargados con sillas, grandes tapices y ancas de carne de venado. El ajeteo de los preparativos de la fiesta había estado en marcha durante horas. Frunció el ceño, molesta, sin atreverse a preguntar a uno de ellos en que habitación estaba Jared.

Pero él estaba esperando.

Cuando dobló una esquina húmeda por una fuente de cuatro cisnes de piedra, su mano salió y se aferró a ella.

Tiró a través de un arco y se quedó sin aliento mientras cerraba la puerta de roble y puso su ojo en la rendija.

Una figura se acercó. Ella creyó reconocer a la secretaria de su padre.

—Medlicote. ¿Me está siguiendo?

Jared puso un dedo en sus labios. Parecía más pálido y demacrado que de costumbre, y había una energía nerviosa sobre él que le preocupaba. La condujo por unos escalones de piedra, a través de un patio descuidado, hacia una vía muy abovedada con codeso<sup>11</sup> amarillo colgando. A mitad de camino se detuvo y susurró—: Hay un disparate aquí que he estado usando. Mi habitación tiene micrófonos ocultos.

Una gran luna se cernía sobre el Palacio. Las cicatrices de los Años de la Ira llenaron de picaduras de viruela su cara, su brillo plateado encendió la huerta y los invernaderos, reflejados en marcos con acristalamiento de diamante que colgaban abiertos en el calor. Una pequeña cantidad de música provenía de una habitación,

<sup>11</sup> **Codeso:** Arbusto papilionáceo de 1 a 2m de altura, ceniciento, con hojas compuestas de tres hojuelas, flores amarillas y semillas en forma de riñón en las vainas del fruto.

con voces, risas y el tintineo de platos. La figura oscura de Jared se deslizó entre dos pilares de piedra donde los osos bailaban, a través de los arbustos que olían a lavanda y bálsamo de limón, hacia una pequeña estructura construida en una pared, en el rincón más olvidado del jardín amurallado. Claudia vislumbró una torre, un parapeto en ruinas cubierto de hiedra.

Abrió la puerta y la acomodó dentro.

Era oscuro, y olía a tierra húmeda. La luz parpadeaba sobre ella, Jared tenía una linterna pequeña, la dirigió hacia una puerta interior.

—Rápido.

La puerta estaba enmohecida con la edad, la madera tan suave que se derrumbó. Dentro del cuarto oscuro, las ventanas habían sido bloqueadas con hiedra, mientras Jared encendía las lámparas, Claudia miró a su alrededor. —Como en casa. —Él había instalado su microscopio de electrones sobre una mesa tambaleante, desempacado unas cuantas cajas de instrumentos y libros.

Se dio la vuelta, a la luz de la llama su rostro estaba demacrado. —Claudia, debes mirar esto. Lo cambia todo. Todo.

Su angustia le daba miedo. —Cálmate —dijo en voz baja—, ¿estás bien?

—Bastante bien. —Se inclinó sobre el microscopio, sus largos dedos ajustándolo con destreza. Luego dio un paso hacia atrás—. ¿Te acuerdas de aquella chatarra de metal que recogí del estudio? Mira esto.

Perpleja, puso el ojo en la lente. La imagen era borrosa, la reorientó muy ligeramente. Y entonces se quedó muy quieta, tan rígida que Jared sabía que lo había visto, y en ese instante, entendió.

Entró y se sentó con cansancio en el suelo, entre la hiedra y las ortigas, el manto Sapient envuelto alrededor de él, su borde arrastrándose en la suciedad. Y él la miraba fijamente mientras ella observaba.

\* \* \*

Ese era el Muro en el Fin del Mundo.

Si Sapphique había caído realmente de arriba a abajo, debe haber tardado años. Mientras Finn contempló sintió el viento rebotar desde su inmensidad, haciendo una estela que rugió ante ellos. Los restos del corazón de Incarceron estaban malditos en lo alto y luego se desplomaron en un torbellino sin fin, una vez atrapados en ese viento nada podría escapar.

—¡Necesitamos dar la vuelta! —Gildas estaba tambaleándose en el timón; Finn se revolvió después de él. Juntos se apretaron a Keiro, transportándose, tratando de hacer virar el barco antes de que golpeará la corriente ascendente.

Con el trueno, la luz llegó.

En la negrura Finn oyó jurar a Keiro, sintió a Gildas presentar resistencia en torno a él, sosteniéndolo con fuerza. —Finn. ¡Tira de la palanca! En la cubierta.

Su mano buscó a tientas, lo encontró, y tiró de él.

Las luces se encendieron, dos haces de luz horizontales de la proa del barco. Vio cómo se cerraba la pared. Los discos de luz jugaban en remaches enormes, más grandes que casas, los inmensos paneles atornillados, maltratados por el impacto de los fragmentos, infinitamente agrietados y llenos de cicatrices y corroídos.

—¿Podemos volver atrás? — gritó Keiro.

Gildas le lanzó una mirada de desprecio. En aquel instante ellos cayeron. Sumergiéndose bajo, los rayos tiraban cuerdas y mástiles, el barco cayó por el lado de la Pared como un gran ángel plateado, las velas agitando sus alas, en cuestión de segundos, ellos pensaban que se rompería la estela sobre ellos. El mástil se rompía, el barco se disparó hacia arriba de nuevo, girando sin control, los faros girando en la Pared, la oscuridad, un remache, de oscuridad.

Enredado en las cuerdas Finn se sujetó, agarrando un brazo que podría ser el de Keiro. El viento furioso se precipito en lo alto, brotando de la corriente con un ruido sordo, se levantaron en el aire endurecido, las nubes y la tormenta pasaban lejos por debajo de la Pared que los aspiró cerca. Ellos estaban tan cerca, que Finn podía ver la superficie en picada con grietas y puertas pequeñas, abriendo donde los murciélagos soplaban hacia fuera y navegando en la tormenta con facilidad. Entregándose a los miles de átomos de metal brillando en las linternas.

El barco se balanceaba. Por un largo segundo Finn estaba seguro de que rodaría derecho sobre él y se aferró a Keiro, cerró sus ojos, pero cuando los abrió se había enderezado, y Keiro se estaba estrellando contra él, agitándose en las cuerdas.

La popa se dio la vuelta. Hubo un gran deslizamiento, un tirón tremendo.

Gildas rugió. —¡Attia! ¡Ella ha dejado escapar el anclaje!

Attia debió haber ido abajo y tirar de las clavijas del cabrestante. El ascenso se hizo más lento, las velas se rasgaban.

Gildas se arrastró y empujó a Finn cerca. —Tenemos que llegar justo a la pared, y saltar.

Finn se quedó en blanco. El Sapien dio un chasquido. —¡Es la única salida! ¡El barco caerá y se levantará y caerá para siempre! ¡Tenemos que conducirlo allí!

Lo señaló. Finn vio un cubo oscuro. Sobresalía del metal golpeado, un hueco abriendo de las tinieblas. Parecía pequeño, sus posibilidades de entrar en él mínimas.

—Sapphique aterrizó en un cubo —Gildas tuvo que aferrarse a él—. ¡Eso tiene que ser!

Finn miró a Keiro. Dudó entre ellos. Mientras Attia surgió de la escotilla y se deslizó hacia ellos, Finn sabía que su hermano de juramento pensó que el viejo estaba loco, consumido con su búsqueda. Y sin embargo ¿qué opción tenían?

Keiro se encogió de hombros. Imprudente, giró la rueda y dirigió el barco directamente hacia el Muro. En los faros el cacharro esperaba, un enigma oscuro.

\*\*\*

Claudia no podía hablar. Su sorpresa, su consternación eran demasiado grandes. Vio animales.

Leones.

Les contó aturdida, seis, siete... tres cachorros. Un orgullo. Esa era la palabra, ¿no...?

—No es posible que sean reales —murmuró.

Detrás de ella, Jared suspiró. —Pero lo son.

Leones. Vivos, rondando, uno rugiendo, el resto durmiendo en un recinto de hierba, algunos árboles, un lago donde las aves estaban metidas en el agua.

Ella se echó hacia atrás, miró al microscopio, de nuevo.

Uno de los cachorros rascó a otro, rodaron y lucharon. Una leona bostezó y se tumbó, patas planas.

Claudia se volvió. Miró a Jared a través de la luz de la gastada lámpara y miró hacia atrás, y por un momento no había nada que decir, sólo pensamientos que no se atrevía a pensar, consecuencias con las que ella estaba demasiado horrorizada para seguir adelante.

Por fin dijo—: ¿Qué tan pequeños?

—Increíblemente pequeños. —Se mordió los extremos de su cabello largo y oscuro—. Miniaturizado a cerca de una millonésima de un nanómetro... Infinitesimal.

—Ellos no... ¿Cómo se quedan...?

—Es un cuadro de gravedad. Autoajutable. Pensé que la técnica se había perdido. Parece ser un zoológico entero. Hay elefantes, cebras... — Su voz se fue apagando, él negó con la cabeza—. Tal vez era el prototipo... tratando primero en animales. ¿Quién sabe?

—Así que esto significa... —Ella luchó para decirlo—. Ese Incarceron...

—Hemos estado buscando un edificio enorme, un laberinto subterráneo. Un mundo —se quedó por delante en la oscuridad—. ¡Qué ciegos hemos estado, Claudia! En la biblioteca de la Academia hay registros que proponen que tales cosas, los cambios trans-dimensionales, una vez fueron posibles. Todo ese conocimiento se perdió en la Guerra. O al menos eso pensábamos.

Se levantó, no podía quedarse quieta. El pensamiento de los leones más pequeños que un átomo de su piel, la hierba en la que yacían aún más pequeñas, las

hormigas diminutas que aplastaron con sus patas, las pulgas en su pelaje... fue muy difícil tomarlo. Pero para ellos el mundo era normal. ¿Y para Finn...?

Caminó en ortigas, sin darse cuenta. Se obligó a decir: —Incarceron es muy pequeño.

—Lo desarrollaron así.

—El Portal...

—Un proceso de entrada. Cada átomo del cuerpo se colapsó.— Levantó la vista y vio lo mal que se veía—. ¿Ves? Hicieron una prisión para encerrar todo lo que temían y lo disminuyeron de manera que su Alcalde podía sostenerlo en la palma de su mano. Qué respuesta a los problemas de un sistema de hacinamiento, Claudia. ¡Qué manera de desechar los problemas de un mundo! Y explica mucho. La anomalía espacial. Y también podría haber una diferencia de tiempo, muy pequeña.

Volvió al microscopio y observó a los leones rodar y jugar. —Así que por eso es que nadie puede salir.

Ella miró hacia arriba. —¿Es reversible, Maestro?

—¿Cómo puedo saberlo? ¿Sin examinarlos a todos? —Él se detuvo en seco—. ¿Te das cuenta de que hemos visto el Portal, la puerta de enlace? En el estudio de tu padre había una silla.

Ella se echó hacia atrás contra la mesa. —El aparato de iluminación. Las ranuras del techo.

Fue aterrador. Tuvo que volver a caminar, paseó arriba y abajo, pensándolo con fuerza. Entonces dijo—: También tengo algo que decirte. Él lo sabe. Sabe que tenemos la Llave.

Sin mirarlo, no queriendo ver el miedo en sus ojos, le habló de la ira de su padre, sus demandas. Para el momento en que había terminado, se encontró a sí misma agachada a su lado a la luz de la lámpara, su voz hasta un susurro.

—No voy a devolverle la Llave. Tengo que salir de aquí con Finn.

Se quedó en silencio, el cuello alto del abrigo alrededor de su cuello. —No es posible —dijo con tristeza.

—Debe haber alguna manera...

—Oh, Claudia. —La voz de su tutor era suave y amarga—. ¿Cómo puede haberla? Voces. Alguien riendo, alto.

Al instante se levantó de un salto, sopló las lámparas. Jared parecía demasiado desanimado para importarle. En la oscuridad esperaron, escuchando los gritos de los juguistas borrachos, una balada mal cantada desapareciendo a través del huerto.

Claudia sintió que su corazón latía tan fuerte en el silencio, que casi dolía. Campanas débiles dieron las once en el reloj de las torres y en los establos del



Palacio. En una hora el día de su boda amanecería. No quiso darse por vencida. Todavía no.

—Ahora que sabemos de la existencia del portal y lo que hace... ¿podrías hacerlo funcionar?

—Posiblemente. Pero no hay vuelta atrás.

—Podría intentarlo. —Lo dijo con rapidez—. Entrar y buscarle. ¿Qué tengo aquí? Una vida con Caspar...

—No —se sentó y se enfrentó a ella—. ¿Puedes siquiera comenzar a imaginar la vida ahí? ¿Un infierno de violencia y brutalidad? Y aquí, si la boda no sucede, los Lobos de Acero golpearán a la vez. Habrá un terrible derramamiento de sangre.

—Él se acercó y tomó sus manos—. Espero que te haya enseñado siempre a dar la cara a los hechos.

—Maestro...

—Hay que seguir adelante con la boda. Eso es todo lo que queda. No hay vuelta atrás para Giles. —Ella quería separarse, pero él no se lo permitió. Ella no sabía que él era tan fuerte—. Giles está perdido para nosotros. Incluso si está vivo. Ella deslizó sus manos hacia abajo y sujeto las suyas, apretando con miseria. —No sé si puedo —susurró.

—Lo sé. Pero eres valiente.

—Voy a estar tan sola. Te están enviando fuera.

Sus dedos estaban fríos. —Te lo dije. Tienes demasiado que aprender. —En la oscuridad sonrió con su rara sonrisa—. No voy a ninguna parte, Claudia.

\* \* \*

No podían hacerlo. El barco no se mantendría estable, incluso con todos ellos arrastrando el timón.

Sus velas eran harapos, su cuerda se arrastró por todas partes, sus rieles fueron destrozados, y aún así ella viró y zigzagueó, el ancla balanceándose y la proa oscilando hacia el cubo, lejos de él, arriba, abajo.

—Es imposible —gruñó Keiro.

—No —Gildas parecía iluminado de alegría—. Podemos hacerlo. Mantente fuerte.

—Agarró el timón y se quedó por delante.

De repente el barco cayó. Los faros eligieron la apertura del cubo, mientras se acercaron a él, Finn vio que era filmado con una viscosidad extraña como la superficie de una burbuja. Arcoíris de iridiscencia brillaban en él.

—Caracoles gigantes —murmuró Keiro. Incluso ahora él fue capaz de bromear, pensó Finn.

Más cerca, más cerca. Ahora el barco estaba tan cerca, se podía ver el reflejo de sus luces, hinchándose y distorsionadas. Tan cerca que cuando el bauprés<sup>12</sup> tocó la película, sangró, lo atravesó por lo que apareció con suaves brusquedades, desvaneciéndose en un soplo débil de aire dulce.

Poco a poco, luchando contra la corriente, la nave viró en el cubo oscuro. El embate se ralentizó. Grandes sombras abrumaron los faros.

Finn se quedó mirando a la plaza de oscuridad. Mientras se abría como si fuera a tragarse, sintió que era muy pequeño, era una hormiga arrastrándose en un pliegue de tela, un paño de picnic apoyado en el césped lejos y desde hace tiempo, donde una torta de cumpleaños con siete velas estaba medio comida, y una niña con el pelo rizado marrón estaba entregándole un plato de oro, muy educadamente.

Él le sonrió y lo recogió.

El barco se agrietó. El mástil se astilló, derrocado, una ducha de madera a su alrededor. Attia cayó contra él, escarbando después de un brillo de cristal que se deslizó de su camisa. —Toma la Llave —gritó.

Pero el barco golpeó la parte trasera del cubo y la oscuridad cayó sobre él. Al igual que un dedo aplastando la hormiga.

Al igual que un palo mayor cayendo.

*“One of the best  
written  
for a long time.”  
—The Times, London*

---

<sup>12</sup> **Bauprés:** Palo horizontal fijado en la proa de los barcos

## 29

## EL PRÍNCIPE PERDIDO

Traducido por Emii\_Gregori  
Corregido por Nanis

READ BY KIM MAI GUEST

*La desesperación es profunda. Un abismo que se traga los sueños.*

*Un muro en el fin del mundo. Detrás de él espero la muerte. Debido a que todo nuestro trabajo ha llegado a esto.*

*—Diario del Señor Calliston*

*“One of the best  
fantasy novels written  
e.”  
The Times, London*

La mañana de la boda amaneció caliente y sutil. Hasta el clima se había previsto, los árboles estaban frondosos y los pájaros cantaban, el cielo era de un azul sin nubes, la temperatura perfecta, la brisa suave y perfumada con dulzura.

Desde su ventana, Claudia veía a los sirvientes sudando descargando de los transportes los regalos, incluso desde aquí vio el brillo de los diamantes, y el resplandor del oro.

Puso la barbilla en el alféizar de piedra, sintió su calor arenoso. Había un nido justo encima, una golondrina se sumergía con moscas en su pico. Los pollitos invisibles piaban mientras sus padres iban y venían.

Se sentía con los ojos cansados. Toda la noche había permanecido despierta mirando las colgaduras carmesí de la cama, escuchando el silencio de la habitación, su futuro se cernía sobre ella como una cortina pesada a punto de caer. Su antigua vida había terminado —la libertad, el estudio con Jared, los paseos largos y trepar árboles, el no importarle hacer lo que le gustaba. Hoy sería Condesa de Steen, entraría en una guerra de intrigas y traición ya que así era la vida del Palacio. En una hora iban a venir a bañarla, peinarla, pintarle las uñas, y a vestirla como una muñeca.

Miró hacia abajo.

Había un techo a lo lejos, la pendiente de alguna torrecilla. Por un momento de ensueño, pensó que si ataba todas las sábanas de su cama juntas, podría dejarse caer, lentamente, poco a poco hasta que sus pies descalzos tocaran las tejas calientes. Podría bajar y robar un caballo de las cuadras, y escapar con su vestido blanco, hacia los verdes bosques de las lejanas colinas.

Fue un pensamiento caluroso. La chica que desapareció. La princesa perdida. Eso la hizo sonreír. Pero entonces una llamada la hizo girar bruscamente, miró hacia abajo y vio a Lord Evian, resplandeciente en armiño azul y mirando hacia ella. Él dijo algo, pero ella estaba demasiado alto para escucharlo, ella solo sonrió y asintió con la cabeza, le hizo una reverencia, y se marchó, sus zapatos de tacón pequeño chasquearon.

Al verlo, sabía que toda la corte era como él, que detrás de su elaborada y perfumada fachada se escondía una red de odios y asesinatos secretos, y su propio papel comenzaría muy pronto, y para sobrevivir tenía que ser tan dura como ellos lo eran.

Finn no podría nunca ser rescatado. Tuvo que aceptar eso.

Ella se levantó, enviando a volar a la golondrina presa del pánico, y se acercó al tocador.

El baño fue cargado de flores, ramos estilo victoriano, ramilletes y aromas. Habían ido llegando durante toda la mañana, de modo que la habitación olía exquisita y enfermiza. Detrás de ella, en la cama, la bata blanca se extendía en sus mejores galas.

Ella se veía a sí misma en él.

Está bien. Se casaría con Caspar y se convertiría en reina. Si había un complot, ella sería parte de él. Si hubiera asesinatos, ella sobreviviría. Esta sería la regla. Nadie le diría qué hacer nunca más.

Abrió el cajón del tocador, sacó la Llave, y la puso sobre la mesa. Brilló tenuemente, sus facetas de cristal capturaban la luz del sol, el águila espléndida.

Pero primero tendría que decirle Finn. Terminar con él, no había escapatoria. Decirle que su compromiso había terminado.

Se acercó para tocarlo, pero justo cuando lo tocó, hubo un golpe bajo a la puerta, al instante ella la deslizó suavemente en el cajón y cogió un pincel.

—Entra, Alys.

La puerta se abrió.

—No soy Alys —dijo su padre. Estaba de pie, oscuro y elegante, enmarcado por el dintel dorado—. ¿Puedo pasar?

—Sí —dijo ella.

Su abrigo era nuevo, de terciopelo negro profundo, una rosa blanca en la solapa, pantalones de satén en la rodilla. Llevaba zapatos con hebillas discretas y su cabello estaba atrapado en un lazo negro. Se sentó con elegancia, y movió de un tirón la cola de su capa.

—Todo esto es más bien un adorno molesto. Pero uno tiene que ser perfecto en un día así. —Echando un vistazo a su vestido sencillo, el sacó su reloj y lo abrió, el sol capturo el cubo de plata que colgaba de la cadena—. Tienes sólo dos horas, Claudia. Debes vestirte ahora.

Ella apoyó el codo sobre la mesa.

—¿Es eso lo que viniste a decirme?

—Vine a decirte que estoy muy orgulloso. —Sus ojos grises la atraparon, la luz en ellos, su mirada era afilada y aguda—. Hoy es el día que he planeado y maquinado durante décadas. Mucho antes de que nacieras. Hoy en día un Arlexi ha llegado al corazón del poder. Nada debe salir mal. —Se levantó y se acercó a la ventana, como si la tensión no le dejara estar quieto. Sonrió—. Confieso que no he dormido, pensando en ello.

—Tú no eres el único.

Él la miró de cerca. —Tú no debes tener miedo, Claudia. Todo está arreglado. Todo listo.

Algo en su tono la hizo mirar hacia arriba. Por un momento ella miró y vio debajo de la máscara, vio a un hombre impulsado con tanta fuerza, por su sueño de poder que iba a ser capaz de sacrificar cualquier cosa para lograrlo. Y con un escalofrío vio que no lo compartiría. No con la reina, o Caspar.

—¿Que quieres decir con...todo?

—Sólo que las cosas saldrán a nuestro favor. Caspar no es más que un peldaño en el camino.

Ella se puso de pie. —Lo sabes, ¿no? Sobre el plan de asesinato... los Lobos de Acero.

¿Eres uno de ellos?

Él Cruzó la sala en un paso y la agarró del brazo con tanta fuerza, que quedó sin aliento.

—Cállate —espetó—. ¿Crees que no hay dispositivos de oír, incluso aquí? —La llevó a la ventana y la abrió. Las cepas de laúd y tambor flotaron hacia arriba, llegaron los gritos de un comandante de la Guardia que perforaba a sus hombres. Al amparo del ruido su voz era baja y ronca—. Haz tu parte, Claudia. Eso es todo.

—Y luego los mataras. —Ella tiró lejos.

—Lo qué sucederá después no tiene que importarte. Evian no tendrá derecho a acercarse a ti.

—¿No? ¿Cuánto tiempo antes de que yo esté en tu camino también? ¿Cuánto tiempo, harás que caiga de mi caballo?

Ella lo había sorprendido.

—Eso nunca va a suceder.

—¿No? —Su desprecio era ácido, ella quería que lo quemaran—. ¿Porque soy tu hija?

Él dijo: —Porque he llegado a amarte, Claudia. —Había algo allí que encajaba. Algo extraño. Pero se dio la vuelta—. Ahora. La Llave.

Ella frunció el ceño, se dirigió al tocador y abrió el cajón. La Llave brillaba; la sacó y la puso en la parte superior, entre las flores agrupadas.

El Guardián se acercó y la miró. —Ni siquiera tu precioso Jared podría haber descubierto todos los misterios de este dispositivo.

—Quiero decirle adiós —dijo ella, obstinada—. A Finn, y a los otros. Les explicare a ellos. Entonces te daré la Llave. En la boda.

Sus ojos eran fríos y claros. —Siempre tienes que probar mi paciencia, Claudia.

Por un momento ella pensó que sólo la tomaría. Pero él se acercó a la puerta.

—No hagas esperar demasiado tiempo a Caspar. Se pone de tan...mal humor.

Ella cerró la puerta tras él y se sentó, sosteniendo la Llave con las dos manos.

*"He llegado a amarte"*. Tal vez incluso pensó que era verdad.

Algo se movió y entonces ella saltó hacia atrás, tan rápido que la Llave cayó con estrépito en el suelo.

Attia estaba en su habitación.

—Tienes que ayudarnos —dijo la muchacha—. El barco se ha estrellado. Gildas está herido.

El campo se amplió, vio un lugar oscuro, oyó un lejano aullido de viento. Volaron pétalos de flores sobre la mesa, como si un viento de ese lugar se trasladara aquí.

Attia se echo a un lado; Finn dijo: —Claudia, por favor, ¿Jared puede ayudar...?

—Jared no está aquí. —Impotente, vio los restos de una extraña nave que cubrían

el suelo. Keiro estaba rompiendo un trozo de vela en tiras y entablillando el brazo y el hombro de Gilda, vio la sangre que ya se filtraba a través de ella—. ¿Dónde estás?

—El Muro —Finn parecía cansado—. Creo que hemos llegado tan lejos como hemos podido. Este es el fin del mundo. Hay un pasaje más allá, pero no sé si él puede viajar...

—Por supuesto que con sangre se puede —le espetó Gildas.

Finn hizo una mueca. —No por mucho tiempo. Tenemos que estar cerca, Claudia, a la puerta.

—No hay ninguna puerta. —Sabía que su voz era plana.

Él la miró. —Pero tú dijiste...

—Me equivoqué. Lo siento. Es todo, Finn. No hay puerta y no hay manera de salir. Nunca la habrá. No de Incarceron.

\* \* \*

Jared entro en el Gran Salón. Estaba lleno de cortesanos y príncipes, embajadores, magistrados, duques y duquesas. Fue una confusión de colores, fragancias y de sudores de gran alcance, y le hicieron sentir un poco débil. Había asientos a lo largo de la pared, él busco uno y se sentó, apoyando su cabeza contra la piedra fría.

A su alrededor, los invitados a la boda de Claudia charlaban y reían. Vio el novio, con un grupo de sus salvajes y jóvenes amigos, ya bebiendo, riendo a carcajadas por alguna broma. La reina no estaba presente todavía, ni el Guardián.

Un sonido a su lado lo hizo voltear. Lord Evian hizo una reverencia.

—Te ves un poco cansado, Maestro.

Jared le devolvió la mirada. —Una noche sin dormir, señor.

—Ah, sí. Pero pronto, todas nuestras preocupaciones se acabarán. —el gordo sonrió y se abanicó a sí mismo con un abanico negro pequeño—. Por favor, dale a Claudia todos mis mejores deseos.

Se inclinó de nuevo y se volvió. Jared dijo de pronto: —Un momento, mi señor. El otro día... cuando usted hizo una cierta promesa...

—¿Sí? —de manera petulante Evian respondió, parecía reservado.

—Usted ha mencionado el Nueve Dedos.

Evian lo fulminó con la mirada. Él agarró el brazo de Jared y lo arrastró hacia la multitud, moviéndose tan rápido, la gente miraba mientras pasaban a un lado. En el pasillo siseó: —Nunca digas el nombre en voz alta. Es un lugar sagrado y un nombre de santo para los que creen.

Jared le tiró su brazo libre. —He oído hablar de muchos cultos y creencias. Ciertamente, todos los que la reina permite. Pero esto...

—Este no es el día para hablar de religión.

—Así es —los ojos de Jared fueron nítidos y claros—. Y tenemos muy poco tiempo.

¿Tiene otro nombre, este héroe de los suyos?

Evian sopló con furia. —Realmente no puedo decir.

—Usted dirá, mi Lord —dijo Jared agradable —, o voy a gritar en este momento sobre su plan de asesinato para que todos los guardias del Palacio lo sepan.

La frente de Evian picaba con el sudor. —No lo creo.

Jared miró hacia abajo, el gordo tenía una daga en la mano, empujaba con fuerza la hoja contra el estómago de Jared. Con un esfuerzo, se encontró con los ojos del hombre.

—De cualquier manera, mi Lord, usted sería descubierto. Todo lo que le pido es un nombre.

Por un momento estaban cara a cara.

Entonces el Señor Evian dijo: —Usted es un hombre valiente, Sabio, pero no se vuelva a cruzar en mi camino. En cuanto al nombre, sí, de hecho hay uno, oculto en el tiempo, perdido en la leyenda. El nombre de aquel que dijo haber escapado de Incarceron. En el más misterioso de nuestros ritos que se conoce como Sapphique. ¿Eso satisface su curiosidad?

Jared lo miró fijamente durante una fracción de segundo. Luego lo empujó a un lado. Y echó a correr.

\* \* \*

Keiro estaba loco de ira, él y Gildas, y le gritaban.

—¿Cómo puedes abandonarnos? El Sapien escapó. ¡Los Sapphique pueden escapar! ¡Por supuesto, hay una salida!

Ella guardó silencio. Ella miraba a Finn. Él se sentó acurrucado contra un ángulo estrecho de cubierta, rígido por la miseria. Su chaqueta estaba rota y tenía cortes en la cara, pero ahora más que nunca estaba segura de que era Giles. Ahora que ya era demasiado tarde.

—Y ahora te casaras con él —dijo Finn en voz baja.

Gildas juró. Keiro le dio a su hermano una mirada mordaz. —¿Qué importa quién se casa! Tal vez ella decidió que le gusta más que tú. —Se dio la vuelta, las manos en las caderas, haciendo frente a su arrogancia—. ¿Eso es todo, princesa? ¿Fue todo esto un poco de diversión para ti, un lindo juego? —Él hizo un gesto con la cabeza—. ¡Hermosas flores! ¡Un vestido tan lindo!

El estuvo tan cerca de ella que casi sintió lo que sería extender su mano y tocarla, pero luego Finn dijo: —Cállate, Keiro —se levantó y se enfrentó a ella—. Sólo dime por qué. ¿Por qué es tan imposible?

Ella no podía. ¿Cómo podía decirle eso?

—Jared encontró algunas cosas. Tienes que creerme.

—¿Qué cosas?

—Acerca de Incarceron. Se acabó, Finn. Por favor. Haz una vida para ti mismo allí. Olvida el exterior...

—¿Y qué hay de mí? —Gildas espetó—. ¡He pasado sesenta años planeando mi escape! ¡Recorrí la cárcel toda mi vida antes de encontrar un Vidente de Estrellas, y nunca voy a encontrar otro! ¡Hemos viajado hasta el fin del mundo, niña! ¡No voy a renunciar a mí sueños de toda una vida! —Se puso de pie y se dirigió hacia ella, furioso.

—Tú lo usas a él como mi padre me utiliza. ¡Él es solo una salida para ti, tú no te preocupas por él! ¡Ninguno de ustedes!

—¡Eso no es cierto! —Attia siseó.

Claudia no le hizo caso. Mirando fijamente a Finn, dijo: —Lo siento. Me gustaría que las cosas pudieran ser diferentes. Lo siento. —Hubo algún tipo de conmoción afuera de su puerta, ella se volvió y gritó—: ¡No quiero ver a nadie, envíenlo lejos!

Finn dijo: —¿Sabes de lo que estoy huyendo? De no conocerme a mí mismo. Teniendo esta oscuridad dentro de mí, este vacío. No puedo vivir con eso. ¡No me dejes aquí, Claudia!



Ella no podía soportarlo más. No quería la ira de Keiro, él era un hombre violento. Él la estaba lastimando, y nada de esto fue su culpa, nada de eso. Ella extendió la mano hacia la Llave.

—Este es un adiós, Finn. Tengo que entregar la Llave. Mi padre lo sabe todo. Se acabó.

Sus dedos se cerraron en el enlace. Se escucharon voces fuera de la puerta. Y luego Attia, dijo: —Él no es tu padre, Claudia. —Todos se volvieron hacia ella.

Ella estaba sentada en el suelo, con los brazos alrededor de sus rodillas. No se levantó ni dijo nada más, pero sólo se sentó en el silencio sorprendida por lo que había creado, su mugrienta cara estrecha y tranquila, su grasiento pelo negro.

Claudia llegó hasta ella. —¿Qué? —Su propia voz le sonaba pequeña y desconocida.

—Me temo que es verdad. —Attia era fría y distante—. Yo no debí habértelo dicho, pero ahora me siento obligada, y es hora de que lo sepas. El Guardián de Incarceron no es tu padre.

—¡Estas mintiendo pequeña perra!

—No, es verdad.

Keiro sonrió.

Claudia sintió como si el mundo se hubiera sacudido. De pronto, el bullicio exterior era demasiado, les dio la espalda, fue a abrir la puerta. Jared estaba allí, y dos guardias lo retenían.

—¿Qué es esto? —Su voz era de acero—. Vamos, déjenlo.

—Son órdenes de su padre, señora...

—Mi padre —gritó—, ¡se puede ir al infierno! —Jared la empujó a la habitación y cerró la puerta.

—Claudia, escucha...

—¡Por favor, Maestro! ¡Ahora no!

Él vio el campo luminoso. Claudia estaba cerca de él. —Muy bien. Dime —dijo.

Por un momento Attia no dijo nada. Entonces ella se puso de pie, limpiando la suciedad de sus brazos desnudos.

—Tú nunca me agradaste, arrogante, egoísta, malcriada. Crees que eres tan dura. Tú no durarías ni diez minutos aquí y Finn vale diez veces más que tú.

—Attia —Finn gruñó.

Pero Claudia dijo bruscamente: —Déjenla a hablar.

—Allá en la torre del Sapient encontramos listas de todos los prisioneros que han estado en este lugar. Todos buscaron su propio nombre, pero yo no lo hice. —Attia se acercó a Claudia—. Busque el tuyo.

Finn se volvió frío. —Tú dijiste que no estaba allí.

—Yo dije que no estaba en Incarceron. Pero ella estuvo ahí.

Él se sentía tan frío. Busco a Claudia, y vio que su rostro estaba en blanco, y Jared, dijo en voz baja: —¿Cuándo?

—Ella nació allí, y ella vivió allí una semana. Luego, nada. Ella desapareció de los registros. Alguien tomó a una recién nacida de semanas de edad, fuera de la cárcel, y allí está ella, mira, la hija del Guardián. Debía de estar muy desesperado por tener a una hija. Y debe haber habido uno que murió, o él habría elegido un hijo  
Keiro dijo: —¿Tú la reconociste por la foto de un bebé? Esto es...

—No era sólo un bebé. —Attia quitó los ojos de Claudia—. Alguien puso pinturas de ella en el libro. Las imágenes, igual que nosotros. De su crecimiento. O de ella teniendo todo lo que necesitara, ropa, juguetes, caballos. De ella...

—¿Comprometiéndose? —Keiro dijo astutamente.

Finn se volvió con un jadeo. —¿Yo estaba allí? ¿Yo estaba en esa imagen también? ¡Attia!

Los labios de Attia se juntaron. —No.

—¿Estás segura?

—Te lo diría si estuvieras —ella se volvió seria—. Yo te diría, Finn. Era solo ella.

Él miró a Claudia. Ella parecía aturdida por la conmoción. Echó un vistazo a Jared, que murmuró: —También han encontrado el nombre de Sapphique ahí. Parece que realmente se escapó.

Gildas se dio la vuelta y los dos Sapiienti se miraron.

—¿Ves lo que esto significa? —el viejo estaba triunfante. Estaba sangrando y cojeando, pero su cuerpo estaba cargado de energía—. Ellos la sacaron de ahí. Un Sapphique salió. Hay una manera. Tal vez si unimos las dos Llaves, podamos desbloquearla.

Jared frunció el ceño. —¿Claudia? —dijo.

Ella no pudo moverse por un momento. Luego sacudió la cabeza y miró a Finn duramente a los ojos y vio que su mirada era dura y amarga.

—Mantén la Llave preparada, todo el tiempo —dijo—. Cuando llegue al interior, la voy a necesitar para encontrarte.

Traducido por Emii Gregori  
Corregido por Nanis

*Todos mis años hasta este momento  
Todos mis caminos hasta esta pared.  
Todas mis palabras hasta este silencio  
Todo mi orgullo para esta caída.  
—Canciones de Sapphique*

Ella se paseaba por el piso del estudio con ansiedad, vestida con pantalones oscuros y una chaqueta. —¿Y bien?

—Cinco minutos —dijo Jared trabajando en los controles sin levantar la vista. Él ya había colocado un pañuelo en la silla y operaba el dispositivo, el pañuelo desapareció y no pudo recuperarlo.

Claudia se quedó viendo la puerta.

Ella había roto el vestido de boda con una furia que la había sorprendido incluso a ella misma, la fragmentación del encaje y las rasgaduras de la falda en volantes bien abiertos. Todo había pasado. El Protocolo había terminado. Ella estaba en guerra ahora. Corriendo a través de los sótanos oscuros, había corrido a través de ellos furiosa y desconcertada por el vacío de un pasado perdido.

—Muy bien —Jared miró hacia arriba—. Creo que entiendo lo que es, ¿pero dónde esta máquina te llevara, Claudia...?

—Yo sé dónde me lleva. Lejos de él. —El conocimiento de que no era su padre todavía resonaba en su cabeza como un gran sonido estruendoso, haciendo eco sin fin, por lo que sentía que nunca sería capaz de oír nada más que las palabras de esa chica tranquila, palabras devastadoras.

Jared dijo: —Siéntate en la silla.

Ella cogió su espada, se acercó y se detuvo. —¿Y tú? Cuando se entere...

—No te preocupes por mí. —Él la tomó del brazo suavemente y la hizo sentarse—. Es hora de que detengas a tu padre. Estoy seguro de que será bueno para mí.

Su rostro se ensombreció. —Maestro... y si él te lastima...

—Por lo único que te tienes que preocupar es en encontrar a Giles y traerlo de regreso. Se debe hacer justicia. Buena suerte, Claudia. —Él levantó su mano y la besó formalmente. Por un momento se vio afectada con la idea de que nunca

volvería a verlo, y lo único que quería hacer era saltar y abrazarlo, pero él se alejó al panel de instrumentos y miró hacia arriba—. ¿Lista?

Ella no podía hablar. Asintió con la cabeza. Y entonces, justo antes de que sus dedos tocaran el panel, dijo a toda prisa: —Adiós, Maestro.

Apretó el cuadrado azul, y sucedió. De las ranuras del techo una luz blanca cayó, tan cegadoramente brillante y rápida, se habían ido tan pronto como habían llegado, y todo lo que podía ver era la raíz negra impresa en su retina.

Él llevó sus manos lejos de su cara. La habitación estaba vacía. Podía oler una dulzura tenue.

—¿Claudia? —susurró.

Nada. Durante un largo momento esperó en el silencio. Él quería quedarse, pero tenía que salir del estudio, el Guardián no debía saber lo que ha pasado tanto tiempo como sea posible, y si lo encontraban aquí... A toda prisa cerró de nuevo los controles, se deslizó por la puerta de bronce, y la cerró detrás de él.

Durante todo el camino a través de las bodegas, Jared sudaba de miedo. *Debe haber cierta alarma que he pasado por alto.* En cada paso esperaba chocar con el Guardián o un pelotón de guardias del Palacio, y a medida que se acercaba a los pasillos oficiales, se ponía más pálido y temblaba, y tuvo que apoyarse en un hueco y tomar profundas respiraciones cuidadosamente, una criada paso mirándolo con curiosidad.

En el Gran Palacio, el ruido de la multitud era más fuerte. Un hilo de tensión crecía entre ellos, la expectativa era mayor, casi histérica. La escalera por la que Claudia debería descender estaba a la vista, bordeada por lacayos de pelucas empolvadas.

Se resbaló en un asiento, junto a la chimenea vio a la reina gloriosa en tela de oro y una tiara de diamantes, le dio una mirada irritada.

Pero las novias siempre llegaban tarde.

Jared se echó hacia atrás y estiró las piernas. Estaba aturdido por el miedo y la fatiga y, sin embargo sentía otra cosa que lo sorprendió: una extraña paz. Se preguntó cuánto tiempo duraría.

Entonces vio al Guardián

Alto y oscuro, el hombre que no era padre de Claudia. Jared vio como el Guardián sonrió, asintió con la cabeza, intercambiaba una charla graciosa con los cortesanos de espera. Una vez sacó su reloj y lo miró, lo acercó a su oído, como si en toda la algarabía necesitara comprobar si funcionaba. Luego lo guardó y frunció el ceño.

La impaciencia crecía, poco a poco.

La multitud murmuró. Caspar se acercó y le dijo algo a su madre, ella le habló bruscamente, y volvió a sus partidarios. Jared vio a la reina.

Su pelo fue peinado elaboradamente, sus labios rojos contrastaban con la palidez de su rostro blanqueado, pero sus ojos eran fríos y perspicaces, y reconoció la creciente sospecha en ellos.

Ella chasqueo los dedos y el Guardián se le acercó. Hablaron brevemente. Él llamó a un siervo, un mayordomo de cabellos plateados, él se inclinó y desapareció discretamente.

Jared se frotó la cara.

*Deben estar en pánico allá en la habitación, las doncellas buscándola, los dedos en el vestido, aterrorizados por su propia piel. Probablemente habían huido todos. Esperaba que Alys no estuviera allí —la vieja nodriza sería culpada.*

Se recostó contra la pared y trató de reunir todo su valor.

No tuvo que esperar mucho.

Hubo una perturbación en las escaleras. Las cabezas se volvieron. Las mujeres estiraron el cuello para ver, un roce de vestidos y los aplausos débiles se agotaron en el desconcierto, porque el siervo de cabello plateado estaba corriendo hacia abajo, sin aliento, y en sus manos tenía el vestido, o más bien lo que quedaba de él. Jared se limpió el sudor de su labio. Nunca había visto a Claudia tan furiosa como cuando lo había hecho trizas.

Exploto la confusión.

Gritos de rabia, ordenes, el choque de armas. Poco a poco, Jared se levanto.

La Reina estaba pálida, se dio la vuelta hacia el Guardián.

—¿Qué es esto? ¿Dónde está ella? —Su voz era helada.

—No tengo ni idea, señora. Sin embargo, sugiero...

Se detuvo. Sus ojos grises buscaron a Jared a través de la multitud agitada.

Se miraron uno a otro y de repente el silencio creció en la multitud, él se dio cuenta y volvió a caer entre ellos, era como si la gente temiera a aquel corredor de ira.

El Guardián dijo: —Maestro Jared. ¿Sabe usted dónde está mi hija?

Jared dirigió una pequeña sonrisa. —Lamento no poder decirle, señor. Pero puedo decir esto. Ella ha decidido no presentarse a la boda. —La multitud estaba totalmente en silencio.

Con los ojos brillantes de cólera, la Reina dijo: —¿Ella ha plantado a mi hijo?

Hizo una reverencia. —Ella ha cambiado de opinión. Fue repentino, y sintió que no podía enfrentarse a ninguno de ustedes. Ella ha salido del palacio. Le ruega su indulgencia.

*Claudia odiaría eso último, pensó, pero tenía que ser muy cuidadoso. Se armó de valor para la reacción. La reina se echó a reír de veneno puro, se dio la vuelta al Guardián.*

—¡Mi querido John, que golpe tan duro para usted! ¡Después de todos sus planes y proyectos! Tengo que decir que nunca pensé que fuera una buena idea. Ella era tan... inadecuada. Usted eligió su remplazo tan mal.

Sus ojos vigilantes nunca se apartaron de Jared, y el Sapient consideró que la inquisitiva mirada lentamente paralizaría su valor. —¿Dónde ha ido?

Jared trago saliva. —Casa.

—¿Sola?

—Sí.

—¿En un carruaje?

—A caballo.

El Guardián se volvió. —Que vaya una patrulla tras ella. ¡De inmediato! —¿Le creyó? Jared no estaba seguro.

—Por supuesto que me lastiman sus problemas internos —dijo la reina cruel—, pero te das cuenta de que nunca vamos a sufrir un insulto como este otra vez. No habrá boda, Guardián, aunque regrese arrastrándose sobre sus manos y rodillas.

Caspar murmuró: —Conspiradora perra ingrata —pero su madre le hizo callar con una mirada.

—Despejen la sala —dijo ella bruscamente—. Quiero a todo el mundo fuera.

Como si fuera una señal, un tumulto de voces se escucho, las preguntas, sorprendidos susurros.

A pesar de todo Jared se quedo inmóvil, el Guardián lo estaba mirando, y no había una mirada en los ojos del Sapient que no lo pudiera vencer esta vez. Se dio la vuelta.

—Usted se queda. —La orden de John Arlex era ronca e irreconocible.

—Guardián —Lord Evian subió cerca de ellos—. Acabo de oír tales noticias... ¿es cierto?

Sus esperanzas se habían ido, estaba pálido. —Es verdad. Se ha ido. —El Guardián le dio una mirada sombría—. Es todo.

—Entonces... ¿la Reina?

—Los Restos de la Reina.

—Pero... nuestro plan...

El Guardián le hizo callar con un destello de ira. —¡Basta ya, hombre! ¿No oyes lo que digo? Vuelve a tus inhalaciones y perfumes. Es todo lo que tenemos ahora.

Como si él no pudiera entender lo que había pasado, Evian tiraba sin descanso de su traje ajustado con volantes, tirando de un botón suelto.

—No podemos dejar que esto termine.

—No tenemos otra opción.

—Todos nuestros sueños. El fin del Protocolo. —Él metió la mano dentro del abrigo—. No puedo... No lo haré.

Él se movió antes de que Jared se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, el cuchillo brillo, rozando a la Reina. Mientras ella se volvía, la cogió fuertemente por su hombro, ella gritó en estado de shock. Al instante, las prendas de oro quedaron arruinadas por la sangre que brotó cuando ella abrió la boca y arañó a Caspar, tropezando en los brazos de los cortesanos.

—¡Guardias! —exclamó el Guardián. Él sacó su espada. Jared se volvió.

Evian se tambaleaba hacia atrás, con su traje rosa manchado de sangre. Él debería saber que había fracasado, la Reina estaba histérica, pero no muerta, y no había oportunidad de atacarla de nuevo. Por lo menos no a ella. Soldados corriendo, las puntas afiladas de sus lanzas lo obligaron a volverse. Él comenzó mirando a Jared sin verlo, al Guardián, a Caspar pálido de terror.

—Lo hago por la libertad —dijo con calma—. Por un mundo que no ofrece ninguno.

Con una precisión rápida volvió el cuchillo y con las dos manos lo enterró en su corazón. Se desplomó, se estremeció por un momento y luego se quedó inmóvil. Jared pasó junto a los guardias y se inclinó sobre él, vio que la muerte había sido casi instantánea, la sangre seguía brotando lentamente a través de la tela de seda. Miró hacia abajo, horrorizado, a la cara regordeta y los ojos sin ver.

—Estúpido —dijo el Guardián detrás de él—. Y débil. —Se agachó y tiró de Jared, volteándolo hacia él—. ¿Tú eres débil, Maestro Sapient? Siempre lo he creído así. Veamos ahora si tengo razón —miró al guardia—. Lleve a el Maestro a su habitación, enciérrenlo y tráigame todos los dispositivos que están ahí. Deje dos hombres afuera. No se nos escapara, y no recibirá visitas.

—Señor. —El hombre hizo una reverencia.

La Reina había sido sacada y la multitud se disperso a la vez, la gran Sala parecía vacía. El aroma de las guirnaldas de flores y azahar se desviaban ligeramente con la brisa de las ventanas abiertas. Cuando Jared fue llevado hacia la puerta, caminó sobre pétalos derramados y dulces pegajosos, los restos de una boda que nunca iba a suceder.

Luego de eso lo empujaron hacia afuera, miró hacia atrás y vio al Guardián con ambas manos en la chimenea alta, inclinado sobre su corazón vacío. Apretaba los puños sobre el mármol blanco.

\* \* \*

Nada pasó, una luz blanca. Cuando Claudia abrió los ojos, le picaba la vista, sentía sus ojos húmedos, y pequeñas manchas oscuras flotaron durante un minuto, oscureciendo las paredes de la celda.

Sin duda era una celda. Apestaba. El olor era tan fuerte, que ella vomitó y luego trató de no respirar de nuevo, el olor de la humedad, la orina y cuerpos en descomposición.

La paja estaba a su alrededor, estaba sentada encima, y una pulga saltó hacia su mano. Con un silbido de disgusto se levantó de un salto sacudiéndose, temblando y rascándose.

Así que esto era Incarceron.

Justo lo que ella esperaba.

La celda era de paredes de piedra y las piedras fueron talladas con antiguos nombres y fechas, firmados con líquenes lechosos y pelajes de algas. Arriba, la bóveda de arista se perdió en la oscuridad. Había una ventana, arriba en la pared, pero parecía estar cubierta. Nada más. Pero la puerta de la celda estaba abierta. Claudia tomó un respiro, tratando de no toser. La celda estaba en silencio, un opresivo silencio pesado, que era frío y húmedo. Escuchaba en silencio. Y en la esquina de la celda, vio un ojo. Un pequeño ojo de color rojo que la observaba impasible.

Ella se sentía normal. No sentía ningún dolor. Se veía a sí misma, con las manos sosteniendo la Llave. ¿Era realmente tan pequeña? O tendría alguna idea del tamaño relativo —¿o era esta la normalidad y el Reino de fuera un lugar de gigantes?

Se acercó a la puerta. No había sido cerrada por un largo tiempo. Cadenas colgaban, pero estaban corroídas por una masa de óxido, y las bisagras estaban carcomidas por lo que la puerta colgaba en un ángulo raro. Ella se agachó hacia abajo al callejón.

Estaba empedrado e inmundo, y se extendía en la oscuridad. Miró la Llave.

—¿Finn? —susurró. No pasó nada. Sólo, a lo lejos por el pasillo, algo zumbaba. Un zumbido de tono bajo, como si una máquina fuese activada. Sacudió la Llave rápidamente, su corazón latía—. ¿Eres tú?

Nada.

Dio dos pasos y se detuvo. El sonido se repitió, justo adelante, un sonido suave, extrañamente inquisitivo. Vio un ojo rojo, giro lentamente a través de un medio círculo, y luego se detuvo y giro de nuevo hacia ella. Ella se mantuvo muy quieta.

—Te veo —dijo una voz suave—. Yo te reconozco.

No era Finn. No era nadie que ella conociera.

—Nunca me olvido de alguno de mis hijos. Pero tú no ha estado aquí desde hace tiempo. No estoy seguro si entiendo eso.

Claudia se limpió la mejilla con una mano sucia. —¿Quién eres tú? No te puedo ver.

—Sí puedes. Tú estás de pie sobre mí, respiras sobre mí.

Dio un paso atrás, mirando hacia abajo, pero vio sólo el suelo de piedra y oscuridad.

El ojo rojo la miraba. Ella respiró del aire enfermizo. —Tú eres la Prisión.

—Así es —parecía fascinado—. Y tú eres la hija del Guardián.

Ella no podía hablar. Jared había dicho que era inteligente, pero no estaba segura de si era cierto o no.

—¿Vamos a ayudarnos unos a otros, Claudia Arlexa? —La voz era tranquila—.

Estás buscando a Finn y sus amigos. ¿No es así?

—Sí. —¿Debería haber dicho eso?



—Yo te llevaré a ellos.

—La Llave lo hará.

—No utilices la Llave. Interfiere con mis sistemas.

¿Se estaba equivocando, o parecía apresurado, casi molesto? Ella empezó a caminar lentamente, en el pasillo oscuro.

—Ya veo. ¿Y qué quieres a cambio?

Un sonido. Podría haber sido un suspiro o una sonrisa suave.

—No es una pregunta que me hayan hecho antes. Quiero que me digas lo que está fuera. Sapphique prometió fielmente que volvería y me diría, pero él nunca lo hizo. Su padre no habla de él. Empiezo a preguntarme, en el fondo de mi corazón, si hay un exterior, o si Sapphique ha pasado sólo a la muerte y vive en un lugar en ella, soy incapaz de detectarlo. Tengo mil millones de ojos y sentidos, y sin embargo no puedo ver hacia fuera. No sólo los prisioneros sueñan con Escapar, Claudia. Pero entonces, ¿cómo puedo escapar de mí mismo?

Llegó a una esquina. El pasaje se bifurcó en dos, ambos oscuros, goteantes e idénticos. Ella frunció el ceño, sostenía la Llave con fuerza.

—No lo sé. Es más o menos lo que estoy tratando de hacer. Muy bien. Llévame a Finn. Y a medida que vaya, te diré que hay afuera.

Las luces parpadeaban hacia adelante. —Por aquí —hizo una pausa.

—¿Realmente sabes dónde están? ¿Esto no es un truco?

Hubo silencio, entonces. —Oh Claudia. Cuán enojado tu padre estará con ustedes cuando se dé cuenta.

## 31

Traducido por Selune  
Corregido por Emii Gregori

*Él se cayó todo el día y toda la noche.  
Cayó en un pozo oscuro.  
Cayó como cae una piedra, como un pájaro  
con las alas rotas, como un ángel echado por tierra.  
Su aterrizaje golpeó el mundo.*

*—Leyendas de Sapphique.*

—Ha cambiado. —Keiro miró fijamente a la tecla—. Los colores —Finn levantó el cristal en un rayo de luz. Las luces rojas estaban parpadeando, oscilando en un arcoíris en silencio. La Llave parecía más cálida en su mano.

—Tal vez ella está dentro.

—Entonces, ¿por qué no habla con nosotros?

Más adelante, Gildas se volvió, una sombra cojeaba en la oscuridad. —¿Es este el camino? ¿Finn?

No tenía ni idea. Los restos del barco se quedaron atrás, el cubo se había convertido en un embudo, reduciéndose a medida que se apresuraban a entrar en él, los lados y el techo cerrándose, convirtiéndose en facetadas de piedras negras, el familiar brillo de obsidiana en las paredes.

—Mantente cerca de mí —murmuró—, no sabemos hasta qué punto el campo de protección nos protegerá.

Gildas apenas lo oyó. Desde que había hablado con Jared la posesión febril de su búsqueda se había apoderado de él de nuevo, con ansiedad cojeaba por delante, examinando débiles arañazos en las paredes, murmurando para sí mismo. Parecía hacer caso omiso de sus heridas, pero Finn supuso que eran más graves de lo que dejaba saber.

—El viejo tonto lo está perdiendo. —murmuró Keiro con disgusto. Se dio la vuelta—. Y luego está ella.

Attia se quedó atrás. Parecía estar caminando deliberadamente despacio, parecía estar pensando profundamente en la sombra.

—Ese fue un truco que ella sacó. —Keiro siguió caminando. Le dirigió una mirada penetrante a Finn—. Un golpe real debajo del cinturón.

Finn asintió con la cabeza. Claudia había estado tan calmada. Como alguien apuñalado con una herida profunda, se mantenía calmada para no sentir el dolor.

—Pero —dijo Keiro—, significa que hay una salida. Por lo tanto, podemos salir también.

—Eres cruel. ¿Hay alguna vez que no pienses en ti mismo?

—¿Y tú, hermano? —Su hermano de juramento miró a su alrededor, alerta—. Si hay un Exterior y eres una especie de rey por ahí fuera, entonces te estoy vigilando como oro. Príncipe Keiro me suena bien.

—No estoy seguro de que puedo hacer eso... ser eso.

—Puedes. Es todo pretensión. Eres un Maestro de la mentira, Finn. —Keiro lo miró de reojo—. Vas a ser un natural.

Por un momento compartieron una mirada. Entonces Finn dijo—: ¿Puedes oír algo?

Un murmullo. Llegaban por el pasillo, una ráfaga de voces suaves. Keiro sacó su espada. Attia se acercó.

—¿Qué es eso?

—Algo que está delante. —Keiro escuchó con atención, pero el sonido no vino de nuevo.

Parado quieto, con una mano contra la pared, Gildas susurró—: Tal vez es Claudia. Nos ha encontrado.

—Entonces fue muy rápida al respecto. —Keiro anduvo suavemente—. Permanezcan juntos. Finn, ve por detrás, y mantén la Llave segura.

Gildas resopló, pero tomó su lugar entre ellos.

Era una voz. Estaba hablando en algún lugar por delante de ellos, mientras se deslizaban hacia ella, el pasadizo se abarrotó de cosas; grandes cadenas yacían a través de él, esposas y grilletes, montones dispersos de herramientas, un escarabajo roto en la espalda. Pasaron celdas pequeñas, algunas con las puertas cerradas, y a través de la rejilla Finn vio un pequeño cuarto oscuro con ratas trepando sobre un plato vacío, un montón de trapos sucios en un rincón que podrían haber sido un cuerpo. Todo estaba en calma. Sintió que se trataba de un lugar olvidado incluso por sus creadores, una esquina de sí mismo que incluso Incarceron había pasado por alto durante siglos. Tal vez hubiera sido en un lugar como este en el que la gente de la Maestra encontró la Llave, con los huesos disecados del hombre, ¿o robado?

Pasando alrededor de un gran pilar se dio cuenta de que estaba empezando a olvidarla. Ya parecía hace tanto tiempo, y sin embargo el ruido del puente, su sola mirada, aún estaban dentro de él, esperando que se durmiera, para creer que él estaba a salvo. Y su compasión.

Attia lo agarró, se dio cuenta de que había estado caminando por delante de ellos.

—Mantente despierto, hermano. —El silbido de Keiro fue feroz. El corazón cayéndole pesadamente, trató de limpiar su cabeza. El picor de su rostro se calmó. Respiró hondo.

—¿Todo bien? —Gildas susurró.

Asintió con la cabeza. El ataque se había acercado sigilosamente hasta él. Eso le hizo sentirse mal.

Mirando alrededor de la esquina, se quedó observando fijamente.

La voz estaba hablando en una lengua que nunca había oído hablar, de clics, chirridos y forzadas sílabas. Se dirigía a los escarabajos, barrenderos y moscas, y a las ratas metálicas que salían de las paredes para llevar cadáveres. Millones de ellos se agacharon inmóviles en el suelo de una gran sala, cables forrados y caminos aéreos, todos ellos frente a una brillante estrella que brilló como una chispa en la oscuridad. Incarceron instruyó a sus criaturas y las palabras que habló fueron un mosaico de sonidos, una poesía de grietas y retumbos.

—¿Pueden escuchar? —Keiro susurró.

—No son sólo palabras. —Era una vibración también, en lo profundo del corazón en la oscuridad, un sonido como un corazón enorme latiendo, un repique de un gran reloj.

La voz se detuvo. Inmediatamente las máquinas se encendieron y se fueron, moviéndose en filas silenciosas en la oscuridad hasta que la última se había ido, apenas haciendo ruido.

Finn se movió, pero Keiro lo agarró firmemente.

El ojo siguió vigilando. Su luz iluminó la sala vacía.

Entonces la voz dijo suavemente: —¿Tienes la Llave, Finn? ¿Puedo tomarla ahora? Se quedó sin aliento. Quería correr, pero el agarre de Keiro decía que no. Mordiendo los labios, oyó la parte baja de la prisión reírse. —Claudia está dentro. ¿Sabías eso? Por supuesto tengo la intención de mantenerlos a los dos separados. Soy tan enorme que va a ser demasiado fácil. ¿No quieres hablar conmigo, Finn?

—No está segura que estemos aquí —murmuró Keiro.

—Me parece que sí.

Tuvo un impulso irracional de salir de la protección de la Llave, para abrir sus brazos y salir. Pero Keiro no lo dejó irse, y se retorció en torno a Attia. —Regresa. Rápido.

—Por supuesto que no soy más que una máquina —dijo Incarceron ácidamente—. A diferencia de ustedes. ¿O lo son? ¿Son tan puros? Tal vez debería probar un pequeño experimento.

Keiro lo empujó, presa del pánico. —¡Corre!

Ya era demasiado tarde. Hubo un silbido y un estruendo. La espada voló de la mano de Keiro y chocó contra la pared, sosteniéndose allí al revés.

Y Finn fue arrastrado hacia atrás, se estrelló contra las piedras, la Llave en el cinturón dándole vueltas, la daga que tenía se batía en su brazo con un enorme poder.

—Ah. Ahora te siento, Finn. Ahora siento tu miedo.

No podía moverse. Por un momento de terror pensó que estaba siendo absorbido por el tejido mismo de la pared, luego Gildas estaba allí tirando de él, y soltó el cuchillo y su mano se soltó, se dio cuenta de que la pared se había convertido en un imán. Pedazos de hierro, láminas de bronce volaban en una feroz ventisca horizontal, la pared se convirtió en un cuajó al instante de herramientas, cadenas, enlaces vastos.

Finn se agachó, maldiciendo, mientras un sonido metálico sonó justo al lado de su oreja. —¡Déjame salir! —gritó.

Su cuerpo fue aplastado entre la Llave y el imán.

Gildas ya tenía el cristal; el viejo clavó los talones y abrió la boca. —Ayúdame —y las manos pequeñas de Attia le agarraron firmemente. Poco a poco, como si estuvieran tirando de dedos invisibles tiraron del peso de la Llave y él cayó hacia adelante, tropezando.

—¡Vamos, vamos!

Incarceron rió con su risa profunda. —Pero no te puedes ir. No sin tu hermano.

A punto de huir, se detuvo.

Keiro estaba de pie junto a la pared. Tenía una mano extrañamente apoyada contra ella, el dorso de la mano a la superficie de color negro. Por un momento pensó que Finn estaba tratando de sacar la espada y gritó: —¡Deja eso! —pero luego Keiro se dio la vuelta y le dirigió una mirada de fría furia.

—No es la espada.

Finn tomó el brazo de su hermano de juramento y tiró. Se agarraba con fuerza.

—Déjalo.

—Yo no estoy tomando nada —dijo Keiro. Volvió su cara. Finn miró más de cerca.

—Pero...

Su hermano se torció para mirarle y Finn se sorprendió por la ira en sus ojos.

—Soy yo, Finn. ¿No te das cuenta? ¿Eres tan estúpido? ¡Yo!

La uña de su dedo índice derecho. Estaba sujeta a la pared, y cuando Finn agarró su mano y tiró de ella, se quedó allí, un pequeño escudo sujeto al imán con una atracción que nada podía romper.

—¿Debería dejarlo ir? —La Prisión dijo astutamente.

Finn miró a Keiro y él miró hacia atrás. —Sí —susurró.

Con una violencia que los hizo estremecer, cada pieza de metal cayó de las paredes con un rotundo estrépito.

\*\*\*

Claudia se detuvo. —¿Qué fue eso?

—¿Qué?

—¡Ese ruido!

—Siempre hay ruidos en la Prisión. Por favor ve donde la Reina. Suena tan...

—Venía de allá abajo —Claudia se quedó mirando el arco tenue que estaba pasando. Vio un pasadizo abajo, apenas tan alto como una cabeza, atada con telas de araña.

Incarceron se echó a reír, pero había una nota de ansiedad en su humor. —Para encontrar a Finn tienes que ir directamente hacia adelante.

Ella guardó silencio. De repente sintió su presencia tensa a su alrededor, como si no respirara, estaba esperando. Se sintió pequeña y vulnerable. Dijo: —Creo que estás mintiendo.

Por un momento, nada. Una rata corrió por el pasillo, la vio, y se escabulló alrededor. Entonces la voz dijo pensativamente: —Tu idea de Finn es tontamente romántica, el Príncipe perdido, el héroe encarcelado. Te acuerdas de un niño y quieres que él lo sea, pero incluso si Finn es realmente Giles, eso fue hace una vida y un mundo y no es el mismo ahora. Le he cambiado.

Ella miró en la oscuridad. —No

—Oh, sí. Tu padre tenía razón. Para sobrevivir aquí los hombres descienden a las profundidades de su ser. Ellos se convierten en bestias, sin importarles nada, ni siquiera ver el dolor de los demás. Finn ha robado, tal vez matado. ¿Cómo puede un hombre como ese regresar a un trono, y gobernar a los otros? ¿Cómo va a ser creído de nuevo? Los Sapient eran sabios, pero hicieron un sistema sin libertad, Claudia. Sin perdón.

Su voz era escalofriante. Ella no quería escuchar, para ser dibujada en sus dudas persuasivas.

Activó la Llave, volvió por el pasillo bajo, y empezó a correr.

Sus zapatos se deslizaron sobre los escombros que cubrían el suelo, huesos y paja, una criatura muerta disecada se derrumbó mientras saltaba sobre ella.

—Claudia. ¿Dónde estás?

Fue todo de ella, antes que ella, en virtud de ella.

—Detente. Por favor. ¿O tendré que detenerte?

Ella no contestó. Agachándose bajo un arco, se encontró tres túneles que se unían, pero la Llave estaba tan caliente ahora, casi quemaba en la mano, y se sumergió en el túnel de la izquierda, corriendo a través de puertas de celdas que estaban abiertas.

La prisión retumbó. El suelo se onduló, se levantó por debajo de ella como una alfombra. Se quedó sin aliento mientras la echó arriba; aterrizó con un grito, una pierna ensangrentada, pero levantándose, siguió corriendo, porque no podía estar segura de dónde estaba, no sin la Llave.

El mundo se sacudió. Se inclinó de lado a lado. La oscuridad se hizo más fuerte, olores nocivos se filtraron de las paredes, murciélagos se arremolinaban en nubes. No iba a gritar. Arañando las piedras, se empujó a sí misma, incluso cuando el pasadizo se levantó y se convirtió en una colina, una pendiente empinada y resbaladiza, y todos los escombros que estaban allí se deslizaron hacia ella.

Y entonces, justo cuando quería dejarlo todo y volver atrás, oyó voces.

\* \* \*

Keiro flexionó los dedos. Tenía la cara enrojecida y sus ojos no veían los de Finn. Fue Gildas quien rompió el silencio. —Así que he estado viajando con un medio hombre.

Keiro no le hizo caso. Miró a Finn, quien dijo: —¿Hace cuánto tiempo lo sabes?

—Toda mi vida. —La voz de su hermano de juramento era tenue.

—Pero tú. Tú eras el que más los odiabas. Los despreciabas...

Keiro sacudió su cabeza con irritación. —Sí. Por supuesto. Los odio. Tengo más motivos para odiarlos que tú. ¿No ves que me asustan? —Lanzó una mirada a Attia, luego le gritó a la Prisión—. ¡Y tú! ¡Juro que si algún día puedo encontrar tu corazón, lo rebanaré hasta abrirlo!

Finn no sabía cómo se sentía. Keiro era tan perfecto, todo lo que siempre había querido ser. Guapo, valiente, sin defectos, vivo con esa confianza entusiasta que siempre había envidiado.

Nunca estaba muerto de miedo.

—Todos mis hijos piensan eso —Incarceron dijo astutamente.

Keiro se desplomó contra la pared. Parecía haber salido de él. Él dijo: —Me asusta porque no sé hasta dónde puede llegar. —Levantando su mano, flexionó su dedo—. Parece real, ¿no? Nadie lo puede decir. ¿Y cómo puedo saber cuánto más de mí es así? Dentro de mí, los órganos, el corazón. ¿Cómo lo sé? —Hubo una especie de agonía en la pregunta, como si hubiera sido formulada silenciosamente un millón de veces antes, como si detrás de la bravuconería y arrogancia hubiera un temor que nunca había revelado.

Finn miró a su alrededor. —La prisión puede decirte.

—No. No quiero saberlo.

—No me importa. —Finn ignoró el resoplido de Gildas y echó un vistazo a Attia.

En silencio dijo: —Así que estamos todos defectuosos. Incluso tú. Lo siento.

—Gracias. —Keiro fue desdeñoso—. La pena de un perro hembra y un Vidente de Estrellas. Eso realmente me hace sentirme mejor.

—Solo estamos...

—Guárdalo. No lo necesito. —Quitó la mano extendida de Finn y se puso en posición vertical—. Y no creo que me cambie. Sigo siendo yo.

Gildas pasó cojeando. —Bueno, no obtienes ninguna piedad de mí. Vamos a seguir adelante.

Keiro miró a su espalda con una rigidez de odio que hizo que Finn se moviera, su hermano de juramento tomó la espada del suelo, pero a la vez que dio un paso después del Sapient, la prisión tembló y se sacudió.

Finn se agarró a la pared.

Cuando el mundo dejó de moverse, el aire estaba lleno de polvo, colgaba como una niebla, y hubo un zumbido en sus oídos. Gildas siseaba de dolor. Attia revuelta, señaló a través del miasma<sup>13</sup>. —Finn. ¿Qué es eso?

Por un momento no tenía ni idea. Luego observo que era una cara. Un rostro que estaba extrañamente limpio, con brillantes ojos inteligentes y una maraña de pelo atada. Un rostro que lo miraba fijamente fuera de las nieblas del pasado sobre las diminutas llamas de velas en una tarta, se inclinó y sopló con una respiración agotadora.

—¿Eres tú? —susurró.

Él asintió con la cabeza, en silencio, sabiendo que se trataba de Claudia.

<sup>13</sup> **Miasma:** es un olor fétido o efluvio nocivo.



Traducido por cuketa\_illuminosa  
Corregido por Emii\_Gregori

*Nos agradecerás por ello.*

*La energía no se desperdicia en máquinas frívolas.*

*Vamos a aprender a vivir con sencillez, sin problemas de celos y deseos.*

*Nuestras almas serán tan plácidas como el mar sin mareas.*

—Decreto del Rey Endor.

Los soldados vinieron después de dos horas. Jared había estado esperando por ellos, había permanecido en la dura cama en la silenciosa sala y escuchaba los sonidos del Palacio a través de la ventana abierta; los caballos galopando muy bajo, los entrenadores, los corredores, los gritos. Era como si Claudia hubiese metido un palo en un nido de hormigas y ahora estuviese el enjambre en estado de pánico, su reina lesionada y yéndose en paz.

La Reina. Mientras él se sentó y miró con frialdad a los hombres, esperaba no tener que enfrentarse a su furia.

—Maestro —el criado uniformado parecía avergonzado—. ¿Viene con nosotros, señor?

Siempre el Protocolo. Les salvó de enfrentar la verdad. Mientras que lo llevaban por las escaleras, los guardias iban discretamente detrás, sus alabardas sostenidas como bastones de mando.

Él ya había pasado por todas las emociones. Terror, fanfarronadas, desesperación. Ahora lo único que quedaba era una especie de aburrida resignación.

Lo que sea que el Guardián le hiciese hacer lo aguantaría. Claudia tenía que tener tiempo.

Para su sorpresa, le llevaron más allá de las salas de estado, donde los enviados discutían y los mensajeros ansiosos entraban y salían, a una pequeña habitación en el ala este. Cuando le dejaron ver, vio que era un salón privado de la Reina, atestado de muebles dorados frágiles, un reloj sobre la repisa de la chimenea repleto de querubines y pastoras sonrientes.

El Guardián estaba aquí.

Él no estaba sentado en el escritorio, sino de pie, frente a la puerta. Dos sillones estaban dispuestos en ángulo con la chimenea, con un gran cuenco de flores secas colocado en la chimenea vacía.

Todavía se sentía como una trampa.

—Maestro Jared. —El Guardián indicó una silla con un largo dedo—. Por favor, siéntese.

Él se alegró de hacerlo. Se sentía sin aliento y mareado.

—Un poco de agua —El Guardián sirvió y llevó la copa. Mientras bebía de ella Jared sentía al padre de Claudia... no, no su padre... mirándolo de forma aguda.

—Gracias.

—¿No has comido?

—No...supongo...con todo el alboroto...

—Deberías tener más cuidado de ti mismo. —La voz era dura—. Demasiadas horas de trabajo en ese dispositivo prohibido.

Él hizo un gesto con la mano. Jared vio que la mesa cerca de la ventana estaba cubierta de pedazos de sus experimentos, los escáneres, los captadores de imágenes, los dispositivos para bloquear las alarmas. No dijo nada.

—Por supuesto que entiendes que todos estos son ilegales. —Los ojos del Guardián eran de hielo—. Siempre le hemos permitido al Sapient una cierta libertad, pero parece que ha venido tomando gran ventaja. —Luego dijo—: ¿Dónde está Claudia, Maestro?

—Ya le dije.

—No me mientas. Ella no está en casa. No hay caballos desconocidos.

—Tal vez... ella pudo irse a pie.

—Lo creo. —El Guardián se sentó frente a él, sus pantalones de raso negro elegantemente hendidos—. ¿Y tal vez pensaste que no estabas mintiendo cuando dijiste casa?

Jared dejó la taza. Ellos se encararon.

—¿Cómo lo supiste? — John Arlex dijo.

Jared decidió, de repente, decir la verdad. —La niña en la prisión le dijo, Attia. Amiga de Finn. De algunos registros que había descubierto.

El Guardián asintió con la cabeza en la lenta apreciación. —Ah, sí. ¿Cómo lo ha tomado?

—Ella estaba... muy sorprendida.

—¿Furiosa?

—Sí

—Yo no esperaría nada más.

—Y molesta.

El Guardián le lanzó una mirada aguda, pero Jared volvió con calma. —Ella siempre había estado tan segura como su hija, señor. Sabía quién era ella. Ella... se preocupa de usted.

—No me mientas. — El repentino gruñido le sorprendió por la ira. El Guardián se levantó y se paseó por la habitación—. Hay sólo una persona de la que Claudia se ha preocupado en su vida, Maestro Sapient. Y eres tú.

Jared se quedó quieto. Su corazón martillando. —Señor...

—¿Pensaste que era ciego? — El Guardián se volvió—. De hecho, no. Oh, ella tenía sus enfermeras y sus damas de compañía, pero Claudia está muy por encima de su nivel y lo supo pronto. Cada vez que llegué a casa vi cómo ella y tú reían y hablaban, cómo se preocupaba por su capa si hacía frío, poniéndose íntimos y dulces, como si tuvieran sus bromas privadas, sus estudios compartidos. —Cruzó los brazos y miró por la ventana—. Conmigo ella era distante y reservada. Ella no me conocía. Fui un forastero, el Guardián, un gran hombre en la Corte, alguien que llegó y se fue. Alguien de quién tener cuidado. Pero tú, Maestro Jared, fuiste su tutor y su hermano y su padre más de lo que he sido yo siempre.

Jared se quedó frío. Detrás del férreo control del Guardián había un odio ardiente, nunca había percibido la profundidad antes. Trató de respirar con calma.

—¿Cómo cree que se siente, Maestro? —El Guardián se dio la vuelta—. ¿Creías que yo no lo sentía? ¿Crees que no sufrí, sin saber qué hacer, cómo cambiarlo? Consciente de que con cada palabra que hablaba me estaba engañando, cada día, sólo por estar allí, dejando que ella pensara que era mía.

—Ella... eso es lo que ella no lo perdonará.

—¡No me digas cómo cree ella! — John Arlex llegó y se detuvo sobre él—. Siempre he estado celoso de ti. ¿No es absurdo? Un soñador, un hombre sin familia, tan frágil que unos cuantos golpes lo matarían. Y el Guardián de Incarceron está enfermo de envidia.

Jared alcanzó a decir—Yo... estoy muy encariñado con Claudia.

—Lo sabes, por supuesto, hay rumores sobre ti. —El Guardián se apartó bruscamente y se sentó de nuevo—. Yo no los creo; Claudia es premeditada pero no estúpida. Sin embargo, la Reina lo hace, y déjame decirte Jared, en este momento la Reina está gritando por venganza. Evian está muerto, pero la trama incluye, obviamente, a otros. Tú, por ejemplo.

Se estremeció. —Señor, usted sabe bien que no es así.

—Lo sabías. ¿No?

—Sí, pero...

—Y no hiciste nada. No se lo contaste a nadie. —Se inclinó hacia delante—. Eso es traición a la patria, Maestro Sapient, y fácilmente podría haberte ahorcado.

En el silencio alguien llamó en el exterior. Una mosca zumbaba y zumbaba alrededor de la habitación, golpeando el cristal y regresando torpemente.

Jared intentó pensar, pero no había tiempo. El Guardián le espetó—: ¿Dónde está la Llave?

Quería mentirle. Para hacer algo. En cambio, guardó silencio.

—Ella se la ha llevado, ¿no?

Él no respondió. El Guardián juró. —Todo el mundo piensa que Giles ha muerto. Ella podría haber tenido todo, el Reino, el trono. ¿Pensaba ella que iba a dejar a Caspar en su camino?

—¿Usted estaba en la conspiración? —Jared dijo lentamente.

—¡Conspiración! ¡Evian y sus sueños ingenuos de un mundo sin Protocolo! Nunca ha habido un mundo sin Protocolo. Yo hubiera dejado a Los Lobos de Acero morir con la Reina y Caspar, y luego los habría ejecutado, simple. Pero ahora ella se ha vuelto contra mí.

Miraba fijamente a través del cuarto. Jared dijo suavemente—. La historia que le contó... sobre su madre.

—Eso era cierto. Cuando Elena murió el bebé estaba enfermo y sabía que iba a morir también. ¿Y qué de mis planes? Necesitaba una hija, Maestro. Y yo sabía dónde conseguir una. —Se sentó en el sillón de enfrente—. Incarceron es un fracaso. Un infierno. Los Guardianes lo han sabido por mucho tiempo, pero no hay remedio, por lo que lo mantenemos en secreto. Pensé que iba a rescatar a un alma de eso, al menos. En las profundidades de la prisión me encontré con una mujer que estaba tan desesperada que estaba dispuesta a separarse de su niña recién nacida. Le pagué bien. Sus demás hijos sobrevivieron a causa de ello.

Jared asintió con la cabeza. La voz del Guardián era profunda, parecía estar hablando con él mismo, como si estuviera justificándose a sí mismo interminablemente con los años.

—Nadie se dio cuenta, con excepción de la Reina. La hechicera le dio una mirada a la niña y lo supo.

Una comprensión súbita llegó a Jared. Fascinado, dijo—: Claudia siempre se preguntó por qué accediste a la conspiración contra Giles. ¿Fue porque la Reina...?

—Se detuvo, sin saber las palabras, pero el Guardián asintió sin levantar la vista.

—El chantaje, Maestro Sapient. Su hijo iba a ser el que se casara con Claudia. Si yo no estaba de acuerdo, se vengaría de mí diciéndole a Claudia públicamente quién era ella, deshonrándola antes de su reinado. Yo no hubiera podido soportar eso.

Por un momento hubo una distancia nostálgica en él, quietud. Luego levantó la cabeza y miró a Jared y su rostro se enfrió. —No sientas pena por mí, Maestro. Eso es algo que no necesito. —Se puso de pie—. Sé que ella ha ido a Incarceron. Por Finn. No hay nada para ti por delatarle. Y ella se ha llevado la Llave. —Se echó a reír con amargura—. Es bueno que la tomara. No hay forma de salir sin ella.

De pronto, fue a la puerta. —Sígueme.

Jared se sobresaltó sorprendido, luchando contra un poco de miedo, pero el Guardián salió al pasillo y saludó a los guardias con impaciencia. Los hombres se miraron el uno al otro.

Uno de ellos dijo con inquietud: —Señor, la Reina ha emitido órdenes de quedarnos con usted. Para su protección.

El Guardián asintió lentamente. —Mi protección. Ya veo. Entonces, por favor permanezcan aquí y protejan la puerta después de que entre. No deje que nadie nos siga hacia abajo.

Antes de que ellos pudiesen argumentar él había abierto una puerta oculta en el revestimiento de madera, comenzó la marcha por unas escaleras hacia los sótanos húmedos. A mitad de camino, Jared miró hacia atrás. Los hombres miraban con curiosidad a través de la rendija.

—Parece que la Reina sospecha de mí también —dijo el Guardián con calma. Tomó una linterna de la pared y encendió la vela en su interior—. Tendremos que trabajar con rapidez. El estudio, del que sin duda se habrá dado cuenta, es la misma habitación tanto aquí como en casa. Un espacio a medio camino entre este mundo y la Prisión, un Portal, como el inventor Martor lo llamaba.

—Los escritos de Manor se han perdido —dijo Jared, corriendo tras él.

—Yo los tengo. Son clasificados —Su figura oscura andaba de manera rápida, sosteniendo la linterna en alto, sus sombras parpadeando por la pared. Miró hacia atrás al asombro de Jared y se permitió una sonrisa—. Nunca los verá de nuevo, Maestro. —Entre los barriles la oscuridad se ponía profundamente, muy por encima, las voces de los guardias parecían susurrar en confusión.

En la puerta de bronce él puso la combinación con rapidez; la puerta se abrió y se estremeció al pasar dentro, Jared sintió ese extraño escalofrío que había sentido antes.

La habitación blanca se ajustó. Todo era exactamente como él lo había dejado. Tuvo una punzada repentina de ansiedad. ¿Qué le estaba ocurriendo a Claudia? ¿Estaba segura?

—Tú la enviaste dentro sin la menor idea del peligro. —El Guardián encendió el panel de control y tocó los sensores—. Entrar en la cárcel es peligroso, física y psicológicamente.

Los estantes se deslizaron hacia atrás. La pantalla se iluminó.

En ella, Jared vio miles de imágenes. En ellas parpadeaba un tablero de ajedrez de cuadrados pequeños, de habitaciones vacías, océanos sombríos, torres lejanas, esquinas polvorientas. Vio una calle llena de gente, un antro horrible de niños mal desarrollados, un hombre golpeando un extraño animal, una mujer amamantando a un bebé con ternura. Desconcertado, se acercó hasta debajo de las imágenes, mirándolas parpadeando, el dolor, el hambre, las amistades poco recomendables, el salvajismo.

—Esta es la Prisión —El Guardián se apoyó en el escritorio—. Todas las imágenes vistas por los Ojos. Es la única manera de encontrar a Claudia.

Jared sintió una terrible miseria absorbiéndolo. En la Academia el Experimento fue considerado una de las glorias del antiguo Sapien, el noble sacrificio de las últimas reservas de energía del mundo para salvar lo irredimible, a los pobres, los despreciados. Y había terminado en esto.

El Guardián le miró, una silueta contra las imágenes en ondulación. —Tú ves, Maestro, lo que sólo El Guardián ha visto jamás.

—¿Por qué no...porqué no se nos dijo...?

—No hay energía suficiente. Nunca podrán ser devueltos, todas esas miles de personas. Están perdidas para nosotros. —Sacó su reloj y se lo dio a Jared, que lo tomó aturdido y luego bajó la mirada hacia él. El Guardián indicó el cubo de plata en la cadena—. Es como un dios, Jared. Tú sostienes Incarceron en tus manos.

Sintió el dolor en su interior latir. Le temblaban las manos. Quería ponerlo abajo, dar un paso atrás, distanciarse. El cubo era pequeño, lo había visto mil veces en la cadena del reloj y apenas lo notó, pero ahora lo llenó de asombro. ¿Era posible que contuviese las montañas que veía, los bosques de árboles de plata, las ciudades de gente aprovechándose de la pobreza de los demás? Sudando, lo abrazó con fuerza.

El Guardián dijo en voz baja: —¿Miedo, Jared? Se necesita fuerza para ver todo un mundo. Muchos de mis predecesores no se atrevían a mirar. Cerraron sus ojos.

—Una campana sonó suave.

Los dos miraron para arriba. La pantalla había dejado de parpadear, mientras que ellos miraban, las imágenes comenzaron a sacudirse, y una en la esquina inferior derecha creció, píxel por píxel, hasta llenar toda la pantalla.

Era Claudia.

Jared puso la cadena del reloj con mano trémula sobre la mesa.

Ella estaba hablando con los prisioneros. Reconoció al joven Finn, y al otro, Keiro, quien estaba recostado contra un muro de piedra, escuchando. Gildas agachado cerca; Jared vio de inmediato que el anciano estaba herido, Attia de pie junto a él.

—¿Puede hablar con ellos?

—Puedo —dijo el Guardián—, pero primero escuchemos.

Movió un interruptor.

Traducido por: cuketa\_luminosa  
Corregido por Emii\_Gregori

*¿De qué sirve una Llave entre billones de prisioneros?*

— *Diario del Señor Calliston*

—Trató de detenerme de encontrarte —dijo Claudia. Caminó hacia él por el pasillo oscuro.

—Nunca deberías haber venido al interior —Finn se sintió sobrecogido. Ella estaba tan fuera de lugar, con el aroma de rosas y el aire fresco extraño que le atormentaba. Sentía que quería rascar algún picor en su mente, en lugar de eso se pasó una mano sobre sus ojos cansados.

—Ven conmigo ahora —ella le tendió la mano—. ¡Ven rápido!

—Esperen un minuto —Keiro se puso de pie—. Él no va a ninguna parte sin mí.

—O sin mí —murmuró Attia.

—Todos ustedes pueden venir entonces. Debería ser posible —Luego su cara se cayó.

Finn dijo: —¿Qué es?

Claudia se mordió el labio. De pronto se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo hacer esto. No había habido portal en este lado, silla o panel de control, ella se había encontrado en una celda vacía. Y no sabía el camino de vuelta a allí, incluso si el lugar era importante.

—Ella no puede hacerlo —dijo Keiro. Él vino y se quedó mirándola de cerca, y aunque le molestaba, ella lo miró con calma de nuevo.

—Por lo menos tengo esto —tomó la Llave del bolsillo y se la tendió. Vieron que era idéntica a la que conocían, aunque su fabricación y acabado parecía mejor, la perfecta águila en quietud.

Finn se llevó la mano al bolsillo. Estaba vacío. Alarmado, se volvió.

—Está aquí, muchacho tonto —Gildas se agarró de la pared y se puso en posición vertical. Él era canoso, con la cara sudorosa. Tenía la Llave agarrada con tanta fuerza en sus manos que la piel alrededor de los nudillos era blanca mientras se le marcaban los huesos.

—¿De verdad vienes desde el Exterior? —respiró él.

—Así es, Maestro —caminó hacia él y alargó la mano para que la sintiese—. Y Sapphique escapó. Jared descubrió que tiene seguidores por ahí. Le llaman El Nueve Dedos.

Él asintió, y ellos vieron que había lágrimas en sus ojos. —Ya lo sé. Siempre he sabido que él era real. Este chico lo ha visto en las visiones. Pronto voy a verlo.

Su voz era ronca, pero hubo un temblor en él que Finn no había oído nunca. Extrañamente asustado dijo: —Necesitamos la Llave, Maestro.

Por un momento pensó que el Sapient no la soltaría; hubo un breve intervalo, cuando los dedos de Gildas y los suyos alcanzaron el cristal.

El viejo miró hacia abajo. —Siempre he confiado en ti, Finn. Nunca creí que fueras del Exterior, y yo estaba equivocado en eso, pero tus visiones de las estrellas nos han llevado a Escapar, como sabía que lo harían, desde el primer día que te vi mentir acurrucado en ese carro. Este es el momento para el que he vivido.

Sus dedos se abrieron; Finn sintió el peso de la Llave.

Miró a Claudia. —¿Y ahora qué?

Ella respiró hondo, pero no fue su voz la que contestó. Attia estaba en las sombras detrás de Keiro, ella no se presentó, pero sus palabras fueron cortantes. —¿Qué pasó con el bonito vestido?

Claudia frunció el ceño. —Lo tiré.

—¿Y la boda?

—Cancelada.

Los brazos de Attia estaban envueltos alrededor de su delgado cuerpo. —Así que ahora quieres a Finn.

—Giles. Su nombre es Giles. Sí, lo quiero. El Reino necesita a su Rey. Alguien que haya visto fuera del Palacio y el Protocolo. Alguien que haya estado directamente en las profundidades. —Dejó que su molestia saliera con sus palabras, con cólera—. ¿No es eso lo que quieres también? ¿Alguien que pueda poner fin a la miseria de Incarceron porque sabe lo que es?

Attia se encogió de hombros. —Es a Finn a quien deberías preguntar. Podrías estar llevándolo de una Prisión hacia otra.

Claudia la miró y Attia le devolvió la mirada. Fue la risa fría de Keiro la que rompió el silencio. —Sugiero ordenar todo esto en el nuevo mundo Exterior. Antes de que la Prisión tiemble de nuevo.

Finn dijo: —Tiene razón. ¿Cómo hacemos esto?

Ella tragó saliva. —Bueno... supongo que... usaremos la Llave.

—Pero, ¿dónde está la puerta?

—No hay ninguna puerta —Eso fue duro, todos la miraron—. No... como piensan.

—Entonces, ¿cómo has llegado hasta aquí? —Keiro preguntó.

*"One of the best  
books I have ever written  
for a long time."  
—The Times, London*



—Es... difícil de explicar —Mientras hablaba sus dedos se movían sobre los controles ocultos de la Llave, haciendo que zumbara, las luces se movían dentro de ella.

Keiro saltó hacia adelante. —¡Oh, no, Princesa! —Él se la arrancó, y ella tiró de vuelta, pero él tenía la espada desenvainada y señaló a su garganta—. No hay trucos. Nos vamos todos juntos o nadie.

Furiosa, ella dijo: —Ese es el plan.

—Baja el arma —le espetó Gildas.

—Ella está tratando de llevárselo. Y dejarnos aquí.

—No estoy...

—¡Dejen de hablar de mí como si fuera un objeto! —gruñó Finn silenciando a todos. Él pasó una mano por su pelo, y su cuero cabelludo estaba mojado y sus ojos picaban. Su aliento parecía escaso. Un ataque ahora sería imposible, le temblaban las manos y las sentía inflamadas.

Y entonces supo que estaba cayendo en ello, debía estar, porque detrás de Gildas la pared se estremeció, y mirándolos, enorme y sombrío, estaba Blaize.

Los ojos grises del Sapient los contemplaba, su imagen era enorme en una habitación blanca de paredes limpias. —Tengo miedo —dijo—, de que el Escape no sea tan fácil como parece pensar mi hija.

Todos estaban viéndolo. Keiro bajó la espada. —Así que es eso —dijo—, y mira lo contenta que está de verte.

Finn, miró a Claudia y volvió a la imagen. Ahora veía que la cara del Guardián le era familiar, las costras lo habían dejado, era más delgado, y había una tensión refinada alrededor de los ojos.

Claudia miró. —No me llames tu hija —Su voz era dura y fría—. Y no trates de detenerme. Estoy sacándolos a todos y tú...

—No puedes sacarlos a todos —El Guardián sostuvo su mirada—. La Llave sacara sólo a una persona. Su copia, si funciona, hará lo mismo. Toca el ojo negro del águila. Vas a desaparecer, y reaparecer aquí. —Sonrió con calma—. Esa es la puerta, Finn.

Horrorizada, ella lo miró fijamente. —Estás mintiendo. Me sacaste.

—Eras un bebé. Pequeña. Tomé una oportunidad. —Había una voz en la sala, él se volvió y Claudia vio a Jared detrás de él, de pie pálido y cansado.

—¡Maestro! ¿Es cierto?

—No tengo forma de saberlo, Claudia. —Parecía triste, el pelo negro enmarañado—. Sólo hay una manera de averiguarlo, y será en un intento.

Miró a Finn.

—No tú. —Fue Keiro quién se movió—. Finn y yo vamos en primer lugar, y si funciona volveré por el Sapient. —Sacó su espada mientras Claudia sacaba la suya—. Deja eso, Princesa, o te corto el cuello.

Ella agarró la empuñadura de cuero, pero Finn dijo: —Hazlo, Claudia. Por favor. Él miraba a Keiro, mientras ella bajaba la espada y veía como él se acercaba y decía: —¿De verdad crees que me iría y les dejaría? Dale la Llave.

—De ninguna manera.

—Keiro...

—Eres estúpido, Finn. ¡No ves que esto es una trampa! Tú y ella se desvanecerán y estaría hecho. Nadie se tomaría la molestia de volver por el resto de nosotros.

—Lo haré.

—No te lo permitirán. —Keiro se acercó a él—. Una vez que tengan a su Príncipe perdido, ¿por qué preocuparse de la escoria criminal? ¿Del perro hembra y del medio hombre? Una vez que estés de vuelta en tu palacio, ¿por qué pensar en nosotros?

—Te juro que volveré.

—Claro que sí. ¿No es eso lo Sapphique dijo?

En la quietud Gildas se sentó bruscamente, como si su fuerza se hubiese ido. —No me dejes aquí, Finn—murmuró.

Finn meneó la cabeza, completamente cansado. —No podemos dejar a Claudia aquí, sea lo que sea lo que el resto de nosotros decidamos. Ella vino a rescatarnos.

—Duro. —Los ojos azules de Keiro eran implacables—. Ella fue un prisionero, una vez. Puede serlo otra vez. Yo voy primero. Para saber lo que te espera ahí fuera. Y si funciona, como he dicho, voy a volver.

—Mentira —espetó Attia.

—No me puedes detener.

El Guardián se echó a reír en voz baja. —¿Es este el héroe que tú crees que es Giles, Claudia? ¿El hombre para gobernar el Reino? Ni siquiera puede controlar esta chusma.

Al instante Finn se movió. Le tiró la Llave a Claudia; tomando a Keiro con la guardia baja, tomó la espada. La ira rugió en él, la ira en todos ellos, en la sonrisa del Guardián, en el miedo y la debilidad en sí mismo. Keiro se tambaleó hacia atrás, recuperándose rápidamente, él puso la hoja hacia arriba, ambos la tenían, y luego Finn la había arrancado de su agarre.

Keiro no se inmutó cuando la hoja brilló en su rostro. —No vas a usar eso conmigo. El corazón de Finn le latía con fuerza. Su pecho se agitaba. Detrás de él Attia susurró: —¿Por qué no, Finn? Mató a la Maestra. Ya lo sabes, ¡lo has sabido siempre! Tenía la nariz cortada. Jormanric no.

—¿Es cierto? —Apenas reconoció su propia voz baja.

Keiro sonrió. —Haz tu propia opinión.

—Dime.

—No. —Su hermano de juramento tenía la Llave en un puño—. Es tu elección. No me justificare ante nadie.

Su corazón latía tan fuerte, dolía. Llenaba la Prisión, golpeó hacia todos los corredores, en todas las celdas.

Arrojó la espada hacia abajo. Keiro saltó por ella, Finn la pateó lejos. De pronto estaban luchando, todo el aliento de Finn salió en un vicioso golpe en el estómago, la cruel habilidad de Keiro lo derribó. Claudia estaba gritando, Gildas rugiendo de ira, pero a él no le importaba ahora, trepando, se lanzó sobre Keiro, agarrando la Llave. Obstaculizado por el frágil cristal Keiro se agachó y entonces golpeó otra vez; Finn lo tenía alrededor de la cintura para abajo, pero a medida que él caía, Keiro dio una patada que lo envió tambaleándose hacia atrás.

Keiro enturbiado, se levanta. La sangre brotaba de sus labios. —Ahora vamos a ver, hermano —siseó. El tocó el ojo negro del ave.

Una luz.

Era tan brillante, que quemó sus ojos.

Aumentaba en torno a Keiro, se lo tragó, y hubo un ruido en ella, un gemido que fue doloroso, una afilada nota discordante que cortaba instantáneamente.

La luz escupió.

Y Keiro todavía estaba allí.

En el silencio la risa del Guardián era fría y lamentable. —Ah —dijo—, me temo que eso significa que no funcionará para ti. Es probable que los componentes metálicos en tu cuerpo vuelvan el proceso inválido. Incarceron es un sistema cerrado; sus propios elementos nunca pueden salir.

Keiro quedó inmóvil.

—¿Nunca? —respiró.

—No a menos que los componentes hayan sido eliminados.

Keiro asintió con la cabeza. Su rostro era sombrío y sonrojado. —Si eso es lo que se necesita. —Dio un paso hacia Finn y le dijo—: Consigue tu cuchillo.

—¿Qué?

—Ya has oído.

—¡No puedo hacer eso!

Keiro se echó a reír con amargura. —¿Por qué no? Keiro El Nueve Dedos. Siempre me he preguntado sobre que fue el sacrificio de Sapphique.

Gildas gimió. —Muchacho, estás sugiriendo...

—Tal vez más de nosotros nacemos de la Prisión de lo que pensábamos. Tal vez tú lo eres, viejo. Pero no voy a dejar que un dedo me retenga aquí. Saca el cuchillo.

Finn no se movió, pero Attia sí. Ella sacó una pequeña cuchilla que siempre llevaba y se la ofreció a él. Él la tomó lentamente. Keiro puso la mano en el suelo, los dedos hacia fuera. La uña metálica tenía el mismo aspecto que las demás. —Hazlo ahora —dijo.

—No puedo...

—Puedes. Por mi bien.

Se miraron uno a otro. Finn se arrodilló. Su mano temblaba. Puso el borde de la cuchilla sobre la piel de Keiro.

—Espera —le espetó Attia. Se agachó—. ¡Piensa! Tal vez no sea suficiente. Como has dicho, ninguno de nosotros sabemos lo que estamos haciendo dentro. Tiene que haber otro camino.

Los ojos de Keiro eran azules y blancos con desesperación. Dudó.

Durante un buen rato se quedó allí inmóvil, y luego cerró la mano y asintió lentamente. Miró hacia abajo a la Llave y se la tendió a Finn.

—Entonces voy a tener que encontrarlo. Disfruta de tu reino, hermano. Gobierna bien. Cuida tu espalda.

Finn estaba demasiado conmocionado como para responder. Un martilleo lejano les hizo mirar hacia arriba.

—¿Qué es eso? —Claudia le preguntó.

Jared dijo rápidamente: —Es aquí. Evian hizo su atentado y está muerto. Los guardias de la Reina están en la puerta.

Miró a su padre. Él dijo: —Tienes que volver, Claudia. Trae al chico. Lo necesito ahora.

—¿Es realmente Giles? —preguntó ella con dureza.

La sonrisa del Guardián era invernal. —Él lo es ahora.

Cuando sus palabras acabaron la pantalla quedó en blanco. Una onda de movimiento corrió por el pasillo; Finn miró a su alrededor con inquietud.

Estruendo de ladrillos desde la bóveda.

Luego miró hacia arriba y vio el pequeño Ojo rojo zumbear y hacer clic en él.

—Oh, sí —dijo la voz en voz baja—. Todos ustedes se habrán olvidado de mí. ¿Y por qué debo dejar que cualquiera de mis hijos se marche?

## 34

Traducido por cYeLy DiviNNA  
Corregido por Nanis

*Se despertó y los encontró a su alrededor.*

*El viejo, el cojo, el enfermo, y el medio hombre.*

*Escondió la cabeza y se llenó de vergüenza y de ira.*

*—Les he fallado —dijo—. Yo he viajado hasta ahora y he fracasado.*

*—No es así —respondieron—. Hay una puerta que conocemos, una puerta pequeña y secreta. Ninguno de nosotros se atreve arrastrarse a través de ella, en caso de que muera allí. Si prometes volver por nosotros, te la mostraremos.*

*Sapphique era ágil y esbelto. Los miró con sus ojos oscuros.*

*—Llévenme allí —susurró.*

*—Leyendas de Sapphique*

—¿Qué pasó? —Jared se quedó sin aliento—. La prisión ha interferido —el Guardián dijo entre dientes con furia. Sus dedos se movían con rapidez en los controles.

—Bueno, párala. ¡Ordena que...

—No puedo hacer que los de Incarceron me obedezcan —el Guardián lo miró—. Nadie lo ha hecho durante siglos. Las normas de la prisión, solo obedecen al Maestro. Yo no tengo poder sobre ella —luego, en voz tan baja que Jared apenas escuchaba—, se ríe de mí.

Consternado, Jared se quedó mirando la pantalla en blanco. Afuera, un puño golpeó de nuevo en las puertas de bronce.

Una voz tronó. —¡Guardián! ¡Abra! La Reina exige su presencia.

—Evian ha hecho un mal trabajo de asesinato —dijo el Guardián. Él levantó la vista—. No temas, incluso llevo hacha. Ella piensa que estuvo involucrado.

—Tal vez. Es una buena excusa para librarse de mí. No habrá matrimonio ahora —Jared negó con la cabeza—. Entonces se terminó todo.

—En ese caso, Maestro, necesitamos su ayuda —los ojos grises estaban fijos en él—. Para aras de Claudia tenemos que trabajar juntos.

Jared asintió lentamente. Tratando de ignorar los golpes furiosos, dio la vuelta a los controles y los examinó con cuidado. —Esto es tan viejo. Muchos de los

símbolos están en el Sapient — miró hacia arriba—. Vamos a tratar de hablar con Incarceron en el lenguaje de sus creadores.

\*\*\*

El sismo en la prisión fue rápido y repentino. La planta cayó; las paredes se vinieron abajo. Finn agarró a Keiro; juntos cayeron contra una puerta que se venció por su peso, lanzándolos a su interior.

Claudia fue detrás de ellos, pero Attia, dijo: —¡Ayúdame con él! —Gildas estaba doblado, jadeando.

Claudia volvió a subir a toda prisa, retorció el brazo por encima de su hombro, y luchó por llevarlo a la celda, donde Finn les atrapó y cerró bien la puerta, él y Keiro trabaron una madera de división. Fuera escuchaban con consternación que los escombros caían. El corredor fue bloqueado sin duda.

—Pero no creo que se me pueda bloquear, ¿verdad? —Incarceron se rió ruidosamente—. Nadie puede hacer eso. Soy ineludible.

—Sapphique escapo —la voz de Gildas era una raspa de dolor, pero escupió las palabras. Su mano agarró el pecho, que sacudió incontrolablemente—. ¿Cómo hizo eso, sin la Llave? ¿Hay otra salida, que sólo descubrió? ¿Una forma tan secreta, tan sorprendente, que no se puede bloquear? ¿Una forma que no necesita la puerta y la maquinaria? ¿Incarceron? ¿El miedo, siempre mirando, siempre escuchando?

—Me temo que nada.

—No es lo que me dijo —replicó Claudia. Ella estaba respirando con fuerza, miró a Finn—. Tengo que volver. Jared está en problemas. ¿Quieres venir?

—No puedo dejarlos. Lleva al viejo contigo.

Gildas se echó a reír, su cuerpo se convulsionó en silbantes jadeos. Attia se apoderó de sus manos, y luego volvió la cabeza.

—Se está muriendo —susurró ella.

—Finn —graznó el Sapient.

Finn se puso en cuclillas, enfermo con la picazón detrás de sus ojos. Las lesiones de Gildas eran internas, pero el temblor de sus manos, el sudor y la palidez de su rostro era demasiado claras.

El Sapient llevó su boca a la oreja de Finn. —Muéstrame las estrellas —susurró.

Finn miró a los otros. —No puedo...

—Entonces permíteme —dijo la prisión. El rayo de luz en la celda se apagó. Un ojo rojo fue una chispa en la esquina de la pared—. Mira la estrella, anciano. Esta es la única estrella que nunca van a ver.

—¡Deja de atormentarlo! —Finn aulló con una furia que sobresaltó a todos. Y luego para asombro de Claudia, se volvió a Gildas y estrechó su mano—. Ven conmigo —dijo—. Voy a mostrarte.

El vértigo de su mente lo invadió y lo dejó. Se dirigió deliberadamente a la oscuridad y arrastró al anciano con él, y el lago a su alrededor brillaba bajo linternas flotantes, azul, púrpura y oro, y el barco era sacudido por debajo de él mientras veían las estrellas.

Ardía la noche de verano. Al igual que el polvo de plata que estaba en el cosmos como si una gran mano lo hubiera dispersado, y su misterio encantara la negrura aterciopelada. Junto a él, Finn sintió el asombro del viejo.

—Estas son las estrellas, Maestro. Mundos enteros, muy lejanos, que parecen pequeños, pero en realidad son más enormes que nada que conocemos.

El agua del lago rodaba.

Gildas, dijo: —Hasta el momento, son tantas.

Una garza se levantó del agua con gracia. En la orilla la música sonaba dulce; voces se reían suavemente.

El viejo dijo con voz ronca: —Tengo que ir con ellos ahora, Finn. Tengo que ir a buscar a Sapphique. No se han contenido, ya sabes, sólo para estar fuera. Ni una sola vez había visto esto.

Finn asintió con la cabeza. Sintió el desamarrar del barco bajo sus pies, el golpe y el deslizamiento de las olas. Sintió los dedos del anciano en su afloje. Y mientras miraba a ellos, las estrellas crecieron y se quemaron convirtiéndose en llamas, llamas pequeñas en las puntas de las velas pequeñas, y les estaba apagando, soplaba con todo su aliento, toda su energía. Se desvaneció, y él se echó a reír, una risa de triunfo grande, y todas las personas se rieron con él, el Rey en su abrigo rojo, y Bartlett, y su nueva madrastra pálida, y todos los cortesanos y las enfermeras y los músicos, y la niña en el precioso vestido blanco, la chica que había llegado ese día, que dijo sería su amiga especial.

Ella lo miraba ahora. Ella dijo: —Finn. ¿Me oyes?

Claudia.

\* \* \*

—Está listo —Jared miró hacia arriba. —Hablas, y la traducción será instantánea — el Guardián seguía el ritmo, escuchando las voces de fuera, y luego él vino y se puso en la mesa, los brazos cruzados.

—Incarceron —dijo.

Silencio. Luego, en la pantalla, un pequeño punto de luz roja. Era pequeño, como una estrella. Contemplándolos decía: —¿Quién está hablando la lengua de edad? —la voz era incierta. Parecía haber perdido algo de su eco con estruendos.

El Guardián miró a Jared. Luego dijo en voz baja: —Sabes quién es, mi padre. Es Sapphique.

Jared abrió los ojos, pero se quedó en silencio.

Hubo otro silencio. Esta vez, el Guardián fue quien lo rompió. —Me dirijo a ti en el idioma de la Sapienti. Te ordeno no hacer daño a Finn.

—Él tiene la Llave. A ningún recluso se le permite escapar.

—Pero tu enojo puede hacerle daño. Y a Claudia —la voz del Guardián cambió cuando dijo su nombre. Jared no estaba seguro.

Un momento de silencio. Entonces: —Muy bien. Por ti, hijo mío.

El Guardián hizo una seña a Jared para cortar la comunicación, pero cuando su dedo se acercó al panel, la Prisión, dijo en voz baja: —Pero si eres Sapphique, hemos hablado a menudo antes. Lo recordarás.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo el Guardián con cautela.

—Sí. Me diste el Homenaje que necesitaba. Te cacé y me frustró. Te escondiste en los agujeros y robaste los corazones de mis hijos. Dime, Sapphique, ¿cómo escapaste de mí? Después de que herí, después de la terrible caída en la oscuridad, ¿qué puerta encontraste que había pasado por alto? ¿A través de qué rendija te arrastraste? ¿Y dónde estás ahora, por ahí en los lugares que no puedo ni siquiera imaginar?

La voz era melancólica, el Guardián miró al ojo de la pantalla. Estaba callada y respondió. —Eso es un misterio que no puedo revelar.

—Es una pena. Ya ves, no me dan ninguna manera de ver fuera de mí. ¿Puedes imaginar, Sapphique, que el vagabundo, el gran viajero, no puede ni siquiera soñar con cómo se va a vivir para siempre atrapado en su propia mente, viendo sólo las criaturas que lo habitan? Ellos me hicieron fuerte y me hicieron defectuosa. Y sólo tú, cuando regreses, puedes ayudarme.

El Guardián se quedó inmóvil. La boca seca, Jared apago el interruptor. Sus manos temblaban y estaban húmedas de sudor. Cuando vio la pantalla, se desvaneció el ojo.

\* \* \*

Finn vio borroso y todo su cuerpo se había vaciado. Se quedó torcido, y sólo Keiro con su brazo le mantuvo la cabeza en el suelo. Pero por un momento, antes de que el hedor de la prisión lo arrastrara hacia atrás, antes de que el mundo lo supiera, él sabía que era un príncipe, el hijo de un príncipe, que era de oro como la luz del sol, que una mañana había entrado en un bosque como en un cuento de hadas pero nunca salió.

—Bebe un poco de esto —Attia le dio agua y tomo un trago, tosió y trató de sentarse.



—Se pone peor —Keiro decía a Claudia—. Esto es lo que tu padre ha hecho con él —ella lo ignoró y se inclinó sobre Finn—. El sismo en la prisión se ha detenido. Sólo se quedó en silencio.

—¿Gildas? —Finn murmuró.

—El viejo se ha ido. No tiene que preocuparse más por Sapphique —la voz de Keiro

fue áspera. Finn vio al Sapiient acostado en los escombros, con los ojos cerrados, su cuerpo rizado, como si él durmiera. En el dedo, suelto y sin brillo, como si Keiro le hubiera empujado allí en algún vano esfuerzo por salvarlo, brillando el cráneo del anillo.

—¿Qué hiciste? —Claudia le preguntó—. Dijo... cosas raras.

—Le mostré el camino de salida —Finn consideró. No quería hablar de ello ahora, no para decirles lo que él pensó que se había acordado, por lo que se incorporó lentamente y dijo—: ¿Han intentado el anillo en él?

—No funcionó. Tenía razón acerca de eso también. Tal vez ninguno de ellos funcionó —Keiro empujó la Llave en sus manos—. Ve. Sal ahora. Consigue al Sapiient para diseñar una Llave para mí. Y envía a alguien por la chica.

Finn miró Attia. —Voy a volver. Te lo juro.

Attia sonrió, pálida, pero Keiro dijo: —Ve cómo hacerlo. No quiero estar pegado con ella.

—Y para ti también. Voy a conseguir a todos los Sapiienti en mi reino. Hicimos una promesa, hermano. No creas que lo he olvidado.

Keiro se echó a reír. Su hermoso rostro estaba sucio y golpeado, su cabello sin brillo por la suciedad, por la capa de ruinas. Pero él era el único, Finn pensó, que parecía un príncipe. —Tal vez. O tal vez esta es tu oportunidad de librarte de mí. Tal vez tienes miedo de que te vaya a matar y ocupe tu lugar. Si no vuelves, créeme, lo haré.

Finn sonrió. Por un momento se miraron unos a otros a través de la celda inclinada, a través de las esposas y grilletes.

A continuación, Finn se volvió a Claudia. —Tú primero.

Ella dijo: —¿Vas a venir?

—Sí.

Ella lo miró, y luego a los demás. Rápidamente tocó el ojo del águila y se fue, en un brillo que hizo a todos jadear.

Finn miró la Llave que tenía. —No puedo —dijo.

Attia sonrió brillantemente. —Confío en ti. Voy a esperar —pero el dedo no se movió, se detuvo por encima de los ojos oscuros del águila, por lo que extendió la mano y la apretó para él.

Claudia se encontró sentada en la silla en medio de un tumulto de voces y percusión.

Fuera de la puerta la voz de Caspar estaba gritando: —¡...bajo arresto por alta traición. Guardián! ¿Me escucha? —el bronce resonó a los frenéticos golpes.

Su padre le tomó la mano y la levantó en sus pies. —Mi querida. ¿Dónde está nuestro joven príncipe?

Jared estaba mirando la puerta de bronce con la hebilla hacia adentro. Él lanzó una mirada rápida, a Claudia.

Tenía el pelo enredado, la cara sucia. Un olor extraño colgaba a su alrededor. Ella dijo: —Justo detrás de mí.

Finn estaba sentado en una silla, pero esta habitación estaba a oscuras, una pequeña celda, como la que recordaba desde hace mucho tiempo, antigua, las paredes de grasa con nombres tallados.

Frente a él estaba sentado un hombre delgado de pelo oscuro. Por un momento pensó que se trataba de Jared, y entonces él sabía quién era.

Miró a su alrededor, confundido. —¿Dónde estoy? ¿Es esto afuera?

Sapphique estaba sentado contra la pared, las rodillas dobladas.

Él dijo en voz baja: —Ninguno de nosotros tiene mucha idea de dónde estamos.

Tal vez toda nuestra vida estamos demasiado preocupados con el lugar, y no basta con eso.

Los dedos de Finn se cerraron en la Llave de cristal. —Déjame ir —suspiró.

—No soy yo quien te lo impide —Sapphique vio a Finn y sus ojos eran oscuros y las estrellas eran puntos de luz en el interior de ellos—. No nos olvides, Finn. No te olvides de la oscuridad, el hambre y los quebrantados, los asesinos y matones. Son prisiones con prisioneros, y que habitan en lo más profundo.

Él extendió su mano y tomó un trozo de cadena de la pared, que tintineaba, el óxido se derramaba fuera. Metió las manos dentro de los enlaces. —Como tú, yo salí del Reino. No sé lo que esperaba. Y yo hice una promesa también —dejó caer el metal en el suelo, un enorme accidente, y Finn vio el dedo mutilado—. Tal vez eso es lo que te aprisiona.

Se volvió hacia un lado y le hizo señas. Una sombra se levantó a su espalda y caminó hacia adelante, y Finn ahogó un grito, porque era la Maestra. Tenía la misma altura, desgarbada, el pelo rojo, los ojos de desprecio. Se quedó mirando a Finn y sentía que una cadena lo retenía, invisible y se cerraba al final de la misma, porque no podía mover la mano o el pie.

—¿Cómo puedes estar aquí? —susurró—. Caíste.

—¡Oh, sí, me caí! A través de los reinos y los siglos. Al igual que un pájaro con un ala rota. Como un ángel enviado a la Tierra —apenas podía decir si era su voz o la de Sapphique. Pero la ira era de ella—. Y todo eso fue culpa tuya.

—Yo... —él quería culpar a Keiro o Jormanric. Cualquiera persona. Sin embargo, dijo—: lo sé.

—Recuerda eso príncipe. Aprende de ello.

—¿Está vivo? —le llamó la atención con la vergüenza de edad, se hacía difícil hablar.

—Incarceron no pierde nada. Estoy vivo en sus profundidades, en sus celdas, las celdas de su cuerpo.

—Lo siento.

Ella envolvió su abrigo a su alrededor con la dignidad de la edad. —Si es así, eso es todo lo que pido.

—¿Vas a tenerlo aquí? —Sapphique murmuró.

—¿Mientras me mantenga? —ella se rió con calma—. No necesito un rescate por mi perdón. Adiós, muchacho asustado. Cuida mi Llave de cristal.

La celda quedo borrosa y abierta. Se sentía como si fuera arrastrado por una conmoción cerebral un cegamiento de piedra y carne, enormes ruedas de hierro retumbaban sobre él, fue abierto y cerrado, dividido y remendado.

Se levantó de la silla y la figura oscura tendió una mano para sostenerlo.

Y esta vez era Jared.

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”

—The Times, London

Traducido por AndreaN y Cowdiem  
Corregido por kuami

*He caminado por una escalera de espadas.*

*He usado un abrigo de cicatrices.*

*He jurado con palabras huecas.*

*He mentido a mi camino a las estrellas.*

— *Canciones de Sapphique.*

La puerta se estremeció.

—No te preocupes. Nunca se romperá. —Tranquilo, el Guardián estudió a Finn—.

Así que este es el que crees que es Giles.

Ella lo miró. —Tú deberías saberlo.

Finn miró a su alrededor. La habitación era tan blanca que dolía, el brillo de las luces hacia que sus ojos picaran.

El hombre que reconoció como Blaize se rió ligeramente, cruzando los brazos. —En realidad, no importa si lo es o no. Ahora que lo tienes, tendrás que hacerlo Giles. Porque sólo él se para entre tú y el desastre. —Curioso, él se paro más cerca de Finn—. ¿Qué piensas, Prisionero? ¿Quién crees que eres?

Finn se sentía tembloroso e inmundo; repentinamente supo que su piel estaba horrible por la suciedad, que apestaba en este cuarto esterilizado.

—Yo... creo que recuerdo. El contrato.

—¿Estás seguro? ¿O no podría ser que esos son recuerdos que alguien más tenía, que ahora están enterrados en ti, filamentos de pensamientos atrapados en tejidos prestados, que la Prisión construyo dentro de ti? —él sonrió con su fría sonrisa.

—Apenas lo descubrimos, —Claudia chasqueó—. Antes del Protocolo.

—Sí. —El Guardián se giró hacia ella—. Y ese problema te lo dejare a ti.

Finn observo lo pálida que estaba, lo furiosa. Ella dijo: —Toda mi vida me hiciste creer que era tu hija. Y todo era una mentira.

—No.

—¡Sí!

—Me elegiste, me educase, me formaste... ¡Incluso me dijiste todo eso! Creaste una criatura que sería justo lo que querías, que sería dócil y se casaría con quien tú decidieras y sería lo que tú quisieras. ¿Qué me pasaría a mí después? ¿Acaso la

pobre Reina Claudia sufriría un accidente también, dejando sólo al Guardián para ser Regente? ¿Ese era el plan?

Él encontró sus ojos, y los suyos estaban claros y grises. —Sí lo era, lo cambie porque crecí para amarte.

—¡Mentiroso!

Jared dijo infelizmente, —Claudia, yo... —pero el Guardián levantó su mano.

—No, Maestro, déjeme explicar. La elegí, sí, y libremente admito que al principio tú fuiste un recurso para un final. Un bebe llorón que yo vi lo menos posible. Pero mientras crecías, yo llegue... a mirar hacia delante para verte. A la manera en que hacías una reverencia hacia mí, me mostrabas tu trabajo, eras tímida conmigo. Y te has vuelto querida para mí.

Ella lo miró, sin querer escuchar eso, o creerle. Quería mantener su furia brillante, nuevamente acuñada como una moneda.

Él se encogió de hombros. —No fui un buen padre. Por eso lo siento.

En la tranquilidad entre ellos el martilleo sonó de nuevo, aun más ruidoso. Jared dijo urgentemente: —Difícilmente importa, señor, lo que hiciste o quién es este chico. Todos estamos condenados ahora. No hay escape de la muerte a menos que todos entremos a la Prisión.

Finn murmuro: —Tengo que regresar por Attia. —Él levantó su mano hacia Claudia para que le entregara la otra Llave; pero ella sacudió su cabeza.

—Tú no. Yo regresare. —Acercándose, ella tomo la copia de cristal de él y comparó las dos—. ¿Quién hizo esto?

—Lord Calliston. El Lobo de Acero. —El Guardián observo el cristal—. A menudo me había preguntado si los rumores eran verdad, si una copia existía, en algún lugar de las profundidades de la Prisión.

Ella movió su dedo a través del panel, pero él la detuvo. —Espera. Primero debemos asegurarnos de nuestra propia seguridad, o la chica estará mejor en donde está.

Claudia lo miró. —¿Cómo puedo volver a confiar en ti de nuevo?

—Debes hacerlo. —Él puso un dedo en sus labios y asintió. Luego, caminando a través de la celda blanca, toco el control de la puerta y dio un paso atrás.

Dos soldados se cayeron de cabeza dentro del cuarto.

Detrás de ellos, el ariete en cadenas se balanceo en el aire vacío. Las espadas fueron estiradas, con agudos susurros de acero.

—Por favor entren, —el Guardián dijo graciosamente.

La Reina misma estaba ahí, Claudia vio con shock, usando una capa oscura.

Detrás de su madre Caspar la miró. —Nunca te perdonaré, —él gruño.

—Cállate. —Su madre caminó pasándolo hacia el cuarto, deteniéndose ante el extraño temblor de energía en el umbral, luego miro alrededor—. Fascinante. Así que este es el Portal.

—En efecto. —El Guardián se inclinó—. Estoy feliz de verla tan bien.

—Eso lo dudo mucho. —Sia se detuvo delante de Finn. Ella lo miró de arriba abajo y su cara empalideció.

Ella presionó sus labios rojos fuertemente.

—Sí, —el Guardián dijo suavemente—. Desafortunadamente un Prisionero ha escapado.

Furiosa, ella se giró hacia él. —¿Por qué has hecho esto? ¿Qué traición estas tramando?

—Ninguna. Todos podemos salir de esto seguramente. Todos nosotros. Sin secretos derramados, ni asesinatos. Obsérveme.

Él se deslizó hacia el escritorio de control, tocó una combinación de interruptores, y se alejó. Claudia observaba fijamente, porque la pared palideció y mostró una imagen que le tomó un momento reconocer. En un enorme salón los cortesanos se apiñaban con el zumbido del escándalo. La comida a medio devorar yacía ignorada en las enormes mesas. Los sirvientes comentaban en grupos ansiosos.

Era su festín de bodas.

—¿Qué estás haciendo? —la Reina espetó, pero era muy tarde.

El Guardián dijo: —Amigos. —Cada cabeza de la habitación se giró. Los comentarios se acallaron con tranquilo estupor.

Después de cientos de años de Protocolo la enorme pantalla de la parte posterior del trono, probablemente había sido olvidada; ahora Finn miraba fijamente hacia afuera, hacía la Corte a través de un cuadro de telarañas, una capa de mugre.

—Por favor perdonen todas las inesperadas confusiones del día —dijo el Guardián con gravedad—. Todo lo que les pido a todos, embajadores extranjeros, cortesanos, duques y Sapienti, señoritas y viudas, es que omitan este incumplimiento del Protocolo. Pero un maravilloso día ha despuntado, y un gran error ha sido corregido.

La Reina parecía demasiado sorprendida como para hablar; Claudia casi se sentía igual. Pero se movió; tomó el brazo de Finn y tiró de él acercándolo a ella. Estaban de pie juntos enfrentando a los desconcertados y fascinados rostros de la Corte mientras su padre decía: —Mirad. El príncipe que pensamos estaba perdido, el heredero de su padre, la esperanza de la Corte, Giles, ha retornado a nosotros.

Miles de ojos miraron fijamente a Finn. Él devolvió la mirada, viendo a cada uno en los puntos de luz, sintiendo su intensa curiosidad, sus dudas, descendiendo directamente a su alma. ¿Era así como sería, ser Rey?

—Con su enorme sabiduría la Reina encontró necesario ocultarlo seguro en exilio debido a la conspiración en contra de su vida —el Guardián dijo suavemente—. Pero al fin, después de muchos años, ese peligro ha finalizado. Los conspiradores han fallado, y están arrestados. Todo está en calma de nuevo.

Él miró hacia la Reina; la furia estaba en cada pulgada de su estirada espalda, pero cuando ella habló, su voz era agradablemente alegre. —Mis amigos, ¡estoy tan maravillada! El Guardián y yo hemos trabajado tanto para contrarrestar esta amenaza. Quiero que preparen el banquete ahora, para la llegada del Príncipe. En vez de boda, una gran bienvenida, pero un maravilloso día, justo como habíamos planeado.

La Corte estaba en silencio. Luego, desde la parte de atrás, un imperceptible grito de alegría sonó.

Ella hizo un gesto con la cabeza; el Guardián tocó el panel. La pantalla se oscureció.

Ella tomó aliento profundamente. —Nunca, nunca te perdonaré por esto —dijo con tranquilidad.

—Lo sé. —John Arlex movió otro interruptor ociosamente. Se sentó, con una pierna cruzada sobre la otra, y su oscuro abrigo de brocado brillando, luego se estiró y tomó ambas Llaves de donde Claudia las había dejado y las sostuvo centelleando en sus manos.

—Que pequeños cristales —murmuró—. ¡Y qué inmenso poder contenido en ellos! Supongo Claudia, querida, que si uno no puede ser el regidor de un mundo, uno debe buscar otro mundo para conquistar. —Él miró hacia Jared—. Se la dejo Maestro. Recuerde nuestra conversación.

Los ojos de Jared se agrandaron; él gritó: —¡Claudia! —pero ella ya sabía lo que estaba pasando. Su padre estaba sentado en la silla del Portal, sabía que debía correr hacia adelante, lanzarse y quitarle las Llaves, pero no podía moverse, como si el poder de su terrible decisión la mantuviera congelada.

Su padre sonrió. —Con su permiso, majestad. Creo que sería un espectro en este festín. —Sus dedos tocaron el panel.

Un resplandor explotó en la habitación, haciéndolos a todos retroceder; después la silla estaba vacía, girando un poco en la blanca habitación, y mientras miraban hacia ella una chispa saltó de los controles, luego otra. El humo acre se elevó; la Reina apretó sus puños y le gritó al vacío: —¡No puedes hacer esto!

Claudia estaba mirando fijamente a la silla; mientras esta saltaba en llamas, Jared la tiró con rapidez hacia atrás. Ella dijo inexpresiva: —Él puede, lo hizo.

Jared la miró. Sus ojos estaban muy brillantes, su rostro sonrojado, pero su cabeza estaba levantada. La Reina rugió con rabia, golpeando cada botón y provocando sólo explosiones. Mientras ella se deslizaba hacia el exterior, con Caspar corriendo tras sus talones, Jared dijo: —Él volverá, Claudia. Estoy seguro...

—No me importa lo que haga. —Ella se giró hacia Finn, quien la miraba fijamente espantado.

—Attia, —susurró—. ¿Qué pasa con Attia? ¡Prometí que volvería por ella!

—No es posible...

Él negó con la cabeza. —Tú no entiendes. ¡Tengo que hacerlo! No puedo dejarlos ahí. Especialmente no a Keiro. —Él estaba horrorizado—. Keiro nunca me perdonara. Lo prometí.

—Encontraremos alguna forma. Jared encontrará una. Incluso aunque tomé años. Esa es mi promesa para ti. —Ella tomó la mano de él y empujó la manga raída hacia arriba para mostrar la marca del águila—. Pero debes pensar sobre esto ahora. Tú estás aquí. Estas fuera y estás libre. De ellos, sobre todo eso. Y tenemos que hacer este trabajo, porque Sia siempre estará ahí, conspirando a nuestras espaldas.

Desconcertado, él la miró fijamente y se dio cuenta de que ella no tenía idea de lo que él había perdido. —Keiro es mi hermano.

—Haré todo lo que pueda —Jared dijo suavemente—. Debe haber otra forma. Tu padre iba y venía como Blaize. Y Sapphique la encontró.

Finn elevó su cabeza y le miró de una forma extraña. —Sí, lo hizo.

Claudia tomó su brazo. —Tenemos que salir ahora —dijo despacio—. Tienes que levantar cabeza y ser un príncipe. No será como esperas. Pero todo es actuar aquí.

Un juego, mi padre lo llama. ¿Estás listo?

Él sintió el viejo miedo correr sobre él. Sintió que estaba caminando hacia una gran emboscada que había sido preparada para él. Pero asintió.

Tomados del brazo, caminaron fuera de la habitación blanca, y Claudia lo dirigió a través de las bodegas y las escaleras. Él pasó a través de salas con gente agrupada y que le miraba fijamente. Ella abrió una puerta y él gritó al observar, porque el mundo era un jardín y sobre él, brillante y resplandecientes, colgaban las estrellas, millones de ellas, más y más alto, sobre los pináculos del palacio, y los arboles, y los dulces botones de flores.

—Lo sabía —susurró—. Siempre lo supe.

\* \* \*

Una vez solo, Jared miró alrededor de las ruinas del Portal. El sabotaje del Guardián se veía demasiado completo. Él le había hablado amablemente al chico, pero en su corazón sentía un profundo terror, porque encontrar un camino de vuelta a través de esta destrucción tomaría tiempo, y ¿cuánto tiempo tenían?

—Fuiste demasiado para nosotros, Guardián —murmuró en voz alta.

Él fue tras ellos, cansado ahora, su pecho doliendo. Los sirvientes corrían por su lado; la conversación hacía eco en cada cámara y pasillo. Él se apuró, saliendo hacia los jardines, agradecido por la fría noche, y las dulces esencias.

Claudia y Finn estaban de pie en los escalones del edificio. El chico se veía como si estuviera ciego con la gloria de la noche, como si su pureza fuera una agonía para él.



Junto a ellos, Jared deslizó su mano en su bolsillo y sacó un reloj. Claudia le miró fijamente. —¿No es eso...?

—Sí. De tu padre.

—¿Él te lo dio?

—Se podría decir eso —él lo sostuvo entre sus delicados dedos y ella notó, como si fuera la primera vez, que había un pequeño cubo de plata colgando de su cadena, un adorno que giraba y brillaba en la luz de las estrellas.

—Pero ¿dónde están? —Finn preguntó, atormentado—. ¿Keiro, Attia y la Prisión? Jared miró al cubo pensativamente. —Más cerca de lo que piensas Finn —dijo.

READ BY KIM MAI GUEST

**Fin...**

“One of the best  
fantasy novels written  
for a long time.”

—*The Times*, London

# INCARCERON

Catherine Fisher



Escritora inglesa, **Catherine Fisher** es una autora dedicada a la literatura juvenil, en cuyos libros podemos encontrar un gran componente de fantasía.

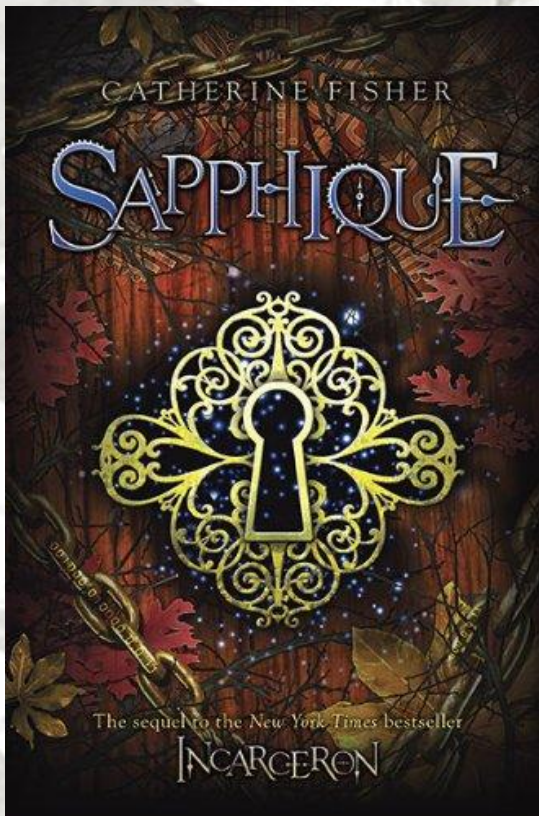
Además, **Fisher** es arqueóloga y profesora en una escuela de primaria, además de enseñar Escritura creativa para niños en la *Universidad de Glamorgan*.

**Fisher** ha ganado premios como el *Welsh Arts Council* o el *Cardiff de poesía*. Su **serie de novelas** iniciada por "*Incarceron*" será adaptada en varias películas producidas por la *compañía FOX*.

# INCARCERON

## Sapphique

Segundo libro de la sag Incarceron por Catherine Fisher



Finn ha escapado de la terrible prision viviente de Incarceron, pero sus recuerdos lo atormentan, porque su hermano Keiro aun esta Adentro. Afuera, Claudia insiste en que él debe ser rey, pero Finn duda incluso de su propia identidad -¿Es él el perdido principe Giles? O ¿Son sus recuerdos nada mas que otra construccion de su encarcelameinto? Y ¿Puedes ser libre si tus amigos aun estan presos? ¿Puedes ser libre si tu mundo esta congelado en el tiempo? Dentro de Incarceron, el loco hechicero Rix realmente encontró el Guante de Sapphique, el único hombre que la prision amo alguna vez. Sapphique, cuya imagen quema a Incarceron con el deseo de escapar a

su propia naturaleza. Si Keiro roba el Guante, ¿Traerá él destruccion a su mundo?

Adentro.

Afuera.

Todos buscando la libertad.

Como Sapphique.

# INCARCERON

READ BY KIM MAI GUEST



Visitanos en:

*Purple Rose*

[www.purplerose1.activoforo.com](http://www.purplerose1.activoforo.com)

Regístrate y sigue más de nuestras traducciones!